BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

Derechos de autor
reservados
Inscripción N.º 5968.
Copyright by Empresa
Editora Zig-Zag (S. A.)
Santiago de Chile, 1938.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

CHARLES PLISNIER

FALSOS PASAPORTES

Traducción especial para
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

Z I G - Z A G

Le je de ce libre n'est pas moi.
Gerhardi

ADVERTENCIA

El personaje que dice "yo" en este libro desearía guardar algún misterio.

Al no poder hacerlo, se ha cuidado, por lo menos, de no proyectar luz sobre sus propias acciones. No aparecerá, pues, más que como un observador de los medios en los cuales vivió, de los acontecimientos en los cuales tomó parte. Si, a pesar de todo, el papel que desempeña se deja adivinar, será únicamente en la medida en que interesa la vida de sus héroes.

Estas aventuras, tomadas todas en una historia viviente aún, podrían presentarse de dos maneras. O bien el narrador tendría que romper deliberadamente con la realidad, encargar a su imaginación confundir los acontecimientos, las almas, los rostros; crear enteramente personajes parecidos solamente a sus sueños; abstenerse de toda incursión a ese dominio que, prohibido ahora, pertenece ya, sin embargo, a los letrados y pertenecerá muy pronto a los manuales escolares. O bien tendría que respetar la cadencia, el desarrollo, el ma-

terial vivo de la Historia y presentar personajes reales cuyos nombres son conocidos.

El autor, bajo pena de falsificar la iluminación, el clima, el color de su relato, ha tenido que adoptar esta segunda manera. Se comprenderá que, preocupado de evitar todo escándalo de mala ley, haya cuidado, sin embargo, el precisar lo que le entregaba la Historia — lugares, decorados, acontecimientos—, hasta el punto que no pueden ser identificados. Hay que tener esto por verdadero: los personajes que en razón de los lugares donde se mueven — sedes de Partido, legaciones — podrían ser reconocidos, no son precisamente aquellos que intervinieron en esas acciones en esa fecha. Entre los géneros de mala calidad, el relato con clave me parece el peor. El papel del novelista no consiste, de ninguna manera, en dar alimento a la curiosidad pública. Menos aun en designar a los que viven bajo la máscara de personajes, a la policía o a los comités de los partidos.

Por lo demás, si algunos de los hechos relatados en este libro aparecen en un lugar diferente de aquel en que se realizaron, eso no puede alterar la verdad de un estudio que, ante todo, se refiere al drama de una época dividida, a cierta mística de la acción y, sobre todo, a los seres en lo profundo de su conciencia y de su instinto, es decir, a las almas.

Charles Plisnier.

RECUERDOS DE UN AGITADOR

¿Por qué he venido esta noche a pensar ante estas hojas en blanco?

Desde hace nueve años no conocía esta predisposición, esta espera, este sentimiento de estar listo a recibir una visita desconocida a la cual uno se somete enteramente de antemano. Nueve años durante los cuales amor, familia, profesión, todo lo que ocupa el alma y los días de la mayor parte de los hombres, habían dejado de depender de mí; nueve años durante los cuales, armado de esa gracia que puede conferir una fe terrena, viví menospreciando toda actividad que no fuera un combate.

¡Y cómo combatí! En el exterior, contra los enemigos de la Internacional; en el interior, contra esos hermanos a quienes yo creía desviarse e ir cada día más a la degeneración. ¡Ah! Cuántas sesiones nocturnas alrededor de las mesas de madera blanca para discutir tesis y buscar consignas; cuántos mítines en las salas saturadas de humo y de sudor, de impaciencia y de esperanza; cuántas manifestaciones y en cuántas ciudades, frente a esos cortejos escoltados por camiones de policía y ace-

chados por los fusiles; cuántos itinerarios a través de esta Europa en la que se encerraba mi Destino, siempre solo contra el Poder: auto-ametralladoras de Hamburgo, barco ilegal en el Mar Báltico, enjambres de gendarmes en Sofía, oficiales en todas las fronteras. Hay que pasar, deslizarse. Tránsito, falsos pasaportes.

Esta vida que yo di al Partido Comunista, me ha sido devuelta ahora por él mismo.

No tengo el valor de escribir ahora lo que fué el Congreso de Amberes.

Al marcharnos de él, nosotros, los de la oposición, creíamos que se nos guardaría ciertas consideraciones. "¡Ah!, exclamábamos. Ese Partido al cual nosotros hemos formado en los combates a sangre de la guerra civil, en la comunión de cada asamblea, ¿no es también nuestra propia carne?"

Hay que haber pertenecido a tales comunidades para comprender el drama que nos desgarraba.

Habría bastado, sin duda, una pequeña abjuración... "Hacedla, nos repetían insistentes algunos, en voz baja. Quedaos a ese precio en el Partido. Ya recomenzaréis vuestra obra... ¿Pero no colocábamos nosotros, por encima de todo, el deber de la sinceridad? Y si se nos estaba permitido sacrificar nuestro orgullo de hombres, ¿no éramos responsables del error o de la verdad ante aquellos que nos siguen?

Me tocó a mí el honor de leer, en nombre de treinta y tres rebeldes, la declaración de que no podíamos abjurar.

Entonces, el delegado del Komintern, Yegor Vigniazine, pidió al Congreso nuestra expulsión. El Congreso la aprobó por dos terceras partes de votos. Así nos encontramos expulsados.

Yegor Vigniazine. Es él; su palabra, su persona, lo que me sublevaba más que todo en esas jornadas.

Un verdadero creyente; sí. Octubre de 1917, la guerra civil en todos los frentes. Diez misiones de primera importancia. Tranquilo, impasible, violento y sereno. He vuelto a reanimar después ese debate agrio y cruel: rostros descubiertos, la gran tristeza de las separaciones, un deseo desesperado de comprendernos...

Anoté, por esos días, estas turbadoras palabras:

"Ustedes, compañeros, ustedes toman el Partido por una casa. Un día entran; otro día les da la gana de salir. El Partido no es simplemente un edificio, como no lo es tampoco la Iglesia. Hay locales del Partido como hay iglesias de la Iglesia. Pero, como la Iglesia, el Partido constituye una comunidad de carne y espíritu."

Burlándose de lo que yo llamaba nuestra dignidad de hombres — que nos imposibilitaba confesar por error lo que nosotros teníamos por verdad—, me preguntaba si no era peor para un revolucionario el amar, por sobre todo, su piel o "lo que éste llama su honor".

¿Yegor Vigniazine tiene acaso razón? ¿No era yo quizás un verdadero comunista? ¿Es posible que

yo no viva más que para la prosecución del hombre?

Me siento perdido en la misma forma que un fruto que se desprendió del árbol. ¿Pero puede aún germinar?

En la actualidad, completamente solo, es preciso que salve mi fe.

¿Y cómo puedo, yo que pertenezco a la religión del grupo, cómo puedo creer que sólo yo tengo la razón?

No lo intento.

¿No soy acaso, como decían mis enemigos, un elegíaco, un enternecido, un sentimental, un poeta que ha dado un mal paso?

Lo temo, sí, cuando en mi evocación comienzo a ver de nuevo todos esos rostros.

Héroes duros y frágiles, militantes, creyentes a pesar de sí mismos en la búsqueda de una luz por la cual morirían, pero sin llegar a decir su verdadero nombre; materialistas familiarizados con el martirio y que se burlan de los santos. Pobres hombres, pobres mujeres: fantasmas perdidos y amadísimos...

Quiero volver a encontrarlos cada vez que esté de nuevo ante estas páginas en blanco, triste paraíso al cual se me ha confinado. ¿Si pudiera hacer que esas sombras se levantaran, vivas o muertas, y en esta soledad en que me encuentro recluído, volver a encontrar su compañía?

MAURER

Pilar me decía: "¡Para que usted me odie así, hace falta que se me parezca!" Es así como me castigaba cuando le reprochaba demasiado duramente su debilidad, su languidez y el haber guardado aprecio por esas cosas de su clase que ella afirmaba repudiar. Para aliviarme ahora de todo esto, ahora que ella no reaparecerá jamás en mi vida, trato de recomponer su figura incierta.

Puesto que, después de todo, las cosas comienzan allí, una imagen se me presenta siempre. En un corredor de hotel, muy largo, se abre la puerta de una habitación: "¡Ah, usted aquí!", dice Pilar. Entro a un pequeño salón **standard.** Una toca de mujer cubre el teléfono; sobre los sillones se arrastran cartas abiertas, un libro de Novalis, dos o tres números de **"L'Humanité"**, una écharpe azul violento.

Vuelvo a ver una maleta de cuero leonado, gorda, con esquineras de cobre. En una gran etiqueta leo:

MADEMOISELLE PILAR GUILHEN Y ARIAGA

Pilar se sienta al lado de esta etiqueta. Mi rostro deja aparecer, sin duda, cierta ironía. Ella baja los ojos, realiza todo un cuadro, se levanta, ríe dulcemente.

—Es una falta de gusto de la vida — dice.

* * *

Era en Ginebra por los días de Navidad de 1919. Había allí un Congreso de estudiantes socialistas. Me encontraba allí como delegado de mi país.

Por encima de un proletariado al cual habían tomado sus armas, los gobernantes capitalistas trataban de liquidar la guerra. Pero los odios alimentados durante largo tiempo no podían caer fácilmente. Los pequeños burgueses no podían habituarse a la idea de que la partida estaba acabada, de que convenía hacer un nuevo juego, y viendo deshacerse sus divisas monetarias que respaldaban sus títulos de renta, atribuían a la maldad del viejo enemigo los nuevos perjuicios.

Los obreros adivinaban que no se había resuelto nada aún, sentían que faltaba alguna cosa en sus manos, echaban de menos los fusiles, pero ya despojados completamente, no sabían qué hacer. La guerra continuaba en algún sitio, del lado del Mar Blanco, del Ural. Sólo que pocos hombres

sabían lo que se debía pensar de esa llama de incendio, y la palabra **soviet** comenzaba apenas a ser un signo de liberación, de victoria para contadas personas.

A causa de esta misma incertidumbre, una gran fiebre se apoderaba de algunos que, en tal marasmo, querían reconstruirlo todo y se hacían soldados de no se sabe qué credo.

En las Universidades de Europa, los hijos de los aristócratas, los burgueses tocados por la gracia, se reunían para quemar antiquísimos ídolos. Había allí muchos que salían del matadero y temían, convencidos por el horror de su visión, que un mundo que permitía tales crímenes debía perecer; aquellos que leyendo a Marx encontraban en él una explicación completa de las sociedades y de la historia, y embriagados de ver claro cuando todos iban por las tinieblas, sometían a él enteramente su espíritu; aquellos que, espantados por el desorden, buscaban, por más pequeño que fuera, hasta entre el enemigo de su clase una autoridad, una paz firme; aquellos que, en una exaltación poética, amaban secretamente esa turbulencia en la que se vivía dos veces; aquellos que invocaban una nueva fe más terrenal y temblaban enteramente, nada más que al decir: Moscú, Soviet, Internacional. Había allí también algunos hijos de obreros que, recién llegados a la cultura para salvar sus orígenes, volvían deliberadamente al lado de los suyos.

En esta pequeña sala en lo alto del Plaimpalais,

que nuestros camaradas ginebrinos habían obtenido para nuestras sesiones, nosotros éramos así, veinte o treinta jóvenes venidos de todos los puntos de Europa. Yo rememoro con una precisión singular algunos de estos rostros que después aparecieron a veces brillantemente en medio de la lucha social, o que, más a menudo, se deshicieron, retornaron, por una desviación insensible, a la clase de la que, en un momento dado, habían salido.

¿Qué se hizo ese muchacho alto, plácido, de palabras tan mesuradas, tan exactas, de ojos tan puros, que escondía bajo un nombre de guerra breve y duro, uno de los nombres más densos de la aristocracia holandesa? ¿Y esa inglesa de una belleza tan fina y tan extraña a la que llegábamos a no comprender de tanto querer oírla? Pero ese pastor vodés que aprisionaba sus gruesas pantorrillas con medias de golf y llevaba toda su barba negra y sedosa, se hizo uno de los tres o cuatro personajes a quienes fueron entregados los timones de comando de la Internacional Comunista. Aquella pequeña austríaca gorda y fea fué asesinada en medio de los obreros en febrero del 34 en el Ring de Viena. Y de aquellos dos hermanos yugoeslavos, uno ha muerto ya, martirizado por la policía en la prisión de Glatnaia; el otro ha organizado, después de haber recorrido la Europa y el mundo, cien hogares de pensamiento, cien mil jóvenes soldados para la revolución, para morir después, tuberculoso en algún punto desconocido de

Asia a donde la Internacional lo envió junto con Trotski.

La atmósfera tensa que nos había envenenado, el sentimiento de haber encontrado hermanos a través del espacio, la embriaguez de desempeñar un papel histórico, el gusto de las ideas generales, la necesidad de certidumbre, todo eso nos constreñía a cada uno a tomar inmediatamente una posición ante los problemas más vastos. De esta manera apareció en seguida que aquello que se jugaba allí era el combate del espíritu reformista contra el espíritu de revolución.

Piedra de toque infalible. Apenas fundada la Internacional de estudiantes socialistas y comunistas, hubo que decidir su adhesión a una de las dos grandes internacionales que se distribuían las fuerzas del proletariado. El debate tomó inmediatamente un acento violento y bastante patético. Y el Congreso se dividió en dos bandos.

Algunos espíritus blandos e inquietos, afligidos de ver que se destruía el mismo día de su nacimiento esta unión de intelectuales en la que habían puesto sus más bellas esperanzas, trataban de conciliar los nuevos enemigos, pedían prórroga, buscaban una vía para marchar en conjunto. ¿Pero cómo hubieran podido encontrar algún eco esas palabras? Para unos, el bolcheviquismo presentaba el rostro de la barbarie, usurpaba el nombre del socialismo para aniquilar una Europa en que el socialismo iba surgiendo. Para nosotros, aquella que llamábamos la "Internacional Amarilla", había en-

tregado los obreros a la burguesía, en la guerra, y trataba también de entregarlos de nuevo en la paz. Volevitch pronunció un discurso lleno de odio y de rayos, arrancó todos los hilos que unían aún a esos jóvenes. Esa misma noche, el Congreso se escindió en dos mitades.

Aquellos que habían votado la adhesión a la Tercera Internacional se reunieron al siguiente día en la sala de un café de barrio popular.

Es entonces cuando apareció Pilar.

* * *

La sesión acababa de abrirse cuando ella empujó la puerta. Volvió a cerrarla suavemente y se quedó de pie un poco apoyada en el dintel. La luz de las pequeñas ventanas parecía amontonarse sobre ella.

A pesar del calor agresivo que llenaba la sala, recogía hacia su cuerpo la parte delantera de su largo abrigo de un color gris muy pálido, con bordes de armiño. No era bella: muy pequeña, muy endeble, con un tinte obscuro y unos ojos muy negros y muy grandes.

Se le dió la palabra. Habló en francés. Dijo que traía al Congreso de la nueva Internacional de Estudiantes Comunistas el saludo de sus camaradas españoles; que habiendo llegado la víspera, no había querido sesionar ni siquiera un día con aquellos que representaban a las fuerzas malas del movimiento socialista; que llevaría con alegría a su país

la noticia de una ruptura definitiva con esos traidores; que ahora había que ponerse a trabajar inmediatamente.

Hablaba un idioma perfectamente correcto, poniendo cierta coquetería al terminar todas las frases cuidadosamente. Pero su gesto era un poco nervioso, su voz un poco ronca.

La aplaudimos. Alguien le alcanzó una silla. Se sentó en medio de nosotros sacándose sólo entonces el sombrero de armiño. Vimos que tenía los cabellos cortos.

En el curso del debate de aquella mañana, intervino repetidas veces. Sus intervenciones, muy breves y perfectamente precisas, manifestaban un conocimiento singular de la situación política internacional y del estado de los partidos obreros; pero, como si estuviera obsesionada, volvió sin cesar al mismo tema: la lucha contra los centristas y los conciliadores.

Tal actitud no dejó de sorprenderme y no pude evitar, por mezquino que tal pensamiento me pareciera, el ver cierto desacuerdo entre la elegancia rebuscada que se veía en esa señorita, elegancia que estaba presente en su manera de hablar, de decir **je**, y el sectarismo intransigente de su actitud revolucionaria. En mi concepto, como en el de ella, había que destruir toda confusión en el ala izquierda del movimiento socialista. Pero el trabajo de propaganda en las Universidades parecía proponer tareas más urgentes. Volviéndome hacia ella, se lo dije bastante duramente.

Por la noche, los delegados, para quienes era penoso separarse, romper esa fraternidad, esa lucha, iban a comer todos juntos en algún restaurante. Se agrupaban naturalmente al azar de las conversaciones ya comenzadas o según los idiomas que hablaban. La española vino a sentarse cerca de mí y me tomó manifiestamente a cargos. ¿Por qué había, entonces, votado yo la adhesión a la Tercera Internacional? ¿No era yo un simple reformista? ¿Qué tareas tenía que proponer a los estudiantes en este momento en que el régimen se deshacía, en el que iba a tratarse de salir al encuentro de los autos blindados, de tomar por asalto los Ministerios, las centrales telefónicas?

Yo le preguntaba también, conciliadoramente, si ella se sentía cómoda con tal optimismo, si creía verdaderamente que se pudiera llegar al poder sin partido, sin organización, sin armas; si juzgaba que la burguesía estaba hasta tal punto vencida que, como los notables de Calais, en camisa y con la cuerda al cuello, iba a venir a entregarnos sus llaves. ¿No habíamos sufrido el año 19 tantas derrotas de las cuales no nos reincorporábamos aún?

—Usted es — decía ella — un conciliador y un derrotista...

Yo veía la agitación de sus manos alargadas. Contemplaba ese rostro de niña que maltrataba la pasión de pensar, de luchar.

Poco a poco habían partido nuestros camaradas haciéndonos adiós con la mano. Comenzaron a recoger el servicio. Sólo una lámpara ardía sobre nosotros.

La española decía que su país dormía, sí; pero como una tigresa cansada. Alrededor de nosotros se deshacía el decorado. Ella no vió que le retiraban la taza vacía, ni que se llevaban las flores.

Fué de repente, creo yo, que ella se dió cuenta de su abstracción y de que nos habíamos quedado solos. Sonrió y se puso de pie.

La noche estaba límpida y helada. Pilar se detuvo en el umbral, contempló las fachadas que la luna azul hacía relucir, y respiró largo tiempo.

—¡Ah, amigo mío! — dijo—, ¡qué agradable es vivir!

Yo, entonces, no la reconocía ya.

Me había tomado el brazo. El ritmo de su marcha se hizo más suelto. ¿Se trataba aún de la revolución de España? Ella miraba la perspectiva de los lampadarios y me preguntaba si cada una de esas luces no me regocijaba los ojos. Dejaba que su mano corriera a lo largo de alguna balaustrada y decía:

—¡Ah, ¿no es cierto que el frío quema mejor?

Quiso encontrar en las ramas desnudas de un jardín, formas de animales, signos. Afirmaba que no es decente dormir cuando la noche es tan bella.

Vagamos largo tiempo por los jardines, cerca del lago. El agua de tinta por la que corrían reflejos, atraía nuestras miradas.

—En la noche — decía dulcemente mi compañera — el agua me da miedo hasta la alegría.

Después, tomándose del fanal rojo que ardía en medio de la sombra, lamentaba que las telas con que nos vestimos no tuvieran esos resplandores.

Terminamos por tomar té en un establecimiento del centro, pleno de luces, en el que cuatro músicos tocaban danzas inglesas y tangos. Creo que era el **"Old India"**. Alrededor de nosotros, una muchedumbre bastante varia se agitaba ruidosamente. Mi amiga parecía entregarse a esa claridad, a esa tibieza, a ese ruido. Su rostro golpeado un momento por el frío de la noche, volvía a recobrar suavemente su tinte dorado, sus sombras. Su mano yacía sobre la mesa, jugaba con la cuchara de plata. Un extraño rictus apareció en la línea de la boca, en el pliegue de los ojos.

—Pilar — le dije—, usted es derrotista.

Ella reía ya. Pero se detuvo bruscamente. ¿Iba a conocer yo algo del secreto de esta alma vivaz y dividida? La orquesta vino a mi socorro. Entonces, a causa de que los violines emanaban un canto un poco salvaje, un poco tierno, Pilar se humilló...

—Usted sabe tan bien como yo — dijo—, cómo es difícil...

* * *

—Hay nombres pesados de llevar.

Pilar decía esto con una complacencia que me chocaba. Puse en mi sonrisa, en mi mirada, toda la ironía que pude.

—Sí — decía ella—, usted se venga. Usted piensa que nada me autoriza verdaderamente a dudar de su rigor revolucionario. Pero, por haber juzgado, falsificado, engañado, ¿podremos suprimir nuestro propio nombre y todo lo que hay dentro de él? ¿Para qué miente usted cuando yo me descubro? Siento perfectamente que usted está, como yo, dualizado, y que su espíritu condena todo su ser. ¿Pero es que podemos matar todo nuestro ser? ¿Y para qué hacerlo? Lo que hay que hacer es entregarlo. Si estamos listos a ello, nadie tiene derecho a pedirnos más.

"¡Qué quiere usted? Yo soy Pilar Guilhen y Ariaga. Mi padre vive en Madrid. Lee los periódicos, come en el club, va al golf, juega poker, habla con los toreros, mira a las mujeres en la calle y cuando se cansa de estos ejercicios, se encierra para leer novelas inglesas. Yo lo quiero mucho. Es inteligente y bueno. Pero su inteligencia no se da cuenta del dinero más que cuando debe gastarlo. El dinero viene como corre el río — ¿de dónde?, ¡qué importa!—. Hace lo que hacen los suyos desde hace cinco o seis siglos. Las seis o siete mil fanegas de tierra que tiene por Sevilla las da a algún arrendatario, pero ignora completamente lo que éste hace de ellas, y si los arrendatarios pagan una peseta por doce horas de trabajo a los campesinos. Cuando vuelve de Sevilla ve en los campos retostados, bajo el feroz azul, a los campesinos flacos y quemados esperando el agua que no viene. Y no sabe si son ésas sus tierras, sus campesinos, sus

bestias. Que yo misma no vea aquello en la misma forma, es ya un milagro singular.

"Pero para mi corazón, ¿qué significan esos seres, más sujetos a la tierra que los olivares, pero menos sensibles que éstos? ¿Y no me son ellos más extraños que las figuras de algún libro o que algún pájaro cualquiera? Lo que ellos serán un día, no importa. ¿Lo saben acaso ellos mismos? A nosotros nos corresponde hacerles hombres. Si nos ayudan, tanto mejor. Si no, a pesar de ellos. ¿No es así? Un día que nosotros buscábamos una explicación a este mundo extraño que se destruye sin cesar y que ahora va amenazando sus valores más puros, hemos leído a Marx y hemos comprendido esta revelación. ¿No ha venido usted como yo al comunismo por el juego de su razón?"

Confesé a Pilar, por más vergonzoso que ello debía parecerle, que el espectáculo de la miseria había sido lo primero que me sublevó el corazón. No me lo creyó.

—No, no — decía—. Hay que ser franco. ¿Qué tenemos de común con esos hombres? ¿Un ideal de destrucción? Pero ellos mismos no lo conocen. Los tiempos están próximos, mi amigo. Todo va a deshacerse, a recomenzar. Durante algunas decenas de años una especie de diluvio destruirá las ciudades, las aldeas, acabando con las viejas familias y con los viejos ídolos. Tenemos la suerte de vivir en este derrumbamiento, la suerte de presentirlo y de poner en él la propia mano. Pero en el momento mismo en que se hagan, alrededor de

nosotros, esas imágenes entrevistas en los sueños, sufriremos terriblemente. ¿No lo siente usted? Será ya sufrir el no encontrar sentido al libro que nosotros amábamos, ver que se llevan al museo esas estatuas, esos cuadros que alimentaban nuestro espíritu; llevar vestidos confeccionados de telas ordinarias; ver que todos ponen el amor al alcance de todos; tomar los alimentos sin fantasía, con desconocidos de manos mal lavadas; pronunciar discursos simples y directos en los que nuestro pensamiento, como si fuera entregado a los ortopedistas, tendrá el aire de un esquema. Pero yo espero esta especie de sufrimiento con un extraño apetito, pues sé que nuestra clase está condenada por la historia y encuentro que eso está muy bien. Pero ahora, ¡Ah!, déjeme complacerme aún, déjeme beber sin prejuicio, en esta taza bien hecha, este té de China que es bueno; gozar de esta tibieza que roza mi piel envolviéndola y, si esta música es vulgar, saborearla con un irritante malestar.

—Pilar — le decía yo—, temo que usted tenga todavía algunas bellas horas que vivir antes de esta especie de suicidio que desea.

No recuerdo ya cómo terminó la noche aquella. Me parece que acompañé a Pilar hasta la puerta de su hotel. En todo caso, recuerdo haber caminado solo, largo tiempo, en la noche glacial.

Yo lo comprendía muy bien. Pilar no era ni siquiera un enigma. Estaba claro que ella no hacía más que traducir en palabras sangrientas el cinismo del joven burgués cansado; la fe revolucio-

naria, ansiosa de devorarse. No porque llevara su pensamiento hasta el extremo, haciendo pose, dejaba yo de descubrir en ella sentimientos que en mí estaban bastante confusos. Mas yo resolvía de otra manera tal conflicto.

En tanto que nosotros no habíamos matado justamente todo nuestro ser, en tanto que no habíamos sacrificado nuestras inclinaciones, nuestros gustos, renunciado a nuestras tradiciones, roto nuestros vínculos de familia, de amistad, hasta haber llegado a cambiar el corte de nuestros vestidos, ¿no estábamos en peligro de llevar a ese movimiento revolucionario en el cual mi corazón se encontraba, los gérmenes de duda, de descomposición?

Quizá Pilar tenía más valentía que yo, puesto que sabía mirarse, juzgarse, amarse, despreciarse y, a pesar de eso, entregarse y creer. Pero yo no podía admitirlo. Me concretaba a odiarla vergonzozamente, silenciosamente.

* * *

Reapareció al día siguiente en la sala del Congreso. Yo buscaba sobre su rostro un acento de malestar. Pero el haberse liberado así le parecía sin duda natural. Me saludó alegremente con la cabeza, con un aire de complicidad.

Se debatía una tesis sobre el trabajo de penetración en las universidades. Esa vez también tomó con violencia una posición extrema, "izquierdista", como se dice desde entonces.

—¿Por qué — preguntaba ella — un programa de propaganda que impulsaría a seguirnos a algunos jóvenes burgueses? ¿Tomar con estafa, gracias a ciertos sentimientos, esas almas que un día, por sentimientos precisamente opuestos, volverían a su clase? ¿Para qué tentarles con argumentos de libros a la persuasión del suicidio? ¿El movimiento socialista no tiene ya bastantes renegados para que sea preciso ahora fabricarlos en serie? No. No. Nosotros debíamos ser, en las universidades de Europa, nada más que focos de estudio, de discusión, a los que entrarían nada más que voluntarios saturados hasta el asco de este espíritu burgués del cual ellos son los últimos depositarios, y del cual ellos mismos prometen ser sus victimarios.

Alguien advirtió, sin embargo, que esa era una posición de aristocracia. Se hizo observar a Pilar que había en las facultades de letras y en las facultades politécnicas, estudiantes pobres, salidos del proletariado, que aún eran leales a su clase. Pero ella respondió, no sin dureza:

—¿Vosotros habéis visto a los estudiantes pobres? Encerrados en su habitación, ansiosos de acabar con estos estudios que van a hacer de ellos unos burgueses ávidos de haber renegado sus orígenes, amorosos de esta clase dominante que va a acogerlos. Serán los profesores más pontificales, los ingenieros más duros; revolucionarios, ¡nunca!

Sólo yo pude observar todo el desprecio que Pilar ponía en sus palabras. Pero confieso que los acontecimientos no la han desmentido absoluta-

mente. En aquel momento, yo no podía admitir un pesimismo tan duro. Y me sublevaba contra esta joven imperiosa que tallaba las ideas como en una carne viva, con un gozo cruel. Sin embargo, al descubrir en ella un conflicto violento, yo buscaba en vano en su sistema una contradicción. ¿Podía despreciarla? ¡No! La boca de Pilar no cambiaba del calor al frío. Entre sus confesiones de la noche y sus diatribas ultrarrevolucionarias no había una incompatibilidad, sino, al contrario, un parentesco impresionante.

* * *

A causa de lo que más nos oponía, más que a causa de nuestras semejanzas, nos vimos a menudo durante esos días de Ginebra. Nos hicimos amigos así, en cierta manera.

Yo me había alojado de prisa y de manera muy mediocre, en los alrededores de la estación. Pilar ocupaba un departamento en el Hotel "Beau Rivage", en el muelle de Monte Blanco. Yo iba a buscarla allí. Ella pedía el té. Hablábamos largo tiempo. Nos gustaban los mismos paisajes, los mismos poetas. Pero al haberlo descubierto, ya no hablamos más de ello. Parecía que tuviéramos interés en combatirnos, en alimentar en nosotros yo no sé qué hostilidad. Al fin, cansados, a veces un poco emocionados de este conflicto espiritual que no nos dejaba ningún reposo, salíamos para tomar aire. Pilar escogía cuidadosamente un vestido, un sombrero,

se colocaba delante del espejo, comparaba la tela con su rostro para ver si tal color le iba bien ese día. Aquella noche en que el hielo rompía las ramas, fuimos a caminar a lo largo de la Avenida del Plaimpalais, siguiendo el Arve hasta el Ródano. Ya no hablábamos nada.

Extraña amistad de la que yo guardo un recuerdo cruel como el de un error, el de un sueño ilógico.

El Congreso terminó. Pilar debía reunirse con una prima suya en Saint-Moritz. Pero ella no se daba prisa. Deambulamos aún un día más en Ginebra. Habíamos pasado todas nuestras horas en salas o patios grises. He aquí un sol frío haciendo brillar las ramas de los árboles, el agua azulada. Fuimos como dos niños corriendo a lo largo del lago o tomando una canoa. Pero no hablábamos más que para decir: "¡Qué frío, qué azul, qué sol!" Y no supe nada más de Pilar.

Por la noche vino para acompañarme al tren de París. Se mostró simple; me alquiló un almohadón para dormir, me compró revistas y me abrazó al despedirse, diciendo:

—Ojalá que no volvamos a vernos nunca... ¿No le parece?

* * *

Un día de septiembre de 1929 cuando me encontraba en la costa terminando mis vacaciones, leí en los periódicos que se había detenido en Bél-

gica a dos anarco-sindicalistas españoles cuya extradición reclamaba el Gobierno de Madrid: Miguel Zapato y Santiago Maurer.

Yo pertenecía entonces a una organización de defensa revolucionaria, que, al margen de los partidos políticos, tenía la misión de sostener, a cualquier precio, a los militantes obreros víctimas de la represión capitalista. Suponiendo que mi presencia sería necesaria, me preparé a partir. Efectivamente, al siguiente día recibí un telegrama que me llamaba a Bruselas.

Acababa de llegar a mi casa desierta cuando tocaron. Fuí a abrir.

No olvidaré nunca a esa mujer en mis umbrales. Esos cabellos desnudos, lisos y azulados, esa máscara morena, fina y a la vez marchita, esos ojos extremadamente grandes, esa sonrisa crispada. ¿Iba yo a reconocerla? Adiviné más bien, bajo la blusa estirada, unos senos casi fatigados; bajo la falda, unas caderas un poco pesadas. La desconocida sonreía siempre. Yo sentía hacerse en mí, lentamente, una imagen. La comparé a esa aparición.

—Pilar — dije.

Y, sin embargo, no; al reconocerla, no pude ya encontrarla cambiada. Era la misma flexibilidad viva, desenvuelta y casi saltarina que la hacía estar a la vez al flanco y al frente de uno. Y cuando hablaba, ¿cómo se podía encontrar las señales de fatiga en esa faz donde la luz parecía jugar persiguiéndose a sí misma, donde el pensamiento que pasaba, el rayo interrumpido componía sin cesar

otros aspectos? Pero, a pesar de todo, ante esta mujer de veintinueve años, yo veía que envejecemos.

Le dije que estaba solo y que me excusara por eso de recibirla tan incómodamente. Pero ella se levantaba ya, diciendo:

—¡Ah! ¡Si se tratara de recibirme mal o bien!

Después, sentándose bruscamente y mirándome con sus ojos inmensos que se quedaban fijos:

—Soy la compañera de Santiago Maurer.

No dejé aparecer el asombro que se apoderaba de mí.

A menudo me había preguntado sobre la suerte de mis camaradas de Ginebra. Supe que uno de ellos había declarado la huelga del hambre en un sitio, en Polonia; que otro, después de haber reconquistado su Legión de Honor, por no se sabe qué compromisos, redactaba el boletín político en un gran periódico burgués. Entonces pensaba en Pilar. Pero al imaginar la vida que hacía, la veía en Madrid, en la casa de su padre, anotando sobre una mesa ornada de algún objeto raro, un libro de sociología; componiendo, tendida en el fondo de un diván, un panfleto revolucionario; o si la imaginaba frecuentando a los obreros, era para verla llegar como el viento a una reunión de Cuatro Caminos, pronunciar un discurso de agitación y partir.

Pero he aquí que era la compañera de Santiago Maurer. ¿Había dado su alma preciosa y su cuerpo precioso a ese campesino? Yo volvía a oír su voz del tiempo en que nos conocimos: "No, no, no.

Hay que ser francos. ¿Qué tenemos nosotros de común con esos hombres?".

—¡Ah! — decía ahora Pilar—, ¡hay que intentar todo lo posible! Si se le entrega a la justicia española, será la muerte.

Yo conocía esta aventura que los periódicos denominaban: "El **affaire** Maurer y Zapato".

En la última primavera había estallado una huelga de campesinos en la provincia de Sevilla. El gobernador militar era el general Salvador Alba, un castellano. Había declarado que volvería a poner en su sitio a esas malas cabezas andaluzas, y cumplió su palabra como corresponde a un hidalgo. Ochenta campesinos que cantaban en la Plaza de San Fernando, fueron abatidos, sin intimación, por las balas de los carabineros.

Maurer y Zapato fueron enviados a Sevilla. Zapato era sevillano; Maurer, de madre andaluza.

El 2 de abril, a las siete, el general que, seguido de su ayuda de campo, hacía su paseo habitual, galopaba por el Paseo de Capuchinos. Disparando al mismo tiempo, Maurer y Zapato lo abatieron a tiros de revólver.

La Avenida estaba poco frecuentada a esa hora. Si algunos sevillanos vieron el incidente juzgaron quizás mejor no intervenir, pues en Sevilla no se quería gran cosa al general. Maurer y Zapato desaparecieron. Sin duda habían vivido algún tiempo en Francia y se les acababa de detener en Bruselas.

Al ver la exaltación de Pilar traté de manifestarle, con toda discreción, mis temores. Sin embargo, no pude esconderle que la situación de su amigo era un tanto desesperada.

—Este acto político — le dije al fin — está calificado de asesinato en la ley de este país. Es un crimen de derecho común. No veo la forma cómo podría evitarse la extradición.

—¡Dios mío! — dijo Pilar.

Y se puso a llorar.

* * *

Aun ahora no puedo recordar esas lágrimas sin cierto malestar. Pilar no hacía para esconderlas ninguno de esos gestos de las mujeres, que vuelven la cabeza escondiendo sus ojos con la mano. Su rostro estaba desnudo. Lloraba sin pudor. Sobre su rostro inmóvil y como espantado, yo veía descender las gotas cálidas. ¿Estaba, pues, entregada esta mujer?

"Santiago, Santiago". Estas palabras venían a sus labios sin cesar y eran como para despedazarla. A veces creía encontrar una idea eficaz, un medio de salud. Sus ojos relumbraban entonces bajo las lágrimas. "¿Y esto?", me preguntaba. Yo tenía que desengañarla. ¿No había, pues, nada, nada que hacer contra esta fatalidad?

Ella luchó largo tiempo; después cedió bruscamente como si el haberse formado tantas esperanzas la hubiera agotado. "¡Ah, mañana!..." Y se

apiadaba de su vida. Exhibía ante mis ojos sus años, su juventud. ¡Qué extraña línea!

—En Ginebra — decía Pilar— debe usted haberme despreciado mucho. Recuerdo aquella primera noche. Yo edificaba, a nuestro modo, una teoría imbécil que hacía de los obreros una especie de ejército en busca de jefe; que hacía de nosotros, generales de derecho divino y nos permitía todas las alegrías, hasta la embriagadora aquella de cambiar el mundo. ¿Me ha perdonado usted? Por mi parte, yo no he pensado nunca en aquella noche sin avergonzarme.

¿Cómo podía dudar yo de que Pilar hubiera cambiado, ante sus lágrimas de mujer, sus confesiones humillantes?

En la primavera de 1920, había vuelto de Saint-Moritz con el sentimiento de estar abrigando una mentira. Quiso vencerme, repartió sus vestidos, se mezcló con las maestras, frecuentó los arrabales. En aquel momento, algunos hombres salidos del Partido Socialista, evadidos del movimiento anarcosindicalista, trataban de reunir ciertos elementos que debían formar más tarde el Partido Comunista Español. Su padre la dejaba en libertad, admirando esa actitud intelectual que no le parecía desprovista de cierta grandeza, juzgando que ella continuaba al "ir al pueblo" una tradición de burguesía generosa y liberal de la que su familia se sentía orgullosa. Teniendo por ella una viva amistad, no se había inquietado al verla abandonar sus locuras

de juventud que la preservaban del matrimonio y la conservaban unida a él.

Pero este cálculo, a pesar de que servía sus propios designios, la sublevaba secretamente. Y entonces se puso a odiar a esa burguesía tan segura de sí misma y que, gastando sus propias criaturas, especula con la duración de su vida.

Pero, a pesar de que puso en ello toda su voluntad, no llegaba a desprenderse enteramente de su clase y, si en la aventura, se encontraba mezclada a los obreros, no llegaba nunca a reír con toda su alma, a hablar del pan, del placer. Tenía que razonar, explicar, convencer. Y para no experimentar fastidio, malestar, se comportaba como una extranjera.

En invierno de 1924 tuvo la revelación. Se encontraba cerca de Sevilla donde su padre tenía una casa de campo al borde del Guadalquivir. Se hastiaba "como una loba". No podía ni leer, ni pensar y, para vencer su impaciencia, salía y caminaba al azar por los caminos. Un día, asaltada por una extraña pereza se dejó sorprender por la noche en un sendero bastante desviado. Se orientó mal, se extravió acabando por encontrarse en un gran camino frente a una casa alumbrada. Era una especie de posada. Una mula golpeaba suavemente la muralla con su casco. A través de la puerta cerrada oyó un rumor de palabras. Sin duda eran los campesinos que se habían detenido allí, al volver de los campos. Tuvo un miedo extraño. Estos eran verdaderos, verdaderos. Ellos la ignoraban; no sabían

nada de ella ni de sus pensamientos. No se trataba ya de jugar al juego. Pero pronto venció su pánico, empujó la puerta y entró sin mirar a su alrededor; se dirigió al mostrador y, acomodándose como un caballero, pidió vino.

Se hizo un silencio absoluto. Ella oía el ruido del vaso que se coloca en un sitio, del vino que sale del gollete del frasco y se esparce. Pero inmediatamente comenzó la conversación, el ruido se hizo más amplio y las gentes siguieron como si ella no existiera.

Entonces se atrevió a mirar a su alrededor. La sala era baja, como aplastada sobre cuatro vigas enormes y mal labradas. Los muros cubiertos con una cal color ocre, presentaban a la luz eléctrica una limpieza deslumbradora. En un rincón se amontonaban pellejos de vino con cuatro embriones de patos (1). Por encima del mostrador colgaban dispuestos en una especie de guirnalda los jamones, los chorizos. El ruido de las voces provenía de un rincón de la sala en el que discutían cuatro hombres.

Se tranquilizó enteramente. El calor, la luz, la penetraban. Esa pereza extraña recomenzaba a poseerla de nuevo. Deseaba amar esa posada perdida a la que la había conducido su miedo, amar ese canto ronco de las voces campesinas. Conservando el vaso cerca de los labios bebía a pequeños sorbos su vino dulce.

(1) Odres que se usan en Andalucía. (N. del T.).

Discutían sobre la tierra. Uno de ellos explicaba que no era lo mismo en todas partes del mundo como en España, donde los señores poseían millares de hectáreas que ni siquiera conocían, que ni siquiera veían; donde los campesinos trabajadores sin una fanega siquiera, morían de hambre sobre las riquezas que hacían producir. Los otros dudaban diciendo: "¿Qué sabes tú?" "¿Qué sabes tú?" Pero el orador se exaltaba, hablaba de los **mujiks** de Rusia, de los Soviets.

Pilar le buscó con los ojos. Era un joven alto y delgado de ojos inmensos, negros y refulgentes. Sus dientes lucían como si estuvieran siempre dispuestos a morder. Una especie de luz despedazada emanaba de su rostro. Ella pensó en esas figuras estáticas y bestiales que se ven en Toledo, en la Casa del Greco, en aquellas figuras de sus más viejos sueños, en los que algún vagabundo cruel y bello, surgía de pronto ante ella y decía levantando sus manos desnudas: "Vengo para matarte..." Entonces, con una especie de sadismo, sí, le agradó pensar en su padre, en pensar que éste le reemplazaría.

No. Antes ese campesino no tenía ya ni miedo ni repugnancia. ¿Era porque le había encontrado, justamente después de un secreto espanto, en plena seguridad, y porque él pronunciaba entonces esas palabras familiares a su pensamiento, o era simplemente porque aparecía como una persona dura, voluntariosa, en el momento en que esa lan-

guidez, tan largo tiempo rechazada, se apoderaba de su cuerpo?

Supo que se llamaba Maurer. "Es un nombre que no es de aquí", se dijo.

—Es preciso — afirmaba el joven— limpiar al campesinado de esos politiqueros que son como las garrapatas entre el pelo de los asnos; las Cortes y los oradores no hacen más que un circo para divertir a los pobres, mientras que los ricos les hacen extraer la sangre por sus mayordomos. Hay que tomar las tierras para cultivarlas todos juntos, y si los gendarmes vienen hasta los campos cultivados, ya serán muchos y tendrán fuerza para quemarles el culo.

A esas palabras tan terribles, no contestaron nada los otros, que no despegaban la vista de Pilar, como si temieran de ella algún castigo. Pero una alegría salvaje se apoderaba de Pilar llenándola toda, haciéndole mal hasta en los huesos, hasta en los labios. Entonces, queriendo permanecer allí, comenzó a hablar en voz alta y dijo que se encontraba extraviada, rogando que se la encaminara hacia Sevilla. El joven le dijo entonces:

—Usted irá sobre mi mula.

Pilar sintió que se instalaba en ella una tranquilidad prodigiosa.

La noche refulgía. El camino blanco iba por entre las viñas, el casco de la mula hacía un ruido simple y suave. Pilar no hacía más que vivir. El ritmo de la marcha sacudía su corazón y un viento frío se pegaba a sus mejillas aspirando dulcemente su sangre. Un poco detrás de ella caminaba el joven; pero, como si llevara zapatillas de fieltro, no se dejaba oír.

—Es lejos — dijo Pilar.

—Sí — contestó el joven—. Dos leguas.

Pilar se sintió feliz. Se veía con sus más antiguos ojos. Juzgaba ridícula a esta jovenzuela inclinada sobre una mula, pero sonreía con dulzura. ¡Ah! ¿Es que uno puede hacerse simple de repente? Encontraba un motivo de espanto en esta soledad, en este hombre y, sin embargo, no descubría en ella ninguna inquietud. ¿Es que el alma deja de estar enferma de pronto?

Su compañero parecía haber hecho voto de silencio, pero Pilar quería oír su voz.

—Creo que usted — dijo — se está muriendo de odio contra la policía, el gobierno..., ¿no tiene miedo de mí?

El no respondió en seguida. Le oyó reír suavemente.

—No — dijo al fin.

Entonces una alegría extraña como una llama la recorrió toda entera. Creyó que ese pobre desconocido había visto en ella una hermana, una compañera espiritual. Le tendió la mano. Pero él no comprendió el gesto y creyó que ella jugaba con el aire de la noche.

Pilar se puso triste. Calculó el tiempo que tardaría en llegar a la casa de su padre, ansiando encontrar una lámpara dorada, el libro que leía el día anterior, pero al mismo tiempo miraba amoro-

samente los olivares de la ruta y el polvo gris que relumbraba.

Bruscamente, al llegar a un puente, reconoció un paisaje encontrando su orientación.

—Ya llegamos — dijo fatigadamente.

Volvió la cabeza hacia el joven. Pero éste dijo simplemente: "Ah" sin mirarla.

Este desconocido que representaba una hora tan singular en su vida en la que ella se había reconocido, reencontrado, contemplado sin sentir vergüenza, ¿se perdería para siempre? Buscaba razones para no permitirlo; reflexionaba que sería saludable y útil el tener amistad con un campesino; creía que aprendería de él maneras de sentir que ignoraba.

Le preguntó dónde vivía.

Vivía en Sevilla al otro lado del puente Isabel, en el barrio de Triana, pero trabajaba en Ostellado.

Le preguntó si pasaba todas las tardes por ese camino. El dijo que sí.

Entonces llegaron al Guadalquivir.

—Aquí debo despedirme — dijo—. Gracias.

El la ayudó a descender. Y ella se alejó.

Ya montaba él sobre su mula, excitándola con la voz, cuando Pilar volvió corriendo y gritándole:

—¡Compañero!

El se detuvo.

—¿Quiere usted decirme su nombre? ¿Quiere usted?

Ella vió su faz de ausente en la que asomaba una sonrisa ingenua.

—Me llamo Santiago.

—¡Ah! Gracias. Gracias.

—¿Y usted?

—Pilar.

Entonces él se alejó pasando el río.

* * *

Al contarme todo esto, Pilar sonreía, pero sus labios temblaban un poco. "Así, decía, así es cómo le he conocido". Pero yo contemplaba sus manos sin anillos. Y pensaba en Ginebra, en su manera de tomar el té, de morder el pastel, de decir: "Nosotros", de decir: "los campesinos". "Nuestro nombre y todo lo que él contiene". ¿Vino acaso un hombre bello en el momento mismo en que ella estaba cansada de llevar en alto su dura cabeza, en el momento mismo en que ella le deseaba? ¿O se trataba solamente de que dos imágenes se habían juntado y separado cerca del Guadalquivir?

—Entonces — decía Pilar — dejé de estar tranquila. El libro que leía no se volvió a abrir más e hice el voto de no acabarlo nunca. La lámpara que yo amaba como un símbolo, me molestaba hasta el sufrimiento. Iba persiguiendo a mi padre hasta su propia habitación. El hecho de que él fuera imperturbable, me sublevaba. Le gritaba que yo había jugado, sí; pero que ahora me iba al otro lado.

"Entonces creo que comprendí.

"La tercera noche me puse un chal y fuí en

busca de Santiago. Lo vi venir de lejos, erguido sobre su mula en una luz extraordinaria que hacía brillar las piedrecillas, los clavos de cobre de los arneses. Estaba al borde de un viñedo. Yo me encontraba sentada y escondida. Cuando estuvo cerca de mí, le dije: "Buenas noches". El no pareció asombrarse. Sonrió con una dulzura inaudita.

"—Santiago — le dije—, tenía deseos de volver a verle.

"Bajó dejando que su mula fuera un poco por el borde del viñedo.

"Le dije que sus palabras me habían impresionado, iluminado; que yo leía demasiados libros, mucho y mal; que debía aprender de él mil pensamientos para hacerme una revolucionaria verdadera, una mujer útil. Sentía que un agradecimiento inexpresable crecía en mí. Coloqué mi mano sobre su hombro mirándole largamente al fondo de sus ojos.

"¿Pero cómo habría podido creerme? Yo era para él una especie de loba amorosa, presa de un ardor de la sangre. No me contestó. No hizo más que poseerme.

"Yo estaba virgen. Le juro que no había recibido nunca un beso. Conocía del amor lo que dicen las novelas, los libros de medicina. Lo hizo con una brutalidad salvaje, como si se tratara de una victoria, de una venganza que buscara. Los pedruzcos se incrustaban en mis hombros, por los flancos. Sus labios ni siquiera tocaron mis labios,

"Cuando estuve de pie, los ojos secos, le dije suavemente que se había equivocado, que no me había comprendido. Tuve el sentimiento de que una luz ardía en él agitándole y que comenzaba a tener miedo. En seguida partió por el camino.

"Entonces me dirigí a mi casa; me puse un vestido hermoso y fuí a llorar sobre las rodillas de mi padre.

"Pero yo no tenía ningún rencor contra Santiago. El amor había entrado en mí como una cosa triste, árida y anormal. Sentía que así estaba mejor, por ahora, para siempre. Me sentía sirviendo de rescate; era una lección saludable. Me sentía más parecida a aquél del cual yo esperaba todo y me hacía merecedora de algo mejor.

"Volví al camino. Quise que él me poseyera aún. No experimenté ningún placer ni tampoco lo esperé.

"Cuando nos vimos en los días siguientes fué lo que hay que llamar mi amante. Pero nunca me dio, al poseerme, ninguna otra alegría que la de servirle de mujer, de someterme a su deseo, de reposar bajo su cuerpo. Yo sé que los hombres saben poseer con arte, que existe una exaltación del ser físico, llamada voluptuosidad. A veces, en esas horas turbias que siguieron a la iniciación, en las que mi cuerpo adivinaba un mundo al cual no llegaba, solía odiarlo, desear verdaderos besos, una verdadera posesión en la que yo también me hubiera desvanecido completamente. ¿Pero hacía

falta confesarle que yo era insensible? ¿Enseñarle caricias que yo misma ignoraba? Y en ese caso, ¿no lo habría turbado hasta hacerle dudar? Entre nosotros no se trataba de eso

"Por aquellas noches en las que nos buscábamos, cuando su carne yacía calmada, al sentir que yo le estaba enteramente subyugada, él trataba de decirme su vida, su pensamiento, su voluntad, su plan. Entonces conocí su verdadera alma y supe que desde hacía tiempo disponía de sí mismo, como de un cadáver. Había trazado ya la línea de su destino y ella iba toda entera al servicio de los obreros, de los campesinos.

"En la primavera tuve que volver a Madrid. El vino también y entró a trabajar como peón en un edificio en construcción. Habitaba en el extremo de Ventas. Yo iba a su habitación a la que llevé una tetera y tazas. Leíamos. Las frases con las que me había embriagado tiempo atrás, me eran explicadas por él. Muchas mariposas murieron de la misma manera que muchos hombres en los que había tenido alguna fe. El álgebra se puso a vivir como una floresta llena de frutos y de tempestades.

"Venían a su habitación algunos camaradas como él, llenos de odio y quemados hasta el corazón. Lanzaban sobre mí, sobre mis vestidos aún bellos, miradas sin ternura, vacilando al hablar. Pero, a la larga, al verme tan fiel fuí aceptada. Me consideraron casi como uno de los suyos. Entonces entré a esa cofradía extraña. Ya comprendía el

sentido de las viejas palabras: pan, niño, hospital, salario, matar.

"Por ese tiempo abandoné el Partido Comunista. Santiago odiaba esta maquinaria en forma de ejército en la que los estatutos se aprenden como un reglamento militar, en la que se comenta la doctrina como una orden de servicio, en la que los obreros han cambiado de generales. El decía que los comunistas preparaban una nueva servidumbre y los denominaba candidatos a dictadores y politiqueros.

"Todo eso no pasaba sin lucha; pues, a pesar de todo, yo seguía teniendo la idea de que tal partido era un equipo consciente y disciplinado que sabía ver con justeza, mandar y morir.

"Al no tener ninguna profesión, yo no podía militar realmente en el movimiento obrero y quería, por lo menos, dar cursos de cualquier género en una escuela puesto que ello me habría abierto las puertas de un sindicato. Mas, Santiago se oponía. Decía riendo brutalmente, que las maestras tenían, sin necesidad de mí, bastantes teorías en la cabeza, y que no había para qué ayudarlas a corromperse un poco más. Pero si al oírle su ofensa me ponía un poco triste, él me tomaba las manos asegurándome que bromeaba un poco y prometiéndome destruir en mí todo lo que quedaba de malo, de burgués.

"Vivimos así las abyectas horas del Directorio. El movimiento obrero había sido traicionado otra

vez por sus jefes innatos, bajo el terror policial, y se dislocaba en una confusión terrible. Sólo algunos protegían la llama, hablaban de reanimar por medio del ejemplo, del odio, del valor, la fe debilitada. Santiago partía, a veces, secretamente. Le veía venir de Bilbao, de Barcelona, diciendo que la policía infectaba hasta los mismos núcleos, que no había más que provocadores, que en el espanto, los obreros se volvían eunucos, y se mostraban llenos de desengaño, de odio, de voluntad.

"Quise dejar mi casa, compartir su vida. Sentía que eso, sí, decididamente me salvaría. Le suplicaba aceptarme a su lado. El rehusó. "No, decía, no. Tú no tienes de la miseria, de la lucha, más que el espectáculo. Todo eso que no es nada, tú no podrías soportarlo. No estás madura. Todavía no". Yo exclamaba que él era injusto, que yo sufría en esa duplicidad, en esa mentira en que mi vida se desviaba; que ya estaba cansada de correr desde el Prado a Ventas, de dejar aquellos que comen aceitunas sobre una mesa cubierta de periódicos para ir a recibir de una camarera, un vestido de noche. Santiago reía sordamente diciendo que era mejor así; que era preciso no comprometerme en los acontecimientos que iban a llegar."

* * *

El hecho de que esta niña tan orgullosa se confesara a mí con ese impudor tranquilo en nombre de una amistad de tres días lejanos, me inquietaba, me molestaba. Yo no podía comprender bien su gestión, puesto que no me daba ningún detalle preciso al respecto. Enumeraba, en cambio, todo, desde la manera como fué poseída hasta la duda que su amante no dejó de tener con respecto a ella hasta el último día. Todo lo enumeraba, todo lo describía. Le acusaba por eso esa especie de misticismo materialista en el cual la había visto en otro tiempo impregnada, y tal hecho me hacía dudar de que no hubiera cambiado hasta el fondo, como lo pretendía tan placenteramente.

—Entonces — dijo ella—, sucedió lo de Sevilla.

Como si se hubiera encontrado de pronto en la hora presente, su rostro tomó una expresión de energía, de voluntad. Y vi de nuevo en sus ojos su flama de iluminada.

Una noche se supo en Madrid la matanza de San Fernando. Pilar estaba en la habitación de Ventas. Santiago leía. Vino Zapato. Vinieron otros camaradas. Se mostraban abrumados, ahogados de cólera, de impotencia ante ese nuevo crimen. Y el golpe iba a doblegar esa fe que allá comenzaba a crecer. Hacía falta un ejemplo, un rayo de claridad en esas tinieblas. Un viejo — un catalán que en los tiempos de Ferrer había herido a Martínez Anido—, dijo que era necesario ejecutar a Salvador Alba. Tal idea alivió inmediatamente esas almas que no podían ya llevar su propio peso.

—¿Quién se encarga de ello?

—¡Yo!

—No, viejecito — exclamó Zapato—. Fíjate cómo tiembla tu mano. Yo.

Y Maurer dijo:

—¡Yo!

Los dos partieron al día siguiente. La cosa tardaba. Era preciso escoger el lugar, la hora y que todo fuera brillante, ruidoso, saludable. Se supo que el general salía a caballo, alrededor de las siete. Subía por la Arrebolera hasta el paseo de Capuchinos. Decididamente, Pilar había echado una cruz sobre su vida. Se encuentra así el viejo fatalismo del tiempo en que los sarracenos se retiraban detrás de las llamas. Ella esperaba en Cádiz en un pequeño hotel frente al puerto.

Santiago y su amigo llegaron un día hacia las diez, cuando ella estaba en la ventana. Les vió descender de un auto que partió inmediatamente.

Santiago dijo:

—Ya está todo.

Zapato dijo:

—Creo que hemos borrado las huellas, pero es necesario embarcarnos antes de una hora. Si no...

Y sonreía haciendo el gesto de pasar una cuerda alrededor del cuello.

Pilar abrazó a su amigo. Jamás había estado más tranquilo, más tierno.

—Yo parto contigo — dijo ella.

Santiago la miró largamente hasta el fondo de los ojos, le tomó las manos sacudiéndolas.

—¿Has reflexionado bien? — preguntó.

Ella dijo sí, con la cabeza.

—¿Bien reflexionado?

Dijo sí.

—Entonces, eres una gran mujercita.

Ella recogió su abrigo, su sombrero y partieron.

Tocaron al siguiente día el Portugal. En Lisboa, sus camaradas les dieron dinero, pasaportes. En Burdeos todo fué fácil.

Los tres estaban contentos, felices. Una gran paz llenaba su corazón. Los tiros de Sevilla habían despertado en España algunas almas que se adormecían.

Pilar dice:

—¿Comprende usted? Ahora estoy lavada, lavada. El me habla con sus mejores ojos como si yo fuera una cigarrera, una campesina. Ya lo siento; comienzo a merecerlo.

* * *

Esa misma tarde fuí a la prisión.

En ese locutorio donde yo esperaba a Maurer, me olvidé de Pilar, de su triste historia de amor, de su corazón dualizado. El hecho de que mi espíritu rechazara el atentado individual, no podía impedir que una violenta simpatía me acercara hacia ese

hombre que había matado. No hay duda alguna de que las revoluciones no se hacen de esta manera. Pero en esa España del Directorio, donde la revuelta era un juego viejo y adormecido, ¿no estaba permitido a algunos el lanzar la chispa para hacer levantar las cosechas de llama? Y este hombre había sacrificado más que su vida.

Me preparaba a verle aparecer con su uniforme de detenido, tener que buscar bajo su envoltura gris las líneas de ese cuerpo de luchador y, bajo esta luz limpia y administrativa, tratar de reconocer ese rostro con el cual ya había soñado. Pero me olvidaba que aún no estaba condenado a nada; estaba simplemente detenido por la justicia de este país para ver si se cumplía la extradición y, entretanto, tenía que considerarle inocente, a pesar de todo.

¡Ah! Le veo entrar. Mi mirada lo abarcó de pronto. con ese traje de confección oscuro, mal cortado; emergía el cuello desnudo de entre la camisa entreabierta. Era, exactamente, el que en la soledad nocturna había doblegado a Pilar bajo su fuerza y su belleza. Esa cabellera negra y temblorosa, ese hálito, esos rasgos a la vez ambiguos y regulares, esos duros ojos que inmediatamente me vieron, me penetraron como si el hombre se asegurara de mí.

Hice que se sentara, le dije mi nombre y que Pilar me había rogado venir a verlo. Comenzó a sonreír y me tendió la mano.

—Gracias — contestó—, pero nadie puede hacer nada por mí. Había que evitar esta detención. Pero ya estoy detenido. Le están haciendo perder su tiempo.

Yo había creído que debía exponerle los peligros de su situación. Su clarividencia brutal me dió miedo. Le expuse que había una o dos probabilidades de sustraerle a la extradición y que debíamos intentarlas. Le dije que si ponía una alta gloria en desdeñar la desgracia, nadie aprovecharía de ese valor en el vacío, y que el movimiento revolucionario estaba pobre de hombres como él.

—Pero — dijo sonriendo—, no se moleste usted en convencerme. No he hecho ningún voto de suicidio. Si puede sacarme de aquí, estaré contento. Tengo para ello muchas razones. Sin embargo, le digo que no tengo grandes esperanzas.

E inmediatamente agregó:

—Usted puede hacer algo por mí. Hablarme un poco. ¿Qué pasa en España? Desde hace dos días no he visto ningún periódico.

Acababan de estallar algunas huelgas en Santander. Se lo dije; y así, con toda naturalidad, nos pusimos a conversar de España, de la Dictadura, de los sindicatos.

Me interrumpió bruscamente:

—¿Usted es libertario?

—¡No! Antes del 28, pertenecía al Partido Comunista.

—Entonces — dijo sonriendo—, entonces, para

usted yo no soy más que un asesino vulgar, bueno para la horca, después de todo...

—No, Maurer — respondí—. Usted se equivoca. Es cierto que no puedo aprobar sus métodos; son los de aquéllos que creen que la Historia se hace con héroes. Y temo que, al fin de cuentas, no causen al movimiento obrero tanto mal como bien. Pero le ruego que no me considere como un enemigo o como un imbécil.

Entonces rió con toda su alma y me habló como a un amigo.

* * *

Nunca ví una persona más simple que ese hombre que acababa de dar una lección de rebeldía a su país.

Hablaba muy rápido, pronunciando largas frases sin tomar aliento, aspirando después una gran bocanada de aire. Y se le sentía, sin duda, un alma ardiente, pero bien guardada en un duro metal.

Los acontecimientos que él había realizado nos los contaba con una objetividad tal, con una serenidad tal, que si no hubiera empleado el yo, uno se habría preguntado si era él quien había tenido que actuar.

Decía de Alba:

—Era un general como los otros, ni mejor ni peor; un poco hablador. Pero en esos acontecimientos de Sevilla resultaba siendo como una especie de proyector ante España. Sin este golpe, sin su muerte, habría recaído una especie de parálisis sobre los hombres que comenzaban a moverse, y por largo tiempo.

"El atentado fué esto:

"Esperamos una hora en la Avenida. ¿Teníamos frío en las manos?; no lo habíamos previsto. ¿Nuestros diez dedos adormecidos podrían manejar bien el gatillo? Para calentarlos encendimos cigarrillos y soplamos con el humo en nuestros dedos. Les vimos venir de lejos. Galopaban. Zapato atravesó la Avenida; cuando pasaban frente a nosotros disparamos a un mismo tiempo. Nuestras balas se cruzaron; el ayuda de campo cayó primero y el general fué lanzado por su caballo a tierra. Fué fácil partir: el auto nos esperaba en una esquina de la Avenida Miraflores.

"La evasión no costó nada.

"Tuvimos la suerte de encontrar un barco que iba vacío a Setubal. Allí leímos noticias del asunto en los periódicos portugueses. Aquello había hecho una buena "barda".

El empleaba en sentido contrario esta palabra que para su pensamiento supongo que significaba: "escándalo", "ruido".

"Pensamos volver inmediatamente a Madrid por ferrocarril, pero en Lisboa tuvimos noticias inquietantes. Nos decían que nos "metiéramos". Zapato no quería. Tenía razón. ¿A qué haber hecho ese rodeo?

En París todo se estropeó. Maurer a la salida de un mitin fué detenido en una redada y un comisario de la brigada política le reconoció.

Hubo en una esquina una escena divertida. El tipo quería detenerme. Yo saqué mi revólver. "Está claro, le dije, si usted se aproxima, habrá un muerto. Usted comprende que para mí, lo mismo es aquí o allá. Me es igual aquí". El no tenía ninguna autorización precisa. Temió, sin duda, el riesgo y me dejó partir.

"Volví y dije a Zapato: "¡Larguémonos!"

"Pero en Bélgica eso no duró mucho.

"Alguien debe habernos entregado. Se nos tomó a las seis de la mañana. El hotel se llamaba "Esperanza".

Es así cómo Santiago Maurer veía aquella aventura que había sacudido a España.

* * *

Pero a medida que me hacía su relato, se apoderaba de mi corazón una sorda angustia. Decía: "Zapato". Decía: "Nosotros". No pronunció ni una vez el nombre de Pilar. ¿La había ya suprimido o quería guardarla lejos de una aventura peligrosa?

Yo no podía interrogarle. No tenía nada que hacer si entre ellos había sobrevenido algún disgusto. Yo oía ya a Pilar obcecada por su duro amor, preguntarme anhelante: "¿Qué ha dicho; qué ha dicho de mí?" Pero me levanté, dije hasta pronto a Maurer y le di la mano.

Cuando estuvimos ante la puerta se volvió bruscamente hacia mí:

—En cuanto a Pilar — me dijo — lo mejor es que regrese. Explicará cualquier cosa a su padre y nadie sabrá jamás nada. O se harán los desentendidos.

Y agregó:

—¿Podrá venir aquí? ¿Podremos despedirnos?

Sentí ante tal tranquilidad, una especie de protesta.

—Pero — le contesté—: ¿se imagina usted que va a aceptar abandonarle así? No creo que renuncie fácilmente a vivir con usted. Su camino está elegido y me parece que ha roto decididamente con su familia, con su clase, y que pertenece ya al movimiento obrero, a la revolución.

Maurer sonreía dulcemente.

—Sí, sí — dijo—. Ahora, sin duda. Ahora. A pesar de que ella sale del medio más podrido de España, se mostraba bien templada, con una verdadera voluntad. Pero, ¿podrá resistir sola? Es muy pronto, creo yo.

Y agregó, sin enternecerse:

—¡Ah, si no hubiera caído yo...!

—Sea — dije—, pero el hecho de que usted quiera hacerla partir, sería para ella un duro golpe. Y, en todo caso, inmerecido. Si la desgracia permitiera que le volvieran a usted a España, aun

en ese caso, ¿no podría ella ocupar su lugar entre sus camaradas?

Maurer se quedó callado.

—Sólo yo — dijo al fin — tengo enteramente confianza en ella.

Y asomó una especie de sonrisa.

—Es de usted de quién ella me ha hablado hace tiempo. ¿Son amigos?

—Sin duda.

—Y bien. Eso es todo, no hay nada que hacer. Que regrese. Es lo mejor.

Y agregó apretándome de nuevo la mano:

—Pero dígale que la quiero mucho.

* * *

Pilar llegó inquieta. Buscaba la imagen de Santiago, el sonido de su voz. Mendigaba. ¿Acaso había descubierto de nuevo otra razón de ser?

Yo le hablaba de la tranquilidad de su amigo, de su increíble valor.

Ella decía: "Sí, ¿no es cierto? ¿No es cierto?" Y agregaba: "¿Qué dice de mí?" No me atrevía a comunicarle su voluntad, tan rápida, tan brutalmente. No había duda de que ese hombre duro no confiaba demasiado en esta alma y yo difería el tiempo de significarle la extraña despedida.

—Quiero verle — decía Pilar—. ¿No puede usted hacer que yo le vea?

Pero, según los reglamentos penitenciarios, ella

no era nada para él; ella no existía. La dirección de la prisión no puede admitir en las visitas a las compañeras no casadas. Y, por otro lado, se encontraba en este país, después de todo, un tanto ilegalmente.

Pero se escribían. La vi sentarse un día ante mí, blanca y como mutilada.

—Quiere — decía — que yo me vaya. ¡Ah! Nosotros no amamos de esa manera...

"Nosotros".

¿No era esa la misma vieja palabra que en Ginebra me había hecho sentir como una quemadura? ¿A qué error de su vida pasada se prendía ella aún en ese momento? Y hasta gimiendo por la injusticia, ¿no daba razón a Santiago? Se lo dije duramente.

—Es verdad — me respondió—. Pero uno se gasta el alma y las uñas sobre estos hombres de hierro.

* * *

El proceso duraba. Madrid no enviaba el expediente. Ante esta dilación, yo tenía esperanza de suspender la detención, obtener una prórroga provisoria que significaría la libertad. Mi amigo X... que había asumido la defensa de Miguel Zapato no tuvo éxito en una gestión hecha al Ministerio de Justicia. La orden era regular; había que esperar.

Maurer sin libros, sin periódicos, no hacía más que caminar en su celda.

Pilar, destrozada por la ausencia, la soledad, dudando de él y de ella misma se arrastraba en la ciudad y volvía a llorar a su habitación. Compraba todos los periódicos que podían darle noticias de España; buscaba los ecos del hecho; no leía otra cosa, y tiraba al canasto las tristes hojas.

—No regresaré — decía ella — si no es con él. Si le fusilan, yo también, ¡ah!, yo mataré a alguien.

Pero por esos mismos días en los que hablaba así, yo descubría en su ánimo un decaimiento extraño, un retorno subterráneo de sentimientos, de ideas que ya creía desaparecidas.

—Y si me casara con él — me decía—, ¿podría ir a verle?

No es nada imposible casarse con un preso. Pero yo le decía que esta formalidad, en su situación, no dejaba de ser complicada; que ella se encontraba aquí, después de todo, sin papeles presentables; que haría falta obtener de Madrid papeles de estado civil; que para Maurer, por lo menos, no se darían prisa en enviarle; y que hasta entonces...

Pero, yo lo presentía, no se trataba para ella solamente de volver a ver a Santiago.

—Al menos — decía—, yo habría sido alguna cosa para él.

¿Es que ella buscaba el orgullo de haber sido hasta la esposa de un obrero? ¿Es que simplemente

creía darse por medio de este acto que para [illegible], amigo significaría el sacrificio de una idea cara? una prueba de su amor? ¿O sólo se trataba de que al sentir toda su derrota, se ponía instintivamente en regla con un código moral cuyo espíritu seguía alentando en ella?

—Quiero — repetía — haber sido su mujer de otra manera que así, para todo el mundo.

—Pilar — le decía yo—, analice bien su corazón. ¿Acaso Santiago se sentiría orgulloso si leyera todo en él?

Ella permanecía largo tiempo en silencio; sus pestañas se agitaban y retiraba de ellas dos lágrimas con sus dedos.

Pero en la mano que me tendía sentí menos confianza.

* * *

Mientras que aquí, mis amigos y yo, nos preparábamos a disputar con los textos de ley, los campesinos no abandonaban a los suyos.

Cuando en España se supo que los victimarios de Alba habían sido encerrados en una prisión de Bruselas y que el Directorio exigía que no fuesen libertados, hubo muchos que en el pueblo juraron que el poste de ejecución no sería levantado. Un sordo rumor recorrió el país. Se presentía huelgas. Quizá desgracias más grandes.

El Gobierno, fatigado por seis años de lucha, por otro lado, la balanza de su comercio se des-

Maurer sin libros, sin periódicos, no hacía más que caminar en su celda.

Pilar, destrozada por la ausencia, la soledad, dudando de él y de ella misma se arrastraba en la ciudad y volvía a llorar a su habitación. Compraba todos los periódicos que podían darle noticias de España; buscaba los ecos del hecho; no leía otra cosa, y tiraba al canasto las tristes hojas.

—No regresaré — decía ella — si no es con él. Si le fusilan, yo también, ¡ah!, yo mataré a alguien.

Pero por esos mismos días en los que hablaba así, yo descubría en su ánimo un decaimiento extraño, un retorno subterráneo de sentimientos, de ideas que ya creía desaparecidas.

—Y si me casara con él — me decía—, ¿podría ir a verle?

No es nada imposible casarse con un preso. Pero yo le decía que esta formalidad, en su situación, no dejaba de ser complicada; que ella se encontraba aquí, después de todo, sin papeles presentables; que haría falta obtener de Madrid papeles de estado civil; que para Maurer, por lo menos, no se darían prisa en enviarle; y que hasta entonces...

Pero, yo lo presentía, no se trataba para ella solamente de volver a ver a Santiago.

—Al menos — decía—, yo habría sido alguna cosa para él.

¿Es que ella buscaba el orgullo de haber sido hasta la esposa de un obrero? ¿Es que simplemente

creía darse por medio de este acto que para su amigo significaría el sacrificio de una idea cara, una prueba de su amor? ¿O sólo se trataba de que al sentir toda su derrota, se ponía instintivamente en regla con un código moral cuyo espíritu seguía alentando en ella?

—Quiero — repetía — haber sido su mujer de otra manera que así, para todo el mundo.

—Pilar — le decía yo—, analice bien su corazón. ¿Acaso Santiago se sentiría orgulloso si leyera todo en él?

Ella permanecía largo tiempo en silencio; sus pestañas se agitaban y retiraba de ellas dos lágrimas con sus dedos.

Pero en la mano que me tendía sentí menos confianza.

* * *

Mientras que aquí, mis amigos y yo, nos preparábamos a disputar con los textos de ley, los campesinos no abandonaban a los suyos.

Cuando en España se supo que los victimarios de Alba habían sido encerrados en una prisión de Bruselas y que el Directorio exigía que no fuesen libertados, hubo muchos que en el pueblo juraron que el poste de ejecución no sería levantado. Un sordo rumor recorrió el país. Se presentía huelgas. Quizá desgracias más grandes.

El Gobierno, fatigado por seis años de lucha, por otro lado, la balanza de su comercio se des-

vencijaba, la peseta se desvalorizaba, en las ciudades se multiplicaban los banquetes de oficiales sediciosos, se rehacían las juntas, no tenía necesidad de nuevas complicaciones. Juzgar a Maurer y Zapato era fusilarlos necesariamente. Y fusilarlos era lanzar en España un clamor cuyo eco no podía preverse.

Bruselas esperaba el expediente de Sevilla. Pero no vino nunca. Es seguro que Madrid advertido por sus inquietudes trató de alejar toda amenaza de escándalo. Se produjo una especie de milagro. Un día condujeron a las rejas de la prisión a Maurer y Zapato. Allí se les devolvió su dinero, diciéndoles que se fueran.

Ni siquiera fueron perseguidos por haber usado nombre falso ni por haber tenido pasaportes falsificados. Ni siquiera fueron expulsados. Se les otorgó un permiso de permanencia dándoles su carta de identidad.

Zapato, ávido, inquieto, desesperado por lanzarse inmediatamente a la guerra, partió para la Argentina. Maurer, creyendo ver en su liberación un signo de que se aproximaban otros tiempos en España, decidió fijar por el momento su residencia aquí y esperar su hora.

* * *

Pilar y Santiago alquilaron en el centro de la ciudad un departamento de dos piezas pobremente amoblado.

Santiago quería trabajar inmediatamente, leer, vivir. Pilar, en la alegría de creerse salvada, lanzó una mirada sobre el comedor con sus muebles de pacotilla, hacia el lecho de encina sobre el cual se exhibía una colcha tejida al crochet. Se quedó callada y esperó que en días más tranquilos encontraría sitios que agradaran más a su gusto.

Les vi frecuentemente en los primeros tiempos de su vida común. Iba a encontrarles en un pequeño restaurante cercano a la Bolsa, donde sabía que ellos iban a comer ordinariamente. Llegaban uno después del otro. Pilar había leído, soñado. Santiago venía de cualquier arrabal donde buscaba trabajo. Se miraban sonriendo, se daban la mano.

—¿A qué buscar trabajo? — decía Pilar—. Yo tengo todavía dinero. Cuando se acabe, ¿quién sabe dónde estarán las cosas?

Pero Santiago quería trabajar, tener un oficio, volver a encontrarse con hombres.

Volvíamos frecuentemente juntos a su casa, se encendía la luz, se calentaba la estufa que se ponía a silbar suavemente esparciendo un olor acre. Pilar se sentaba en un pequeño sillón recto tapizado con un terciopelo rojo estampado, indescriptible. Reía de encontrarse tan mal, jugaba con la palabra destierro.

Santiago retiraba los libros, colocaba tres tazas, preparaba el café.

—Siéntate — decía Pilar—, este café va a ser innombrable.

Pero Santiago ponía a hervir el agua. Quería hacer algo con sus manos.

Las noticias de España eran pésimas. Una vez más, todo parecía volver a dormirse. Santiago recibía de Madrid, de Bilbao, cartas en las que se hablaba de hacer saltar las centrales eléctricas, los Bancos, de incendiar las ciudades para reanimar el decaimiento terrible de los hombres. El las traducía temblando.

A veces, cansado de haber caminado, pensado, dudado tal vez, parecía olvidarme por completo; hojeaba los periódicos, los libros, se ponía a escribir.

Entonces, como si se hubiera despertado de pronto, Pilar parecía volverse de nuevo la dueña de casa. Me traía café, me planteaba cuestiones agradables. Yo estoy seguro de que por aquel tiempo, esa vida, sí, la divertía un poco.

Esta joven a quien se había ayudado a vestirse, a desvestirse, se encontraba gozosa de coser, de arreglar la habitación. Ponía en ello una maestría asombrosa que me confundía. Por bromear, yo le preguntaba:

—¿Dónde llegó a aprender, Pilar, en qué dedo se pone un dedal y que hace falta agua caliente para lavar las tazas?

Pero ella respondía gravemente:

—Sé hacer aún otras cosas.

Santiago no oía nada.

Al fin de la jornada se volvía suavemente hacia

nosotros, sonreía como alguien que despierta, se levantaba, cortaba el pan, comía sin decir una palabra. Yo observaba a su amiga. Esperaba siempre ver en ella un gesto de protesta, un movimiento del rostro, una mirada. Pero no vi nunca en mi vida una mujer más entregada, más devota. Verdaderamente, sí, ella encontraba todo bueno y bello. Yo podía dudar, por lo menos, que ella no hubiera conocido nunca el verdadero placer, el verdadero deseo. Pero si era su espíritu solamente el que se entregaba a este hombre, ¡ah, cómo debía alimentar ese espíritu sus raíces en la propia carne, para que ella sonriera así, con esa sonrisa de mujer tranquilizada!

* * *

Una cosa más sorprendía en Pilar más que todo: el olvido en el cual tenía a su padre. Yo no podía comprender que ella hubiera partido así abandonando a aquel hombre para quien ella era una especie de tierna santa.

Ella se explicaba al respecto con una sequedad extrañamente natural cuya crueldad no me atrevía a sopesar.

Puse una carta sobre su mesa: "¿Dónde voy? —le decía—, ¿para qué decírtelo? Y tú no me creerías. Tengo bastante dinero. No te inquietes".

Y agregaba:

—Está habituado a mi locura.

Pero no era posible que ella, tan lúcida en todo, fuera en esto a tal punto inconsciente. Yo imaginaba la agonía de ese hombre tierno y sensible; le veía ir y venir, visitar a sus amigos del Gobierno, de la alta policía, reticente, discreto, destrozado, suplicando que encontraran las huellas de la fugitiva. Y suponía que las encontrarían muy bien.

Pero la verdad era menos patética, menos inhumana.

Creo que vale la pena decir la manera cómo lo supe. Pues es entonces cuando reconocí en Pilar los primeros signos de fatiga; esa nostalgia de un mundo del cual ella se había separado.

Caminaba un día por un bulevar cuando de pronto la vi detenida ante la vitrina de una joyería.

Parecía absorta en un grado increíble. Parecía querer marcharse, pero volvía inmediatamente inclinándose para ver las perlas.

—Pilar — le dije, tocándole en el hombro.

Me miró bruscamente. Fué como si toda su sangre afluyera a su rostro. Pero su vergüenza no duró. Pilar era de esa clase de mujeres que no se excusan nunca.

—¡Qué bellas son esas perlas! — dijo—. Mírelas.

—No sabía — le dije — que se pudiera apreciar verdaderamente la belleza de las perlas a través de tantos vidrios.

Pero no contestó la flecha. Miró aún un instante la vitrina, y como yo hiciera el gesto de partir, se puso a caminar junto a mí.

Llegamos ante un **tea-room.** Llegaba hasta nosotros un sonido de violín. Pilar se detuvo, me tocó el brazo y me dijo que quería tomar té, escuchar un poco esa música absurda que la calmaría seguramente.

—¿Es que usted no se alegraría recordar aquella noche, ¡ah!, en la que, después de todo, nos encontrábamos tan bien?

En esa sala donde las pantallas de pacotilla exhalaban una luz de pésimo gusto se sentó sin molestia y como satisfecha. Pensé en el horror que no habría dejado de manifestar en otro tiempo. Pensaba en esos glotones de los cuales hablan los relatos de viaje, a quienes el hambre hace encontrar deliciosos los malos pasteles llenos de grasa.

—Pues bien — dijo Pilar, como si prosiguiera una idea—, hace tiempo que quería hablarle. Me hace falta su consejo.

Trajeron el té. Azucaró mi taza y la suya lentamente. Pero yo veía sobre su rostro un poco adelgazado, imperceptiblemente marchito, un acento de tensión, de contrariedad como si aquello que debía decirme tendría que lastimarla.

—No le diré nada de nuevo al hacerle saber que estamos cerca de la miseria.

En verdad, tal declaración me sorprendió. Cuando Pilar y Santiago se habían instalado en su pe-

queño departamento amoblado vi la condescendencia que Pilar hizo a su voto de pobreza. Queriendo permanecer en ese barrio lleno de carácter, no quería ya marcharse de él, pero usando una palabra que me chocaba un poco en su boca, hablaba de "tirar todo", de devolver a la propietaria esas viejas maderas usadas, y comprar, a pesar de que la estada sería corta, unos muebles decentes, unas cortinas, y esa vajilla que les hacía tanta falta. Yo atribuía un poco a la hostilidad de Santiago, un poco a aquella complacencia que ella debía sentir viviendo como una pobre, el hecho de que no hubiera hecho nada de aquello. Pero suponía que ella dispondría de su fortuna y que hasta en el caso de que ésta se encontrara bloqueada allá, sus recursos serían siempre inagotables.

Le manifesté a Pilar mi asombro.

—Es que — dijo—, yo le he mentido un poco. No partí enteramente como usted cree. ¿Para qué ser cruel inútilmente? La historia es menos dramática. Puesto que le conozco creo que usted no me mirará mal por esto.

"¿A dónde iba yo? ¿La cosa resultaría bien? Y si Santiago llegaba a ser detenido, ¿podía yo volver a Madrid y mostrar a todos un corazón despedazado? Dije, pues, a mi padre que tenía necesidad de algún reposo y que pasaría quizás el verano y el otoño en Francia. Se mostró muy asombrado por mi brusca decisión, pero yo había partido muchas veces de viaje casi en esas mismas condiciones. Al

verme tan nerviosa, tan fuera de mí misma, él no hizo ninguna objeción. Hizo comprar mi pasaje para La Baule cuando yo tenía que dirigirme a Cádiz.

"Respecto al dinero, yo no preveía ninguna dificultad. Siempre he dejado que mi padre administre mi fortuna personal, la parte de la herencia recibida a la muerte de mi madre. Usted no me verá presidiendo consejos de administración... Al partir me figuraba que todo sería simple, que él me enviaría los cheques como siempre...

"Efectivamente, me los envió. Al pasar por La Baule encontré, en una carta tierna e inquieta que me expresaba sus temores por mi salud, un cheque. Yo jugaba una comedia fácil, escribiéndole que estaba bien, que hacía una vida atlética y que ganaba campeonatos de tenis.

"Me anunció que vendría por un mes a Francia y me pidió que fuera a reunirme con él en Cavour, sitio donde él pasaba en otros tiempos la estación. Lo desanimé. Se mostró lastimado, inquieto. Cuando después recibió, una después de otra mis cartas desde Bruselas y supo por los periódicos que Maurer y Zapato habían sido detenidos aquí, tuvo la intuición de que me encontraba mezclada en esa cuestión. Sin comunicarme sus temores me envió el dinero que yo pedía, pero urgiéndome que volviera.

"Empleó todas las maneras: súplica, ternura; me dijo que se encontraba enfermo, que tenía necesidad de mí. Me hizo reproches hirientes; se quejaba

de mi dureza, de mi hipocresía; finalmente, me amenazó. Pero yo respondía a todas estas invitaciones y órdenes en un tono zalamero, diciendo que no me gustaría volver a España antes de la revolución.

"Creo que entonces mandó hacer investigaciones y encontraron mi nombre en el Hotel de Cádiz. Lo comprendió y supo todo. Ya eso era demasiado para él. Mi padre admite muy bien que sea revolucionaria, pero no que ponga las manos en la revolución. ¡Y en qué revolución!

"Me manifestó que todo estaba roto, que yo le había causado la más grande y mortal herida de su vida. Cuando le supliqué enviarme dinero no me contestó más.

"¡Ah, yo sé que le he hecho sufrir y que él es el único ser sobre la tierra, sí, que me ama por sobre todas las cosas! Y no quiero hacerle nunca más una nueva herida. Pero, ¿cómo podría quitarle el poder que le confirí? ¿No hay medio de poder obtener un poco de dinero sobre esos paquetes de títulos? Después se verá...

—Supongo, Pilar, que esos títulos están depositados en algún Banco...

—Sin duda.

—¿Qué Banco?

—No lo sé. No lo sé.

—Para obtener un préstamo, usted tendría que ofrecer una fianza. Y ante todo revocar el poder que usted dió a su padre, en cualquier forma.

—¡Ah! Yo no puedo hacer eso; verdaderamente, no lo puedo hacer. Si tuviera siquiera mis alhajas...

Así, Pilar se encontraba esta vez, también dualizada.

Le dije afectuosamente:

—Usted sabe que, en último caso, se puede trabajar.

Miraba fijamente al frente como si tratara de reconcentrar sus pensamientos dispersos, de recoger en sí alguna promesa de salud.

—¡Ah! — dijo al fin—, sí..., pero ¿en qué trabajaría?

* * *

No era para asombrarme el hecho de que Pilar tuviera miedo ante la miseria. En caso contrario, ¿no habría sido sobrehumana? Pero yo me preguntaba si toda esa alma que ella mostraba, aun ahora, como su obra, no principiaría a deshacerse poco a poco.

Santiago había encontrado trabajo como tratante de fierro viejo en unas edificaciones del lado norte. En un momento dado llegué a creer, una vez más, que Pilar estaba salvada. De nuevo comenzó a embriagarse de ser la mujer de un obrero. Decía: "¡Ah! Es duro, sí, pero se resiste". Había dividido el dinero que le quedaba, en una decena de pequeñas fracciones y cada semana tomaba una de ellas para agregar al salario de Santiago. Se verá, se verá... Las comidas en el restaurante costa-

ban muy caras. Resolvió preparar ella misma la comida de la tarde. Alquiló un brasero, compraba las provisiones. Yo la encontraba por la noche amarrándose sobre su vestido un mandil ordinario.

Había comprado un libro de cocina y, leyendo las hojas, entre un salero y una balanza, practicaba con los utensilios flamantes, una especie de química. Santiago volvía, blanco de cal, reía, la empujaba, derramaba el aceite, rompía los huevos. Pero ella no se sentaba a la mesa más que cuando la comida estaba lista. Entonces se quitaba el mandil, se sentaba lentamente ante el mantel y se ponía a comer con un aire de princesa. Nunca la vi decaer en sus gestos.

* * *

Solamente el día en que sus reservas de dinero quedaron agotadas, la embriaguez decayó. Después de cuatro días, casi gastado ya todo el salario de Santiago, ponía un huevo menos en la tortilla; llenaba la garrafa con agua del caño. Se irritaba. Sin embargo, no manifestaba indigencia ni privación. ¡Quejarse ella! Pero en las conversaciones tomaba pretexto de una palabra cualquiera para buscar querella y descargar así sus nervios.

Si Santiago alababa algún libro, algún artículo, ella criticaba la forma, juzgándola pobre, insuficiente o ridícula; si él criticaba algo, ella descubría en el texto una idea luminosa que salvaba todo.

Fué en ese momento cuando volvió a encontrar los elementos dispersos de su ortodoxia comunista, los reunió en un haz para oponerlo a su amigo en quien la fe libertaria se agudizaba. Ella condenaba sus métodos bárbaros, llegando hasta a censurar el atentado individual, diciendo: "Esa especie de crimen místico". Parecía que todo ponía su alma a vivo.

Pero Santiago no se dejaba engañar. Un instante dado iba a exaltarse al sufrir de esa injusticia. Decía: "Tú reniegas ya", pero al ver a Pilar endurecida, flaca en su vestido de muselina ajada, la miraba largamente penetrándola hasta el fondo.

—Ya ves — decía él—, esto es la miseria. Por esto hacemos la revolución.

—¿Por esto? — respondía ella duramente—. ¿Qué es esto? Por lo que hay aquí es por lo que yo hago la revolución.

Y tocaba su cabeza.

Pero yo la veía entretenerse durante horas enteras con sus cuadernos de cuentas, los ojos fijos sobre cualquier cifra miserable, dejando que el agua hirviera hasta saltar y esparcirse sobre el brasero.

* * *

Vino el invierno. Llovió sobre las ventanas. Extendida en su lecho, sin fuerzas para comenzar otra jornada que sería como las otras, vacía y miserable, ella tardaba en levantarse y fijaba sus gran-

des ojos abiertos en el cielo raso de yeso y fumaba diez cigarrillos.

A las once se apresuraba, corría con un maletín para hacer sus compras. Así la ví volver, una vez, con los cabellos pegados a las sienes, las manos encarnadas, las rodillas brillantes bajo la seda agujereada por el agua. Sacó de su maletín una col, unas zanahorias, dos naranjas. Tiritaba acercando a la estufa su abrigo mojado que humeaba.

—Su país — decía — es un diluvio.

En ese momento volvió a cogerse de las formas, de los paisajes, de las cosas que habían hecho su vida antigua. Demasiado orgullosa para confesar que pensaba en su padre, en su habitación, en sus vestidos tibios que se encontraban en el gabinete de toaleta cerca del baño. Pero si hablaba, se refería siempre a diciembre en la provincia de Sevilla, donde se jugaba tenis entre el olor de los naranjales. A veces llegaba hasta a describir las danzas, las corridas de toros; tal era su necesidad de embriagarse.

Y si, rompiendo ese mal encanto en el que ella se sumía, le preguntaba por ejemplo:

—¿Y Santiago, se acostumbraba a esta vida?

—Santiago — decía ella—, ¡ah!, ¿acaso ha cambiado algo para él? Un poco menos de sol, un poco más de trabajo... Usted no sabe de qué cuero tan duro están hechos estos hombres.

* * *

Sí; una cólera desconocida se levantaba en sus ojos. Lo vi perfectamente.

Desde su liberación, Santiago se había mantenido al margen del movimiento revolucionario. En Bruselas no había, por esos años, ningún grupo al cual él hubiera podido ingresar; diez o doce anarquistas individualistas se reunían a veces en cualquier sitio, pero él odiaba a esos sobrevivientes de una época desaparecida.

No era él de esos hombres que se abstraen con los libros y se apartan largo tiempo de la acción. Había recibido del país algunas direcciones de compañeros dispersos, aislados. Fué a buscarlos, y fundó con ellos una nueva unión de comunistas libertarios. Cuando encontró trabajo frecuentó el Sindicato de la Construcción y descubrió dos o tres hombres decididos, decepcionados y perdidos. Los reanimó. Una especie de foco revolucionario comenzó a arder. A esa tarea en la que se sentía revivir, consagró él todas sus horas, todas sus fuerzas.

Hasta en altas horas de la noche pasaba Pilar sola en las piezas miserables. Cerca de esa estufa de gas cuyo calor seco raspa la garganta, los pulmones, leía con el mentón en las rodillas. Cuando Santiago volvía abrumado de fatiga, los labios calcinados, los ojos brillantes de entusiasmo y de agotamiento, ella le preguntaba duramente la razón de ese abandono, de ese desprecio.

—¡Ah! ¿Es para esto que he abandonado todo, mi familia, mi vida?

—Regresa a tu vida — decía él—. Tú no estás hecha para nuestro combate.

—¡Ah! Ingrato, ingrato — gritaba Pilar—. Después de que te he dado todo.

Hubo noches sin ternura, sin correspondencia. El, aplastado por el peso de la jornada se hundía en el sueño abrazando duramente esa quimera que acababa de volver a encontrar. Ella, mirando sin fin las luces de los autos que se reflejaban sobre el cielo raso, blanco, escuchando el rumor de la ciudad extranjera y esa lluvia que no acababa nunca, mientras caían cálidas lágrimas por sus mejillas que se iban marchitando.

En ese momento quizás estuvo a punto de perder el equilibrio, caer, abandonar ese apoyo de orgullo que la sostenía por encima de sí misma. ¿Bastaba acaso que ella amara a Santiago a través de su duro cuerpo inflamado, que le admirara hasta en sus exaltaciones desconocidas en las que ella no tomaba parte? Pero quedaba, creo yo, un antiguo sueño. Evadida, de retorno a sí misma, ya sin él, ¿qué haría ella de ese cuerpo, de ese espíritu?

Para igualarse a su amigo, a su nueva fiebre, opuso otra fiebre. En otro tiempo había dejado la Internacional Comunista para complacer a Santiago. Volvió a ingresar. Ni el insulto, ni la injusticia, nada podían herirle mejor.

El acusaba a su antigua vida fácil el hecho de que ella desfalleciera ante las privaciones, o, empleando la palabra que él usaba, que se "hundiera". "Parece — decía—, que no es fácil aprender a ser rico; pero tampoco se aprende a ser pobre. Hay arribistas de la miseria". ¿Y qué importa eso después de todo? Como el nuevo rico que come mal, Pilar, a su manera, comía también mal. Nada de eso interesaba a su vida, a su corazón.

Pero el hecho de que ella rechazara ese clima revolucionario en el que él la había trasplantado, el hecho de que ella retornara, "a esos aprendices de dictadores" y "a esos politiqueros", eso era para él, para sus hermanos, una traición que le dolía.

Quizá Pilar no había hecho ese acto sin cálculo. El resultado vino. Se produjeron entre ellos violentas discusiones.

—Tú has nacido renegada — decía Santiago—. Has renegado tu clase. Has renegado tu partido. No has venido hacia nosotros más que para renegarnos. Desciende todos los peldaños. Tu clase está al fin.

Pero Pilar respondía menospreciativa:

—¿Cómo podrías comprender tú esto, lo que es el orden?

Santiago hablaba, actuaba alrededor de una huelga, animaba a los vacilantes, inflamaba a los desanimados, se metía entre las redes de la policía, escuchaba a España que comenzaba a rugir.

Pilar, en su célula comunista, explicaba a los

obreros, fumando cigarrillos, las leyes del materialismo histórico, el mecanismo de la plusvalía y la dictadura del proletariado.

Así se hacía ese divorcio. Yo me pregunto por qué, en medio de la noche, se volvían a encontrar ellos en esa habitación para extender, el uno contra el otro, sus cuerpos que se desconocían ya.

* * *

Sin embargo, parecía que, de haber tomado contacto otra vez con el mundo, Pilar habría extraído un nuevo valor, una nueva voluntad de lucha. ¿O es que al fin y al cabo no quería saber ya nada de esa miseria?

Me pidió que la ayudara, decididamente, sí, a encontrarle trabajo.

Uno de mis amigos era abogado-consejero de la oficina comercial Hispano-Belga. Tenía necesidad de una secretaria que conociera bien el español y el francés. Pilar aceptó ese puesto sin entusiasmo, pero con firmeza.

—¡Mire mi vestido! — me decía.

Por un momento creí que esa disciplina le haría bien, le daría un justo sentimiento de la vida, de las relaciones humanas. Que tener un poco de dinero, la tranquilizaría.

Pero creo que el resultado fué enteramente opuesto. ¿Y cómo había podido equivocarme así, imaginarme que esos mil quinientos francos por

mes, servirían de algún socorro para Pilar? El poder comprar algo más que ensaladas, doscientos gramos de carne, una botella de leche, el poder **comprar,** hizo revivir en ella deseos adormecidos. Adquirió un vestido nuevo que le gustó tres días, para encontrarlo después triste, de mala tela. Compró cubiertos que lucían mejor, pero cuando solía tomar yo para azucarar el té una de esas cucharillas, ella me decía: "Es pesada, ¿no es cierto?" Que la cuchara fuera ligera, la hacía enrojecer.

Una noche de primavera la encontré sola y comiendo en la mesa. De algún sitio dejaba venir, como por una suerte de triste coincidencia, un fonógrafo ordinario, un aire de Albéniz. Ella no me oyó cuando volví a cerrar la puerta. Una melancolía miserable emanaba de esa habitación en la que el crepúsculo se arrastraba ya.

—Usted sueña, Pilar.

Fué como si ella esperara a alguien a quien hablar. Sin volver la cabeza, estirando sus manos hacia adelante.

—¡Ah! A pesar de todo, tengo valor — dijo.

Solamente entonces la vi. Alrededor de su cuello escotado había dos hileras de perlas ordinarias. Alguien que hace su propia parodia. ¿Hay en el mundo un espectáculo que produzca mayor malestar? ¡Y Pilar me había dicho ciertas palabras absurdas y altivas que desde hacía diez años permanecían aún en mi recuerdo! Me poseyó una especie de cólera.

—Las mujeres de su raza, Pilar, llevan perlas verdaderas o no las llevan.

Tuve inmediatamente vergüenza de esas palabras de melodrama. Yo odiaba su mal gusto.

Pero Pilar lloraba con la frente hundida entre las manos.

* * *

—¡Ah! — decía—, ¡también usted me desprecia! Usted me acusa de huir disimuladamente de esta vida en la que me he encerrado. Usted cree que la miseria es lo que me hace pedir socorro.

La recuerdo de pie, pegada al muro hacia el fondo de la pieza. Parecía que hubiera querido alejarse lo más posible de mí. ¿La había herido verdaderamente hasta el corazón?, ¿o esa palabra torpe había sido la chispa que liberta bruscamente las potencias acumuladas?

—No es la miseria. No; no es la miseria. Aceptaría, se lo juro, vestirme como una empleadilla, padecer hambre. Pero, ¿el hecho de que lleve una cruz sobre mi vida, el hecho de que haya sacrificado todo, hasta mis propios pensamientos, no basta acaso? ¿Es necesario que yo siga siendo para él una persona extraña?

"El prosigue su vida, su trabajo. ¿Qué me ha dado si no es una sonrisa prendida, esa sonrisa que se compone para las gentes que pasan? ¿Acaso para él no soy siempre, como en las noches del Guadalquivir, una especie de presa, una cautiva, sí, una especie de rehén?

"Usted dice que soy injusta. El me ha hecho ver muchas cosas, sí, me ha enseñado, me ha elevado hasta la rebelión. Pero eso no quiere decir que le guste a ese pobre, el extender cada noche su cuerpo contra mi miserable cuerpo de burguesa. Pero, amigo mío, eso sería el amor. Y en el amor nada se parece más a un héroe que un pobre diablo.

"Es necesario que me evada a algún sitio.

"Estos libros que he comprado, estas perlas miserables..., ¡ah!, todo es bastante risible, bastante triste.

"¿Cree usted que me engaño? ¿O cree usted que juego a la muñeca como una niñita? Merezco un poco menos de dureza, mi amigo. Yo no he tenido juventud.

"¿Cree usted que sea el dinero y todo lo que él me daba lo que me llama sin que me aperciba? Pero el dinero significa para mí cierto clima en que mi pensamiento estaba libre, en el que no tenía necesidad de vigilarme para complacer, para ser admitida, en el que alguien me amaba como a cosa suya... ¡Ah! ¡Qué he hecho de él!"

Pilar no podía soportar que después de haber sido así, tendría que volver, a causa de su sufrimiento, al lado de su padre, pensando que él había sido más desgraciado que ella misma.

—¡Ah!, amigo mío — decía—, sola, perdida, ¡ah, mi amigo!

Y vencida venía a llorar sobre mi hombro.

* * *

—Pilar, usted lo presintió esa noche de sus veinte años en la que me confesaba su alma dura y sensible. "¿Qué tenemos de común con esos hombres?" Ha tenido usted necesidad de diez años de sueños, de victorias, de derrotas para volver a encontrar esa verdad. Y ahora me dice con una voz de niñita desengañada: "No se aprende a sentir". ¿Es que ese hombre era demasiado grande para usted? ¿O es que para él se trataba de su país, de sus hermanos, del mundo, y para usted solamente de su cerebro, de su corazón?

* * *

¿Entre Pilar y Santiago se había tratado, alguna vez, de amor?

Yo no podía creer que en las manos de su amigo, Pilar fuera como ella decía, "un rehén". En los días de Sevilla, Santiago debió haber conocido, sentido, sin duda, con esta rica enteramente sometida, una especie de embriaguez salvaje como la de una venganza o de una promesa exaltante. Pero él era demasiado grande, demasiado desprendido de este mundo para haberse contentado con un placer tan mezquino. Y no habría consentido que Pilar le siguiera si no la hubiera amado.

El hombre estima raramente a la mujer que se ofrece a él. ¿Santiago, habría podido alguna vez tener el deseo de conquistar a Pilar? Pero al no haberlo hecho, no podía ya considerarla como su verdadera mujer.

Pilar sentía aquello muy confusamente. Es decir, no perdonaba a su amigo el haber desconocido su gesto. El hecho de que Pilar se hubiera dado así, y que él no guardara por ella una gratitud inmensa, era motivo de dura acusación.

—El me tomó — decía — como si estuviera acostumbrada a darme. Nunca ha pensado que yo quemé en los libros toda mi juventud y que a los veintitrés años seguía ignorando el amor como si esperara que él viniera.

En realidad, Pilar había sido una de esas jóvenes altivas y tímidas que colocan al amor en lo más alto de sus sueños, pero que no se atreven a reconocer en ellas el deseo y rechazan su sordo llamamiento. Yo estaba seguro de que hasta la llegada de Santiago, no había ni siquiera fijado su imaginación sobre alguna criatura, que no había ni siquiera representado ese juego que se llama **flirt.** Hizo falta que un hombre encarnara su aspiración más alta ante ella, para que consintiera a escuchar su carne. En ese momento se lanzó al amor con un movimiento brusco, ciegamente, como si alguna vez le hubiera dicho: "Acude, tú puedes".

Pero así como lo confesaba, ella conocía de los

juegos de la seducción, de la posesión, "lo que dicen las novelas, los libros de medicina". Es muy poco para atravesar el río el gritar, cuando nadie escucha. Apenas podía flotar. No dependía más que de ella, quizá, el cambiar en una gran pasión física la atracción que Santiago sentía por ella; una gran pasión en la que él mismo habría descubierto mil sentimientos desconocidos hasta encontrarse más allá de sí mismo. Pero para eso habría hecho falta cierta ciencia del cuerpo, cierta habilidad que ella desconocía. Pues jamás, ni cuando su cuerpo decaía en una espera desconocida, llegó a consentir ella el someterle enteramente, por un solo momento, su pensamiento. Y si se entregaba, por lo que fuera, era el cerebro de su amante lo que deseaba, sobre todo, contentar.

De esta manera, después de seis años de vivir juntos, esos dos seres no se habían compenetrado. Cuando se extendían el uno junto al otro en su lecho desconocido, solían preguntarse qué es lo que les había lanzado allí y quién era esta mujer, quién era este hombre. Buscaban en su infancia una imagen, un sueño de todo eso. En vano. Se miraban como cosas extrañas.

¿Decir eso a Pilar? ¿Hacerle entrever ese mundo que se le escapaba? Demasiado tarde. ¿Y si llegara a escucharme, a comprenderme, y si llegara a tentar para salvarse aún, atraer a su amante por la voluptuosidad, no habría creado, quizá, nada más que una triste orgía?

Y Santiago. ¿Tenía él necesidad de esta diversión, después de todo, bastante mezquina? Para ayudar al alma abatida de Pilar a encontrar un clima propicio, no empujaría yo a éste a un sitio donde tales hombres no tienen necesidad de descender? ¿Y no hacía falta, sobre todo, proteger su dureza?

Cuando vino de Madrid la noticia de que el Directorio caía, Pilar sintió una breve alegría. Volvió a posesionarse de valor. Santiago pensaba, como ella, que don Alfonso acababa de cometer, para salvarse, una falta que lo perdería pronto. El Directorio mantenía al reinado; el Rey había agrupado contra ese Directorio a sus propios enemigos. Berenguer tenía que ser, en cualquier forma, el partero de la República.

Es necesario decir que Santiago no se hacía ninguna ilusión respecto a esa República. Una vez instaurada, los campesinos que morían bajo las balas de los carabineros realistas, caerían también bajo las balas de los carabineros republicanos. Pero él podría volver allá, batirse.

Pilar pensaba. Batirse, sí. Batirse aún. Pero estar allá. "Mi país": para ella estas palabras contenían extrañas potencias de pensamiento y de ensueño. Ella sufría el exilio como todas las almas sensibles lo sufrieron desde Ovidio. Su corazón latía mejor al sentir que las puertas se abrían. Pienso también, que desde ese entonces ella entreveía ya sus arreglos y decía que todo sería fácil allá. Lo

cierto es que comenzaba a reconstruir una vida que valía la pena de vivir.

Se produjeron grandes movimientos en los medios revolucionarios españoles. Teniendo que concertarse con algunos camaradas, Santiago partió para París. Pensaba permanecer allí algunos días, pero resultó más de lo previsto y escribió que le retenía un trabajo; que no podría regresar sino después de mucho tiempo.

Esta noticia que debía entristecerla, fué para Pilar una especie de alivio. Respiraba mejor, se mostraba alegre y ponía un cuidado nuevo en sus vestidos. Arregló su departamento y se deshizo de algunas telas. Un día, cosa insólita, encontré flores allí.

—Le confieso sin rubor — me dijo—, pero ¿sabe usted que revivo un poco en estos tiempos? ¡Esa presencia eterna! ¿Es verdaderamente normal el encerrarse con un ser humano en un espacio de veinte metros cuadrados? Sin embargo, ¡ah!, yo le amo siempre...

¿Se trataba de aquella ambigüedad de sentimientos que muestra a veces el amor en el momento mismo en que es más intenso, o Pilar continuaba llamando amor a lo que no era ya más que amistad?

Por aquel tiempo, se arrastraba el sol de verano ante su ventana abierta durante una o dos horas hacia el atardecer. Pilar escribía cartas. No me las enseñaba. Pero supe que se volvía a comunicar

con sus amistades de España y no con las que había roto al partir, sino con aquellas que había dejado extinguirse en la primera época de su amor.

Para arreglar las cosas hacía expedir sus cartas desde Ostende, donde comenzaba la Estación. Para complacer, para ser comprendida hablaba en ellas del Kursaal, de los conciertos, de la sala de juego, pero no todos le creyeron seguramente; no siempre le contestaban. Algún eco de su aventura tenía que persistir allá. Aquellos que la ignoraban o fingían ignorarla le dirigían respuestas corteses y un poco frías, pero en la inquietud en que vivía la impresionaban hasta las lágrimas.

Ninguno era lo bastante amigo seguramente para decirle la verdad, hablarle del escándalo, aconsejarla útilmente. Me mostró algunas de esas cartas. Me asombré ante el tono impersonal, el vacío que tenían. Desde hacía tiempo había renunciado a detenerla en la pendiente por la que resbalaba y que acaso era su destino. Sin embargo, no pude abstenerme de decirle:

—Después de lo que usted ha sido, Pilar, no puedo comprender que se asombre ante tales indigencias.

Pero ella respondía:

—¿Cómo puedo, diga usted, continuar viviendo así, sin tener ya ni a mi padre ni a un amigo allá?

* * *

Detenido en París, a la salida de una reunión anarquista, Santiago fué expulsado de Francia. Le vimos llegar un día, enflaquecido por las malas noches, con los ojos devorados de luz.

—¡Ah! — nos dijo—, hay movimiento por el lado de Sevilla, de Barcelona.

—¿Sí?—decía Pilar con un acento vago.

Pero, ¿qué sabía ella aún del movimiento obrero? Enteramente tomada por su nueva pasión, no frecuentaba ni siquiera las reuniones del Partido Comunista. Sabía de España lo que decían los periódicos burgueses que llegaban hasta aquí.

Santiago vió eso, y la miraba en los ojos tranquilamente, cruelmente.

—Pilar — le dijo—, tú estás muy inquieta. Creo que vas a tomar el camino del regreso.

Y no era de España de lo que él hablaba.

No tuvo tiempo para reposar largamente. Los delegados de la emigración anarquista debían reunirse en Perpiñán con sus camaradas venidos del país. El quiso partir.

—Si te detienen — le dije—, eso quiere decir violación de expulsión y cárcel.

—¿Qué quieres? — me dijo.

Y se marchó.

Pasó la frontera por cerca de Halluín. Allí le detuvieron. Le llevaron a Lila, donde el Tribunal le condenó a cinco meses de prisión. Era el 15 de noviembre de mil novecientos treinta.

* * *

Pilar, que había vuelto con animación a su vida solitaria, se puso triste. Ese nuevo golpe la tocaba hasta el remordimiento. Santiago pagaba aún una vez más su valor. Sí; era un hombre. ¿Y qué había hecho ella por él? ¿No había debido estar al lado de su amigo, y ser capaz de reemplazarle, de llevar allá su mensaje?

¿Pero aquello era el amor, o el descontento de sí misma? Las mujeres como Pilar no pueden vivir más que con la seguridad del valer personal. Lloró, encontró sus antiguas palabras de herida orgullosa.

—¡Usted debe despreciarme! ¿Pero es que acaso uno se comprende a sí mismo?

Esta crisis no duró mucho. Escribió a Santiago cartas ardientes, cargadas de admiración, de inquietud maternal. Se prometió ser más justa, comprenderle mejor cuando él volviera. Eso la tranquilizó.

Pilar no había dejado de escribir a España; al contrario, perseguía ahora en sus cartas un designio preciso. Comprendí que quería aproximarse a su padre, que reanudaba su amistad con algunos de aquellos que estaban lo más cerca de él. Que hablaba para las gentes de allá de sentimientos que debían ir a su corazón. Algún día tendrían que encontrarse. Todo se borraría. ¡Cómo lloraría ella entonces de buena gana!

Las respuestas que le daban eran estudiadas

cuidadosamente, y buscaba a través de las palabras las simpatías más seguras.

¿Cuál era entre sus amigos aquel que quería olvidar su desdén y su extraña ausencia; cuál era el mejor, aquel a quien podía confiarse? Eligió a una señora anciana, la única amiga de su madre que la habría compadecido verdaderamente, la señora de Aguilar: su nombre evocaba una vida bastante turbulenta, la de un ser que había amado, sufrido increíblemente.

Pilar calculaba y decidió jugar un juego casi franco, llamar a aquella alma que debía comprenderla. Le confesó que había abandonado a su padre, que sufría y que no se atrevía a retornar cerca de él.

Por suerte asombrosa, esa mujer no había olvidado cómo se sufre en el dolor.

No había llegado a agriarse hasta no querer ser buena. Escribía a Pilar que quería ayudarla, le hablaba de su madre, le aconsejaba regresar, controlarse, volverse humilde, y, si fuera posible, simple. La abjuraba para no proceder ligeramente y le decía que, para volver, tenía que estar segura de no tener que arrastrar detrás de sí, un fardo de remordimiento.

Creo que era una alma noble y humana.

Un día le envió a Pilar un retrato de su padre. Pilar sintió un duro golpe en el corazón. Contempló aquel rostro envejecido y encontró en él, con espanto, un acento desconocido que no se atrevía a

llamar sufrimiento. Le cubrió de besos y de lágrimas.

Así volvía Pilar a aquel mundo donde había respirado verdaderamente.

* * *

En verdad, ¿renunciaba ella de nuevo y abandonaba a su amigo? No creo que en aquella época tuviera nunca esa idea. Ella había amado al campesino, había cultivado en él todos sus sueños: no estaban aún todos dispersos. Algunos se ponían a alentar aún; algunos que en otro tiempo ni siquiera había conocido. Le amaba aún. O lo creía. Si le hubiera venido alguna duda, la habría alejado con horror como a una mala visión. Nunca habría consentido en discutir a este respecto consigo misma en ese momento.

Algunos, entre sus mejores amigos, la juzgaban mal. La acusaban de inconstancia, de ligereza al ver que no asistía ya a las reuniones del Partido, al ver que se ocupaba demasiado de sí misma. Los mismos que no habían consentido nunca en tomar en serio a Santiago—ese anarquista, ese romántico—, manifestaban de pronto un vivo interés por él y censuraban a Pilar el haberle abandonado. Pero durante esos meses, ella imploraba en vano a la dirección penitenciaria que la dejaran ver a su amigo. Escribía a Santiago cartas ardientes, indiscretas, que no le eran entregadas; se en-

cerraba ante su imagen pidiéndole secretamente perdón por haberle desconocido.

Cuando hablábamos, si yo no me atrevía a hacer alusión del ausente, ella le nombraba a todo instante: "Santiago... decía, Santiago tenía razón de decir..., solamente ahora comprendo lo que decía Santiago..." Y cuando llegaron cartas de la prisión de Lila, parecía abrumada de felicidad. Esos pobres papeles que un censor había leído, tachado, eran mirados por ella con exaltación mientras le temblaban sus manos. No se atrevía ni siquiera a leerlos.

No; ella quería amar siempre, amaba siempre a Santiago. Pero se daba cuenta de que vivir en común con él había sido un error, una falta, una especie de malentendido trágico. Decía que no lamentaba el hecho de que el destino le hubiera impuesto esta prueba. Al contrario; pues en estas horas se toca el fondo de todos los peligros y, si el amor, la ternura sobrevino a ellos, ¡qué prueba de su fuerza, qué signo de su eternidad! Pero no dudaba ya de que su aventura pertenecía decididamente al espíritu. Y si los amantes, cuyo sueño es tocarse sin cesar, no pueden estar separados sin sufrir mil muertes, ¿no es verdad que esas uniones de almas se fortifican y se avivan en la ausencia? Cada día de separación, ¿no exaltaba la felicidad de amarse, felicidad que al estar juntos sólo se había presentido?

Al pensar así, ella creía justamente aun dar

la razón a Santiago. Santiago, este obcecado, que tomaba del amor lo que el cuerpo puede dar de sí, como se come; que mezclaba lo que de él puede dar el alma, con su fe, su voluntad de combatir por esa fe y de perderse en ella. Pilar interpretaba aquel pensamiento como un desprecio de la pareja pegada: cosa burguesa.

"El amor de dos seres como nosotros, decía entonces, no tiene nada que ver con esa complicidad abyecta que se denomina matrimonio. Es una especie de fraternidad, de francmasonería del alma. Y para eso, ¿no vale la pena permanecer dos?"

Y creía decir exactamente como él.

No se daba cuenta de esa astucia. Por medio de un esfuerzo de todo su espíritu se ponía en paz con su conciencia exigente. ¡Cuánta habilidad empleaba para engañarse a sí misma; con cuánto valor rechazaba ver que su raza, su infancia, los mil prejuicios de su vida pasada se insinuaban sordamente en ella y dejando crecer sus retoños volvían a vivir en ese suelo tan bueno. ¡Con qué triste valor o con cuánta cobardía!

En suma, ella se arreglaba. El mal tiempo tocaba a su fin. El exilio. Berenguer se hacía tontamente el furriel de la República. Iban a regresar. Era la hora de reconstruir su vida. Liquidar ese turbulento pasado, esta miseria sin grandeza y sin utilidad. Reharía esa existencia doble en la que había puesto un día lo mejor de sí misma, en la que había dado sus mejores frutos.

Volvería a encontrar a su padre, a aquella casa odiada y buena, de la que se parte más fuerte para luchar con el mundo. Se reuniría con Santiago en una habitación desnuda hecha a medida para ese hombre austero y, entre dos combates en una fiebre exaltante, lo mimaría cálidamente.

Así llegaba a hablar como la querida de un torero que se da al amor entre dos corridas. Pero, ¿se apercibía de ello?

—Pilar — le decía yo—, usted se prepara a todo, menos a la revolución.

—¡Ah! — me respondía—, usted no conoce a España. Habrá que sacudir primero nuestro Medioevo. ¿Cree usted que eso se hará en tres días?

Lo vi perfectamente: ella deseaba también la paz. ¿Acaso se puede pensar con justeza en el tumulto? ¿Acaso se puede hacer la revolución en la cabeza, vigilando una estufa?

* * *

La insurrección de San Jerónimo, el golpe de Jaca, la aventura del comandante Franco: los acontecimientos se sucedían resquebrajando la vieja España. Berenguer, que había vituperado la censura y la policía en tiempos de Primo, suspendía los periódicos y recomenzaba la represión. Los republicanos sintiendo refluir la marea popular se preparaban a confiarse a ella. Se hacía un clima de

insurrección; la palabra libertad pasaba a todas partes como una consigna y no se detenía ya.

Pilar se preparaba al regreso.

"Paciencia, queridito mío, escribía a Santiago. Van a traer la República. Nosotros partiremos a España."

Santiago contestaba que entonces comenzaría la revolución.

Pero, para Pilar, ¿se trataba de eso? Ella se escuchaba, pero ya no escuchaba más.

Yo le preguntaba si creía verdaderamente que la República sería un fin en sí misma; si podría traer siquiera algún alivio a los campesinos sin tierras, a los obreros parados o si al contrario, la verdadera revolución no estaría precisamente por comenzar después de la caída del Rey, de las Cortes. Le preguntaba si ella tenía fe en la República y en tal caso, ¿por qué no iba allá para unirse con los conspiradores?

Pero Pilar llegaba a figurarse que estaba verdaderamente exilada. Creo, sí, que quería figurárselo. ¿Acaso había confundido de tal manera su vida con la de Santiago; acaso la suerte de su amigo era en su pensamiento realmente la suya? ¿Es que esta ilusión le hacía bien y que el haber sido expulsada de su país le permitiría volver menos desolada y abrazando contra sí misma un fantasma de victoria? ¿O quizá si, inquieta de encontrar a su padre, a sus amigos, sin tener nada confesable que decirles, que declararles, encontraba

confusamente en tal mentira una excusa a su regreso?

En forma teatral, Pilar escribía:

"No volveré más que después de la República."

* * *

El invierno terminó sin que la Dirección Penitenciaria hubiera admitido a Pilar para ver a Santiago. Cada rechazo la hacía sufrir brutalmente. Al sentirse llena de esperanzas, feliz, no soportaba la idea de que en ese momento él estuviera solo, incendiado de ira al pensamiento de que allá hacía falta.

Pero sus preocupaciones no duraban largo tiempo. El nuevo fin que había dado a su vida no la dejaba distraerse. Y las cosas se acercaban cada día. ¿No la iban a encontrar desprevenida?

Por ese momento las cartas de la señora de Aguilar se hicieron breves, evasivas. No es que carecieran de ternura o de piedad. Pero parecía que su amiga hubiera recibido una consigna que no quería trasgredir.

Pilar se puso sombría, irritada, inquieta. ¿Es que habían sondeado a su padre? ¿Era posible que él la renegara? ¿O habría caído enfermo? ¿Y si su vida estuviera en peligro?

—Pilar, si su vida estuviera en peligro, la llamarían justamente.

Pero ella tenía los ojos más grandes, más fijos.

—Pueden — decía — temer que yo no vuelva inmediatamente y que la emoción lo mate. ¡Ah!— agregaba en voz baja como si tuviera vergüenza—, No le sobreviviría.

Se ponía pequeñita y lloraba en silencio.

* * *

Recuerdo una frase de Santiago en ese momento.

"No creo en aquellos que tienen una casa, un lecho, una familia, amigos", decía.

* * *

La pena de Santiago expiraba el 17 de abril.

Pilar debía ir a esperarlo. Contando las horas, impaciente, no pudo más y tomó el 15 el tren para Lila.

El 16, los periódicos publicaron que la revolución había estallado en Madrid. Un guardián se lo dijo a Santiago. Pudiendo elegir, había optado por la frontera belga, pero al tener esa noticia se hizo conducir de nuevo al registro y declaró que cambiaba de parecer, que quería volver a España.

El 17, Pilar pudo llegar hasta la entrada de la prisión. Santiago salía.

Se lanzó hacia él, le tomó en sus brazos. Ella lloraba de alegría. El sonreía.

—Queridito, queridito — decía ella—, ¿sabes que tenemos ya la República?

—Lo sé. Voy allá.

Lo llevaron para las últimas formalidades de libertad. Pilar permanecía allí desolada, con las manos vacías.

—Ven — gritaba Santiago—. Ven a reunirte, si puedes. Adiós. Adiós.

Y partió.

* * *

—Entonces, nos deja usted, Pilar.

Sus ojos mostraban extrañas lágrimas entre el brillo de una dura alegría.

—¡Ah! ¿Cuándo podré partir? ¿Acaso lo sé?

—¿Pero usted no es libre de hacerlo?

—¡Ah! ¿Cree usted que yo voy a ir allá al azar para dar vueltas alrededor de mi casa? ¿Paquete sin destino conocido?

Y tenía una risa seca que sonaba un poco falsa.

—No, no — decía—. Quiero arreglar mi vida, preparar mi regreso. No basta que el hijo pródigo vuelva a la casa. Tiene que vivir en ella. Ahora ya no estoy impaciente.

Pero sus labios, al temblar, la desmentían.

* * *

Santiago escribió de Madrid:

"Ellos hacen la República. A nosotros nos toca ahora hacer la revolución."

Pero Pilar criticaba su apresuramiento; decía que era preciso dejar que España respirara.

Ante la ventana por la que resbalaba el sol de primavera, ella soñaba. Su faz había perdido su aire duro, su aridez. ¡Cómo se pacifica un alma! Alrededor de ella, las cosas que Santiago, en su fiebre, había puesto largo tiempo en desorden rompiéndolas muchas veces, estaban ya arregladas. A causa de las cortinas que caían ya mejor y de las flores esparcidas alrededor, lo más pobre parecía suave. Pero si Pilar sufría aún, no era ya a causa de esa indigencia, pues en la ausencia de todo, ella no la veía ya. Era a causa de la nostalgia.

Leía en los periódicos de España noticias de las Cortes y la guardia civil, los obreros que incendiaban las iglesias y las reclamaciones de juicio contra los generales. Y decía:

—¡Qué hermoso juego de colores de artificio debe ser la Rosaleda!

Un día leyó que uno de sus tíos, que había sido ministro bajo el Directorio, acababa de ser detenido.

—¡Ah! — exclamó—, ¡qué inquietud para mi padre!...

* * *

La señora de Aguilar le escribía:

"Hija mía, vuelva. ¿Tiene usted tan grande orgullo? ¿Qué la retiene aún? Siento que se aproxi-

man tiempos muy duros. Tendremos que estrecharnos. Y cada uno de nosotros, en nuestro mundo, tiene necesidad de todos. ¿Puede usted exigir que aquel a quien usted hizo la más grande herida de su vida, se humille y la llame? Vuelva usted para curarle."

Estas frases sutiles y llenas de unción, que en otro tiempo la habrían hecho exclamar: "Nuestros higalgos descienden todos un poco de Loyola", llegaron a ella como un bálsamo.

—Sí — dijo—, soy inhumana.

* * *

Y decidió escribir a su padre.

Estaba en el término.

Se propuso hacer una defensa llena de nobleza. Que se la acogiera en nombre del pasado, de la ternura, sin que tuviera que pedir perdón. Compuso un exordio enteramente medido y lleno de amargura. Pesó sus frases, sus palabras. Pero, apenas había trazado las tres primeras líneas de su obra, cuando ya escribió: "¡Padre mío!, tú hija". Como si se hubiera aliviado de pronto, su corazón se despedazaba, se deshacía. Las lágrimas cayeron sobre las páginas, empañaron su mirada, su alma. Escribía sin ver, en una especie de delirio sonambúlico, entrelazando las exclamaciones de lamento y las de orgullo, los recuerdos y las quejas de niña. Y pedía perdón, perdón.

En una especie de pánico, sin querer pensar, reflexionar, temiendo tener un sobresalto de orgullo, temiendo volverse atrás, cerró la carta y corrió rápidamente para expedirla y hacer así lo irreparable.

Entonces, sobria, dividida, sintiendo que su vida se hacía y se deshacía cien veces, dudando si había procedido bien, temiendo el haber renunciado, lista a cualquier solución, se puso a esperar.

* * *

La respuesta vino. Decía:

"Hija mía: ¿Cómo podría yo no perdonarla? Sé que usted ha pecado como pecan los nuestros, por generosidad y por orgullo. Ojalá que no haya puesto en su vida algún error inexpiable, alguna mancha que no se borra nunca. Ruego a Dios que usted no sufra más allá de lo que un corazón puede soportar. No tenga miedo. No le haré ninguna pregunta que la forzaría a humillarse, que le haría daño sin curarla. Venga y trate de que yo olvide lo que muy bien quiero ignorar. La estrecho contra mi corazón."

No sé lo que Pilar hizo al leer esa carta: si lloró, rió de alegría, pensó en Dios. Pues en ese momento yo le era enteramente extraño.

Recibí de ella solamente unas líneas: "Parto. Quisiera despedirme de usted".

Por última vez atravesé aquel umbral misera-

ble donde la loba orgullosa y tierna había errado, fracasado, sufrido. De viviente no había allí más que las flores en la ventana abierta. Pues Pilar no vivía ya. Pero su vestigio, sí, era elegante.

Vi esas telas abandonadas, esas tazas, todo lo que había sido la pobre riqueza de esta muerta. Vi la maleta cerrada ya.

—Lea — dijo Pilar.

Yo leí, le devolví las hojas y me quedé callado.

Y no dijo más que:

—¡Qué nobleza!

La sombra se hizo. Pero, ¿a qué encender esta lámpara que debía apagarse inmediatamente? Vinieron a buscar la maleta. Permanecimos solos. Por la puerta que había quedado abierta oímos descender el paso del cargador.

—Adiós, Pilar. ¿Verá usted a Santiago?

—Sin duda. No lo sé... Dentro de algunos días...

Me abrazó.

Eso fué todo.

* * *

A la noche siguiente recibí esta carta:

"Querido, amigo querido: Hemos estropeado nuestros adioses. No sé qué miedo de hablar, de decir lo que valía mejor no decir, nos ha separado bruscamente. No se enmiendan ya las faltas de la vida.

"En el momento de dejar este país en el que he vivido dos años miserables y embriagadores, ¿cómo podría no pensar largamente en usted, ante quien estuve como desnuda, a quien nada de mí le fué escondido?

"Voy a arreglar mi vida. Muchas bengalas con las que pensé iluminar el cielo están mojadas Muchas cintas se han usado ya. Todo esto no serviría más que para el recuerdo.

"¿Qué le diré y cómo le agradeceré? En las peores horas, cuando me sentía resbalar a despreciables sueños, usted me despertó frecuentemente, y, a veces, hasta con dureza. No es esto ciertamente lo que usted quería. Pero en todo caso me devolvió el sentido de la dignidad. "Pilar, decía usted, las mujeres de su raza..."

"Me he sobrevivido. Se lo debo un poco a usted. Vale mejor, seguramente, que nos quedemos en paz. Olvide cuán pobre y desolada estuve a veces. Gracias a usted, me encontraré de nuevo. Adiós querido, amigo querido."

Releí diez veces esta carta medida. ¿Qué habría respondido yo?

"Indomable Pilar: La felicito. Usted ha guardado el sentido de las conveniencias hasta un punto que me confunde. ¡Qué hermosa carta de circunstancia me ha enviado! Veo, no sin placer, que cada término está pesado en balanza de farmacéutico.

"Gracias por su reconocimiento. Testimonia un noble corazón, pero es inmerecido, pues no he que-

rido nunca devolverle el sentido de su dignidad, sino, solamente, el gusto de no traicionarse. Como sucede siempre, usted ha comprendido lo que le convenía comprender. Quejarme de ello sería ingenuo.

"¿Cómo podría ignorar yo sus sentimientos y sus deseos expresados con tanto tacto? Usted quiere que olvide su fracaso. Ya está casi hecho. Y si yo contara su historia, cambiaría su nombre y las líneas de su rostro, su itinerario, las ciudades y la figura de su amante. Esté tranquila. Nadie la reconocerá.

"Sí; usted estará en paz, Pilar. Déjeme decirle, al despedirme, que yo la prefería en esos días cuando detrás de su taza de té, hablaba de sacudir, con algunos amigos, las bases del mundo. Pilar, ¿qué ha hecho de usted misma? ¿Qué va a cambiar ahora?"

Pero no le respondí nada.

* * *

Pasaron algunos meses. No recibí ninguna carta de España. ¿Qué se hacían Pilar, Santiago? ¿Se habían vuelto a encontrar, se habían reunido?

Yo leía apasionadamente los periódicos que hablaban de España. "Ellos han hecho la República, había dicho Santiago; a nosotros nos toca ahora hacer la Revolución". La revolución comenzaba. Una especie de onda humana recorría todo el país. En

Madrid, las Cortes hablaban como en tiempos de Romanones, pero, de Bilbao a Sevilla, las huelgas surgían. Y los guardias tiraban sin consideración sobre los cortejos de obreros.

En agosto partí para España. ¡Ah! Era la misma España a la que iba en mis tiempos de adolescente, y la amaba por su desierto de ocre, por sus montañas áridas y desoladas, por donde parece haber pasado el fin del mundo. Alrededor de las aldeas miserables bajo ese sol que todo lo mataba, que no dejaba vivir más que el amarillo y el oro, los mismos campesinos apilaban el trigo y daban vuelta en la era al aire libre, alrededor de su asno. Y las ciudades se ponían a vivir como antaño, por la noche, lanzando a sus callejuelas, alrededor de las fuentes y bajo los follajes calcinados que devolvían el calor del día, los mismos hombres, el mismo rumor.

Madrid parecía, como siempre, indolente y real, lanzando de la Calle Mayor a la calle de Alcalá la misma muchedumbre de rostros hermosos, el mismo tumulto de manos en movimiento y de voces. Y por las aceras, sobre las que los cafés desbordaban siempre, cien mil periódicos se abatían, por la noche, como una lluvia.

Así se había hecho la República. Pero había que ir hacia los Cuatro Caminos, hacia Ventas, a buscar allí en el relente de las carnes calientes, de los frutos frescos y de las cáscaras, un acento de desolación y de voluntad.

¿Dónde estaba Santiago en esta ciudad? Pero, ¿por qué tendría que estar en Madrid, cuando había lucha en Sevilla, en Barcelona? Yo podía, por lo menos, saber algo de Pilar.

Encontré en el paseo del Prado la residencia de su padre. La noche se hacía ya. La reja vasta y dorada estaba cerrada. Detrás de las palmeras del jardín se veían cuatro altas ventanas alumbradas. Tardaron en abrirme. El mayordomo, que parecía salir de una novela del año ochenta, me respondió con solemnidad, que la señorita se encontraba en San Sebastián, pasando el verano.

Algo así como feliz, subí hacia Alcalá. No podía analizar bien mis sentimientos. ¿Había deseado verdaderamente ver a Pilar? ¿No era a Santiago lo que yo buscaba a través de ella?

¿O me encontraba así por haber escapado al temor de encontrarla en el fondo de un salón muy grande, con un vestido de noche elegantísimo? Y pensaba en el tiempo de sus delantales.

En la Confederación General del Trabajo me dijeron que Maurer estaba en Barcelona.

* * *

Pero, ¿cómo encontrar a Santiago en Barcelona? Yo iba a caminar sin cesar por los arrabales, erraba a través del Barrio Chino, suponiendo que él podría esconderse por allí; acudía a los mítines sindicalistas.

Me lo dió el azar. Saliendo de mi hotel, después de comer, ascendía por la Rambla hacia la plaza de Cataluña. Me dejaba adormecer por esa luz nocturna, ese rumor de torrente lleno de gritos, de estrépitos en los que la muchedumbre alrededor de mí, se dividía. Extraña visión en el mismo límite del sueño y de la pesadilla: esa hilera de asientos en los que se hunden unos seres indolentes, aparentando dormir y que de pronto como tocados por una palabra perdida se pusieran a vivir con una vida extraordinaria; esos periódicos desplegados, esa fiebre en que las palabras, al caer, parece que chirriaran; esas caras que mezclan los ojos, los dientes, las bocas abiertas, tornándose para hablar, para sonreír. Santiago estuvo de repente cerca de mí.

Me apretó las manos. Le vi reír cerca de mis ojos. Su rostro estaba más quemado, más delgado, verdaderamente reducido a las líneas esenciales, piel sobre un esqueleto. Más allá de eso seguramente, se deja de ser un hombre.

Apenas podíamos oírnos. Me llevó, para aislarnos, a una enorme plaza cuadrada donde entre luces de teatro se inclinaban altas palmeras.

—Esto se llamaba la Plaza Real — me dijo—. Le han quitado el nombre. Ahora es la Plaza Maciá. He aquí uno de los más grandes resultados de su revolución.

Nos sentamos sobre una banca. Los grupos se

deshacían alrededor de nosotros, bajo los árboles, bajo las arcadas.

—¿Qué ha sido de su vida, Santiago?

Pero él hablaba de España, de las masas mal organizadas, de los jefes traidores, de los falsos ídolos, de la provocación, de los guardias.

—Nos piden papeletas de votos. Nosotros les pedimos tierras, salarios. Entonces nos envían sus máuseres y, con ellos, los guardias civiles. Si no estamos contentos, los guardias tiran, y los fusiles disparan. Eso deja muertos. Tanto mejor. Nada es más instructivo que un camarada que cae al lado de uno, el cuello todo ensangrentado y los ojos en blanco.

—¿Y usted, Santiago?

Respondió:

—Trabajamos.

Pero ya me hablaba de las malas consignas.

A medianoche me dejó bruscamente. Tenía una reunión en un sitio del Paralelo.

Le vi de pie, la cabeza desnuda. La luz le envolvía cruelmente haciendo de él una dura estatua. Iba a partir; ¿no hablaríamos de nosotros mismos?

—Hasta luego, Santiago.

Me atreví a decir:

—¿Y Pilar?

Sus labios permanecieron cerrados, pero vi flotar sobre su rostro una sonrisa extraña. ¿Acaso sufría? ¿Acaso podía sentir aún algún pesar, su delicado sabor agriculce? ¿O ya no pensaba en otra cosa?

Me dijo suavemente:

—¿Acaso no está ya hecha su revolución? Ella ha vuelto a su clase.

Me quedé en silencio. Me dió la mano.

—¡Pobre Pilar!

Creo que ese fué el único enternecimiento que vi en él.

Y se perdió entre la muchedumbre por el lado de la Rambla.

* * *

¿Cómo podré contar el resto?

Recibí en septiembre un paquete de periódicos sindicalistas. Todos hablaban de la huelga general de Barcelona y de las barricadas de la Vía Layetana. Encontré en ellos estas líneas:

"Un grupo de obreros que había tirado todas sus balas fué rechazado hacia el corredor de una casa particular de la calle de la Tapinería. Un destacamento de la guardia de seguridad capturó a esos veinte hombres, los registró, les puso esposas en las manos, los condujo en fila india.

"Los soldados de la escolta marchaban fusil en mano, por las aceras.

"En las puertas de la prefectura esperaban numerosos guardias.

"Al ver llegar a los prisioneros se pusieron a gritar: "Aquí están" y abrieron fuego.

"Cayeron ocho hombres. Tres muertos. Entre éstos se encontraba Santiago Maurer, que ejecutó en 1929 al Capitán General de Sevilla."

DITKA

Conocí a Multi en Amsterdam. Un camarada del Partido lo había nombrado, agregando dos o tres palabras que resonaban de extraña manera en ese café lleno de música: "búlgaro, exilio". El no había abierto los labios más que para fumar, aquella noche; labios cuya fineza excesiva noté yo. No pensé más en él.

Solamente una vez, al contemplar detrás de los cristales de una tienda, un pájaro de las islas, me pareció verle de pie cerca de mí, diciendo:

Mire... Mire...

Todo fué simple cuando le volví a encontrar, como si le hubiera conocido y querido siempre. Fué cerca de la estación; allí donde bajo un puente, contra los pilotes usados vienen a morir las pequeñas olas del Suidersee. Le veía de espalda, inclinado, con los brazos hacia atrás como alguien que aprende a hundirse en el agua.

Le dije:

—¿Le gusta el agua?

Se levantó lentamente y volviendo hacia mí su

faz tostada que dos o tres reflejos hacían como de cera, me respondió:

—En mi país hay montañas de piedra y son tan bellas que tú las creerías de plata.

Entonces nos fuimos juntos.

* * *

En los días que siguieron nos vimos a menudo. A los dos nos gustaba la decoración de las montañas vacías. El otoño terminaba. Vivíamos en el centro de la ciudad, allí donde las calles son canales. Llovía sobre la carretilla del vendedor de coles, sobre la canción a la sordina del trapero que compra pieles viejas. Teníamos miedo de que el agua destiñera las fachadas rojas, negras, azules, los rostros de las niñas que son de bermellón y hasta aquella misma agua de los **"grachten"** que alrededor de los barcos es de un verde violento. Era como si nos hubiéramos encontrado ante un paisaje de cinema en el que nosotros mismos parecíamos fotografías.

Hablábamos poco. A veces, Multi tiraba su cigarrillo apagado ya desde hacía rato y parecía soñar en el idioma de su país. Yo oía bellas palabras: "Vitacha, Nedelia", y tenía la impresión de que allá lejos, detrás de la lluvia, brillaban flores ardientes.

Frecuentemente llegábamos al "Rembrandtplein". Entrábamos bruscamente a un bar saturado de calor. Pedíamos, como si fuera a llegar una desgracia, café, té, alguna cosa que tuviera el gusto de la vida.

Así, una mañana, como alguien que se desentumece de pronto, Multi me dijo su historia. La lluvia caía lentamente a lo largo de los cristales cambiando en fantasma las imágenes de los transeúntes. En el café vacío aún, los camareros acababan de arreglar las mesas. El té humeaba. Multi exhibía su largo rostro exangüe, levantando raramente hacia mí sus ojos negros y pálidos.

—Camarada, ¿hace falta decirle? Multi no es mi nombre. Mi nombre es sonoro y molesto. Recuerda un pedazo de Europa que no está contento de sí mismo y hace levantar por más poca imaginación que se tenga, imágenes de sienes agujereadas, de cargas de caballería, de patíbulo.

"En fin, llámeme Multi...

"Mi padre es allá, digamos, un soldado, un policía. Lo que le puede dejar más tranquilo es creerme muerto.

"Yo tenía, hace tiempo, un gusto agudo por la aventura y me gustaba rodar por el mundo. Así, en 1915 pasé un tiempo en un Banco de Singapur.

"Mi país se preparaba a entrar a la guerra. Queriendo escapar de la policía inglesa, partí para Batavia. Allí, en la casa de un armador, aprendí el holandés. Eso debía, como usted lo ve, servirme un día.

"El año 1919 regresé a mi país. Los soldados

volvían mal desarmados. Se organizaban los procesos de alta traición: era la invasión del desorden. Había que revisar la idea de la patria, la idea de la victoria. Mi padre que había apostado a la mala carta no pensaba más que en salvar su cabeza. Dudo que se apercibiera de mi regreso.

"Me hice maestro en una aldea cerca de Lom Palanka.

¿Tuve necesidad de cierto valor para abordar ese período de mi vida, pues fué, como si dijéramos, glorioso. ¿Y qué soy yo al lado de esos momentos ya vividos?

"Usted no me conoce bien, me tiene sin duda por uno de esos pintores sin colores, por uno de esos poetas sin aliento que uno está seguro de encontrar en cada sitio un tanto fotogénico, un tanto cruel. Sea. Pero, ¿se ha apercibido usted que, además de eso, soy excesivamente cobarde?

"No sabría contarle esta especie de locura que en un momento dado me elevó más allá de mi mismo. Se habría dicho un milagro. Ahora mismo no me lo puedo explicar.

"Yo había estado lejos de mi patria durante tan largo tiempo. La encontraba despedazada. De un lado, la Universidad y los hombres de negocio, la pequeña finanza usurera, los agentes del extranjero. Por otra parte, los campesinos extenuados, ávidos y ese gran demagogo Stambulistky. Yo tomé el partido menos bueno; el que me obligaba a luchar contra los unos y los otros en compañía de

algunos obreros enardecidos que publicaban hojas clandestinas en un sótano.

"Llegó la jornada del 9 de junio de 1933; una nueva dictadura. La guerra civil se abatía sobre nosotros.

"En ese momento encontré a Ditka."

Multi se quedó en silencio de repente; parecía que esa palabra, Ditka, le hubiera agotado nada más que al pasar por sus labios. Tuve el sentimiento de que luchaba con su laxitud. Después se puso a hablar rápidamente como cuando uno hace para conjurar una imagen aun saturada de sueño.

—Era en Sofía, una noche, en una oficina estrecha, al fondo de un corredor. Se discutía en medio del áspero humo de los cigarrillos y el pesado vapor del café turco. Nadie la había oído llegar. Cuando yo estaba hablando la vi de pronto frente a mí, del otro lado de la mesa. de pie, muy alta. Comprendí lo que querían decir estas palabras: un rostro desnudo.

Multi recitaba ya.

Nada mentía en ese rostro reducido a las líneas esenciales del tipo humano. Y sus cabellos cortos, casi al ras, negros, casi azules. Y sus ojos abiertos de mirada recta. Y esa carne cálida y blanca. Y esas manos que no terminaban; ese torso duro en forma de proa.

Multi respiraba largamente.

—Yo hablaba como cuando uno está ebrio y lo sabe. Recogía todas las piezas de mi razón espar-

cidas a través de un sueño vago que ascendía. Cuando acabé, ella dijo: "Eso es".

"Al siguiente día volví a Lom Palanka, provisto de mis consignas. Pero mi vida no fué ya la misma.

"Recomencé a estar triste como en los tiempos en que abrazaba a mujeres amarillas sobre mantas más cálidas aún que la noche, en los que miraba la partida de los barcos desde el ángulo de un canal glauco.

"Que existiera ella eso bastaba para privarme de esperanza. El hecho de que diera su cuerpo a esta cosa sin forma que es la causa de los hombres, me hacía odiar un combate que hasta ese momento había tratado de amar.

"Un día regresó Ditka. Era un domingo. Toda la aldea estaba en la iglesia. Y solo más que nadie en el mundo, yo fumaba tristemente ante mi mesa desnuda. Al entrar cerró la puerta de nuevo.

"La estufa esparcía un calor pesado. La luz que pasaba a través de las cortinillas temblaba en la habitación. Lo recuerdo bastante. Verano falso. Estación falsificada. Luz ambigua. Con horror vi yo, vi, a través de su vestido, su cuerpo perfecto. ¡Sí! Como el anatomista ve el esqueleto a través de la envoltura carnal. ¡Sí! Exactamente. Cruel obsequio de esta vida...

"¿La escuchaba yo? Me dijo que el 16 llegaríamos a lo definitivo; que era necesario prepararse a todo, que ella partía hacia Kustendil y que venía a decirme adiós. Comprendí que ella también se

sentía atraída por mi triste cuerpo frotado de climas. Ella también.

"Le supliqué que no muriera. Le confesé mi cobardía, mi pobre heroísmo, la lucidez de mi razón, le confesé que mi mano se ponía a veces tan pesada que no podía levantarla ni siquiera para tocar una página, para tocar mi sien.

"¡Ah! Es eso, pues, lo que yo amo con mi cuerpo", dijo arrancándose la ropa. Y fué tan bella que ni siquiera pude sentir su desprecio.

"Espantosa jornada. Oigo la campana del domingo. Es un verdadero pecado, un verdadero pecado. Toco su cuerpo, lo tengo, lo aprisiono en mis brazos. Los campesinos pasan cuando las ventanas se apagan. Cantan. Siquiera ellos no tienen la mitad del amor en los brazos; el despojo de una mujer ausente.

"Entonces Ditka se pone de pie, me dice la hora del tren y se va...

"El 17 comunicaron de Sofía que la Catedral de la Semana Santa había saltado la víspera, a las dos. Los destacamentos de caballería llegaban ya a las aldeas seguidos de camiones llenos de obreros ensangrentados. Le juro que no habría sido nada morirme. Pero pasaron algunos duros compañeros que no conocían mi llaga secreta. Iban hacia la montaña y yo les seguí.

"Una mañana, cerca de Bercovitza, mis camaradas habían descendido al valle para buscar pan y leche. No volvieron más. Oí algunos tiros cerca

de la fábrica de tabaco. Me soterré. Por la noche hubo una tempestad. Sentado bajo la lluvia no hacía más que pensar en Ditka.

"El 12 de mayo pasé la frontera por cerca del ferrocarril de Tsaribrod."

Multi se quedó callado, abandonando largo rato sus manos demasiado hermosas.

—Entonces — dice al fin—, entonces heme aquí. Heme aquí.

* * *

Multi apareció un día ante mí, los ojos brillantes. Temblaban sus labios finos.

Me dijo:

—Ella vive.

Bajo el agua que recomenzaba a caer, abrió un periódico de su país. Yo no comprendía el sentido de esos extraños caracteres. Me explicó que Ditka Guercheva había aparecido bruscamente en las reuniones de los obreros de Plovdiv, en Chaskovo; que los jefes de la Liga Militar habían puesto su cabeza a precio; que acababa de ser detenida.

El agua caía sobre el periódico, sobre sus manos temblorosas.

* * *

Lo llevé a mi casa, le di té. Llevó la taza a sus labios y la depositó luego sin beber, como alguien

que olvidó el sentido de los gestos rituales. Después se echó un poco de alcohol.

Yo sabía que Ditka estaba en peligro. Multi no me había dicho nunca que la creía muerta. Contemplaba su rostro aniquilado, sus labios descoloridos que temblaban encima del líquido dorado. No me atrevía a preguntarle nada en ese momento en que todas sus fibras me parecían tensas al máximo.

Pero él hablaba ya. Hablaba demasiado. Yo no sabía ya si debía oírle.

—Multi — le decía—, cálmese usted.

—¡Ah! ¡Si ella estuviera muerta! ¿He querido creer que estaba muerta? ¿Usted comprende? ¿Lo he creído a fuerza de voluntad? ¿O es esta la manera como ella me dice adiós, empuja la puerta, desaparece como alguien a quien se tragan? No. No. Yo deseaba que no viviera. La puse en medio de todos los fusilamientos. Ella estaba entre esas víctimas desconocidas que los soldados entierran a montones por la noche, en los campos macedonianos. Estaba en todas las listas de asesinados que publican las agencias revolucionarias. Muerta. Para la comodidad de mi corazón.

—Multi — le decía yo—, tenga valor. Mañana me hablará.

—Ahora todo vuelve a comenzar. Ella resucita con su cuerpo y sus dos senos brillantes y su vientre de santa. Está viva. Vuelvo a ser el gran cobarde que ha dejado la tarea comenzada al primer tiro de fusil; el gran desgraciado que nutre bajo sus

vestidos al parásito celo y todas las larvas de las pesadillas. ¡Ah, Ditka! ¿Cómo van a ser mis noches?

—Multi — le decía yo—, usted está loco.

—¡Ah! ¡Si yo estuviera loco! Pero no; la razón me ha vuelto.

Me mostraba el periódico.

—Usted ve. La verdad ha venido a encontrarme aquí. ¿A dónde deberé ir? Va a ser preciso que reconstruya mi vida, pieza por pieza. Que haga trampa a mis sueños nocturnos, a mis veleidades de la mañana, que me diga, ¡ah!, que me diga cada día frente a frente: "Gueorgui, tú no tienes valor!"

Había pronunciado su nombre. Lo oyó de pronto y se puso a temblar.

* * *

Multi no volvió ya.

Me inquieté. Mas, esta escena de la que no supe jamás la parte que contenía de embriaguez alcohólica, de locura, de verdadero amor, se recomponía sin cesar en mi espíritu. Y no me atrevía a visitarlo temiendo que se repitiera.

Creo que yo estimaba a ese joven. Escuchaba con malestar irritante sus confesiones sin grandeza; pero no le hacía ninguna censura, ninguna exhortación. Para mis adentros pensaba: "¡Vete. Vete allá. Vuelve a pararte. Presenta la cara del coraje

al pensamiento de ese ser que te ha visto miserable, que te ha tomado como se toma a un abrigo para vestirse!" Pero no quería hablar. Sentía que la llama viva de ese hombre había ardido de un golpe y que ya estaba extinguida desde hacía tiempo. Ya no saldría ningún rayo de esos vastos ojos gastados. Y le veía recorriendo a lo largo esos canales rectilíneos, bajo el agua, cerca de esas aguas que no hacen ningún ruido...

Fué entonces cuando por azar supe quién era Ditka. Un amigo me lo dijo.

"Era una especie de santa sin esperanza.

Había salido del pueblo, de repente, el año diecinueve. Los obreros la llamaban la maestra; los estudiantes la llamaban la amazona. Fué de aquellos que, durante los doce meses del año veinte, llevaron la llama revolucionaria a los últimos parajes de la serranía, a los últimos rincones de los arrabales. Detenida dos veces por las gentes de Stambulistky, se había evadido dos veces de la prisión central de Sofía. Después de la jornada del 9 de junio, cuando los sindicatos fueron disueltos, el partido puesto fuera de la ley, ella continuaba surgiendo como una imagen, en Varna, en Kustendil, en Pleven ante los obreros reunidos. Acababan de capturarla como a una loba después de una caza en los bosques, del lado de Nevrocop. Desde la carreta que la conducía entre los guardias blancos gritaba a aquellos que están siempre cuando y

donde pasa la caballería: "Hasta pronto, hermanos". Ella ama la vida. Ríe; es la más bella.

Supe también que se esperaba la noticia de su muerte o de su suplicio.

Fuí a casa de Multi. La habitación estaba vacía. Sobre una mesa se amontonaban los periódicos búlgaros de los veinte últimos días con las fajas intactas."

* * *

Recibí una noche esta extraña carta:

"Amigo: ¿Tú también me abandonas? Si te da miedo la cobardía, tranquilízate. No es contagiosa. Tampoco lo es el amor.

"Ya no puedo evadirme. El alcohol cuesta caro.

"Permanecer frente a frente conmigo mismo, ¡ah!, ¿Cómo saldré de este diálogo? No me atrevo a ir hacia ti. Pero te suplico que vengas; sí. Quiero enseñar mi corazón desnudo.

Multi."

Fuí a verle.

Su puerta estaba como siempre, mal cerrada. No me oyó.

Cuando llegué cerca de él por detrás, vi que su mesa estaba cubierta de hojas borroneadas de cifras.

Continuaba trazando números, signos. Me invadió un malestar extraño. Puse mi mano sobre su hombro.

Entonces volvió hacia mí ese rostro que yo no

había visto reír nunca. Una especie de alegría distendía sus labios, estiraba los pliegues heridos de sus ojos. Y me dijo:

—¿Ves tú? Gasto la noche.

* * *

Una misión me llamó a Salónica.

Al oír este nombre me pareció que Multi recuperaba su mirada clara. Cuando partí, algunos días después, me acompañó a la estación. Sobre la alta cristalería, se oía resbalar el agua. Multi me entregó una carta y me dijo:

—Tú la verás. He escrito esto para ella. La verás. Entrégale esto.

¿Qué contestarle? Tomé la carta, la guardé en mi cartera, logré sonreír.

Y como el tren partía, corrió a lo largo de los vagones gritando:

—Y si ya ha muerto, ¡no olvides! Un simple aviso. Un simple aviso...

* * *

Tuve que cumplir múltiples deberes y me olvidé un poco de Multi. Además, tengo que confesarlo, alejado de su ambiguo encanto, llegaba a veces casi a odiarle. Su nombre permanecía unido para mí, a debilitantes mañanas de lluvia, a interminables confesiones de cobardía, a un acre gusto de

viajes por ultramar, a aventuras sin solución, a una vida fracasada.

Yo me sentía, y no solamente en el espacio, más próximo a Ditka. Si compadecía aún a Multi por no poder elevarse a la altura de ese amor, de ese valor, también la compadecía a ella infinitamente. Me parecía que un fantasma, atravesando su vida, dejaba atrás un surco de inquietud y de desgracia.

Una noche, cuando tomaba el té en casa de mis amigos de Viena, oí de pronto que pronunciaban su nombre cerca de mí. Me volví tan vivamente hacia el desconocido que acababa de hablar, para preguntar por ella, para indagar lo que él sabía de su suerte, o si, por lo menos, ella vivía, que él me miró con inquietud, debería decir, casi con sospecha.

Estos medios revolucionarios no están siempre herméticamente cerrados a los agentes secretos de policía. Mi vecino se preguntaba visiblemente si estaba en el caso de contestarme, si no había dicho ya demasiado. Pero, seguramente, la viveza de mi pregunta, la impaciencia que delataba mi rostro levantado, no eran los de un policía.

—¿Usted la conoce?

—No la he visto nunca. Pero conozco a una mujer que la ha admirado mucho, que la ha amado mucho.

Yo mentía. No me atrevía a hacer ninguna alusión de Multi que, cruelmente, acaba de aparecérseme tal como era en realidad, una especie de desertor. No me atrevía a hacer alusión de él en ese ambiente de combate.

Continué:

—¿Está viva?

—Viva.

—¿Libre?

—Libre.

Me contestaba de manera demasiado lapidaria. Me molestaba insistir. Por lo demás, ¿a qué servía eso? ¿No podría saberlo todo, dentro de poco, cuando yo lo quisiera? Pero esa noche, encontré en mi casa el aviso de que debía partir al siguiente día.

Hice a mis amigos una visita de despedida. Nos habíamos encontrado otro tiempo en circunstancias tales que no podían dudar de mí. Hablaban de Ditka; debían conocerla muy bien. Macha estaba sola.

—Macha — le dije—, debo saber dónde está Ditka Guercheva.

Macha tuvo un movimiento de sorpresa apenas perceptible. Su rostro permanecía cerrado, mudo.

—¿Usted debe?

Pero sin esperar que yo respondiera a esa interrogación ambigua, me habló de Ditka.

Una vez más se había evadido, salvado. No se sabía aún con precisión a qué precio lo había hecho. ¿Qué había podido pasar esta vez en los calabozos de la prefectura de donde tantas mujeres duras, muchachos de acero, habían salido exan-

gües, con los ojos vacíos de razón? Parece que ella misma había dado una especie de consigna en una forma que dejaba entrever la ironía. "No hablemos de esos incidentes. Son mis pequeñas cuestiones. No interesan a nadie". Los camaradas la habían empujado a pasar la frontera. Ditka que desde hacía seis años se había bañado en el corazón del infierno y siempre en los lugares más quemantes, reposaba al fin.

Tenía la impresión de que me quitaban algunas cadenas apretadas. Y ya respiraba mejor. Pero me apercibí, en seguida, que no me habían respondido a la única pregunta que había hecho.

¿Podía contar la historia? ¡Ah! ¿Podía hacerlo? Sentía que era necesario disimular, mentir. Callé la visita de Ditka a la casa de la aldea, transformé la pasión carnal de Multi en una admiración amorosa, acentué el tono al hablar de su invalidez de hombre gastado por los viajes, de su especie de locura y, mientras más recortaba, mientras más maquillaba, más aversión tenía hacia Multi. Experimentaba su impudor, su indiscreción. Me daba cuenta de todo lo que su pasión tenía de inconfesable en el fondo. Pero entonces, ¿por qué mi obstinación en buscar, en saber? ¿Por qué preguntar a Macha?

—Dígame, Macha, se lo suplico, ¿dónde está ella? Quiero hablarle, quiero entregarle este mensaje de mi amigo.

Macha levantó los hombros y habló; no pude definir en ese momento todo lo que en su voz había de indulgencia y de ironía, de descontento y de desdén.

—Ditka se encuentra en Belgrado. Vaya a verla. Cuando esté frente a ella, usted sabrá si puede turbar, a tal mujer, con esas miserias.

* * *

Con un verdadero malestar me aproximaba a Belgrado, donde debía permanecer una noche.

Miraba desfilar los campos de maíz y toda la llanura. Una baronesa húngara me hacía testigo de las desgracias de su país, que había perdido esta rica provincia. Sus palabras llenas de odio me adormecían tristemente.

Pero eran las palabras de Macha lo que yo oía.

¿Debía yo turbar a esa mujer con estas miserias? ¡Quién sabe! El más duro valor no resiste a ciertos recuerdos. Hay algunas estatuas que se ponen a llorar. ¿Iba yo a hablar de la lluvia, de los canales sin rostro y de los ojos que la locura había desnudado lentamente? ¿Dónde estaba Multi? ¿Qué lugar exacto tenía aún en mi espíritu, en mi corazón? O se trataba de una curiosidad inconfesable, de algún otro sentimiento...

El Danubio. Las luces sobre las aguas negras, las primeras de ese Oriente al cual entraba. ¿Es que las pasiones dan otro sonido aquí?

¡Ditka! Yo tenía un oscuro miedo de encontrarme ante una santa.

* * *

En el umbral de la estación me sentí cogido de una inmensa desesperación.

Alrededor de mí, los viajeros, esos que creen saber dónde van, salían, se perdían en esa gran plaza negra que iba invadiendo bruscamente la noche opaca. Hacia el otro lado, los fiacres, uno a uno, desplazaban sus linternas encarnadas, se detenían, cargaban algunas sombras, volvían a partir.

Tuve el sentimiento de que esa triste ciudad, de noche, era para Ditka un refugio que no debía forzar. ¿Qué podía yo agregar a este clima sino alguna sombra más confusa? ¿Qué podría yo depositar a mi paso, sino los miasmas de la cobardía? Volveré a la estación; tomaré de nuevo el tren que prosigue su ruta hacia el sur.

Ya me encontraba al borde de la sala de espera, bajo el imperio de una fuerza misteriosa. Allí estaban ya hasta las baldosas consteladas de escupitajos, cuerpos en harapos, hombres, mujeres, niños dormidos en montón entre los sacos, entre los paquetes. Ellos también esperaban una hora. Pero esa hora estaba señalada en los horarios. Y el funcionario aparecería ante la puerta para decirles:

—Ya es hora.

El mismo exceso de mi desesperación me lanzó hacia la plaza y partí a tientas por las calles que ascienden negras y desiertas. De vez en cuando, en un sótano, detrás de un vidrio resquebrajado, una mujer ofrecía bombones descoloridos o un inválido remendaba zapatos.

No tuve ya ningún pensamiento cuando me encontré en un corredor sin luz ante la habitación de Ditka.

* * *

Había tocado un golpe apenas, cuando la puerta se abrió enteramente.

Una mujer estaba delante de mí. Tuve la impresión de que quería prohibirme el acceso a la habitación antes que acogerme. Frente a la luz vaga, aparecía grande y extremadamente delgada.

Dije rápidamente algunos nombres de amigos que debían servirme de contraseña.

Pareció vacilar un minuto con sus brazos a lo largo del cuerpo — la adivinaba así a contra luz—, con un rostro herméticamente helado. Después se apartó también bruscamente, hizo un gesto casi imperativo. Yo entré.

Una vez cerrada la puerta se acercó al dintel y me tendió la mano.

—Camarada...

¿Cuánto había en esta palabra; cuánto había de bienvenida, de interrogación fiera, de duda amarga?

La luz de la lámpara colocada sobre la mesa la iluminaba vagamente y desde abajo. Solamente entonces la vi enteramente. Diez sentimientos se dividieron mi corazón.

¿Era esta la amazona que electrizaba a un pueblo, la ménade que subyugaba con su encanto a un hombre, hacia el otro lado de Europa?

Una gran muchacha pálida, huesosa. Unas manos infinitas, amarillas y enteramente fláccidas. Un tinte gris, unos ojos empañados. Y bajo el cráneo casi al rape, una frente lisa y sin locura. Sobre un torso plano, un vestido negro, anticuado, que presentaba una hilera vertical de botones, hacía pensar en un uniforme militar.

Le dije mi nombre.

Sus ojos tuvieron entonces un brillo breve, sus labios un movimiento sin sonido. Vi vergonzosamente que me había comprendido hasta el fondo del alma.

Ella sentía que me habían hablado de su persona, que yo confrontaba su imagen y la imagen de un sueño. No dudaba ya de que yo había sido enviado por alguno de los suyos.

—¿Amigo? —dijo con una voz desnuda y me señaló un sillón muy viejo.

Abarqué con una sola mirada la habitación sombría, los papeles usados, el espejo empañado, el lecho sin amor, la mesa que, bajo la lámpara, presentaba cruelmente la pobreza de algunos libros, de los cuadernos, de una flor en un vaso.

Se sentó cerca de mí y dijo como alguien que responde:

—Sí; he envejecido.

Entonces eso fué todo. Y hablamos como si nos hubiéramos conocido siempre, con un poco de animación.

Pero un extraño malestar persistía en mí.

Hablamos de nuestros amigos de Viena, de la desgracia de Bulgaria, recordamos algunos muertos, nos dijimos nuestras razones de esperanza.

No me atrevía a decirle nada de ella, de su valor, de su última prisión, de esa cosa misteriosa por la que yo la había presentido más que reconocido. No me atrevía a hablarle de Multi.

Y, sin embargo, yo debía ya partir.

Entonces, sin que yo lo quisiera pasó esto:

Se había levantado para ir en busca del samovar y las tazas de té. La veía de espalda un poco inclinada. Sentí que si no le hablaba en ese instante yo dejaría Belgrado con mi mensaje, con mi secreto. Y súbitamente oí mi voz que decía:

—Un amigo de Amsterdam me ha dado para usted una carta: Gueorgui Gordaev.

Ni me contestó, ni se volvió hacia mí. Continuó llenando las tazas. Azucaró el té; volvió hacia mí. ¿Me había entendido? Su faz estaba terriblemente blanca.

Cogió la carta, pero no la abrió, y dijo con una voz casi natural:

—¿Qué hace en Amsterdam?

Y antes de que le respondiera, agregó:

—Hay aún sitios más alejados en Europa. Qué sé yo, Bergen, Dublín.

En ese desprecio ¡ah!, encontré a la amazona. Yo esperaba ese desprecio. Lo había deseado y temido a la vez. Pero era tan tranquilo que me dió miedo.

Le dije rápidamente cómo había conocido a Multi. Le conté su soledad y nuestros paseos. Le conté su confidencia. Le dije también aquello que, sin poder encontrar el nombre, yo llamaba su locura.

Para esconder mi inquietud, me había levantado y había dado algunos pasos. Y ahora, acodado a un armario bajo, hablaba sin mirar a Ditka.

Me callé de pronto. Cerca de mis ojos tenía la fotografía de un grupo de mujeres. Todas, excepto una, llevaban el traje de las campesinas búlgaras, adornado de bordados, de lentejuelas. Todas parecían bellas. Pero, ¿quién era aquella del traje blanco, liso; ese rostro de deidad deslumbradora, con sus ojos sin fondo, su torso de estatua?

—Sí—dijo detrás de mí una voz que yo temía reconocer—. Es así cómo me ve Gueorgui Gordaev.

Pero no me atrevía a volverme; a encontrarme frente a frente con ese fantasma que hablaba.

—¿Cómo me habría comprendido entonces? Era una especie de sonámbulo perdido, en estado de trance, en las líneas donde nos batimos. ¿Cómo habría podido comprenderme? Pero en ese tiempo yo estaba poseída. Venga a sentarse, camarada, y hablemos de otra cosa...

Me dió una taza de té. Hablamos del verano, de la vida de los expresos internacionales, de la guerra civil, del insomnio. Llegó un momento en que debí levantarme, despedirme. Quería preguntarle una cosa—la última—, pero no me atrevía. Estábamos ya cerca de la puerta y Ditka iba a abrirla.

De pronto volvió hacia la mesa y tomó la carta de Multi.

—¿Para qué sirve?—dijo.

Y me devolvió ese mensaje que no había sido abierto.

—Usted no ha visto—continuó—a Ditka Guercheva... Usted ha encontrado en una pequeña habitación, a una mujer que se ha evadido cuatro veces de la prisión central de Sofía, que ha conocido una prefectura de policía con los procedimientos más refinados de investigación. Eso no pasa sin un poco de sangre, un poco de carne. Usted no ha visto a Ditka Guercheva...

¿Había comprendido yo? De pronto tuve miedo de los ojos de Multi que no tenían ya ningún límite. Le tendí la carta.

—Creo que esto significa la locura.

Miraba a Ditka. Casi junto al mío, su rostro que había parecido largo tiempo como paralizado, se ponía a vivir con una vida desordenada. Sus labios temblaron, sus párpados recubrieron los ojos donde nada alumbraba ya. Después pasó una nu-

be a través de esa carne, transformándola, haciéndole una máscara helada de amargura.

Ditka retrocedió.

—Esté tranquilo. Dígale lo que ha visto...

Sus manos tantearon su pecho. De pronto se abrió su vestido como si hubiera sido desgarrado. Con la ropa interior arrancada vi allí, en el lugar donde están los senos, dos cicatrices inmensas y enrojecidas.

Ditka tenía una sonrisa temblorosa.

—Váyase—me dijo—. Váyase. Váyase.

Volvió a ponerse tranquila; arregló su vestido; me acompañó hasta el pie de la escalera; me abrió la puerta de la calle; observó que la noche estaba fresca; me advirtió que me fijara en el piso accidentado; me tendió la mano; sonrió aún; me deseó buen viaje.

* * *

En Salónica, donde tuve que estar un mes, supe que Ditka había pasado de nuevo la frontera búlgara a pesar de los ruegos de sus amigos; que había tomado la palabra en una aldea cerca de Kirli, que la policía la acosaba a lo largo de la frontera griega.

Al volver por Viena encontré en un periódico estas líneas:

"La militante comunista Ditka Guercheva, con-

denada cinco veces por el tribunal especial, ha sido ahorcada ayer en Sofía.

* * *

Vi a Multi corriendo junto a mi vagón en la estación de Amsterdam. Le oí: "Y si ella ha muerto, no te olvides. Si ella ha muerto, un simple aviso. Un simple aviso".

CARLOTA

Carlota no llevaba nada que la distinguiera por las tareas que realizaba. Si la hubiera encontrado en la calle en un **hall** de hotel, la habría tomado por una vendedora de perlas artificiales, por alguna artistilla de **tournée** que se hubiera desmaquillado para dejar que respirara su piel.

Uno se decía inmediatamente: italiana, italiana hasta las uñas. Pero si uno se preguntaba entonces qué rasgos de su rostro, qué acento daba esa certidumbre, era difícil contestarse. Cuando la conocí bien, si a veces parecía que su atención se relajaba y que detrás de sus largas pestañas caídas, su mirada cesaba de vigilar, entonces yo escrutaba su faz de cera. Faz un poco pastosa, un poco blanda. Sus ojos grandes, oscuros y enteramente limpios miraban raramente de frente. La boca, un poco carnosa, presentaba un dibujo flexible, incierto. Se obstinaba en llevar larga su cabellera lisa y negra, y la levantaba como para dejar al descubierto la vasta y suave curva de su frente; un nudo pesado de trenzas aplastaba su cuello.

Su cuerpo pesado no se mantenía erguido nun-

ca. Este ser era la imagen de la indolencia, de la facilidad, del buen vivir.

Pero si esta imagen acabó por imponerse a mí no fué la que vi por primera vez. Aun ahora, después de cuatro años, no llego a confundir en uno solo esos dos seres tan diferentes.

Así, cuando hablo de este primer encuentro con Carlota, experimento de nuevo ese malestar exaltante que entonces me invadió.

* * *

Por aquel tiempo, el trabajo que yo ejecutaba para el Partido me hacía vivir todos los días en los medios de la emigración política italiana. Descubrí en ellos un agente provocador.

Ese Bonelli, ya célebre en Italia como abogado, fué eliminado del tribunal de Turín inmediatamente después de promulgada la ley de defensa del Estado. Como si esta medida disciplinaria le hubiera designado al furor de las milicias, una noche aparecieron ante su casa cien camisas negras: rompieron las ventanas, arrancaron la puerta e incendiaron todo. Poco después le detuvieron.

Todo el mundo le creía en prisión, cuando una noche apareció en una reunión de la Liga Antifascista, en París. Explicó allí que había logrado evadirse, pasar las fronteras y venía a ponerse a la disposición del Comité.

En realidad, muchos puntos de su historia podían haber parecido sospechosos: esa evasión que tenía mucho de milagro, esa misma publicidad que los periódicos fascistas habían dado tan benévolamente a un ataque seguido de incendio, acontecimiento cuya naturaleza hacía, por lo general, guardar silencio a esa prensa aunque se tratara de la cosa más espectacular.

Pero reinaba dentro de la emigración italiana por ese entonces—era antes del caso Garibaldi—una confianza insensata.

Bonelli fué acogido con transportes de júbilo. Pronto se le llevó al Consejo General. Después de algunos meses estuvo en condiciones de conocer todo el mecanismo secreto de la lucha contra el fascismo.

Las misiones que se le confiaba se entrecruzaban a veces con las mías. Sin que él lo supiera, resultaba que él y yo éramos los únicos en conocer ciertos hechos. Cuando supe bruscamente que muchos obreros vueltos a Italia para ejecutar ciertas órdenes, habían sido detenidos en su puesto, y uno de ellos abatido allí mismo a disparos de revólver, tuve mis sospechas.

Es una responsabilidad terrible denunciar a un agente provocador. Decidí buscar, ante todo, una prueba suplementaria e incontestable de su traición. Le declaré que siguiendo mis instrucciones, un cierto Carone debía encontrarse el 6 de junio a las veintitrés horas en la Galería de Milán para entregar unos papeles a nuestro agente de contacto. Al

mismo tiempo advertí a Milán que estuvieran prestos para observar lo que pasaría por la Galería.

El 6 de junio, a las veintitrés horas, en la Galería de Milán, seis agentes de la policía fascista detuvieron a un transeúnte conduciéndole a la comisaría para registrarle. Yo le dije a Bonelli:

—Han detenido a nuestro emisario.

—Sí—me respondió—. Es una gran desgracia. Ya lo sé.

Agregó con una voz sorda, como si tal fatalidad le abrumara:

—No tenemos suerte.

Denuncié a Bonelli en el Radio de la Región parisiense donde él trabajaba.

Algunos días después fué convocado ante la Comisión. La sesión se realizó en R..., sobre el Sena, en una especie de casita amoblada que el "Central" alquilaba por meses. Le llamábamos: "La Villa". Era un edificio rústico que antes había servido de granja. Se veía aún la cochera; servía ahora como garage de un Ford. En ese jardín pequeño-burgués había algo insólito al ver en pie esas murallas de piedra tan macizas como las de un fortín. Yo había ido allá, a veces, para asistir a las sesiones del Comité. Esta vez, al franquear la barrera de madera, no podía aliviarme de una especie de angustia.

El hombre a quien se iba a juzgar era uno de esos asesinos particularmente cobardes que matan de lejos con las manos de los otros. Su desaparición

debía salvar muchas vidas preciosas. Pero, el pensar de antemano que sería condenado y que yo era uno de los acusadores, me hacía mirar el mundo de otra manera. Con un ánimo bastante tranquilo había hablado yo de las guerras, de las revoluciones, pero es que sólo me representaba esas cosas; sólo removía palabras más pesadas, más trágicas. Por primera vez me tocó experimentar lo que pesa una vida humana.

Los cinco miembros de la comisión me esperaban. En el comedor se realizaban ordinariamente las sesiones. Esta pieza formaba el centro de la casa. Una puerta la separaba del salón que daba sobre la calle; un tabique, de la baranda que daba sobre el jardín. Nunca hacía allí mucho calor, ni siquiera al mediodía en los días de sol pleno. La lámpara de gas ardía parpadeando bajo la pantalla de un verde chillón. En los aparadores de serie, la vajilla, que nunca se usaba, presentaba un orden perfecto. Sobre la mesa cubierta con una felpa granate había dos tinteros, hojas de papel, una garrafa de agua, dos vasos.

Vi a Carlota. Sentada a medias al borde de un velador dejaba pesar sobre sus brazos tirados hacia atrás, su torso pesado. Fué como si ella me hubiera conocido desde mucho antes. Me tendió la mano diciendo en francés con su voz blanda y cantante:

—¡Ah! ¿Ya está aquí, camarada?

Después se sentó ante la mesa y los otros alrededor de ella. Me senté también.

Esperábamos a Bonelli hablando de su caso. ¿Vendría? Yo deseaba cobardemente que no viniera; que se hubiera dado cuenta de que su traición estaba descubierta; que hubiera visto el peligro y que hubiera abandonado el país. Carlota no decía nada. La voz de mis camaradas llegaba hasta mí como un sueño. Ellos temían el mal que pudiera hacer aún a los mejores si llegaba a escapar tal mercader de hombres. Yo veía que, sobre el tapete, las manos de Carlota se unían y se separaban. Eran demasiado blancas, un poco regordetas.

Llamaron. Alguien fué a abrir. ¿Era Bonelli? Era él. Cuando, de un solo golpe de vista, vió el grupo que formábamos y cuando se dió cuenta de mi presencia, hizo un movimiento para retroceder. Pero el camarada que le seguía cerró tranquilamente la puerta.

Oí una voz: "¡Siéntense!" Era la de Carlota. Yo veía que sus labios se movían. ¿Pero cómo hubiera podido reconocer esa voz? Ante todo, Carlota se transformaba toda entera a mis ojos. Se deshacía la blandura de su rostro; su boca cerrada dejaba ver una inaudita inmovilidad; sus ojos fijos sobre el hombre se ponían grandes.

Bonelli se sentó.

Carlota comenzó a hablar. Yo no entendía muy bien el italiano. Pero ya conocía de antemano la requisitoria: enumeración de los camaradas sacrificados, enunciación de sus misiones, fechas de sus capturas y nombre de las prisiones donde se encontraban encerrados. Bonelli, helado, lívido, parecía morir. ¿Escuchaba aún o quizá comprendía sin oír puesto que no hace falta siempre la palabra para darse cuenta de una amenaza, de una desgracia. Bajo esa melopea más dura que un canto de iglesia se dobló su cabeza; los hombros se abatieron; sus ojos iban del uno al otro como si buscaran algún socorro. Se habría arrodillado. Carlota pronunció ante él el nombre del obrero Benito Munito tomado en una emboscada y asesinado en Padua.

El rió entonces. Ya no; no poseía ya su propia voz. ¿A quién apelar? Aunque yo no fuera propiamente uno de sus jueces pero que como si, por eso mismo, hubiera podido hacerle salir del trance, se volvió precisamente hacia mí, gritándome en francés:

—¡Pero es insensato! ¡No es posible que se me haga responsable de esos fracasos! ¡Es insensato! **¡"E'folle"!**

Después, contemplando a mis camaradas, repitió con una voz más sorda, más sorda:

—Es insensato. **¡E'folle!**

Entonces Carlota le hizo signo para que se callara. Obedeció poniéndose un instante más inmóvil que una cosa, como si cesara de respirar.

—Camarada—me dijo Carlota—, expónganos cómo ha descubierto la traición.

El comprendió bruscamente que estaba perdido. Sí. Y se puso de pie. Pero el camarada que se encontraba detrás de él lo forzó a volver a sentarse con una presión de sus manos sobre los hombros de Bonelli.

Expuse el caso de Milán. Yo no miraba más que a Carlota, cuyo rostro se iluminaba de indignación y de odio a medida que se desarrollaban mis palabras. Su pasión parecía muy grande; era como si recibiera en ese instante una revelación y que no hubiera sabido nada hasta ese momento.

Cuando dije todo me volví hacia Bonelli, cuyos ojos brillaban con una luz fría de ónix. Sus labios estaban grises y no se movía ya, como si hubiera cesado de vivir.

Carlota le preguntó si reconocía haber entregado a la Policía Fascista a los ocho militantes cuyo destino le había sido encomendado; ocho militantes, de los cuales uno estaba ya muerto.

Largo tiempo permaneció aún petrificado, los ojos abiertos y fijos, las manos abandonadas. Bruscamente gritó:

—¿Qué van a hacer ustedes? ¿Qué van a hacer? Ustedes no son jueces. Ustedes no tienen el derecho de juzgarme. ¡Déjenme partir! ¡Déjenme partir!...

—¿Confiesa usted?—dijo Carlota.

—Yo no tengo ninguna cuenta que rendirles. Déjenme partir, partir...

Se lanzó hacia la puerta, pero el camarada que lo vigilaba se colocó ante él, lo cogió de la muñeca y le hizo volver a sentarse dejando su pesada mano sobre el hombro del acusado.

—¿Confiesa usted?—dijo otra vez Carlota.

Entonces Bonelli se puso a hablar suavemente,

casi en voz baja, como si temiera ser oído enteramente.

—Yo no sé. Yo no sabía. Yo comprendo ahora. Ahora he comprendido. Lo lamento. Lo lamento. No lo volveré a hacer jamás.

Y se puso a llorar.

—Es un niño cobarde—dijo uno de los nuestros.

Carlota, con los dientes cerrados:

—Asesino.

El se irguió de nuevo; pero fué para volverse más cobarde.

—Camaradas—gritó—, camaradas. Señora, escúcheme. Yo he servido al fascismo, es verdad. He hecho mal al pueblo, es verdad. Pero juro que lo enmendaré. Déjenme volver a Italia. Allá consideran en mucho mis servicios. Tengo crédito. Yo ejecutaré las órdenes que ustedes me den. Les enviaré informes.

Hubo un silencio. Carlota sonrió duramente. Alguien dijo:

—Si puede hacernos servicios, habría que ver.

Bonelli se volvía ya hacia él, respirando con fuerza como un ahogado que recupera la vida.

Pero Carlota:

—Camarada, usted está loco. Aquel que ha traicionado, seguirá traicionando. Nosotros no podemos soportar en ninguna parte la presencia de este hombre; en ninguna parte del mundo. Lo tenemos. Debe desaparecer.

—Justamente—dijeron los otros.

Entonces ella agregó:

—Eso es; hemos terminado.

Bonelli se debatía. Gritó que tenía niños; que no podía morir.

Carlota, que se marchaba ya, volvió:

—Cállate—dijo—. Benito Munito también tenía hijos y tú lo mataste.

Un camarada salió. Poco después se oyó el motor del Ford que sonaba en la cochera. Se llevaron a Bonelli. Entre el ruido del motor me pareció percibir dos disparos.

Yo había pasado al salón. Con la frente apoyada en los vidrios, contemplando la ruta devorada de sol, alejando de mí los hombres y el mundo, llegaba a dejar de pensar.

Sentí una mano sobre mi hombro y oí la voz de Carlota que decía:

—¡Qué nervioso es usted, camarada!

* * *

Poco tiempo después de aquello, encontré a Alessandro Cassini.

Las circunstancias de este encuentro me impresionaron tan vivamente que no puedo dejar de referirlas. Aun ahora y sabiendo lo que sé, veo, cuando pienso en ello, veo aquella extraña figura envolviéndose en un ambiente menos seguro y llego a preguntarme si no nos habremos equivocado terriblemente respecto a ella.

Yo me encontraba en Moscú.

Ya había estado en Rusia por el tiempo del comunismo de guerra, cuando Lenin vivía; cuando se

podía aún tocar las huellas de las balas en las fachadas de cal de la Nicolskaya. Había vuelto otra vez en el momento en que la Nueva Política Económica dejaba resucitar las campanas en las torres de las iglesias; cuando se sembraba de ventiladores la plaza del Gran Teatro y se volvía a poner en las vitrinas reparadas, alrededor del retrato de algún jefe de octubre, las medias de seda traídas de Francia a peso de oro. Pero a pesar de que el hundimiento del Imperio había acabado de realizarse, a pesar de que los grandes inmuebles nuevos se levantaban en los arrabales, yo respiraba el aire de mi primer viaje.

Estábamos en marzo de 1927; los obreros tomaban el Poder en Cantón; en el Honán, los campesinos tomaban las tierras; los ejércitos del Kuo Ming Tang proseguían su marcha hacia el Norte; en el barrio europeo de Shanghai se armaban febrilmente. La Internacional Comunista se figuraba realmente que esos acontecimientos cuyas llaves creía tener, abrían una nueva revolución. Obedeciendo a los llamamientos del Komintern, el alma entera de la República miraba hacia esa punta extrema del Asia. A toda hora del día y de la noche, en las casas de los Soviets, en los clubes de fábrica, los altoparlantes exparcían las noticias militares bajo una tempestad de aclamaciones. En todas partes se exhibían mapas de los teatros de las operaciones en los cuales los puntos sensibles estaban marcados con tinta roja. Las calles principales estaban inundadas de inmensas banderolas que lla-

maban al socorro del pueblo chino. Por las mañanas, los obreros compraban febrilmente la "Pravda" y, sin ir más lejos, leían los comunicados alrededor de los quioscos, de pie, entre la nieve.

Una tarde, mi amigo Sangére y yo acabábamos de almorzar en casa de la camarada Liubova cuando telefonearon del Secretariado, que Shanghai había sido tomado, que los obreros de las fábricas y los soldados iban a caer sobre la ciudad y que era necesario ir inmediatamente al Komintern. No medíamos en ese entonces aún, sin duda, a pesar de las advertencias de Trotski, todo lo precario y peligroso que tenía esa victoria. ¿No recomenzaba la verdadera revolución? Una violenta exaltación se apoderó de nosotros y no hacíamos más que abrazarnos.

En ese momento se abrió violentamente la puerta. Entró un oficial del ejército rojo. Bajo su casco cubierto de tela, su capote que llegaba casi a arrastrarse por tierra, parecía inmenso. Sin nombrarle y puesto que en ese momento era la única cosa que se podía decir verdaderamente, gritó Liubova "Chura, Shanghai ha caído". Fué como si el hombre hubiera sido fulminado por el entusiasmo. Su rostro se dilató, sus ojos ardieron con un juego brusco, sus dientes brillaron y gritó:

—¡Eviva la revoluzione chinesa!

Entonces abrazó a Liubova y a nosotros también, aunque no nos conocía. Era Alessandro Cassini.

No supe sino más tarde la vida que recubría

ese nombre. Por esos días no era asunto de preguntar a las gentes su genealogía o su estado civil en Moscú. Partimos hacia el Komintern. Hacía un frío seco. La sombra de la noche comenzaba a barrer la nieve dura. Se oía un canto vago y pesado en un sitio desconocido. Alessandro me había cogido el brazo. ¿Qué hubiéramos dicho? Allí, en esa tierra que se había hecho bruscamente el punto más sensible del mundo nos dejábamos llevar por un aflujo cálido y removido de la historia. De todas las calles afluían cortejos hacia la Tverskaia: obreros, obreras, soldados, brazos entrelazados, masa de vida comprimida, en marcha. La misma alegría sobre la faz millonaria. Y todo eso cantaba.

En ese instante, en Francia, no eran más que las tres de la tarde. Una vez corregido, clasificado el telegrama de agencia, los conductores le llevaban a la imprenta como si se tratara de perlas, de un concurso de carreras... Los autos continuaban dando vueltas por la plaza de la Concordia. Los transeúntes leían los programas en los **halls** iluminados de los cinemas. Un fervor singular me poseía. Una vez más sentía deshacerse ese barniz triste que se pegaba a mi alma, ese polvo de mi vida de Europa. Exaltación. Los cuerpos se mezclan a los cuerpos de los hombres y van hacia el mismo sentido, obedeciendo al mismo delirio. Vi el cuerpo de Bonelli agujereado por dos balas irse por el borde del Sena despedazándose el vestido en las ramas de las riberas. Me sentí feliz de haber ayudado a que los hombres se libraran de ese maligno

desecho. Atraído por el remolino de la muchedumbre, me llevó Alessandro. A la luz de las lámparas que pasaban, yo veía bajo el casco su rostro masculino y dulce, resplandeciente de una embriaguez infinita.

Por la noche, ante la casa del Komintern había un verdadero delta de hombres y de frentes que pasaban renovándose sin cesar. En el balcón iluminado se sucedían los oradores de cinco en cinco minutos. Todo lo que Moscú contaba como militantes extranjeros—miembros de los dos ejecutivos internacionales, obreros venidos a cualquier congreso, estudiantes de la Escuela Leninista, del Instituto Oriental—debían dejar caer sobre esa masa viviente una palabra venida del mundo en forma de esperanza, de fe.

Yo debí también inclinarme hacia esa muchedumbre cuya aclamación era como el canto de un cráter. Después le tocó a Alessandro Cassini. Desde la sala a donde me había retirado, le veía de espaldas, las manos levantadas como la misma imagen del soldado. Oía su voz italiana, ese llamamiento viril que se exparcía sobre toda la extensión, y parecía esculturar el entusiasmo de los hurras.

Se me llamó para cumplir alguna tarea. Y le perdí de vista aquella noche.

* * *

Cosa extraña: en este Moscú, donde estuve mezclado sin cesar a tantos acontecimientos, a tantos trabajos, donde todos los días descubría tantas personas, no olvidaba a Alessandro Cassini. ¿Era a causa de las circunstancias exaltantes en las que le había encontrado y que quizás identificaban para mí este soldado con el recuerdo de aquella victoria? ¿O era aquella gentileza, aquella espontaneidad, aquella especie de amistad brusca que él me había mostrado? ¿O era que yo adivinaba ya en él un enigma viviente, que trataba de resolver antes de las desgracias?

Conocía su arma: la artillería; el número de su regimiento: el ciento dieciséis. Habría podido, pues, ir a buscarle al cuartel. Sin embargo, dejé que la casualidad nos volviera a juntar. Pero para ello hizo falta diez días. Cassini no venía ya a casa de la camarada Liubova, por lo menos cuando yo me encontraba en ella. Y fué, por fin, en la calle donde yo volví a verle.

Era uno de esos días tan perfectamente deliciosos que preceden a la primavera en Moscú. El frío se puso a declinar bruscamente. Las nieves que llenaban el Moscova se rompían e iban sobre la corriente haciendo un barullo agradable de oír. Sin tener qué hacer había salido a la aventura hundiéndome por un arrabal, solamente atento a ver surgir, al volver cada calle, uno de esos tres mil campanarios olvidados allí por la historia. Fatigado ya, acabé por encontrar una plazuela, una banca al sol. Alrededor de mí, jugaban los chiquillos; me dejaba llevar por su canto. Alguien me tocó en el hombro. Era Alessandro.

—¡Ah!—me dijo—, ¿le gusta también mucho esta ciudad? Para mí es mi verdadera ciudad. La otra, aquella en que yo nací; aquella en que jugué de niño, como éstos, no existe y tengo que buscarla en mí. Pero es como un barco: se aleja. Y, decididamente, no hay más que ésta donde uno pueda estar a gusto...

Cortó su frase un instante como si, por pudor, no se atreviera a decir una palabra demasiado delicada. Pero prosiguió inmediatamente no sin un aire de afectación:

—...donde esté a gusto mi alma. Esta ciudad tiene un corazón encerrado en tres cortezas y no llega a verle cualquiera.

Y agregó con un inquietante entusiasmo:

—¿No estamos acaso aquí en el fin del mundo? Por lo demás, más allá que en el fin del mundo. ¡Ah!, yo creo que no hay ningún sitio donde se pueda respirar una desesperación tan completa y tan perfecta.

Una disposición tan singular en ese soldado, una confesión tan brusca a alguien que no era más que un extranjero, después de todo, me causaron una sorpresa sin placer. Al recordar su imagen de la primera vez en el cuarto de Liubova, traté de superponerla a la imagen de este elegíaco. Pero, ¿la cubría ella enteramente, o desbordaba alguna sombra extraña? Ya iba a preguntar, esforzándome por sonreír si eso era la revolución de Dostoiewski o la de octubre... Pero él, sin esperar, agregó:

—Por lo demás, yo parto para Shanghai.

Se había sentado cerca de mí, con un abandono tan natural que me impresionaba. Volví a querer armonizar las dos figuras para la tranquilidad de mi espíritu. Ya criticaría otro día a Alessandro. Por el instante, admiraba la forma cómo este hombre había encontrado bruscamente la frase, la entonación, el gesto que cambia a un extranjero en un amigo, dos veces ante mí. Había colocado su casco en la banca, junto a él. Sus negros cabellos ensortijados jugaban sobre su frente de cera. Y esa faz, que yo había visto trabajada por la embriaguez de la victoria, dejaba ver ya los acentos de la nostalgia.

Tener una misión en China era, por ese entonces, una misión más importante que ninguna otra y con ella se manifestaba el grado de estimación en que el Partido tenía a un hombre. Aunque no parecía demasiado ufano de haber sido designado, me decidí a felicitarle. Pero é llevantó los hombros con un aire desengañado:

—Para obtener ese puesto no hay más que marchar sobre las rodillas, lo que ya he hecho—dijo.

Le pregunté si su partida para Oriente realizaba uno de sus deseos.

—Pero no—me dijo—, es aquí donde yo hubiera querido vivir.

Y agregó con una especie de obstinación:

—Es aquí, estoy seguro, donde soy más útil a la revolución.

dedor de Shanghai; imaginar lo que sería según toda verosimilitud la marcha hacia el Norte; representarse la suerte de los oficiales rusos cogidos por los blancos con las armas en las manos...

Alessandro decía:

—Yo no quiero ir a Italia. Si voy a Italia, no volveré jamás. O si vuelvo...

Y se calló como espantado, un segundo.

—¡Ah!, sería mejor no regresar. Tengo miedo.

Y repetía:

—Tengo miedo de ir a Italia. Tengo miedo.

¿Qué podía contestar yo a esta confidencia extraña? ¿De qué están hechos esos miedos para esparcirse de pronto tan oscuros y ardientes como las lavas subterráneas? Los antiguos temían a algunos locos porque éstos llevaban un Dios. Alessandro se levantó bruscamente. Le imité. Me cogió el brazo y me pidió amablemente que fuéramos a tomar el té en su casa.

* * *

Tomamos un **isvlostchik.** Le gustaban, como a mí, esos vehículos de pasada edad que en el nuevo Moscú parecen errar buscando un camino perdido. El trayecto fué largo y no dijimos ni una palabra. Yo vivía en el Bristol; él en el Lux. Nuestras ventanas quedaban casi frente a frente dando sobre la Tverskaia. Yo me admiraba pensando en la

—¿Por qué haber entonces solicitado un puesto tan lejano?

Se calló largamente. Vi que su rostro se helaba, perdiendo todo acento. Entonces se volvió hacia mí y me lanzó una de esas miradas penetrantes con las cuales uno quiere asegurarse de un hombre.

Me dominó una emoción sutil. Presentía que esta conversación con un desconocido constituía, en su vida, un minuto importante; que Alessandro Cassini encerraba en sí un drama del que debía liberarse; que vacilaba aún en confiárseme pero que iba a hacerlo.

—¿Sabe usted cuál es, en este momento, el estado del Partido en Italia?—me dijo.

Le respondí que lo sabía. Los mejores jefes habían tenido que pasar la frontera; muchos de ellos estaban en prisión o en las islas; los mejores habían sido tomados en flagrante delito revolucionario y habían recibido una o dos balas en los pulmones; la lucha ilegal hacía cada día en la masa de los militantes nuevas brechas, cubiertas sin cesar y sin cesar reabiertas.

—¿Usted ve?—me dijo—. ¿Usted ve? Si no voy a China me enviarán a Italia.

Esta frase inesperada me llenó de un malestar que no me fué fácil dominar. Pero el mismo acento de miedo, tan violento, tan ingenuo, tan profundo, con el cual había sido dicho, no permitía pensar en la cobardía. Por otra parte, bastaba reflexionar un poco, pensar en lo que había sido la guerra alre-

serie de casualidades que nos habían impedido encontrarnos mucho antes.

El Lux, palacio en el antiguo régimen, alojaba, como el Bristol, a militantes extranjeros de pasaje en Moscú, funcionarios del Komintern y también a aquellos jóvenes de todas partes del mundo, estenógrafas, mecanógrafas, intérpretes; a veces también policías. Los franceses las llamaban irreverentemente "las gallinas del aparato". Ordinariamente, no era fácil entrar allí. Era preciso presentar, por lo menos, una contraseña. Con Alessandro atravesé el **hall** sin que me detuvieran al pasar.

Habitaba en el segundo piso, al extremo de un corredor absolutamente oscuro, en una pequeña habitación estrecha y bastante baja. No me apercibí, sino después, que allí se encontraba alguien. Bruscamente me encontré ante una joven que parecía levantarse de un diván.

—Mi compañera—dijo Alessandro.

Me senté; fumamos. Niuta hizo té. Me puse a observar esa habitación cuyo detalle más mínimo se inscribió en mí. Sobre el lavabo cubierto con un número de la "Pradva", ardía un pequeño calentador; montones de libros bajo el lecho, contra el diván, al borde de la ventana, sobre la mesa que parecía ceder bajo tal peso. El ruido amortiguado de las ruedas sobre la nieve llegaba hasta nosotros a través de las dobles ventanas.

Como si su pensamiento no hubiera cesado de tejer su trama y como si yo hubiese asistido a ese término, Alessandro exclamó súbitamente:

—¿Pero por qué tengo miedo? ¡Ah! No podría decirle.

* * *

Aun ahora, ya después de tantos años, no puedo explicarme bien aquel miedo.

Poco después tuve en Moscú, de diferentes personas, informes sobre su pasado; pero nada se esclareció con ellos. Parecía que su padre, Nicolás Cassini, había militado por los años 21 y 22 en el seno de la oposición de la Unión Sindical Italiana, pero que en ese momento pertenecía ya a los cuadros centrales de las Corporaciones Fascistas. Es difícil saber la forma cómo se hizo semejante viraje y si fué el resultado de una crisis de conciencia o de alguna otra razón más tangible. Alessandro no gustaba hablar de Nicolás Cassini, a quien, sin embargo, profesaba aún una gran ternura.

Cuando ese Nicolás Cassini pertenecía a la Internacional Sindical Roja, había obtenido la admisión de Alessandro en una Escuela Militar Soviética. El alumno dió prueba de tal fervor en el trabajo, de tal inteligencia para las cosas militares y políticas que, después de haberle otorgado su **brevet** de oficial, se le envió primero al **Instituto** Marx-Lenin, después a la Escuela Oriental. Parecía que el Komintern tenía en muy alto el valor de ese joven italiano y esperó obtener de él importantes servicios para la revolución.

En verdad, si todo permitía pensar que Alessandro Cassini poseía aptitudes excepcionales pa-

ra el trabajo político, nada había probado aún que fuera valiente. Hasta ese momento no había tenido que correr ningún peligro, ni probar su sangre fría. Estudios, cursos, exámenes. Pruebas; nada más. Y, sin embargo, al ver cómo vivía su rostro, al vislumbrar la llama súbita y negra de sus ojos cuando se hablaba de la guerra civil, o de alguna huelga revolucionaria, uno se sentía impulsado a tener confianza en él. Tales acentos no pueden engañar.

Pero, ¿qué significaba ese terror al solo pensamiento de su regreso a su país? ¿Era el recuerdo de algún espectáculo sangriento que había herido su alma en la edad en que ella es más sensible? ¿Era la molestia de combatir un régimen del cual su padre, a quien amaba, era ahora uno de sus defensores, de sus sostenes? O mejor, quizá, ¿temía flaquear, dejarse seducir, cumplir mal las tareas que se le encomendarían, bajo riesgo de traicionar? ¿Temía todo esto al ser lanzado, a la aventura—por profesión más que por una vocación verdadera—, a esas ciudades a las que había amado, a pesar de todo, durante ese pasado de niñez?

Un día que yo le esperaba en su casa, llegó casi aniquilado.

Niuta me había hablado largamente de él. Era una judía de Odesa, flaca y bonachona cuya mirada solamente tenía el acento de la vida. Pero encerraba un vasto y agitado amor. En el cuadro de la ventana su sombra se había hecho tan fina que yo olvidaba de dónde venía esa voz, ese canto de adoración. Entre los muros de esa habitación tocaba yo los límites de una especie de felicidad que la sombra llevaba poco a poco. Esa felicidad de las parejas cuya carga soporta uno de los dos solamente.

El equilibrio admirable en el que yo me había complacido se deshizo cuando él estuvo allí.

—No. No — decía él—. No iré a Shanghai. Mañana recibo una orden. Es para Italia.

Niuta lo miró con unos ojos grandes.

—Están locos—dijo ella—. Están locos.

Pensé que ella sabía más que yo sobre ese misterio.

—Usted comprende—dijo Alessandro—batirse, no es nada. Pero allá, eso no es batirse. Haga cualquier cosa. Yo lo siento; en Italia todo es desgracia.

* * *

La queja de Alessandro revelaba perfectamente su angustia. ¿Qué habría hecho yo? Tal decisión dependía de mil factores que se me escapaban como a él mismo. Para tranquilizarme me puse a buscar informes. Me dijeron que no había sido dada ninguna orden, pero que, de toda manera, si Alessandro Cassini tenía que ser enviado a Italia, su inexperiencia política impedía que lo fuera a permanencia. Se le encargaría, ante todo, sin duda, una breve misión de inspección.

Esa perspectiva no tranquilizó del todo a Alessandro. Afirmaba que nada le destinaba a semejante misión que cumpliría mal. En ese momento me

volvió a hablar de Shanghai y yo adivinaba en su voz la alegría que alentaba en él la perspectiva de esa lucha cuerpo a cuerpo, en la que se expone la propia sangre a cada minuto de la vida; sí, la propia sangre que se ve correr. ¿Un hombre así podía ser un cobarde?

Poco tiempo después, una vez cumplida mi tarea, volví a mi país.

Cassini me acompañó, con algunos amigos, hasta el andén de la estación "Alexandro". Cuando el tren partía me dijo:

—De toda manera, ¡adiós! Ya no le veré nunca.

¡Ah!, yo debía verle muy pronto.

Una noche le hicieron entrar a mi escritorio. No le reconocí en el primer instante. Llevaba un traje de viaje gris claro.

—Ya está—dijo—. La suerte está lanzada.

Y rió. Pero yo reconocí esa risa.

El momento no era propicio para pasar las fronteras, por lo cual debió quedarse algunas semanas en mi casa.

Es entonces cuando Carlota, expulsada de Francia, vino a Bruselas para instalarse allí. Se encontraron en mi casa. Carlota no había oído hablar jamás de Alessandro. Alessandro, que conocía el nombre verdadero de Carlota, ilustre en el movimiento comunista italiano, no habría podido descubrirla bajo ese seudónimo. Creí que esos seres que arriesgan su vida, casi todos los días, por la misma causa debían conocerse enteramente. Los presenté uno al otro.

Ni un minuto tuvo Carlota, con respecto a Alessandro, la menor desconfianza. "¡Qué nervioso es usted, camarada!..." Sin embargo, él parecía quizá más impresionable que yo y aquellos accesos de verbalismo que tenía a cada instante, debían asombrar a esa mujer reservada y dura.

Esa flema tan asombrosa en una meridional llegó a inquietarme al fin y al cabo. Se lo dije un día.

—Pero, realmente, ¿es usted una verdadera italiana?

Ella sonrió.

—¡Ciento por ciento!

Y después de un silencio:

—Para ustedes, los italianos son gente que relata con palabras todo lo que tiene en el cerebro y cuando les falta las palabras lo relatan con el rostro. En suma, unos Alessandro Cassini... Pero hay también italianos que saben decir solamente lo que hace falta, y realizarlo.

Fué el único movimiento de humor que le vi hacer contra Alessandro. Aunque, sin duda, por ese entonces, no le agradaba nada, ella apreciaba en su pensamiento a ese hombre cuya misión podía llevarlo, dentro de pocos días, a la prisión o quizá más lejos. Por otra parte, Alessandro sonrió por la broma. Pero después habló ya menos.

Hasta tuve la impresión de que a partir de ese momento se hicieron más amigos, como si aquella crítica hubiera roto cierto embarazo.

Carlota habitaba una pequeña casa amueblada en la campiña, al borde de la floresta de Soignes. Supe que Alessandro iba allí frecuentemente. Hacían los dos largos paseos conversando de Italia, del Partido, de la lucha ilegal, de las probabilidades de una guerra civil. Carlota no era una mujer que hablaba al azar. Me dijo un día, y su declaración tenía el tono de una reparación que se hace por el propio honor:

—He juzgado quizá mal a Cassini. Piensa sanamente, sabe, tiene puntos de vista justos sobre lo que es necesario hacer allá. Espero mucho de su misión. Creo que va a esclarecer muchas cosas.

Agregó después, y ello me sorprendió, pues antes de que ellos se viesen solos yo no había dicho a Carlota nada de las escenas de Moscú y me parecía que a Alessandro tampoco se le había escapado nada que pudiera manifestar cobardía:

—En todo caso yo me engañaba: es valiente.

—Sin duda—le dije—. Sin duda.

Ella repitió: "es valiente", y se puso a tomar té.

Por otra parte, Alessandro se transformaba ciertamente. Me asombraba la tranquilidad con que preparaba su misión leyendo numerosos informes, recibiendo a los emigrados, a los delegados que volvían de Italia. Y cuando hablaba de su partida, yo comenzaba a reencontrar ese brillo de entusiasmo que el primer día me había entusiasmado. Volvía

a ver la entrada del soldado: ¡Eviva la revoluzionne!

Algunos días después, partió.

* * *

Se comprenderá fácilmente por qué no quiero escribir aquí el verdadero nombre de Carlota. En la emigración italiana, tan rica en almas templadas, las tareas que su valor reclama la exponen particularmente al odio. Muchos cuchillos en diferentes sitios le abrirían muy gustosamente el corazón.

Cuando la vi por la primera vez en R... sobre el Sena, ignoraba yo también su verdadera identidad. Que me encontraba ante un ser de primer orden, estuvo para mí fuera de duda. Pero cuando supe quién era realmente, experimenté esa especie de satisfacción que confiere la presencia de una obra perfecta.

Su nombre está unido a toda esa historia patética de la guerra civil de Lombardía durante los años 19 y 20.

Muy pocos saben de dónde venía esa mujer apacible y devorada de fuego. Por ese entonces llevaba aún en el dedo una sortija muy bella. Las maestras y los obreros, un poco desconfiados, la tomaron primero por alguna estudiante bastante rica que, preocupada de hacerse pasar por lo que no era, se hubiera vestido con telas de algodón y se hubiera puesto zapatos sin tacones. Pero habitaba sola en el fondo de un arrabal, en una habitación

muy pobre, no recibía nunca una carta y era como si no hubiera tenido ni familia ni amigos.

Hablaba poco en las reuniones. Si se trataba de alguna tarea peligrosa era la primera en levantar la mano y decir tranquilamente: yo quiero ir allá. E iba. Jamás se ofrecía para hablar en público. Pero cuando un día se la envió para dar un mitin en la puerta de una fábrica, se transformó allí en una llamarada y abrasó a todos hasta el corazón.

Aparecía insensible al encanto de los jóvenes ardientes que entremezclados con ella en la lucha, la amaban hasta la exaltación. Un día, en un congreso encontró a un campesino de Romaña: cabeza tallada a golpe de hacha y cabellos grises, que no sabía leer ni escribir ni contar. Se casó con él. Mil signos hacen adivinar que en el seno de esta lucha mortal y como si fuera la misma cosa, realizó un amor deslumbrador.

Pero pronto tuvieron que separarse. Un día, los periódicos la hicieron saber que Luca había sido quemado vivo por los fascistas en la Casa del Pueblo de Rossigliano. Por ese entonces no era cuestión de ir a buscar sus cenizas.

La revolución fué vencida. Encinta de seis meses, dura, marchaba al frente de los obreros de Milán presentando a las milicias negras su vientre enorme. Fué derribada a golpes y abandonada allí como muerta. Por la noche la llevaron más allá de la frontera algunos camaradas y dió a luz en un hotel de Menton.

El niño nació antes de término y murió al día siguiente. Tomó un poco de tiempo para sanar, para llorar. El séptimo día abandonó sin más el hospital y se dirigió al local del Partido. Había la orden de que se quedara en Francia. Tuvo que acatarla y partió a París.

Seis años permaneció allí, sin tregua, espiando a Italia, pendiente de los periódicos que temblaban en sus manos frías. Fué en el sentido propio, el alma de esa emigración de París, turbia y mezclada, tan equívoca, en la que fraternizaban con los mismos ojos ardientes, los doctrinarios y los provocadores, los espías y los hombres sin edad, los condenados a muerte, las cabezas a precio y los tres veces santos. Ella descubría los mejores. Si se atrevían a dudar, encontraba las razones de creencia para dárselas, aunque su corazón estuviera deshecho. A aquellos que reclamaban actos y venían a mostrar sus manos vacías, les infundía con una palabra, una especie de paciencia que les hacía marcharse purificados. Desenmascaraba a los agentes secretos, a los traidores. La figura de esta mujer resplandece en el pensamiento de mil frentes febriles que esperan aún y que no saben de ella más que un nombre inventado. Y cuando ella piensa en esas frentes, que pueden ya estar heladas, su pensamiento es mejor que una oración.

Por los días de Bruselas, cuando yo la veía frecuentemente, solía preguntarme lo que tal ser conservaba de mujer aún. Pensaba en su compañero, en el niño que había llevado dentro de ella.

Si se trataba de Alessandro, no me atrevía casi ni a mirarla, temiendo, como una desgracia, ver una luz menos fría en sus ojos.

En Moscú habían dado a Alessandro un pasaporte rumano constelado de visaciones y un carnet de prensa en nombre de un periódico liberal de Bucarest.

Armado así, era para él un juego atravesar Polonia, Alemania; permanecer en Bélgica, en Francia. La dificultad comenzaba en Bellinzona. Es cierto que Cassini había salido de Italia muy joven y no había peligro de que le reconocieran. Con tal rostro, además, ¿le hubieran podido reconocer? Se había dejado crecer la barba que era dura y negra. Pero hablaba el italiano con un acento tan puro que, por eso mismo, habría bastado a ser sospechoso al hablar ante orejas expertas. Y si llegara a caer, la aventura acabaría, con toda evidencia, ante doce fusiles.

La calma impecable que manifestaba al partir, me inquietó. Yo le había visto en Moscú temer una sola cosa en el mundo: ese viaje. Le oía aún decirme con una voz tan cantante por esa especie de pasión que la hacía aparecer un tanto quejumbrosa: "No quiero ir a Italia. Tengo miedo de ir a Italia. Tengo miedo". Y he aquí que, ante el rápido de Basilea, se paseaba con nosotros haciendo gala de una paz perfecta. Había tomado amigablemente el brazo de Carlota y no quería hablar más que de nosotros.

La policía fascista manifestaba con respecto a

los pasajeros, una solicitud muy especial. Llegaba a preocuparse de sus cuidados, hasta a abrir las cartas y leerlas. No creíamos que, en tales condiciones, nos escribiera Alessandro. Los mensajes cifrados no debían usarse en simples relaciones de amistad. Por eso, cuando él nos había dicho: "Les escribiré", comprendimos que iba a dirigirnos algunas cartas para indicarnos su itinerario y el punto de su trayecto. Eso es lo que hizo al comienzo. Supimos así que había pasado por Milán, Turín, Génova.

Carlota venía frecuentemente a mi casa. "¿Alessandro ha escrito?" Ella admiraba a ese joven, presente ahora en el lugar más ardiente de la lucha, en el lugar más expuesto al fuego; le envidiaba el caminar por esa tierra natal pero sometida, el actuar allá donde por lo menos se produciría la lucha decisiva, el tener algunos timones de la máquina de guerra en las manos, el tener esa exaltante impresión del cuerpo a cuerpo.

Un día recibí una larga carta de Roma. Habiendo reconocido en el sobre la letra de Alessandro, no me atrevía a abrirla creyéndola venida de alguna prisión. Pero no. Alessandro, instalado en el hotel del Corso, nos contaba sus impresiones del viaje. Curiosa carta que aun ahora no puedo leer sin malestar. Parece que los dos Alessandro que yo había conocido, los dos Alessandro, tan contrarios, tan extraños, tan hostiles se hubieran confundido para escribir esas líneas.

No es que en ellas se pudiera encontrar ese miedo extraño cuyo acento me había impresionado tan-

to en Moscú. Había más que ese miedo. Más y peor. Había cierto extraño movimiento de abandono, de fatalismo, de desengaño. "Así parecía decir esa carta, así es la vida. Estoy aquí. Aquí vivo. Se hace todo y nadie sabe nada, nada, nada". Pero el otro Alessandro había insuflado a esta especie de lamento, un lirismo que incendiaba los períodos, hacía aparecer todo un país reducido y presto a esparcirse en lava. Con palabras apenas veladas Alessandro nos hacía también comprender que había encontrado un partido disminuído, decapitado, entregado a militantes obscuros, llenos de fe y errores.

¿Cómo me habría atrevido yo a formular el sentimiento que experimentaba?

Si no hubiera tenido miedo de ofender de frente a un hombre que quizás en ese mismo instante entregaba su vida, yo habría afirmado que Alessandro me parecía en tal momento, menos seguro. Por eso esperé que Carlota viniera, que leyera. Me atendía al juicio de esta conocedora de hombres. Pero ella me devolvió las hojas levantando hacia mí los mismos ojos de la confianza, de la amistad, y diciendo:

—¡Qué temeridad!

Algunos minutos después, cuando hablábamos de otra cosa se interrumpió bruscamente:

—De una u otra manera hay que aconsejarle prudencia. No tiene derecho para provocar inútilmente el peligro.

Recibimos aún cartas de Nápoles, de Reggio

de Calabria y, no comprendíamos por qué, de Padua. Se parecían a la primera: el mismo fatalismo, el mismo entusiasmo nervioso, el mismo desconocimiento de las reglas elementales que el sólo cuidado de vivir parecía imponer. No pude impedirme de decir a Carlota:

—No me gustan estas cartas.

Me contestó simplemente:

—A mí, me gustan.

Y agregó:

—Pero hay que decirle que no basta ser valiente...

Me quedé callado. Entonces agregó, como si continuara un pensamiento:

—...si vuelve.

Durante quince días estuvimos sin recibir noticias. El décimosexto día Carlota me rogó que telefoneara a París para averiguar si alguien sabía algo.

El décimosexto tuvo una rabia fría y breve.

—Nos han... — decía—¡ah!, nos han matado a éste también.

Y gritaba que ella tenía ya bastante con esta vida de emboscada, que iba a suplicar, a exigir que se la enviara allá donde, por lo menos, uno se batía contra algo viviente:

—Deberíamos volver todos, todos, todos; dar así, por lo menos, ejemplo a Italia.

Esta explosión me sorprendió de tal manera que pensé primero no responder, presintiendo que allí había algo más que el sonido de las palabras. Sin embargo, le dije, no sin dureza:

—Tiene usted razón. Las prisiones de la frontera piden qué comer. Y hay que seguir poblando las islas de Lipari.

Pero ya se había rehecho y sonreía.

—Soy absurda.

Yo me preguntaba si no estaría enamorada de Alessandro.

* * *

Llegó al siguiente día. Empujó bruscamente la puerta, me tendió bruscamente las manos, me apretó bruscamente en sus brazos. Parecía contento de sí mismo, feliz. Le pregunté por qué nos había dejado sin noticias cerca de veinte días, y dónde se había encontrado durante este tiempo.

—Si tú nos has escrito —le dije—, y si ellos hubieran cogido tus cartas, ¿cómo es que no te detuvieron?

—¿Qué quieres? Así son las cosas—dijo riendo.

Y me pidió noticias de Carlota.

* * *

¿Carlota le amaba acaso?

Al verle después, se quedó completamente impasible. No hizo más que levantar las cejas como para indicar algún asombro.

—¿Ha vuelto usted?

El había avanzado vivamente hacia ella que le tendía su pesada mano regordeta.

Después, sus ojos se pusieron a brillar.

—¿Qué ha visto usted allá? — le dijo.

Alessandro nos hizo un cuadro de Italia. Había mil cosas que sabíamos por los informes cotidianos: crecimiento de la crisis económica, derrumbamiento de la solidaridad proletaria bajo la presión judicial y policíaca.

Pero hablaba, sobre todo, del Partido. Al comienzo se había puesto en contacto con los camaradas, por intermedio de los agentes de enlace; pero inmediatamente después se había apercibido que de tal manera no podía hacerse una opinión justa y profunda. Por eso había borrado sus huellas.

Así, sin intermediario de ninguna clase, había conversado en todas partes con los jefes responsables de las secciones locales. Sondajes en los que él no encontraba más que tristes desechos. El Partido arrasado era una cosa lamentable. La lucha ilegal enervaba al fin las mejores energías. El terror empujaba a algunos a la prudencia, a otros hacia una temeridad igualmente excesiva. Por este motivo, el contacto con las masas parecía cortado, inactivo en muchos sitios. En el Central no se comprendían bien las instrucciones del Komintern; no se las aplicaba.

Había que reforzar la dirección, reemplazar a los militantes de las provincias, ya agotados; enviar a cualquier precio a los camaradas de la emigración allá, los más seguros, los más combativos. Costara lo que costara.

Así confirmaba una vieja idea de Carlota. Pero ella había desconfiado en ese caso de sí misma. ¿No era, acaso, su impaciencia, su deseo de combatir los que la hacían pensar así? El ver que un observador, después de una investigación larga y que parecía minuciosa, le daba razón, transformaba su intuición en certidumbre. ¿Cómo habría podido asombrarme yo de que ella aprobara a Alessandro sin reserva? Su exaltación crecía. ¿Aquel pudor moral que mi espíritu había admirado tanto en ella, iba a deshacerse ante mis ojos? Ella, que siempre se había mostrado tan discreta, tan reservada, he aquí que admiraba en voz alta a Alessandro. He aquí que alababa su sentido político, su lucidez, diciendo que hacían falta hombres como él en Italia, y prometía ayudarle con todas sus fuerzas en la empresa que proponía.

Tal alabanza parecía causar molestia a Alessandro. Como si se creyera indigno de ella, apartaba los ojos y sus pestañas se agitaban simulando una especie de tic nervioso. Su voz delataba siempre entusiasmo y no cesaba de cantar, pero era para decir:

—Hay mucho qué hacer. Hay mucho qué hacer.

Hacia las once, Carlota se levantó para retirarse.

Creí percibir que Alessandro no deseaba encontrarse a solas conmigo.

No volvió a casa esa noche. Al siguiente día,

me dijo que vivía en casa de Carlota y que ella era ya su compañera.

* * *

No supe cómo se había hecho esa unión. Originó en mí un fastidio singular. No es que me asombrara. Había encontrado en Carlota, cuando Alessandro recorría Italia, ciertos signos de inquietud insólita; y desde su regreso, un acento de entusiasmo no del todo explicable. Pero no podía regocijarme por esa especie de milagro que ante mis ojos unía a dos de mis más queridos amigos.

Para tranquilizarme, y como si esta desgracia hubiera podido impedir que yo viera otra más grande e inconfesable, evocaba por esos días la imagen de Niuta. Se rehacía tristemente la pequeña habitación de Moscú, con la ventana abierta y entraba el canto del Tverskaia. Niuta levantaba los ojos por encima de un libro mal comprendido, llamando que la ayudaran contra la suerte. "Están locos, decía, están locos". Con sus grandes ojos; pero yo no sabía ya de lo que ella hablaba.

Carlota no se preocupaba de la vida familiar de los camaradas. Yo no había hecho ante ella ninguna alusión a Niuta. No sé si Alessandro había sido menos discreto. Pero algunos hechos me dieron a comprender que ignoraba hasta su existencia.

Por otra parte, yo casi no conocía la vida ín-

tima de la nueva pareja. Habría sido en vano esperar alguna palabra de Carlota que pudiera descubrir su corazón. Si ardía de amor, pensaba ella que eso no importaba a nadie, que era un asunto enteramente personal. Si nacía algún conflicto, lo solucionaba como cualquier otra cosa. El carácter de Alessandro, yo lo había experimentado bastante, invitaba a las confidencias. Pero esta vez no hablaba jamás de su compañera, ya fuera por un pudor enteramente nuevo o ya fuera por respeto hacia esa mujer a quien sentía sin duda vivir en el espíritu de sus camaradas como una especie de santa, o ya fuera por otra causa desconocida.

Por lo demás, Alessandro partió para Moscú después de haberse reunido con algunos camaradas venidos de Holanda, de Colonia y de París.

* * *

Yo sabía que él iba a jugar allá una partida delicada. Deseaba que la perdiera. Desde todo punto de vista, mi movimiento carecía de sabiduría. El había visto y había sacado deducciones de su investigación. Había trazado un plan. Nada más sano y natural. Pero, como uno descubre con vergüenza alguna debilidad en sí mismo, yo reconocía en mí cierto temor poco confesable pensando que se iba a enviar allá, teniendo en cuenta sólo el parecer de alguien, que podía también equivocarse, por lo menos, un cierto número de hombres

escogidos a los cuales nos veríamos obligados a decir temblando, adiós.

Alessandro partió llevándose unas listas.

Yo pensaba que el examen y la discusión de su plan tardarían algunas semanas. Suponiendo que fuera aprobado enteramente, nada me daba razón para creer que Alessandro sería encargado de dirigir la ejecución personalmente. En todo caso, me parecía poco probable que regresara antes del invierno.

Pero sólo quince días después le volvimos a ver. Me presentó su credencial. Veo aún la seda blanca cubierta de sellos azules en la que se encontraba inscrita su misión. Los miembros del Partido recibían la orden "de dirigirse a los lugares designados por él para cumplir las tareas que les expondría previamente, y para seguir rigurosamente sus instrucciones".

Yo no podía explicarme, en ese momento, cómo una decisión tan grave había sido adoptada tan pronto.

Poco después supe que el informe de Alessandro concordaba absolutamente con otros dos informes emitidos casi al mismo tiempo. En todo caso, desde ese momento me era vedado dudar de que el plan de trabajo fuera justo. No me quedaba más que prestar ayuda a su realización.

No puedo recordar esos días sin experimentar, aun ahora, una angustia insoportable.

Ya no podía reconocer a Alessandro, o, más

bien, a esos dos hombres que había visto reemplazarse ante mis ojos, y comenzaba a preguntarme si ya no coexistirían en él. Para mi pensamiento, esos dos hombres llevaban un nombre. Llamaba al primero: el hombre-de-Shanghai; al segundo: el-hombre-que-tiene-miedo-de-su-país.

No era que Alessandro mostrara aún ese entusiasmo luminoso que me había conquistado bruscamente un día, ni era tampoco que yo percibiera en él, el menor signo de aquella agonía que se parece tan singularmente a la cobardía. No. El-hombre-de-Shanghai no se embriagaba ya de delirio; discutía punto por punto los hechos, criticaba las faltas, daba órdenes. El hombre-que-tiene-miedo-de-su-país, vacilaba, pero sólo cuando se trataba de los otros. Y cuando dejaba reposar ante él, sobre la mesa, sus largas manos diáfanas, si alguien le sacaba de su sueño, decía bruscamente:

—Partiré yo, yo mismo.

En la tarea que él se había asignado, que se le imponía ahora, había ligado también a Carlota.

Alessandro no inspiraba siempre a los compañeros de la emigración una simpatía completa. Su tono cortante, su languidez, desorientaban, a veces, a algunas almas desnudas que no podían reconocerse en él. Tuve que defenderle ante unos obreros que se quejaban de una orden mal dada, de una injusticia. Es cierto que por ese tiempo la presencia de Carlota a su lado, la confianza que ella le mostraba, le sirvieron de mucho. Yo

tenía la impresión de que él se daba cuenta de eso exactamente. Parecía no poder prescindir de ella. ¿Solamente a causa de la ayuda que le prestaba?

* * *

¿La amaba?

Si por ese entonces no podía yo responderme a esta pregunta, ¿cómo podría hacerlo ahora? Encontrando ridículas toda suerte de manifestaciones de afecto, no admitía Carlota que él le hiciera ninguna, y ni siquiera soportaba que la mirara largo tiempo. Pero tan luego como ella, en una discusión, llegaba a no notar la presencia de nadie, ni de él mismo, le veía fijar sobre ella sus ojos que se cargaban de una confusa tristeza, de una turbación inquietante, sí, de esa especie de fulgor que tienen los ojos del miedo. Otras veces le sentía como abrumado de nostalgia en medio de la alegría: abrumado hasta no poder levantar las manos.

En ese momento yo veía siempre una callejuela de Italia calcinada por el sol, o si me atrevía, la figura de Niuta que comenzaba a callarse.

* * *

Una vez tomada la decisión, dadas las órdenes, en marcha el mecanismo, la máquina debía comenzar su trabajo. Si, por casualidad se rom-

piera una pieza, el conductor debía reemplazarla en plena acción sin disminuir su ritmo. Ya se contaría un día las víctimas para las estadísticas; hasta se confeccionaría un cuadro de honor **in memoriam.** Más tarde, si se habían cometido contrasentidos, errores de apreciación, faltas políticas, ya se les enmendaría por medio de notas o se haría con ellos artículos para uso de los militantes. Los niños que ahora trazan una cifra en sus bancos de las escuelas primarias del mundo, sabrían entonces que en 1927 la Internacional Comunista se había equivocado, o que había vencido. La victoria, como el fuego, purifica todo. Y a cada minuto nacen niños viriles que formarán un día tropas frescas.

Yo odiaba esta amargura, esta angustia y exclamaba en silencio: "pobre tipo; no eres más que un intelectual burgués. Carlota es quien tiene razón: ella que ha entregado todo, su cuerpo y hasta sus dudas. Envidia a esa alma que sabe tanto como tú y que, además de eso, es cada día una página en blanco en la que se inscriben órdenes, actos".

Lo que temía más que todo era que los acontecimientos dieran razón a mis presentimientos. El hecho de que ellos hayan condenado a los que mi instinto condenaba no prueba, en fin de cuentas, que yo tenía razón. Hay que saber arriesgarse aunque uno se equivoque, arriesgar no sólo su propia vida de una vez, sino en detalle, cada día

de su vida, cada día que trae remordimientos mortales, muchas clases de remordimientos. Así se hacen las revoluciones que cambian el mundo. Los sacrificios de esos millares de hombres hacen, en un manual de historia, estas cinco palabras: "Entonces el régimen fué derrocado". En el momento en que hubiera querido gritar a mis amigos: "Deteneos, deteneos", yo admiraba sus caras curtidas de certidumbres, sus manos que trazaban consignas, órdenes de movilización.

La máquina había comenzado a funcionar. Veinte camaradas recibieron la orden de partir: diecisiete obreros, un antiguo redactor del "Avanti", un maestro, un abogado. Sólo hubo un refractario. Decía que el plan era una guillotina, y se marchó a la Oposición. Fué indicado a las secciones, excluído y puesto en el índice. Había que esperar que los otros se reunieran allá mismo después de haber viajado por vías diferentes y aisladamente.

En esas coyunturas, Alessandro tuvo menos constancia, menos dureza de lo que yo hubiera creído, de lo que yo hubiera esperado. Cierto incidente dejó ver en él una debilidad que yo no habría esperado ver ni en sus más febriles movimientos de abandono.

Había designado para un trabajo en Liborno a un estudiante llamado Massimo Cabaneschi, quien, ya expulsado de Francia, fué detenido otra vez en Niza y el Tribunal Correccional le condenó

por contravención de su pena. El trabajo era urgente y delicado. Se había escogido a Cabaneschi teniendo en cuenta sus aptitudes especiales que debían ser puestas en juego. Había que reemplazarle inmediatamente. Carlota propuso a su hermana que trabajaba como empleada en una fábrica de tabaco de Amberes. Asistí a esta escena que tuvo lugar en mi casa. Fué muy extraña.

Veré siempre a Carlota con la carta que anunciaba la caída de Cabaneschi, en las manos. Pensaba intensamente. Sentado ante mi escritorio Alessandro trazaba con la mano figuras geométricas sobre una hoja de papel.

—No hay dos camaradas que puedan ejecutar convenientemente este trabajo — dijo Carlota—. No encuentro más que a mi hermana Elena.

Alessandro se incorporó bruscamente como si hubiera recibido un latigazo en la nuca. Su mirada incierta parecía errar alrededor de nuestra amiga.

—No conozco a su hermana Elena — decía él—, pero me imagino que ella no conviene absolutamente nada para este trabajo.

Carlota solía hacerle ceder siempre a sus juicios que eran razonables y cuidadosamente examinados.

—¿Y por qué? — preguntó con una voz pesada y lenta—. Si le afirmo...

Vi una luz turbia en los ojos de Alessandro. Pero su mano recomenzó a trazar signos inmediatamente.

—Es necesario un hombre — dijo él simplemente.

Ninguna razón era menos aparente para convencernos.

Con disgusto noté en la voz de Carlota un ligero acento de desprecio.

—Me imagino — dijo — que usted no tiene la idea de excluír a Elena porque es mi hermana. Ella no ha solicitado a nadie que la encubra.

Alessandro desvió la cabeza. Esa frase llevaba muchas flechas. ¿Cuál de ellas le había alcanzado? Contestó nerviosamente:

—Es absurdo.

Inmediatamente después se quedó callado como si ya lo hubiera dicho todo.

Carlota continuaba:

—Elena conoce Liborno y a ella le conocen muy poco. Despertará menos sospechas que Cabaneschi. Y el trabajo también le es conocido por haberlo ejecutado en Génova el año 1925. ¿Qué objeción tiene que hacer ahora?

Nada. Alessandro no decía nada. Solamente después de cierto tiempo hizo como si esa conversación le pesaba demasiado.

—Carlota, yo le ruego...

—Partirá Elena — dijo Carlota.

El se puso de pie.

—Jamás.

La escena que se desarrolló entonces agravó, aun más, el malestar que yo sentía.

No me había imaginado que Carlota pudiera descubrirse hasta tal punto delante de un testigo. Por lo demás fué ello sólo una especie de crisis sin consecuencias. Y si creí, en aquel momento, adivinar algo de su verdadera alma, todo lo que vino después me lo hizo olvidar. Quise retirarme, pero ella me lo impidió resueltamente.

—Usted es **mi** amigo —dijo—. Es necesario que nos juzgue.

Carlota reprochaba a Alessandro el ser cobarde y el entregarse a mil debilidades burguesas: el gusto de las palabras, el miedo de las responsabilidades, aquella complacencia con respecto a sus amigos que es la peor forma de la traición. Decía que él podía, sí, desafiar las islas, la prisión, el patíbulo; que era muy fácil acabar así de una sola vez valientemente; pero que tenía miedo de los remordimientos como un niño tiene miedo del lobo del cuento.

Alessandro le gritaba que era inhumana y sádica; inhumana y sádica.

Emanaba de la discusión de esas almas una pasión violenta como si cada insulto se clavara hasta palpitar en la misma carne.

No me había imaginado que esta mujer fuera capaz de amar así.

Aquello terminó bruscamente. Carlota dijo:

—Sea; ya veremos.

Y se marcharon.

* * *

Me dejaba inquieto pensar que Carlota creyera de Alessandro lo que ella misma había dicho. No podía imaginar que otorgara su vida, cada minuto de cada día, a un compañero que creía tan cobarde. A pesar de que tenía habituados a sus amigos a verla permanecer, hasta en sus cóleras, absolutamente dueña de sus palabras, yo quería pensar mejor, esta vez, que en el exceso de su dolor había expresado mal su juicio.

Por lo demás, Alessandro había cedido, pues Elena hizo el viaje a Bolonia.

* * *

Después de todo, aquella escena parecía no haber sido más que una crisis de desfallecimiento en la vida de Alessandro. Parecía como si se hubiera desembarazado de un golpe de aquellas vacilaciones, de aquellos ensimismamientos que entorpecían tanto su trabajo.

A partir de ese instante le veíamos multiplicarse. Iba a todas partes y hasta al Buró Político del Partido que se reunía en un inmueble cuyos alrededores estaban vigilados constantemente; iba hasta los mítines donde, en realidad, no tenía na-

da que hacer. Esta imprudencia inquietó a algunos camaradas que vinieron a quejarse de ello. Nosotros le aconsejamos que se cuidara.

¿Qué se podía pensar? ¿Alessandro forzaba a la suerte, esperaba una expulsión que le haría volver a Rusia, que le devolvería su uniforme de soldado, que le devolvería a Niuta? ¿O era que, cediendo a uno de esos accesos de desesperación a los cuales se entregaba tan gustoso, buscaba evadirse bruscamente de esta vida, en la cual no encontraba quizá más que vanidad, por medio de una detención?

Pero no le detuvieron. Parecía inmunizado contra ello. Al salir de las reuniones pasaba, como en un juego, a través de esas redes de la policía donde algún extranjero más oscuro que él quedaba preso siempre. Supimos que algunos camaradas del Partido manifestaron desde ese momento, con respecto a él, cierta desconfianza. Le han visto, se nos dijo, hablar con un obrero notoriamente conocido por sus relaciones con el Consulado. Un italiano se negó firmemente, sin dar ninguna razón, a cumplir una orden emanada de él.

La misma anomalía de su imprudencia daba justicia, naturalmente, a esas recusaciones, pero, por más inverosímiles que fueran, le pusimos en guardia contra esos rumores que le desacreditaban.

Lo comprendió y desde ese momento dejó de hacerse ver en público, se encerró en sí mismo.

Por ese entonces se supo que la hermana de Carlota había sido detenida en Bolonia.

* * *

Si no había tenido tiempo de hacer desaparecer los papeles que llevaba, tal hecho bastaría para que la enviaran a las islas.

Carlota no vertió ni una lágrima. Se puso pálida y dijo que era necesario reemplazar a Elena.

Pero Alessandro sollozaba.

—Sí — decía, y yo reconocía como una fórmula de oración esta frase escuchada en otro sitio — en Italia no es batirse. En Italia es la desgracia.

Carlota le dejó llorar, le tocó el hombro. Después, como no se tranquilizara, frunció las cejas y se puso a hablar conmigo de otra cosa.

* * *

Yo esperaba que Alessandro volviera a su duda después de aquel golpe. Pero sucedió todo lo contrario. Por lo menos, lo suponía así, ateniéndome sólo a ciertos signos, pues a petición mía se me confió, en ese momento, un trabajo de otro género y ya le vi menos frecuentemente.

En otro tiempo, me había hablado con ironía de aquella táctica de la Internacional que él deno-

minaba: la **invasión con cuentagotas.** Al oírle entonces, decía que era estúpido enviar uno por uno a los militantes a Italia. La policía de las fronteras tenía que poner en el examen de cada rostro, de cada pasaporte, de cada papel, un cuidado particularmente feroz. Se hubiera dicho que se trataba de permitirle una economía de personal. Todo estaba preparado para servirla. Cinco casos sobre diez, el camarada no tenía más que pasar la ventanilla para comprar su billete de prisión. Alessandro decía: "Si sólo en algunos días y de una sola vez se hiciera pasar ciento, doscientos hombres, el número de detenciones estaría lejos de corresponder a este aflujo. ¡Y qué gran ventaja para la reorganización del trabajo!"

Pero no había querido nunca aplicar esa idea. ¿O no se había atrevido?

Me imaginaba que él la aplicaba en esa ocasión.

Supe que de los Centros de Francia, de Bélgica y de Luxemburgo se realizaban expediciones en masa. El mismo se había trasladado a París para dirigir mejor la operación.

El resultado, en verdad, apareció desastroso. Poco tiempo después de aquella fecha, al ser designado a otro servicio, me fué dado tener en mis manos una lista de los camaradas detenidos en Italia. Constaba de cuarenta nombres. Reconocí en ella algunos de aquellos que durante el último

mes habían recibido de Alessandro la orden de partir.

* * *

Por aquel tiempo vino Carlota y me planteó una cuestión singular.

—¿Usted se acuerda — me dijo con toda calma— las circunstancias en que nos conocimos?

—Sin duda — le dije—. Y no las olvidaré nunca.

Sonrió dulcemente.

—¿Le ha contado usted este asunto a Alessandro?

La pregunta me sorprendió. La importancia de Alessandro, la importancia de su misión, el número de secretos que poseía, todo eso me habría autorizado evidentemente a contarle ese episodio. Antes que él la conociera enteramente y queriendo describirle la fuerza de alma de Carlota, yo había estado a punto de hacerlo. Pero no lo hice porque me habría emocionado demasiado, ¿o por temor a dejar ver mi debilidad? ¿Pensaba acaso que tal episodio pertenecía a la mujer antes que a la militante? Yo no había dicho nada respecto a ese asunto.

—No — respondí a Carlota—. Creo que no.

Insistió curiosamente:

—¿Lo piensa usted solamente, o está seguro de ello?

—No, no. Estoy seguro de no haber dicho nada. Sonrió aún:

—Por lo demás, eso no tendría ninguna importancia.

¿Pero cómo creerle ahora que eso no tenía ninguna importancia?

Alessandro se abstuvo de escribirme. Yo no pertenecía ya al mismo servicio de Carlota y por eso la veía rara vez.

En Italia, la situación iba cada vez peor. Las brechas abiertas en las filas del Partido por los arrestos, el terror, no podían ser cubiertas nunca. La policía hacía entre los emigrados que pasaban secretamente las fronteras, capturas verdaderamente milagrosas. Nuestros camaradas, bajo el rigor de los golpes de esa mala suerte, mostraban una nerviosidad que no hacía prever nada bueno.

Alessandro había vuelto a tomar su puesto en esa máquina maligna que desempeñaba el terrible juego de desviar la suerte, de volcar el destino. Parecía que mi espíritu no deseaba ocuparse más de él; que hubiera querido olvidar nuestra amistad y esa especie de entusiasmo que nos había unido tan bruscamente. Descendía sobre mí una especie de paz. El-hombre-de-Shanghai, el-hombre-que-tiene-miedo-de-su-país. Tenía miedo de oír ese nombre:

Alessandro Cassini, que recubría a aquellos dos hombres con su signo.

* * *

Fué entonces cuando estalló el drama. Aun ahora no me atrevo enteramente a analizarlo, a reconocerlo.

Era un día de agosto completamente abrumador. Había recibido una nueva lista de camaradas detenidos.

Bajo las flores que se inclinaban del vaso, veía enteramente desplegada la hoja blanca y negra aplastada por el sol. Una especie de estupor ascendía en mí y los nombres entraban a mis ojos duramente: nombres desconocidos, consonancias extrañas, signos abstractos, sin rostro, sin vida. Terminó el calor, terminó la mirada. La revolución dejaba que se arrastraran así unas hojas por las mesas. Un golpe en el corazón de las mujeres. Se escribe el mandato de un reemplazante. Todo continúa.

Tenía vergüenza de ser débil, sin crueldad. Sentía que llegaba ya el minuto en que no podría tolerar más ese espectáculo, ese juego blanco, sangriento. Sol. Calor de verano. Pasado sin fin. Una especie de locura comenzaba a moverse detrás de mis ojos.

Me evadí.

Me encontré en casa de Carlota. Ante su puerta afirmada contra la muralla de madreselvas, estaba ella leyendo. Su mirada lánguida y plácida, su sonrisa que era la fuerza misma, me hacían siempre bien, me calmaban siempre.

Tenía una inmensa necesidad de confianza. Iba allí para decirle: "¿Usted no es, no es cierto, usted no es tan dura como parece? Usted ama, ¿no es cierto que ama? ¿No es cierto que sufre como yo? En su rebelión caen lágrimas. ¿No es cierto que hay ciertos hechos?"...

"¡Qué nervioso es usted, camarada!" ¿Se podía hablar a Carlota de esas pequeñas desgracias secretas? Su vida alumbraba sobre mí. Ya me sentía mejor. El quejarme ¡ah! Si yo me hubiera quejado en ese momento, habría sido demostrar demasiada sensibilidad y cobardía.

Le entregué la lista. La leyó abriendo los ojos solamente a medias; la releyó y me la volvió a entregar sin decir una palabra.

—A propósito — me dijo, con una especie de sonrisa—, a propósito: Alessandro está en Bruselas. Va a volver.

Esas palabras: "a propósito", en francés han perdido su sentido. Pero para Carlota, que traducía siempre su pensamiento del italiano, lo guardaba enteramente.

—¿A propósito?—le dije.

Me miró profundamente y no contestó nada.

* * *

Algunos momentos después llegó Alessandro. Sonrió a su compañera, me abandonó una mano blanda, y se fué después a reposar sobre un "trasatlántico" a la sombra de un cerezo, un poco alejado de nosotros. Estaba pálido, deshecho como alguien que tiene miedo.

Le hice preguntas sobre su trabajo, su salud, sus esperanzas. Pero me respondía con monosílabos como si la distancia que nos separaba hubiera sido demasiado larga para una frase entera. Volví a ver la habitación de la Tverskaia, sus ojos dilatados, sus labios temblorosos: volví a oír su voz extrañamente hueca súbitamente: **"Evviva la revoluzzione..."** No sé por qué Niuta presentaba un rostro reducido a miniatura como el de una muñeca, y que lloraba: "Están locos. Están locos".

Alessandro decía: "Sí, sí. No, no. Sin duda. ¡Ah!"..

Entonces, Carlota me pidió la lista.

—¿Usted conocía, Alessandro —dijo— los nombres de aquellos que acaban de ser detenidos?

—Sí — dijo suavemente.

—Héla aquí.

Y se puso a leerla. Sentada frente a mí, estaba con el dorso hacia Alessandro. No hizo ningún mo-

vimiento para interrogarle y yo veía sus ojos caídos, su boca plácida que articulaba tranquilamente.

Había justamente veinte nombres en la lista. Yo los contaba mentalmente siguiendo el trazo que formaban sobre la página blanca donde los había dejado, comidos de sol. Doce, trece. Ese nombre se parecía al de un amigo. Dieciséis, diecisiete. Alessandro, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, parecía escuchar con todos los músculos de su rostro. Diecinueve, veinte. Ya estaba. Pero no. Me había equivocado. Había un nombre aún.

—Giacomo Botempelli.

No recordaba ese nombre y lo repetí, sorprendido.

—¿Giacomo Botempelli?

—Sí — dijo Carlota y me devolvió la lista enteramente plegada.

Se había hecho un silencio pesado entre nosotros. No sé qué impulso me hizo ver la lista. El nombre de Giacomo Botempelli no figuraba en ella.

Ya iba a hablar.

—¿Esto le recuerda — dijo de pronto Carlota — la historia de Bonelli?

Bonelli... El terror me apretó la garganta.

—¿La historia de Bonelli? — dijo indolentemente Alessandro—. ¿Cuál es esa historia de Bonelli?

Hubiera querido conjurar con una palabra esa suerte que nos encerraba allí, que comenzaba a registrar nuestras almas, a ponerlas desnudas. Pero no podía hablar.

—¡Ah! Es verdad — dijo Carlota, naturalmente—. Usted no la conoce. Usted estaba en Moscú por ese tiempo. Hace mucho bochorno ahora para poder contarle esa larga historia.

Alessandro no contestó.

El silencio volvió a hacerse de nuevo.

—Alessandro...

—Carlota...

—¿Sabía usted que Botempelli había sido detenido?

—Sin duda.

Alessandro encendió un cigarrillo.

—Eso es — dijo Carlota—. Uno más.

Y sonreía. Sus ojos ardientes me hacían mal y sus dientes permanecían apretados.

No puedo decir lo que fué el final de aquella tarde. Yo permanecía aún allí mismo. Carlota entró a la casa y volvió después con el rostro encarnado como el de alguien que acaba de llorar.

Los pájaros cantaron.

Alessandro fumaba; parecía dormir.

Hacia el anochecer, Carlota dijo:

—Imagino que usted regresa a París esta noche.

—Sí — dijo Alessandro—, será mejor.

—Será mejor.

—¿Es la hora?

—Es la hora.

Se puso de pie bruscamente; tomó en el vestíbulo su maleta preparada; abrazó a Carlota; me dió la mano y partió.

Nos quedamos solos.

—¿Ha comprendido? — dijo Carlota.

Entonces la oí respirar en medio del crepúsculo. Pero sus labios permanecían apretados, sus ojos cerrados.

—Váyase.

La sombra vino a separarla de mí, a tomarla para llevarla lejos.

Me decía:

—Váyase... váyase...

Entonces la vi levantarse enteramente erguida; pero no atravesé el umbral. Se apoyó contra el muro, ocultó su faz entre las madreselvas y gimió en voz alta.

Uno se acerca a una mujer desgraciada. Se toma entre las manos su rostro mojado. Un alma grita: "Consuéleme... ¡Ah! por lo menos alguien me consuela..."

Pero yo dejaba llorar a Carlota.

¿Su cuerpo se doblegó entonces? ¿Y su alma? ¿Había, pues, detrás de su frente, algo que ardía además de la voluntad? Y yo murmuraba en profundo secreto mil frases sin sentidos preguntando a esa mujer destrozada, si en verdad había amado. ¿Y quién me dice si era a un hombre a quien lloraba; a un hombre que acababa de suprimir a otros hombres, o a la imagen de un héroe perdido? Baja la falsa luz que venía a través de los árboles veía ese dorso abrumado, como dilatado, disforme, esa

cabellera sin cabeza, esparcida sobre el follaje amigo.

—Carlota...

Me atreví a tocar ese hombro tembloroso.

Pero ella decía:

—Váyase...

* * *

No pude irme de su casa esa noche.

Esos duros que **hacen actos** no lloran largo tiempo.

En medio de la sombra se volvió hacia mí, conservando una mano sobre sus ojos.

—Soy grotesca — dijo.

Creí que sonreía.

—Nada importante, por lo demás.

Y agregó:

—Esté tranquilo. Váyase.

Pero le hice entender con un signo que me iría.

—No la dejo sola en este momento — le dije.

Entonces entró a la casa sin cerrar la puerta.

Caminé mucho tiempo en el jardín. Su habitación estaba alumbrada. Y veía a través de la cortina que su sombra se movía al caminar.

Después, nada. La luz ardía. Ella debía haber caído aplastada por el sueño. Tuve miedo y fuí hasta su puerta. Pero la oí que respiraba.

Al amanecer me amodorré sobre un diván.

Ella me despertó. La vi ante mí con su vestido de viaje. Ya tenía su maleta en la mano.

—¿Dónde va usted? —le dije.

Su rostro estaba perfectamente tranquilo. Con su voz bonachona me respondió:

—A París, claro; naturalmente.

* * *

En la emigración italiana no se oyó hablar más de Alessandro Cassini.

Cerca de la ciudad de R... se encontró su cuerpo prendido de una rama, en el Sena. Estaba acribillado de balas.

La policía no pudo identificarle.

Carlota volvió a Bruselas y recomenzó su trabajo. Casi inmediatamente después consiguió que la enviaran a Lombardía.

—Al fin — exclamó.

CORVELISE

"Andrés Saurat está muy afectado por la muerte de un cierto Corvelise."

Esta frase pronunciada al azar de una conversación bastante confusa, no me sorprendió particularmente al principio. Pero al encontrarme solo, volvió a mí y se me apareció con su carácter evidente de anomalía.

¿Cómo había podido dejarla pasar sin inquirir más detalles?

Inmediatamente se impuso a mí con una insistencia alucinante, como si presintiera oscuramente su contenido misterioso.

* * *

Lo que me asombraba no era el hecho de que Saurat se hubiera afectado con la muerte de alguien.

Ateniéndose a la fe de su vida pública, la imaginación popular hacía de este hombre el mismo símbolo de la voluntad inflexible, insensible, de la dureza. Pero para mí, que le conocía, era otra cosa.

Este oficial, excluído ya del servicio, que el Dieciocho sublevó en Odesa el Cuerpo Expedicionario del general A..., envió un ultimátum a su Estado Mayor y, traicionado, reducido, quizás para evitar la carnicería de los suyos, quizás porque pensaba reanimar así la clama exhausta fué ante sus superiores a pedir que se le fusilara; ese condenado permanente que durante setenta y dos meses, lanzado de presidio en presidio, supo lo que era el sufrimiento físico, palpó a su alrededor todo lo que el sufrimiento físico y moral puede dar de más bajo, de más sangriento; ese luchador que, como un instrumento de no se sabe qué vocación inhumana, no cesa desde hace veinte años de combatir y de buscar los sufrimientos, tiene, yo lo sabía muy bien, una sensibilidad de mujer y la menor desgracia hace que se levanten turbios sueños en sus ojos.

Pero ignoraba que estuviera hasta tal punto ligado a Felipe Corvelise.

Saurat es uno de esos hombres que, por su designio doloroso, se realizan siempre completamente, dan cada día a la imagen que de ellos se hace el mundo un trazo nuevo o incisivo, y, si mueren, dejan un recuerdo tan antiguo y tan profundo que se dice de ellos con toda naturalidad: "¿Qué? ¿Entonces vivía aún?" Corvelise pertenecía a esa especie de seres que nunca llegan a ser ellos mismos ni en las mejores ocasiones; a esa especie de hombres que desde el momento en que tratan de

actuar, se disipan, se deshacen. Y si mueren, ¿quién se apercibe de ello?

* * *

En realidad, si Saurat era para mí casi un amigo, en cambio, sabía muy poco de Corvelise. Pero había tenido la ocasión de verles juntos, hacía tiempo.

Era el año 1926, en un restaurante de la Alexanderplatz.

Los comunistas extranjeros podían, por ese entonces, atravesar Berlín sin llamar exageradamente la atención de la policía ni de las organizaciones nacionalistas. Yo me dirigía a Polonia. Saurat iba al Komintern. Nos habíamos encontrado por casualidad en el vagón-restaurante, entre Lieja y Colonia y como nos gustaba remover comunes recuerdos, no volvimos a separarnos.

Habíamos visitado aquel día la casa del K. P. D. **(Komunistische Partei Deutschland),** que comenzaba a tomar ese doble aspecto de Palacio Popular y de Laboratorio Político de donde emana una poesía tan violenta. En compañía de dos o tres camaradas de la **"Rote Fahne"** (1), cenamos después apaciblemente.

(1) "Rote Fahne" *(Bandera Roja). Periódico comunista que se publicaba en Berlín hasta la llegada de Hitler al Poder. (N. del T.).*

De pronto, Saurat se puso a reír con esa risa cuyo ruido y frescura desconciertan siempre a los que le conocen mal. Dijo con ese acento del Languedoc que hace cantar tan bien las frases:

—Va a venir a verme aquí un tipo raro.

—¡Ah!

—Se llama Corvelise. Es un antiguo anarco-sindicalista que me conoció cuando yo estaba en pleno **devenir,** con Pellutier y Griffuelhes. El se encontraba en ese momento en la "Construcción"; creo que pintaba. Todo me hace pensar que se "prendó" de mí. Cada vez que paso por Berlín llega a saberlo, yo no sé en qué forma. Y me cae encima. Esto me asombraba al principio. No soy para que se presenten a mí si no se tiene afición por los "jaleos" en este país fregado. ¡Y no lo creo muy temerario, al pobre diablo! En 1914 se hizo una especie de pequeña gloria, diciendo "no" y marchándose a Suiza. Pero no ha vuelto a manifestar ningún apetito por la revolución.

Saurat agregaba:

—¡Bah! No se puede exigir a las gentes que se hagan romper el hocico en nuestra compañía.

Y habló de otra cosa. Una música espesa llenaba el restaurante. Nos trajeron uno de esos postres generosamente adornados con pinturas multicolores con las cuales los alemanes alimentan primero sus ojos.

Fué en ese instante cuando Saurat, que estaba

con la cara hacia la puerta de entrada sonrió y dijo:

—¡Helo aquí!

Apenas habíamos vuelto la cabeza, cuando ya nos contemplábamos sorprendidos. A través de la vasta sala veíamos avanzar a otro Saurat. Al entrar se había descubierto ceremoniosamente, al uso alemán, y venía hacia nosotros con el sombrero en la mano. Pero a cada paso que daba, en lugar de disipar esa semejanza extraña, parecía más bien que la acentuaba. Ese alto cuerpo robusto y un poco encorvado, esos brazos casi desmesurados, esos cabellos rubios y raros entre los que se perdía la alta frente, ese bigote galo en desorden, esos ojos de un azul verdoso y vago. Nosotros vimos, sí, que dos Saraut se daban la mano.

Entonces desapareció el encanto. O mejor dicho comenzó otro nuevo; un extraño y gigantesco malestar. Saurat hablaba con su voz neta, plena de resonancia; su frase corría haciendo brotar imágenes pintorescas, adjetivos-balas. Corvelise, en cambio, pronunciaba períodos lentos, vacilantes y hasta cuando no se le escuchaba atentamente, terminaba siempre en voz baja y casi imperceptiblemente.

Saurat fué bastante cruel esa noche. Saurat, que, salvo en las discusiones políticas en las que era preciso formarse un diagnóstico a cualquier precio, para precisar una consigna, se guardaba tan cuidadosamente de herir, se mostraba tan gustosamente de acuerdo siempre, pareció que esa noche

encontraba un placer maligno al contradecir al visitante. ¿Experimentaba secretamente alguna irritación por esa semejanza engañadora; por encontrarla en su camino a causa de un azar paradojal como la misma visión de todo lo que él no era? ¿O era simplemente que ese inerte lo sacaba de quicio? Tuvo burlas poco graciosas, hizo alusión al gusto de los viajes que, a la aproximación de los acontecimientos, manifestaba siempre nuestro compañero. Dijo hasta:

—Corvelise, el clima se está poniendo malo en este país; ya debe pensar en hacer sus maletas.

Corvelise se enrojecía respondiendo con dificultad. No es que quisiera defenderse; al contrario, no presentaba cara nunca al ataque. Pero, después de todo, se veía que todas sus palabras, hasta las más confusas, protestaban visiblemente contra una sospecha de cobardía que le aniquilaba.

Fué una noche, en realidad, bastante banal. Hasta parecía que la presencia de Corvelise exigía de cada uno de nosotros una actitud impersonal. Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, ninguno de nosotros se atrevía a hablar de esas cuestiones que nos enfebrecían.

* * *

¿Quién era, en realidad, ese Corvelise?

¿Un policía?

Yo rechazaba esta idea que, por aquel tiempo, en ese medio, hubiera debido imponerse forzosamente a mí como una especie de necesidad. Pero el hecho de que Saurat, tan minucioso habitualmente le rechazara así, con un movimiento propiamente instintivo, me sorprendía singularmente. Pues si se pensaba un poco mejor, ¿qué hacía allí junto a nosotros, revolucionarios en misión, ese personaje para quien nada en el mundo tenía el precio que daba precisamente un sentido a nuestra vida? ¿Ese hombre que parecía tan paciente y tan dócil? ¿Y que escuchaba tan atentamente? Y los policías políticos, ¿no se sirven justamente con tanta frecuencia de esos tránsfugas del movimiento revolucionario que pueden haber olvidado sus combates y hasta el acento de su vida antigua, pero que han retenido de ella cierta aptitud para comprender los problemas de táctica, para conservar una terminología, todo lo justo que hace falta para captar en nuestros intercambios de ideas, nuestros proyectos de acción?

* * *

En realidad, Corvelise no me interesaba. La idea de volverle a encontrar en mi camino no me causaba ningún placer.

Saurat debía marcharse de Berlín antes que yo. De Moscú le llamaban apresuradamente para que estuviera allí en las fiestas del 18 de marzo. Debía figurar en ellas en calidad de francés, de héroe revolucionario. En él se vería, sin que lo supiera quizás, la misma encarnación del espíritu "commu-

nard" con sus espantosas grandezas y sus errores espantosos.

Yo iba a otro sitio. No se sabe jamás si uno va a poder volver de esa clase de viajes; ni se sabe cuándo. ¿Cuándo volveríamos a vernos? ¿Nos veríamos una vez más? Acompañé a Saurat hasta la estación de Friedrichstrasse.

Corvelise nos esperaba en el andén. Le vuelvo a ver aún, ahora, levantando, para ver si llegábamos, su estatura desmesurada, por encima de la muchedumbre amontonada allí.

Saurat dijo:

—Allí está el andrajo...

Esos adioses fueron extraños. "¿Siempre estarás, pues, marchándote?" Como si hubiera tenido sobre Saurat algún derecho, como si el perderle, después de haberle tocado, despedazara en él alguna alma secreta. "Pero, no, mi viejo, no estamos casados..." En la risa límpida de Saurat se sentía que él podía ir muy lejos. No sabemos siempre a qué demonio nos entregamos, nosotros, los que quedamos. ¿Y a quién le toca la mejor suerte?

Saurat partió. Yo vagaba en la estación con Corvelise. Compraba, para ganar tiempo, cigarrillos, sellos de correo. No me alegraba la perspectiva de salir con él a la ciudad, de arrastrarle durante toda una tarde. Pero él no se separaba de mí y yo sentía perfectamente que, al permanecer así, a pesar mío, su dignidad estaba comprometida. De tal manera que no me atrevía a tomarme el trabajo de decirle bruscamente: "Separémonos".

La muerte de Corvelise infunde en este recuerdo una inquietud singular. Se recompone con una precisión casi molesta. Tantos detalles que por ese entonces me irritaron, me hacen preguntarme ahora, bajo esta luz cruel donde ahora les veo, si justamente no me emocionaron entonces hasta un grado insoportable.

Llegaba una primavera precoz. En el aire límpido, iba más lejos que de ordinario la luz de las lámparas. El tumulto de las calles se difundía tomando una especie de triste alegría. Alguien acababa de partir. ¿A qué causar mal una noche así? Si la vida nos da una tregua, si durante tres horas se tiene la facultad de ser bueno como cuando leíamos aquellos libros en los que, de niños, el corazón se liberaba... Pasábamos por las cercanías de los grandes centros, desviándonos para no romper en ellos, esa paz inencontrable; seguíamos por las calles cada vez más sonoras a medida de que avanzaba la noche. No hablábamos nada. Sentía de tiempo en tiempo que la mirada de Corvelise bajaba hacia mí, para saber si yo tenía necesidad de algo. Se detenía, me daba un cigarrillo, fuego.

De pronto dijo:

—Vivo en Moabit. No estamos lejos de allí. Venga a mi casa. Cenaremos.

Creo que si esta invitación hubiera sido formulada de cualquier otra manera, yo la habría rechazado buscando cualquier pretexto. Pero había pronunciado su frase tan seguidamente, tan alta, con

ese valor de los tímidos que hacen su vida a golpes de pequeños irreparables y que no llegan a obedecerse sino así.

Se veía claramente que ese hombre no podía, esa noche, soportar la soledad.

—Bien — le dije.

Entonces, como si esa aceptación le hubiera librado de una presión desconocida, se puso a hablar e inmediatamente fué más allá de lo que convenía decir; se confió demasiado, se puso indiscreto, al mismo tiempo que la alegría se apoderaba de su rostro, de su voz.

—¡Ah! He hecho muy bien en pedírselo. Sabía que usted diría sí; que usted diría sí. Mire: tengo un miedo terrible de que no me acepten. Porque un rechazo, comienza a vivir sólo después; comienza a hacer estragos...

Yo respondí molesto, vagamente que tal sensibilidad me parecía algo inquietante, que él debía ser una compañía muy difícil, puesto que tomaba todo en forma trágica.

—Así — proseguía—, por eso no me he atrevido nunca a decirle a Saurat que "viniera". Se habría negado. Le aseguro que se habría negado. El es duro. **Piensa anticipadamente.** Me imagino que no hace nunca lo que le molesta:

Y agregó inmediatamente:

—Es demasiado grande para mí.

Yo le dije:

—Sí; es un hombre.

—¡Ah!, y doy a su estimación un precio que usted no se imagina. ¡Si él pudiera comprenderme! A menudo, cuando va a pasar por Berlín, yo medito sobre lo que debo decirle. Paso así noches enteras. Comenzar por esto, por aquello. El obtener que me escuche una hora o mirarle solamente en los ojos con una mirada que no engaña nunca, decirle: "Saurat, yo no soy cobarde de ninguna manera". O bien... Pero ya veo que ríen sus ojos: "Bien, bien, ¿qué tábano te pica mi viejo?" O peor: "lo que tú eres no me importa nada. Lo que uno es, son los actos".

El hecho de que Corvelise imaginara esas respuestas en voz alta, ante mí, agravaba mi molestia. Recuerdo haberle contestado hipócritamente cualquier cosa sobre el misterio de los hombres y que no había que juzgar nunca así.

Después, queriendo descargar la atmósfera le dije:

—Pero, en realidad, ¿de dónde nació esta amistad por Saurat?

—Saurat — me respondió poco más o menos Corvelise—, es el único hombre a quien conozco, a quien he conocido. El único hombre que está en este combate donde yo hubiera querido estar. Las cosas que no he hecho las ha hecho él. Yo he soñado con sus percances; él los ha experimentado todos, hasta el presidio. Es la misma imagen de mi destino fallido.

Iba a preguntarle: "Pero, ¿por qué?..." Corvelise me interrumpió:

—Ya hemos llegado.

* * *

Nos encontramos al extremo de Moabit, ante uno de esos inmuebles-cubos donde se ve en las ventanas durante el día, mujeres con rizadores, jaulas llenas de pájaros.

—Es en el quinto.

Corvelise subía delante de mí, abarcando dos peldaños de cada zancada, como si quisiera abreviar este largo ascenso; como si tuviera prisa de abrirme su aposento. En cada descanso se volvía hacia mí preocupado de saber si yo subía siempre y sonreía como para excusarse. Los olores de la cocina innundaban la escalera. A veces salía por debajo de una puerta el ruido de un fonógrafo.

De una sola mirada abarqué la antecámara.

Una tela de cretona cubría una maleta; en la percha había vestidos de mujer, un pequeño sombrero azul-rey.

—Francisca — gritaba Corvelise—, traigo un amigo.

Francisca... Me asaltaron imágenes sombrías y tristes. Ese grito, esa voz. ¿Acaso estaba allí el secreto de Corvelise? "Yo no soy un cobarde de ninguna manera..." ¿Acaso iba yo a tocar la forma que para él tomaba el amor a la vida, el renunciamiento a realizarse?

—Francisca, mi hija.

Vi una niña de quince años, demasiado grande, encorvada, que enrollaba entre los dedos un extremo de su mandil. Ese rubor violento, esparcido sobre su rostro, engañaba primero al espíritu que buscaba una semejanza; pero, inmediatamente después no se veía ya más que esos grandes ojos azules, esos labios confusos y tristes.

Atravesamos un comedor. Era del mismo tipo de esos amoblados de series que se ven en casa de las gentes humildes de Alemania: artes decorativas de pacotilla, pero a las cuales confiere cierta nobleza, su discreta sobriedad. Vi que sobre un mantel deslumbrador se encontraban arreglados tres cubiertos.

—Usted ve — dijo Corvelise, suavemente—, Francisca le esperaba.

Pero Francisca había desaparecido, sin decir una palabra, por una puerta entreabierta, en un ruido de frituras.

—Entremos a mi habitación. Voy a mostrarle los dibujos que hago.

Vi una pieza abuhardillada, muy grande. En un rincón aparecía un lecho como si estuviera allí perdido y como olvidado. La lámpara concentraba toda su luz sobre una mesa de madera blanca cubierta de cartonerías, de revistas alemanas y francesas, de libros amontonados. En las paredes, encima de los armarios bajos, repletos de toda clase de objetos, había vastos carteles de propaganda: trenes rojos, aviones, tanques estilizados, toda una dura

plástica de cifras y de gráficos. Nada que fuera Corvelise, nada.

¡Ah! Hablaba de Francisca... Me había sentado en una silla de mimbre. Inclinado por encima de la mesa, veía en la dura luz, su gran frente brillante de cabellos ralos, sus grandes mostachos de un rubio desteñido, sus ojos glaucos que me habían inquietado.

—Su madre acaba de morir en un sanatorio. Yo no tenía más que ella; ella no tenía más que a mí; y lo comprendíamos muy bien los dos. En ese momento, yo estaba ya segregado; ya no militaba. Por la noche iba a buscar a la criatura en la **"creche"**, la hacía acostar. Después tenía que hacer mi comida. Entonces comenzaba mi segunda jornada. Copiaba planos para los empresarios. La pensión de mi mujer había costado cara. Me encontraba así, cuando de pronto vi venir la guerra. Inmediatamente me hice arreglar mi cuenta; revendí mis cuatro muebles a unos amigos; tomé a Francisca y me marché a Bellegarde. ¿No es cierto que hice bien?

—¿Encontró usted trabajo en seguida?

—¡Ah, durante la guerra eso era muy fácil! Tanto trabajo como uno quería: en Ginebra, en Lausana, en la Chaux de Fonds. Trabajé en la alimentación, en la imprenta. Vivíamos en la aldea. Francisca iba a la escuela. El aire de las alturas la salvó; eso es cierto.

"En aquel momento, aislado, perdido, no hacía más que seguir esa guerra. Yo sabía muy bien que en ella había quizás un hombre que moría en mi lugar, que se mataba allí, en el preciso lugar de las trincheras donde yo debía haberme encontrado. No crea que yo juzgaba eso divertido. Por la mañana abría los grandes periódicos. ¿Y eso iba a acabarse? ¿Qué harían? Zimmerwald, Kienthal, Estocolmo. Un día apareció Lenin.

"¿Qué hubiese hecho yo allí, en ese país?, se lo pregunto. Permanecí en él hasta el año 20. Por esa época pertenecía yo a un grupo de Chaux de Fonds. Teníamos una imprenta de mano. En ella trabajaba por la noche imprimiendo periódicos, folletos. Me expulsaron de Suiza. Entonces vine aquí. Francisca tenía ocho años. Fué muy duro. Acabé por encontrar un trabajo estable. ¿Usted ve?..."

Y esparcía sobre la mesa un montón de hojas cubiertas de planos, de dibujos, de amoblados.

—Quise volver al collar: ir al Partido. Eso no tardó mucho. Ocho días y fuí amablemente enviado a la Comisaría donde me interrogaron. Cuando el policía conoció mi calidad de desertor francés, vi que se iluminaban sus ojos: un desprecio lleno de complacencia. "Entonces, bien; pero estése tranquilo, si no..." No deseo a nadie el desprecio de un enemigo.

"Pero, ¿qué habría sido de Francisca?

"He aquí: eso es todo. No ha habido ninguna otra cosa en mi vida. Artículos de periódicos; el eco de una batalla en la calle: supe que los marinos se sublevaron en el Mar Negro; que los obreros ocuparon una fábrica en Lombardía; que había

lucha en Bechum o en Hamburgo. Y vi a Saurat... ¡Si llegara un día...! Cuando Francisca supiera vivir..."

¡Ah! Esa melancolía desgarradora me impresionó. Tenía vergüenza de encontrarme allí: en libertad de irme, en libertad, poco más o menos, si me placía, de morir.

—Veamos, Corvelise, no sólo hacen falta soldados a la revolución...

Pero tuve el sentimiento de que Corvelise no se dejaba engañar. Sonrió dulcemente y sólo con los labios.

—Sí — dijo muy bajo—, es mejor hablar de otra cosa... Eso es lo que hago.

Escogió minuciosamente una llave, abrió un armario y volvió trayendo en sus brazos una inmensa carpeta.

—Son mis dibujos.

¿Cómo me habría negado? Tuve que tomar una a una esas hojas, apreciarlas, mirarlas. Un sordo malestar se apoderaba de mí. No era tanto la torpeza de la ejecución, pues un rasgo ingenuo y vacilante puede hacer que nazca alguna imagen patética; ni la mediocridad de la visión, pues un simple detalle cogido de lejos, puede abrir una vía sin límites..., pero esos espectáculos de una guerra civil romántica, plena de cascos, de bayonetas, de banderas, de ojos hirientes, de bocas gimientes..., ese incoherente programa de propaganda..., yo veía que ese hombre había proyectado allí, el

sueño de su vida condenada, la vergüenza de una impotencia a la que no podía resignarse.

¿Iba yo a herirle?

—Sí — dije—, sí. Hay en todo esto una sorda obcecación de actuar que le hace mal a usted.

—No diga nada. No diga nada. Eso es. No hablemos más.

Y anudaba cuidadosamente los cordones de la carpeta.

* * *

Fué entonces cuando Francisca vino a romper esa atmósfera pesada.

—Padre, la comida está servida.

Se había quitado el mandil. Pequeña francesa en el destierro. Bajo su vestido azul, demasiado corto para ella, yo veía sus flacas rodillas; y sus manos, que por timidez juntaba sin cesar, eran rojas y brillantes. Pero su rostro se iluminaba de una límpida bondad. ¿Sabía ella lo que representaba su vida para este hombre envejecido? ¿Qué significa la palabra felicidad? ¿Se pueden medir los sacrificios?

Pienso ahora con una opresión del corazón todo lo que fué esa comida. Francisca espiaba con sus grandes ojos azules qué impresión me hacía el gusto de la sopa y si su salsa de tomates me parecía buena.

—Y usted, ¿qué va a hacer en su vida, Francisca?

—Dentro de dos meses tendré mi certificado.

Seré dactilógrafa francesa en una casa de exportación. Pero mi padre podrá reposar un poco; ponerse a pintar verdaderamente.

¿El destino de ese hombre era, pues, eso para su hija?

* * *

Corvelise me pidió que volviera al día siguiente. Se lo prometí por debilidad.

Pero al volver al hotel, encontré un telegrama. Me anunciaban que el pasaje estaba listo y tuve que tomar al siguiente día, el rápido de Varsovia. Escribí a Corvelise una breve excusa. No le volví a ver jamás.

De esta manera, él se hizo en mí una de esas figuras como las que vagan por decenas en los recuerdos de esos viajeros que fuimos: despojos que vienen a flotar un momento al borde de nuestra vida que recoge el reflujo.

Para mi concepto, Corvelise era el tipo acabado de esas almas inciertas y dualizadas que la necesidad de actuar parece llevarles sin cesar fuera de sí mismos, pero a quienes retiene una especie de miedo, una especie de bondad. Al pensar en él, yo veía una de esas algas cuyas flores se balancean en los confines del aire y del sol, adheridas a tallos fijos que vienen desde el suelo marino; sus raíces se hunden aún más en ese suelo. Sólo cuando estén muertas se irán.

Hay siempre en las primeras filas de los mítines algún espectador cuyos ojos arden, cuyos labios,

de tanto vivir vuestras frases, forma las palabras que vosotros pronunciáis y que permanece, bajo la tempestad de aplausos, completamente inmóvil como atacado de una paralizante exaltación. Se le ve entonces resbalar por entre la muchedumbre, huir solo, lentamente; volver a su mesa, a su lámpara, a encontrar no se sabe qué acogida ignota. Siempre me decía a mí mismo en tales casos "Aun otro Corvelise".

Sin embargo, llegué a pensar con precisión en aquella noche de Berlín, una o dos veces. Recordaba a Francisca y su pequeño delantal, el mantel blanco, la cocinilla humeante. "Si llegara un día cuando Francisca supiera vivir..." Pero me olvidaba de todo inmediatamente.

Cuando de pronto, el eco de esa conversación que oí removió mis recuerdos, la imagen de Corvelise afloró bajo una nueva luz; me puse inquieto y quise volver a encontrar las huellas de su vida.

* * *

Lo que voy a contar ahora no lo viví, ni lo vi personalmente.

Quisiera que no se me censurase demasiado si mi relato parece sumario. Me fué muy difícil recoger sus elementos. ¿Qué podía informarme Saurat? A causa misma de que él desempeñaba un papel en ese drama, ¿acaso no tenía que irlo viviendo, sin verlo, casi sin comprenderlo? Tuve la suerte de encontrar, es verdad, al camarada alemán que se

encontró más directamente comprometido, pero a quien, justamente, la decencia imponía una serena reserva. No tuve necesidad de nada. Los detalles que obtuve de él no me han servido más que para evocar ese clima extraño en el que se desencadenó la crisis.

* * *

Que se me excuse, ante todo, si delineo primero ciertos acontecimientos en los que no se verá a Corvelise.

En octubre de 1930 se realizó en Colonia una de esas conferencias renanas que realizaban los representantes de los Partidos Comunistas francés, alemán, luxemburgués y belga, con el objeto de coordinar y de armonizar mejor los esfuerzos de una lucha común.

Saurat asistió a él.

El Radio de Milheim, aprovechando de su presencia inesperada, improvisó la víspera de su partida un mítin monstruo.

Manifestación patética. Era el momento en que, a medida que se apagaban las herrerías y las fundiciones, y a medida que la imagen de una crisis sin precedentes, volvía loca a la pequeña burguesía, el movimiento racista comenzaba ese espantoso crecimiento que asombra, aun ahora, a los observadores advertidos.

Saurat venía de Colonia por la ruta de Duseldorff y llegó a Milheim entre una doble hilera de obreros y de obreras. Descendió del automóvil entre

ráfagas de aclamaciones y de cantos. Exaltado por esa comunión, creyendo volver a encontrar la palpitación popular del año veinticuatro, no dió más que un grito de llamamiento.

Los racistas no se atrevían a entrar en Milheim. Al tener noticias de esa manifestación, organizaron también en Colonia una demostración "antimarxista".

Muchos obreros de Colonia se habían ido a Milheim y tenían que volver por la gran ruta. Excitados por sus tribunas, los grupos nacionalistas, salieron de un mítin, pasaron el Hohenzollernbrucke y se dirigieron en busca de los adversarios políticos.

Entre éstos se encontraba un cierto Gutler. Ese joven poseía un prestigio inmenso a causa de su elocuencia de acero y de su frío valor. Todos sus correligionarios le querían y muchos le auguraban los más altos destinos. Cuando supo el designio de la muchedumbre de sus partidarios, temiendo una lucha desigual, una derrota, quiso contenerles. Vanamente. Sus órdenes se esfumaron entre los grupos dispersos. Con el objeto de no aparecer como un traidor, reunió veinte o treinta hombres y partió con ellos a reunirse con los que estaban en camino. El fué quien organizó en lo posible el ataque. Al saber que la masa de los suyos seguía la ruta de Dusseldorff fué a ella con toda rapidez, desembocando por el Elberzeldstrasse. En ese preciso momento los comunistas que volvían de Milheim cantando, llegaron al cruce. Saurat impulsado por la marea, caminaba delante.

Todo fué breve. No se sabe de qué lado partió el primer disparo. Volaron los cristales; una avalancha sobre otra; un rumor salvaje. Vinieron los camiones de los **schupos** (1): se recogieron doce muertos; entre ellos, Gutler, que tenía una bala en el ojo derecho.

La muerte de su jefe predilecto exasperó a los nacional-socialistas. Al siguiente día, su periódico aparecía con unos titulares enormes:

"El extranjero Saurat
pagará
por Gutler."

Era una especie de condena a muerte. Así había obrado ya la **Santa Vehmme** (2). Y un año más tarde, la policía encontraba un cadáver que no podía identificar. Para ser más ruidosa, más teatral, esta sentencia no contenía una amenaza menos grande.

Pero Saurat, por esos días, pudo pasar la frontera. Los camaradas temían que se le detuviera y le embarcaron en un auto, a medianoche.

Tres días después, el Gobierno decretó contra él una condena de expulsión, prohibiéndole para siempre entrar al territorio del Imperio.

(1) Policía alemana. (N. del T.).
(2) Tribunal secreto de la Alemania Medieval.

Saurat llevaba esta nueva maldición, que ponía en cierta manera su cabeza a precio en Alemania, sin gran pesadumbre. En todos los rincones de Europa y hasta en Francia las gentes escrupulosas atribuyen a su vida un valor que él juzgaba excesivo. Sabía que en las manifestaciones era a su alta cabeza a lo que mejor apuntaban los Colt de la Policía. "¡Oh!, decía: eso o el presidio son dos cosas entre las cuales mejor no quiero escoger".

El hecho de que fuera expulsado de Alemania lo apesadumbraba mucho más. Tenía que ir frecuentemente a Moscú, ya fuera para asistir a las sesiones del Komintern, ya fuera para cumplir allí o tomar el encargo de alguna misión. Esta medida gubernamental tendría que forzarle a hacer un largo rodeo o a viajar ilegalmente cada vez. Esta última perspectiva le parecía particularmente irritante, pues si admitía con tranquilidad alguna condena en la que servía de ejemplo, de signo de unión, le repugnaba un encarcelamiento por falso pasaporte y por violación de destierro, que le tendría durante meses, inútilmente alejado de la lucha.

En marzo de 1931 tuvo que dirigirse de nuevo a Moscú. Ya había hecho tomar su billete por la Vía Zurich-Viena-Varsovia, cuando recibió de Berlín una carta en la cual Katz, Secretario del Partido alemán, enfermo e imposibilitado de viajar a Rusia, le rogaba verle antes de los debates del Komintern.

—Que se vaya al diablo — dijo Saurat.

Pero se hizo teñir de negro los cabellos y las

cejas, afeitar el bigote; compró trajes nuevos, casi elegantes, y tomó el tren para Berlín.

* * *

Saurat no podía ni intentar siquiera ir al local del Partido, doblemente vigilado: por la policía y por los hitleristas. La casa de Katz era aún menos segura. Se alejó en casa de un cierto Feuerlich, abogado de Charlotemburgo, personaje que la Vigilancia aun no había señalado y a quien los hitleristas, a pesar de algunos artículos aparecidos bajo su nombre en las revistas de vanguardia, casi ignoraban.

A esa casa vino Katz para entrevistarse. La conversación fué breve: se tomaron acuerdos y Katz, muy fatigado, se retiró inmediatamente.

Saurat no podía partir hasta el día siguiente, a las cinco de la tarde. Su huésped, mal habituado a esas bruscas y confusas maneras, temió que Saurat se aburriera e hizo lo imposible por distraerle.

Por la mañana del siguiente día le dijo:

—Hace pocos días conocí a alguien que le admira muchísimo y creo que le quiere de verdad. Es un francés que hace cuadros bastantes mediocres, en realidad, y da, firmados con seudónimos, sus dibujos a nuestros periódicos. Creo que es un desertor del Catorce.

—¡Ah! —dijo Saurat—, Corvelise...

—¿No le disgustaría verle?

—De ninguna manera; es un buen tipo.

—No teme usted que él sea, como diría yo, indiscreto?

Saurat sonrió.

—¿Corvelise? ¡Oh, no! Eso no. No, no.

* * *

Corvelise llegó hacia las once a la casa de Charlotemburgo.

—Esta vez, mi viejo —dijo Saurat—, ya no te pareces más a mí.

Y pasaba la mano por su cabellera teñida de negro, por su cara afeitada.

Pero Corvelise tomó su sombrero de las manos de la sirvienta, que ya lo tenía, y se lo puso de nuevo. Después, escondiendo su boca detrás de un brazo plegado, fingió tener miedo y dijo:

—Chit, chit. ¿Y cómo ha sido eso? Mira.

El dueño de casa les contemplaba estupefacto a los dos.

—¡Ah!, si no viera más que sus siluetas, sus espaldas, sus frentes, sus ojos, qué cosa extraña, sí, ¡qué extraña semejanza!

—No hay nada que hacer, Saurat —decía riendo Corvelise—. Me pareceré a usted siempre. Mañana me afeito el bigote y me creen que soy usted, sí, señor. Resígnese a esta perspectiva.

Almorzaron. Parecía que Corvelise hubiera perdido algo de su antigua timidez.

Respondía a Saurat de manera complaciente

cuando éste se divertía lanzándole sus burlas e indirectas.

Le hablo de su hija, por primera vez.

—¿Tú tienes una hija? Yo no sabía que tenías una hija que alimentar...

—¡Oh! Ahora —decía Corvelise—, estoy tranquilo por ese lado. Ya ella puede pasarse sin mí.

Saurat presentía confusamente un drama oscuro. Ella podría "pasarse sin mí", y no sonrió ya.

—Trabaja como dactilógrafa francesa en el Darmstadter Bank; quisiera que usted la viera. Tiene diecinueve años. La encuentro muy bella. Ella le quiere a usted.

Y agregó suavemente:

—Su nombre es Francisca.

Y su rostro resplandecía.

* * *

En ese momento tocaron a la puerta.

La sirvienta trajo un sobre.

En el anverso se leía estas frases:

"Al Doctor Feuerlich,
Abogado
Y Mal Alemán.
(Para el Extranjero Saurat)".

En la otra cara, una mano diferente había escrito estos versos:

"El marxismo permite el quitarse un bigote rubio
y el volvérselo a poner,
pero no ha encontrado aún la manera
de devolver la vida a quien la perdió."

Los hombres se miraron asombrados. Solamente el Secretario del Partido Comunista conocía la presencia de Saurat en Berlín y, a la vez, el lugar donde éste se encontraba.

—Me han entregado —gritó Saurat.

Y fijó sobre Corvelise una mirada dura. Corvelise palideció, exclamando:

—Andrés, Andrés.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Saurat se serenó inmediatamente y tuvo vergüenza de sus sospechas.

—Y bien; qué. ¿Ya no podemos reírnos?

Y rompió el sobre. Dentro había un recorte de periódico:

"El Extranjero Saurat
Pagará
Por Gutler."

El titular del periódico de Hitler. Al través y con lápiz rojo había dos fechas:

Catorce de octubre de 1930—Dieciséis de marzo de 1931. Saurat miró la hora en su muñeca. Los otros hicieron maquinalmente lo mismo. Eran las 12.

—Antes de las cinco tengo que pasar —dijo Saurat.

Pero Feuerlich levantó los hombros:

—No. Usted no puede irse así. Ellos no lanzan nunca al azar esta especie de avisos. Aquí, en su barrio, puede decirse que son los amos de la calle. Hay emboscada preparada, naturalmente: unos hombres para el golpe; otros para cubrir la retirada.

—Ya he derribado otras barreras —dijo Saurat.

Y miró de nuevo la hora. Este hombre era de aquellos que por una especie de inversión del miedo, no podía soportar el anuncio del peligro sin exigir que se produjera de inmediato, sin ir a su encuentro.

Feuerlich buscó su mirada.

—Camarada, yo no sé exactamente lo que le ha traído a Berlín. Si usted viaja ilegalmente a través de este país, cuando podía haberse ido tan fácilmente por Zurich y por Viena, me imagino que será por un grave motivo. Usted debe haber recibido, sin duda, algún documento importante, o, por lo menos, un mensaje verbal cuyo retraso originaría perjuicios. Debo también pensar que la Internacional no arriesgaría, en una aventura parecida, a un militante tal como usted.

Y agregó sabiendo que daba en el blanco.

—Aventura enteramente personal, como usted debe notarlo.

El hecho de que hay otras valentías distintas a la de aquella que hace servir de presa a una ola enemiga, lo sabía Saurat mejor que nadie.

—Es justo —dijo—. Pero **debo** pasar.

* * *

Entonces todo se desarrolló con esa rapidez mecánica, con esa lógica absurda que uno no encuentra más que en ciertos sueños.

Corvelise sugirió tímidamente:

—Llamemos a la policía.

Nadie quiso contestarle ni una palabra. Se puso encarnado y se calló.

—Tenemos cuatro horas ante nosotros —dijo Feuerlich—. Voy a telefonear al Partido para pedir que venga alguien.

Cogía ya el fono cuando volvió a ponerlo inmediatamente.

—Si las líneas del Partido están conectadas con un puesto de observación, dentro de una hora tendremos una doble barrera.

—¿No podría llevar yo un mensaje? —preguntó Corvelise.

Feuerlich insistía.

—Pero es absolutamente loco —dijo Saurat—. Si éste sale de aquí, lo matan.

—No, no —dijo Corvelise.

Pero las comisuras de sus labios se ponían blancas y sus dientes castañeteaban al mismo tiempo.

Feuerlich miraba a Saurat y a Corvelise.

—Evidentemente —dijo.

Y telefoneó.

Pidió solamente al Secretario del Partido, que

viniera a su casa, agregando que tenía que hacerle una comunicación urgente y capital.

Media hora después tocaban el timbre. Era Katz.

Feuerlich le expuso la situación. Katz la escuchó encendiendo un cigarrillo, sin decir una palabra.

Al cabo de diez minutos se levantó, poniéndose los guantes.

—Saurat —dijo éste—, usted debe permanecer aquí hasta nueva orden. Si pierde el tren de cinco, ya podrá alcanzarlo en Varsovia, tomando un avión por la noche. Voy a movilizar cien hombres. Antes de la noche trataremos de despejar las salidas.

Y partió.

—Creo que estamos exagerando mucho. Tengo la impresión de que ustedes representan un poco la guerra civil.

Pero Feuerlich sonreía.

—Vamos a ver, vamos a ver —decía aún Saurat—. Ya creo que somos víctimas de una enorme farsa.

Corvelise no hablaba ya. De pie ante la ventana del balcón, no cesaba de observar la calle, en la que comenzaban a encenderse las lámparas.

—No gaste sus ojos —le gritaba Feuerlich—. Usted no verá a nadie en las aceras. Pero apostaría que hay tres o cuatro allí, vigilando detrás de los visillos de ese restaurante, y que se encuentra en una ventana otro que en un momento dado lanzará un silbido.

Llegó a noche. Encendieron la luz. Pero Corvelise permanecía mirando la calle por detrás de la ventana cerrada.

—Hay —dijo de pronto— cinco o seis hombres que hablan junto al reverbero.

Feuerlich fué a mirar.

—Aquellos —dijo— son los nuestros.

Y regresó.

—Acaban de entrar al café —gritó Corvelise.

—¡Ah! Transcurrieron algunos minutos. Después se oyó un rumor violento, el ruido de un cristal que vuela en pedazos. En un choque confuso se dispersaban las fuerzas.

—Están despejando —dijo Feuerlich.

Saurat miró su reloj.

—¿A qué hora justa parte el avión?

Pero Feuerlich no lo sabía.

A las seis llegó un amigo de Feuerlich. Era uno de esos espectadores innatos a quienes la política interesa como un espectáculo sin trascendencia.

—Las gentes de Hitler y los comunistas están en la calle esta noche —dijo—. Se baten en todos los rincones de las calles hasta la estación de Charlotemburgo.

Manifestaba estar experimentando un vivo placer. Partió para ver aquello.

—Llegaré —dijo cómicamente— antes que los **"schupos"**.

* * *

Corvelise permanecía detrás de las cortinas. ¿Qué podía ver ya en esa sombra?

Ahora me imagino yo lo que debieron ser para él esas horas de espera, en las que se jugaba la vida de su amigo, la suerte de su idea más secreta; la más cara. A diez metros debajo de sus pies, la calle, y bajo las lámparas suspendidas, ese movimiento indeciso de las sombras enemigas, amigas. Detrás de él, en un alejamiento de sueño, la voz de Feuerlich, la voz de Saurat.

¿Es que todo no convergía? El frío de los cristales sobre su frente, sobre sus manos; en algún sitio, en las profundidades insospechadas, una agitación de viejos sueños. Cae la nieve en París. Los gendarmes caminan hacia una huelga del lado de Montrouge. Los guantes de lana están agujereados. ¡Ah! Cuando Francisca haya nacido... ¿Acaso la llama domada durante veinte años no se pone a arder sordamente, secando el corazón, turbando el raciocinio? Se mece a un niño en una cuna; se le da leche. Uno va a buscarle a la escuela. Uno forra sus libros de lectura. El aire que cura sus pulmones parece dulce a los labios. Una vida inútil. ¿Una vida útil? Util, útil. ¿Es que Francisca no se desprende bruscamente de su alma como un fruto abandona el árbol que le sostuvo? Llegaban periódicos plenos de masacres y de hermosas derrotas. Se atacaba en Viena, en el Ring, en Dublín, por el lado del puerto. Mañana volverá a ser 18 de marzo. Irán treinta mil hombres ante el muro lleno de inmortales. Se dibujaba. ¿Acaso esa mitología que está encerrada en su habitación, que está proyectada pacientemente sobre unos cartones —gargantas agujereadas, manos con esposas, hampas, himnos—, no se pone a vivir y trata de entrar a ella, él también, simplemente? "Yo no deseo a nadie el desprecio de un enemigo..." La ironía de un amigo es peor. En veinte años... ¿Todo no se desenreda de un golpe? ¿Todo no se hace simple, evidente, fácil súbitamente? "¡Ah! Si un día, cuando Francisca sepa vivir..." Hay discos que dan vuelta en la noche. La vía está libre.

—No —decía Saurat—. No; es intolerable.

* * *

Extraño destino el que hizo de Saurat un jefe de partido. Está tallado para el motín, para los cuerpo a cuerpo, para los tiros de revólver.

No podía soportar la inactividad cuando otros se batían en su lugar. Esa situación le hacía sufrir de un modo extremo. Se levantaba y se sentaba sin cesar.

Pero Feuerlich le calmaba pacientemente, recordándole sin cesar que no podía, no, comprometer su vida por simple placer.

A las siete vino un emisario del Partido. La empresa había fracasado. Estaba claro a los ojos que las trampas habían sido admirablemente preparadas. En todas partes donde se había provocado al adversario, los hombres del **Rote-Front** (1), inferiores en número, habían tenido que retroceder.

(1) Frente Rojo. (N. del T.).

Ahora, los **schupos** ocupaban la calle, distribuían piquetes en las bocacalles.

Entonces Saurat, que había estado largo tiempo contenido, renunció a dominarse. Yo conocía esas cóleras furiosas en las que se transformaba completamente, haciéndose otro hombre capaz de abatir hasta a su mejor amigo, si éste se le oponía.

—Esto basta ya —gritaba—. Ya estoy cansado. Estamos desperdiciando la sangre de los nuestros en esta comedia. Denme mi abrigo, mi maleta: me voy.

Fué una verdadera lucha. Feuerlich y el emisario del Partido cogían por las muñecas a Saurat a quien embriagaba una especie de rabia.

Se oyó con toda claridad dos disparos bajo las ventanas.

Los tres se quedaron inmóviles.

Pálido, con los ojos desorbitados, Saurat gritó:

—Corvelise...

Corvelise no estaba ya detrás de la cortina.

Ascendió de la calle un silbido estridente, un rumor sordo. En medio del asfalto unas gentes rodeaban un cuerpo extendido.

—El imbécil —dijo Saurat—. ¡Ah! El imbécil.

Y se puso a llorar.

* * *

Feuerlich fué al hospital para reconocer a Corvelise. Había recibido dos balas cerca del corazón. Murió inmediatamente.

Su rostro estaba afeitado. Al lavarle encontraron sobre sus cejas los trazos espesos del lápiz negro.

* * *

No me atrevía, en verdad, a hablar con Saurat de esos acontecimientos. La sensibilidad para él: ¡qué enfermedad vergonzosa! Sin duda disimularía, como siempre, bajo algún sarcasmo, su malestar, su dolor. Pero fué, ¡ah!, esta vez, prodigiosamente simple.

—Sí —dijo—. Murió en mi lugar. Es una mala pasada.

Y me hablaba de Francisca.

—¿Sabes tú que tenía una hija? Le he escrito. ¡Ah! No para justificarme ante ella, sino sólo para pedirle perdón. He aquí su respuesta.

No me atrevo a transcribir aquí esas páginas temblorosas.

Francisca ponía en ellas su corazón. El hecho de que hubiera sabido la muerte de su padre, por intermedio de aquel por quien había muerto, en vez de torturarla, la pacificaba un poco. Sin duda sabía confusamente, ante ese desastre casi glorioso, qué sueño había ardido cerca de ella. Desraizada, separada del mundo, ¿engañaba al dolor que la llenaba, toda entera, perdonando? Embriaguez del primer perdón, de la primera desesperación. Saurat, ese duro guerrero que no se había resignado nunca a amar, recibía de esta joven desconocida, palabras de una dulzura escalofriante.

Volvía a meter la carta en su sobre, la guardaba en su cartera como lo hacen los enamorados.

—Yo —decía Saurat—. Yo soy un héroe para folletín. Pero lo que ha hecho Corvelise, ¡ah!, no habría podido hacerlo.

YEGOR

Al clasificar mis viejos papeles políticos, he encontrado unas notas sobre el Congreso de Amberes.

¿Por qué, entre todas esas figuras sumergidas allí, hay una sola que se levanta bruscamente, la de Yegor? Muchos camaradas me eran más queridos por esos tiempos: aquellos que como yo, dentro de esa Internacional Comunista que comenzaba a degenerar, luchaban contra los compromisos, la traición, la derrota, y cuyo pensamiento y cuya cólera tuve el honor de traducir; aquellos que "del otro lado", como Yegor, representaba, al menos para mí, diez años de lucha codo a codo, y que muchas veces me habían hecho temblar de miedo por sus debilidades y por su heroísmo.

Pero como si esta figura tuviera el poder misterioso de borrar toda otra a su alrededor, la de Yegor se levanta sola.

El Congreso de Amberes. Ahora veo perfectamente en ese Congreso la última batalla por la revolución viviente que se acababa allí. En Rusia todo había sido arreglado como una pieza de tea-

tro gigantesca y ridícula. Trotsky, con los más grandes de los del Diecisiete habían sido vencidos por la burocracia de Stalin; desde entonces el nuevo dictador tenía bajo su poder esa extensión sin límites que la revolución abandonaba en su reflujo. En Rusia, los hombres de Octubre partían para el exilio, entraban en la prisión. En los demás países, los militantes, cansados de resistir a Moscú y de luchar sin comprender, se transformaban en simples funcionarios y no hacían más que obedecer. Así, en todas partes, el golpe de fuerza encontraba cómplices y líderes. ¿A qué discutir siquiera esas tesis nuevas, esas nuevas consignas que reducían a la nada la libertad de los comunistas y de esos rebeldes de una revolución permanente, haciendo de ellos soldados sin uniforme? No se hacía más que aceptar. Aquellos que invocaban el nombre de Lenin y de los ejércitos rojos, seguían luchando encarnizadamente, eran cubiertos de lodo; después, encontrándoseles contaminados, se les expulsaba del Partido. El azar quiso que en el extremo de un país de Occidente, en esa ciudad de mercaderes y de armadores, el espíritu de la revolución levantara su última línea de resistencia.

¿Quién lo sabía, por lo demás? Pequeño en su pequeño país, el Partido Comunista belga no inquietaba a nadie. Si los restaurantes le negaban sus salas de reunión, era solamente porque temían que el ruido molestara a su clientela. Y cuando expulsados de un local, los delegados del Congreso caminaban en pequeños grupos, por las calles,

en busca de un sitio donde reunirse, nadie sabía que se trataba, para ellos, del porvenir del mundo, del destino de sus cuerpos y de sus espíritus. Y los agentes de policía, casco de paño negro, bonachones y desenvueltos, les hacían esperar al borde de una acera para dejar que pasara un carrito de niño.

En el lugar donde fuimos a parar, al fondo de un arrabal, todo parecía hecho para la carencia y el desastre. Una sala de fiestas que servía de depósito. El parquet de madera, sonaba tristemente. Hubo que poner en orden las sillas de fierro que se encontraban apiladas contra la pared. Llegamos a levantar la cortina del escenario de color grosella que imitaba una pañería suntuosa retenida por ganchos insultantemente dorados, presentando un decorado de jardín increíblemente verde, con escalinata, marquesina y terraza. Cien metros cuadrados de tela pintada que temblaba al menor soplo de viento.

Fué allí, detrás de una mesa de **pitchpin**, donde sesionó el Buró (1). Para los oradores se colocó sobre el proscenio una mesa de fierro roja y enteramente redonda.

Desde el primer minuto tuvimos el claro sentimiento de estar divididos en dos campos: hermanos y enemigos. ¿Quién tenía la verdad? ¿Ellos, los stalinianos, o nosotros? ¿Trotsky era verdaderamen-

(1) Organismo directivo de los Partidos Comunistas. (N. del T.).

te, como ellos lo gritaban, el Anticristo del comunismo? Y nosotros que le seguíamos, ¿éramos unos "pequeños burgueses izquierdistas", unos "contrarevolucionarios' y unos "guardias blancos"? Cobardes y ciegos por impotencia, estupidez y servilismo, ¿hacían ellos, como nosotros lo proclamábamos, el lecho del Termidor?

Ocho años después, ahora, creo que la historia nos ha dado la razón. Y no puedo creer que aquellos muertos de Octubre hayan muerto para que se instaure sobre la santa Asia ese socialismo de forma baja, que parece haberse anexado los dioses del productivismo americano. Quizá si en esas jornadas de entonces yo deseaba haberme equivocado.

Un hombre apareció de pronto en el escenario. Era de alta talla, delgado pero a la vez macizo; casi no tenía cuello; de faz ancha y afeitada, labios excesivamente finos, ojos grises dilatados curiosamente por los vidrios espesos de los lentes redondos. Seguía, allí también, con su abrigo de cuero.

Los del Buró aplaudieron. Seguramente un ruso: el delegado de Moscú. La mitad de los delegados se levantó y cantó la Internacional en la sala. Uno de los nuestros, un italiano, saltó ante la escena y con el puño dirigido hacia el hombre de Moscú, con una voz agria que dominó al himno, lanzó una exclamación: **"¡Evviva Trotsky!"** Después volvió a su sitio mezclando su voz al canto. Todos cantamos.

Nunca se sabe el nombre de esos personajes que el Komintern envía para llevar su palabra o para ejecutar sus órdenes: un nombre, un seudónimo; lo justo para identificar a un ser vivo que es otra cosa que él mismo.

Terminado el himno, el presidente del Congreso dió la palabra al "camarada Yegor, delegado del Comité Ejecutivo de la Internacional".

Yegor levantó la mano para contener los aplausos que estallaban. Se sacó la gorra y dejó al descubierto un cráneo liso y rubio. Después avanzó hacia el proscenio, apoyó sobre la mesa sus dos puños pequeños y blancos. Después lanzó una mirada circular que parecía explorar todos esos rostros que presentábamos en la sombra; que pareció medirlos, reconocerlos y con un brusco sobresalto, echándose hacia atrás, comenzó:

—Camaradas...

Hablaba el francés con gran soltura, correctamente. Su acento eslavo era tan ligero que después del primer instante no era perceptible ya. A veces, cuando buscaba una palabra reacia, levantaba los ojos, e inmóvil, los brazos abiertos en medio del silencio, parecía un hombre que reza. De pronto la palabra reventaba en sus labios, su mano se cerraba, su puño volvía a caer y recomenzaba ese movimiento incesante y monótono a la manera del pistón de una máquina que da vueltas regularmente y con lentitud.

Mis notas me recuerdan lo que dijo Yegor. Pero, ¿a qué reproducirlas aquí? El juego estaba ya

hecho. ¿Qué había desde ese momento, entre esas gentes y nosotros? ¿Divergencias de opinión sobre el estado del mundo, sobre la estrategia de la Revolución? Se trataba, sí, del Comité Sindical Anglo-ruso, de la posición de los comunistas en el Kuo-min-tan, de lo que se denominaba en la jerga doctrinal "la posibilidad del Socialismo en un solo país". Pero esos problemas, por más graves que hubieran sido para el porvenir de la Revolución, se habrían podido discutir, sin odiarse, sin despedazarse. De hecho, otra cosa era lo que oponía y debía alejar unos de otros, cada vez más, a esos hermanos que se enfrentaban allí: una antinomia profunda de sentimientos y de creencias. Para los hombres de Stalin era preciso salvaguardar la unidad doctrinal del Partido; para los otros se trataba de salvar, a todo costo, la verdad. Las altas instancias de la Internacional, decía Yegor, han zanjado las cuestiones; ellas han condenado a los franco tiradores que, inaptos para comprender jamás el espíritu del bolcheviquismo, pretendían turbar con sus pequeños casos de conciencia la acción de las masas obreras, ansiosas solamente de saber a dónde ir. Había que someterse, aceptar, reconocer nuestros errores y nuestras herejías. A ese precio sería posible, quizá, abrigar alguna esperanza respecto a nosotros y llegar a perdonarnos algún día. Pero, si nosotros nos obstinábamos en nuestro orgullo, si persistíamos en defender posiciones plagadas de errores, pues bien, "acudid entonces, intelectuales burgueses extraviados en las filas obreras, a incorporaros en esa clase, la vuestra; mostrad vuestros verdaderos rostros de mencheviques y de guardias blancos..."

Yo escuchaba espantado. No. Hombres como ese Yegor y yo, no podían ya comprenderse. ¿Creía él en verdad lo que decía? Aunque él no lo hubiera creído, yo sentía bien que lo habría dicho, sin embargo. Una cosa contaba para él: esa Internacional Comunista "contra la que no se podía tener razón" y con la que uno debe identificarse, confundirse aunque ella se equivoque, aunque se extravíe, aunque mienta, porque es el "instrumento de la Revolución". Los hombres pasan, decía, pero ella no; es necesario que permanezca intacta. Por mi parte, ya comenzaba oscuramente a repudiar tal mito. Yo estaba convencido de que la Revolución no puede vivir de la mentira. Héroe o santo, aquel que creyéndose en lo justo llegaba a abjurar, traicionaba a todos y a cada uno, ante mis ojos.

Pero había una fe en ese hombre. Odiando lo que decía, lo que hacía, debiéndole odiar, además, yo le quería.

* * *

Cuando se quedó en silencio, lo mismo que cuando apareció, fué aclamado por la mitad de los delegados. La otra mitad permaneció fría. Algunos puños exaltados, algunos gritos se levantaron sobre nuestras cabezas. Una nueva Interna-

cional mezcló las voces de todos, turbadora comunión de la adhesión y del odio.

Extrañas sesiones las de esos congresos: cuando se inauguran, todo está ya decidido. Nadie puede ya cambiar las posiciones tomadas. De suerte que los debates están en línea muy secundaria; se trata, más que todo, de cumplir los ritos. Pero lo que debía sorprender es que, conociendo todos este hecho, se produzca el apasionamiento más intenso, como si realmente todo estuviera por resolverse.

Ya sabíamos perfectamente cómo iban a pasar las cosas. Moscú había arreglado como en todos los casos, esta última comedia que alrededor de las tesis trotskistas debía representarse aquí, en este rincón perdido de Occidente. Las resoluciones estaban redactadas; los miembros del nuevo Comité Central estaban elegidos. Un poco más de la mitad del Congreso aclamaría las proposiciones; nosotros tendríamos que inclinarnos ante esa sentencia, o se nos lanzaría de la comunidad estigmatizados como herejes.

Aquello ocurrió exactamente así. Para arrepentirnos de nuestras faltas se nos concedió seis horas. No nos hizo falta más que una para rechazar el ofrecimiento provocador que nos parecía una ofensa, no sólo a nuestra dignidad de hombres sino a la del proletariado que representábamos; una ofensa a la Revolución y a la verdad.

Para realizar esta reunión suprema de nuestra fracción, uno de los nuestros, un compañero de

Amberes, descubrió un café cerca del puerto. La sala que nos proporcionaron era una especie de sótano hacia el fondo de un patio rodeado de altas construcciones. La alumbraba una sola lámpara sostenida en el cielo raso. Había dos o tres toneles vacíos en un rincón. A lo largo de los muros blanqueados había tablas amontonadas. Ni mesa, ni sillas. Teníamos que permanecer de pie. Hacía frío. Se oyó una sirena ronca por el lado del Escalda.

Éramos treinta los que nos agrupábamos en circunferencia en esa sala baja. Humanidad heterogénea de la Revolución. Mineros de Lieja, de Charlerois, del Verinaje, con sus rostros cerosos señalados con cicatrices azules; tres cargadores de puerto; tejedores, metalúrgicos, dos artistas — un pintor, un actor—, algunos estudiantes. Había allí también algunos italianos expulsados por el fascismo, quienes nos ayudaban en esa prueba que ya conocían.

Habló alguien de los nuestros. Dijo que no podíamos, estando seguros de tener la verdad revolucionaria, estando encargados de las almas y de las voluntades que se habían puesto bajo nuestra guía, inclinar nuestra conciencia, abandonarla — como se abandona un hueso a un perro — "a esa bestia mordida por la locura, a ese bolcheviquismo degenerado".

Una voz gritó: "Mentir es traicionar".

Hubo un obrero que dijo su última duda y su decaimiento: "¡Sin embargo, somos nosotros los

que hemos hecho ese Partido! ¡Con nuestra carne! ¡Dejarles, eso es muy duro!"

Esa voz expresaba nuestro sentimiento común. Pero a causa de eso, seguramente, mordió a cada uno en su sangre. Gritaron: "Ese no es nuestro Partido..., es un sindicato de domésticos..., haremos ver a las masas..."

Creían... Yo presentía muy bien que todo estaba terminado por largo tiempo.

La declaración común de nuestra fracción se encontró redactada — la de lo irreparable. Yo observaba a esos treinta hombres reunidos en círculo. Cada uno de ellos tenía un rollo de papeles blancos. Alguien leyó en voz alta; las frentes se inclinaron. Voz desnuda y que esforzaba por aparecer dura, por aparentar, por engañar su propio dolor, el dolor de todos. Cuando se quedó en silencio — para tomar aliento, para asegurarse mejor— se oía el ruido de las hojas al tornarse.

Recuerdo que en aquel instante yo rememoraba esos nueve años de mi vida en los que había pensado, creído, luchado. Por ese entonces no había más que la revolución para mí — y ese partido en el cual se encarnaba. Todo se subordinaba a ella. Se me acababa de devolver esa vida. Volví a ver, allá por el año veintitrés, los autos blindados disparando sobre las calles de Hamburgo, y ese rincón donde me acurrucaba cuando las balas estrellaban la muralla de ladrillo alrededor de mí; recordaba esa oficina de la Aduana de Vintimille ornada de flores que recaían, donde yo esperaba que el comisario visara mi falso pasaporte, sabiendo que si no lo hacía, sabiendo que si se me rechazaba ir a Francia, morirían doce hombres jóvenes; recordaba ese corredor de dormitorio entre Sofía y Rustchuk, cuando el oficial encargado de vigilarme, vestido todo de blanco y con su **browning** al cinto, me ofrecía cigarrillos perfumados, y según las órdenes que recibió, debía conducirme "muerto por tentativa de evasión"; recordaba las muchedumbres de Moscú el día en que Shanghai se rindió, inundando, horas enteras, la Tverskaia, y cuando desde unas ventanas del Bristol me ponía a mirar tristemente ese cortejo ebrio de una falsa victoria, pues la duda alentaba en mi corazón. Volví a ver a Ditka rompiendo su corpiño para mostrarme su pecho sin senos, todo rojo y pespunteado. Volví a oír con precisión, contra mi cuello, inmediatamente después de los dos disparos que venían del garage, la voz de Carlota: "¡Qué nervioso es usted, camarada!"

El proyecto de resolución fué aprobado por unanimidad.

Fuí el encargado de leerlo, por la tarde, en el Congreso. Yegor, en nombre del Komintern pidió nuestra expulsión. Los treinta delegados oposicionistas nos encontramos expulsados del Partido y de la Internacional.

* * *

¿Por qué no podía yo desprender mi pensamiento de Yegor:

"José" le llamaban mis amigos, haciéndole burla para estigmatizar su celo, en el que querían reconocer el hábito de un criado.

Ese hombre duro, ese político profesional, ese extranjero del que no conocíamos ni siquiera el nombre verdadero, era para mí una persona en quien yo presentía un secreto patético. Habría querido aproximarme a él, hablarle.

La casualidad me dió, poco después, por lo menos, una imagen de su vida.

Una vez pronunciada nuestra expulsión, habíamos abandonado el salón. El Congreso continuaba sin nosotros. Mis camaradas se dispersaron. Transtornado, queriendo escapar de ese falso fervor, en el que para engañar el propio abatimiento los veía complacerse, busqué un pretexto y me aleje de ellos.

Ya tomaría por la noche un tren para volver a Bruselas.

Vagué largo tiempo, desamparado, alrededor del puerto. ¿Saboreaba acaso mi derrota? ¿O es que, teniendo necesidad de reemplazar esa ternura perdida me encaminaba en busca de una nostalgia, de una oscura voz de mi más viejo pasado, del tiempo en que yo soñaba con el mar?

Llegué al andén en el momento en que el tren de Bruselas partía. Salté al azar sobre un peldaño. En el compartimento al que entré no había más que congresistas. Demostraban alegría; aparecían delirantes. Mi aparición les dejó helados.

—Buenas noches, camaradas.

Algunos, molestos, me respondieron con un signo. Todos me dieron la espalda. Para ellos, yo era un hereje, renegado. Una sombra amarga llenaba mi alma. ¡Ah! ¿Para qué insurgirme; para qué hacerles reproches? Ellos no podían comprender mi religión del hombre; tenían otra fe.

Ya no reían. Yo les observaba disimuladamente, uno después de otro, pero no llegué a reconocerlos a todos. ¿Había visto alguna vez a ese personaje de tinte amarillo, de cabellos blancos, ojos casi oblicuos, que se encontraba sentado en el rincón opuesto al mío? La presencia de aquel desconocido no debía sorprenderme, pues para asegurarse una mayoría en el Congreso, los stalinianos habían introducido numerosos extranjeros al Partido durante los últimos meses.

Me miraba insistentemente, y al fin sus labios esbozaron una sonrisa ambigua en la que se mezclaban indulgentemente la ironía y el desprecio. De pronto se volvió hacia sus amigos.

—Ese Yegor—dijo—¡qué acero! Así son los hombres de Octubre.

Yo no podía equivocarme; era para mí la frase. Los demás le aprobaban ruidosamente, como si esas palabras disiparan su molestia común.

—Antes de su aparición al Congreso — prosiguió el extranjero — no le había visto sino una vez, una sola vez. Hace diez años de aquello y ¡qué años! La guerra civil es una cosa que devasta un cuerpo, y también un rostro. Pero lo reconocí en seguida.

La evocación de ese héroe fiel iría a golpear en pleno pecho al renegado que yo era. Todos lo comprendieron inmediatamente. No se oía ya más que el ruido de las ruedas sobre los rieles, el silbido de la noche contra los vagones.

—Pero, también, ¡qué recuerdo! — decía mi enemigo.

Hizo una pausa, me midió con los ojos y volvió la cabeza.

—Era la noche del 25 al 26 de octubre — prosiguió — ante el Palacio de Invierno. Habíamos avanzado disparando entre un negro de tinta a lo largo de la Millonaia. No se veía nada. El cañón de Pedro Pablo (1) comenzaba a darle duro. Algunos aspirantes escondidos con una ametralladora detrás de un montón de troncos barrían todo lo que había. El polvo de los ladrillos nos tapaba los ojos. No se percibía ya, hacia el extremo del corredor de sombra, más que esas chispas: diez por segundo. Perdíamos terreno. Fué entonces cuando llegaron los de Pavlovsk con Tchudnovski y Yegor: una hora después entrábamos juntos al Palacio de Invierno. En el **hall** recomenzó el gran juego. Los pobres tipos del Gobierno provisorio, arriba, se ponían verdes, se deshacían en sus calzoncillos nada más que al oír el ruido. Pero todos los **junkers** no se habían largado del campo y los que quedaban se hacían matar en los corredores. Allí fué

(1) Fortaleza de los zares en San Petersburgo, hoy Leningrado. (N. del T.).

donde Yegor recibió el golpe. Ascendíamos una escalera de caracol. Una bala le atravesó la garganta, la sangre chispeaba a borbotones. Le hicimos tenderse en tierra. "Reventado", pensaba yo. Me marché. Cuando volví, una vez terminado el trabajo, él estaba aún allí. Le veré siempre con sus ojos enteramente abiertos, con sus labios calcinados. Y bien, Yegor reía. La alegría, así: ¡Eso es Yegor!

El extranjero respiraba ruidosamente. Todos los demás callaban.

—Solamente después llegué a saber su nombre: éste, Yegor y el otro.

Al decir esto, el narrador tomó un aire tan ingenuo haciéndose el misterioso, que me hizo sonreír. Creyó que me burlaba de su héroe.

—Ayer he podido verle un momento. ¿Me recordaba? "Sí — me dijo—, sí. Su **browning** se atascó tres veces. Llevaba usted una curiosa gorra verde y murmuraba sin cesar: **"¡Slava Bogu! ¡Slava Bogu!"** Caía un ladrillazo sobre la cabeza: **"¡Slava Bogu!"** Caía al suelo: **"¡Slava Bogu!"** Cuando le vi bajar por la escalera, yo me reía de eso aún. Pero no quería usted creer que yo estaba vivo.

"¡Qué casualidad! Haber hecho los dos, hasta el fin, la guerra civil sin haber vuelto a vernos. Y de pronto... ¡él se encontraba en Sviask!"

En ese momento el extranjero bajó los ojos. No pude callarme.

—Saben ustedes, camaradas — dije yo—, lo que significa Sviask. Kazán estaba perdido; Kazán,

es decir, el Volga, es decir la victoria, es decir la Revolución. Una cohorte de militantes llegó en un tren especial. Eran uno contra diez, pero atacaron.

—Sí — exclamó mi enemigo—. ¡Usted va a nombrar a Trotsky y a Smirnov!

—Al siguiente día, Trotsky subía a bordo de una cañonera y hacía arder a la flota blanca en el puerto de Kazán.

La hostilidad era ya tan grande entre ellos y nosotros que esa proeza de Sviask perdía ante sus ojos toda gloria, desde el momento en que aparecía como la obra de Trotsky.

El extranjero dijo solamente:

—Yegor estaba allí.

A través de los vidrios veíamos alumbrarse los arrabales de Bruselas. Todos se prepararon a bajar.

* * *

Yo había vuelto, bastante desanimado, a ocuparme de asuntos profesionales y ya veía hundirse en una increíble lejanía ese pasado tan próximo y todas las figuras que en él estaban contenidas. Unido al Partido por mil fibras, ¿podría bastar que se me hubiese arrancado de él brutalmente para que cambiara mi manera de ver el mundo y de situar mi propia vida?

Me encontraba espantosamente solo. No pensaba que fuera posible ya, o mejor dicho, que fuera político alentar esta oposición que la Internacional acababa de excluir; que fuera político organizar una especie de nuevo partido. Rehusé, pues, el reunirme con aquellos de mis antiguos amigos que proyectaban esa empresa. Algunos de ellos, a causa de esto, veían en mí un futuro "capitulador" y me demostraban desconfianza y frialdad.

¿Mis nuevos adversarios creían, ellos también, en una falsa partida? Tuve este sentimiento cuando, pocos días después de lo de Amberes, recibí una carta sumamente amable de Robert Clerc en la que me invitaba a cenar.

Robert Clerc no había pertenecido nunca al Partido Comunista. Pero era uno de esos personajes que, burgués de pies a cabeza y guardando mil vínculos con la burguesía — familia, tribu, intereses—, se inclinan y adhieren de manera intelectual a la Revolución, representándola y sirviéndola en sus propios medios. Ingeniero bastante brillante, letrado de alta clase, fantástico y ligero, de paso, viendo sus defectos inquietantes y sus cualidades más inquietantes aún, yo no podía dejar de quererle un poco.

La invitación de Robert Clerc no podía, en sí, sorprenderme. Lo que me hacía pensar, era el momento escogido para hacerla. No vacilé, sin embargo, en aceptarla.

Pero un día me crucé con él en el **hall** de un Banco, me tomó la mano, con esa negligencia que hacía su encanto, y me dijo: "Entonces, hasta mañana. ¡Verás a Yegor!" Y marchándose agregó: "Ven temprano".

Tal hecho me hizo vacilar un instante. ¿Cómo creer en el azar? ¿Tal reunión había sido deliberadamente buscada? El Buró Político había tenido seguramente noticia vaga de mis escrúpulos y ensayaba presionarme para obtener de mi fidelidad al pasado alguna declaración, alguna rectificación. Un retorno tan inmediato produciría la desmoralización y la confusión en las filas de la oposición. En un minuto tuve la idea de comunicar esto a mis amigos de ayer. Pero, reflexionando, juzgué absurdo tal propósito. El pensamiento de discutir con el delegado del Komintern, lejos de toda demagogia, no dejaba de seducirme. Decidí, pues, ir a casa de Robert Clerc y ver a Yegor.

Llegué bastante temprano. Tampoco fué una casualidad el hecho de que no encontrara a Robert Clerc en el salón. En el primer instante no vi a Yegor. Se encontraba de pie ante la chimenea flamenca donde ardía un fuego de leña. Volvió ligeramente la cabeza y, al verme, dió un paso hacia mí y me tendió la mano.

Su rostro no tenía ya esa tensión inquietante. Hasta había un poco de alegría en sus ojos.

—Vigniazine — dijo.

Era su nombre.

Y agregó inmediatamente:

—Voy a presentarle a mi compañera.

Sólo entonces percibí una mujer sentada en la inmensa pastora que daba frente a la chimenea. Era increíblemente delgada y menuda. Rostro bastante amplio, devorado por unos ojos oscuros que miraban fijamente. Sí, para definir esta impresión antigua, a pesar de que no mostraba ni grietas ni arrugas, no encuentro, para describir ese rostro, más que la palabra arrasado. Pero no puedo decir lo que lo había puesto así: si la edad o los sufrimientos.

Saludé a la camarada Daria Vladimirovna Vigniazine. Ella murmuró algunas palabras en ruso.

Yegor estalló de risa:

—Oiga lo que dice mi compañera a guisa de bienvenida: "Es usted perfectamente un burgués como yo lo pensaba. Y no lamento nada el que le hayamos perdido".

Y agregó:

—Tal acogida no debe sorprenderle demasiado. Usted conoce la nueva Rusia. ¡Aunque Daria Vladimirovna pertenece muy bien a la antigua! Pero hemos hecho piel nueva.

Y tornándose hacia Daria Vladimirovna, Yegor dijo en francés:

—Es mucho menos simple de lo que tú crees.

Después agregó algunas palabras en ruso. Supuse que traducía.

Nos sentamos alrededor de la chimenea.

—Clerc — me dijo Yegor — me ha rogado excusarle ante usted. Vendrá más tarde. Me ha asegurado que usted es de sus viejos amigos y que no le reprenderá...

Yo sonreí.

¿Ibamos a pasar la noche haciendo cumplidos? Yo no podía dejar de levantar, al lado de este amable ruso en tránsito, que, delante de mí, perdido en

un vasto asiento, escogía un cigarrillo, la estatura del bolchevique que tres días antes había visto sobre las tablas de una sala de arrabal, inmenso en su abrigo de cuero, los ojos ardientes de fanatismo y de desprecio. Pero, apenas había formulado esta imagen cuando ya la vi confundida con la de mi interlocutor. Sí, era perfectamente el hombre del otro día el que ahora, curvado en dos, me hablaba con una voz dura y tranquila, con todo su rostro tendido hacia mí.

—Basta de zalamerías. ¿No le parece? Nosotros no deseamos persuadirnos el uno al otro, seguramente, de que estamos aquí por casualidad. Antes de marcharme pronto, tenía que entrevistarme con alguno de ustedes. Seguramente tiene usted algún sentimiento que expresar, algunas censuras que hacer, que sé yo, algunos deseos, que yo podría transmitir en Moscú.

Ese discurso me molestó extremadamente. No era tanto porque él parecía atribuírme, entre el grupo de los excluídos, una importancia que yo no quería tener, sino porque me vi obligado a preguntarme: ¿Pero la Internacional Comunista ha podido medir tan mal la profundidad que nos separa?

No le escondí en absoluto mis sentimientos.

—Si usted desea buscar contacto con la oposición — le dije—, no soy yo precisamente el que debe ser designado. No quiero suponer que el nuevo Buró Político esté tan mal informado respecto a la posición de cada uno de nosotros. No hay en esto ningún misterio. Le diré, pues...

—Usted me dirá que no pertenece a esa fracción de renegados y de traidores que proyecta conscientemente o no la creación de un segundo Partido. Lo sé bien. ¿Cree usted que si no fuera así, le hubiera estrechado la mano?

—Perdón — le dije—. No puedo admitir que usted llame traidores y renegados a esos hombres que...

Yegor se calmó.

—Tiene usted razón. Nosotros diferimos en la apreciación de muchos puntos. Sea. Evitemos las palabras de mitin. Esforcémonos en comprendernos.

Se volvió hacia Daria Vladimirovna y sonrió.

—En este instante — continuó — Daria Vladimirovna decía que no lamentaba el haberle perdido. Daria Vladimirovna conoce mal el Occidente. Yo, en cambio, lo lamento, sí. Entre los excluídos de Amberes, usted es el único que puede volver sinceramente a la Internacional; dar este ejemplo...

Yo temía un elogio forzado y quise interrumpirle.

—Usted ha sido siempre — prosiguió — un mal comunista, impresionable, sentimental, soñador. Al estudiar su actividad — lo que he hecho ayer — se creería ver un cuadro de temperatura. Un zigzag. Puntos altos. Puntos bajos. Una curva de fiebre; sí. Cuando todo va mal, usted reacciona con violencia, solicita, implora una misión; cuando todo va bien, usted discute, conspira, hace literatura. Mal comunista; sí. Pero comunista, aunque malo, usted ha

prestado servicios al Partido y es aún capaz de seguir prestándolos.

Sonreí incrédulamente.

—Es necesario creer que se puede ser mal comunista y buen revolucionario. Esta idea no me satisface realmente. Pero su caso me hace pensar. El alma de los voluntarios, exactamente. El trabajo cotidiano, oscuro, ingrato, las reuniones, los comités, la correspondencia, todo lo que hace la fuerza del Partido, lo que hace su continuidad, su perennidad; todo eso le repugna. ¡Qué! Esa labor de chupatinta, de agente viajero de doctrina... Sin embargo, eso tenía que hacer Lenin y todos los gigantes. Para usted: misiones; eso es lo que le hace falta. Trato de comprender los resortes de tales movimientos de espíritu. ¿Pasión del escéptico que debe **ver** lo que él mismo hace para creerlo? ¿Pasión del romántico que confunde la acción con el peligro? Un poco más bajo, ¿cierto gusto de brillar? Y no me diga usted: "Brillar". ¿Para qué? Pues, uno puede darse en espectáculo a sí mismo... En todo caso, un espantoso individualismo.

Yo admiraba esa inteligencia concentrada, esa nitidez diabólica, esa audacia sin escrúpulo. En aquel momento, sólo una cosa contaba para ese hombre: el tránsfuga que era necesario hacer volver a la Internacional con el objeto de atraer a los fieles y confundir a los apóstatas. Yo era una presa viviente.

Ese ser sensible y vacilante que seguramente Yegor veía en mí, trataba de ser reconquistado haciendo un llamamiento a sus defectos, si ello era preciso. Lo único que importaba era el resultado. Esos hombres como Yegor juegan siempre con el máximo de tensión, de voluntad, por más insignificantes que sea la partida.

—Habría que saber — le dije — si la Revolución no degenera por haber desconocido al individuo, por haber destruído la mística del hombre.

Yegor sonrió desdeñosamente.

—Habría que saber muchas cosas. Tengo miedo justamente de que hombres como usted, a fuerza de querer saber demasiado, no sepan ya que la Revolución está en peligro. He aquí el punto a donde yo quería llegar. Por la primera vez, camarada, la curva de su temperatura parece fallar. La Internacional, amenazada de todas partes, sus antiguos jefes que decaen, sus mejores jefes...

¿Sus mejores jefes? ¿Cómo, el hombre de Moscú se atrevía a hablar así?

—Ha llegado el momento de mantenerse firmes, de hacer bloques, de hacer frente. ¿Qué pesan ante tal peligro los escrúpulos, los orgullos, las doctrinas?...

Quise hablar.

—Sí — exclamó — lo sé. ¿Qué pesa hasta la misma verdad?

—He aquí el abismo — le dije—. Y he aquí el punto en que ustedes se equivocan. Es que para nosotros no es posible edificar sobre la mentira. Para ustedes lo único que cuenta es la Internacional: esa realidad, ese mito les deslumbra.

"No hay para ustedes más que la vida de esta bestia poderosa cuyos tentáculos abarcan el mundo con su maravilloso organismo de precisión y de magnetismo.

"Entonces es cuando creen que estamos arrojándonos, encarnizándonos sobre nuestra madre. ¿Qué rabia les ha tomado?, he aquí lo que ustedes piensan. ¿Cómo podrían nunca comprendernos?

"Malentendido insoluble, insalvable. En esta rebelión de todo nuestro ser contra una abjuración que compromete la verdad, no ven ustedes más que un escrúpulo de intelectuales, un caso de conciencia de pequeños burgueses".

Yegor no respondió inmediatamente y permaneció mirando la llama.

—No — dijo al fin—. No me atribuya esa psicología de mitin. Conozco esta revuelta profunda y sé que viene desde lejos. Pero pienso que es necesario someterla a la razón. Hay valores más altos que la verdad, camarada.

Y levantó lentamente sus ojos hacia mí.

—Yo puedo hablar así solamente a un **creyente.**

¿Qué significaba esa palabra? ¿Creyente, yo? ¿Pero de qué fe?

La voz de Yegor se había tornado inverosímilmente dulce y cansada.

—Esos problemas — continuó — entre los que se debate la Internacional, ¿cree usted que no son cardinales? Yo he defendido en el Congreso las tesis de la mayoría. ¿La mayoría tiene razón?

Y levantó los hombros.

—No es eso lo más importante. Lo importante es que la Internacional viva y dure; que permanezca fuerte; que sus soldados se batan teniendo la certidumbre de que ella no puede equivocarse. Su prestigio vive a ese precio.

Vi la crueldad en su sonrisa. ¿La crueldad? ¿El sufrimiento?

—Se trata simplemente, en suma, de la salud de todo un mundo. La Internacional puede traer esa salud a través de los errores. Pero no puede traerla sino sintiéndose fuerte, unánime; sintiendo que tiene de todos y de cada uno un asentimiento sin límites. Nada puede considerarse perdido en tanto que estemos allí. Por más alto que coloquemos nuestro amor a la verdad, muy bien vale la pena sacrificarlo en este caso.

¿De tal manera que este hombre que juzgaba como nosotros, que dividía a la Internacional, era el mismo que venía a pedirnos, en nombre de ella, la abjuración de nuestros errores? Yo le contemplaba con admiración, con espanto.

—Sí — le dije — usted exige de nosotros lo que ya hizo personalmente. Y ello hace, sin duda, su exigencia menos odiosa, o más humana. Pero nosotros no podremos. Yo no lo podré. Sería superior a mis fuerzas.

—Sacrificar su vida es poca cosa — dijo Yegor. —Cuando uno se decide a seguir viviendo y sacrificar su propio pensamiento, entonces, sólo entonces, comienza la devoción.

Sus palabras me abrumaban. Yo llegaba a con-

cebir una grandeza semejante pero sentía que no podría alcanzarla jamás. Por otro lado, ya comenzaba a sublevarme: a mi admiración se mezclaba la cólera. "¿Quién me prueba, me repetía yo obstinadamente en mí mismo, quién me prueba que esta fe sea superior a la verdad?" ¡Como si se hubiera tratado de probar en ese nudo de creencias!

Durante toda esa escena Daria Vladimirovna permanecía increíblemente inmóvil. Con sus ojos fijos en el suelo, ¿llegaba ella a entendernos? El silencio pareció despertarla de su sueño. Hizo una breve pregunta. Yegor le habló en ruso largamente. Me imagino que le explicaría nuestra conversación.

Al escucharle, Daria Vladimirovna me miraba con intensidad. ¿Qué pensaba?

—**Immenno tak** — dijo de pronto.

Esas palabras en ruso creo que significan: "era fatal". "Había que esperarlo".

Levantó los hombros; creí que quería interrogarme.

En ese momento entró Robert Clerc.

* * *

Robert Clerc ha sido siempre, para mí, un misterio. "¡Qué hombre ligero!", dicen todos de él. Y se asombran al ver a ese **dandy** a las órdenes de la Internacional. ¿Snobismo? ¿Quién puede alabarse de conocerle verdaderamente? Para sus viejos condiscípulos de la Escuela de Minas, él habría sido un gran sabio, si su gusto por la acción, su necesidad de tocar sus sueños, no hubieran hecho de él nada más que un gran ingeniero. ¿Pero quién conoce sus trabajos? Su mayordomo, quizá, que se levanta tres veces por la noche para ir a su gabinete y servirle café caliente. Apasionado, además. Tales hombres tenían que ofrecer su espíritu a la Revolución y permanecer así, justamente, cuando ella se transformaba en una inmensa máquina de fabricar cosas.

Como siempre, Robert Clerc estuvo esa noche contento, agradable y encantador. Si en verdad tenía algún snobismo, por lo menos el suyo escapaba al de aquellas gentes de mundo que convirtiéndose al bolcheviquismo, creen también que deben convertirse a la ropa interior indecisa, a las uñas grises y a la mala cocina. Robert Clerc, vestido siempre a la perfección, trataba siempre muy bien a sus huéspedes. Poseía, a la vez, el arte de no hablar demasiado, de no decir más que lo justo para suscitar una meditación, para despertar un debate.

La atmósfera quedó rápidamente descargada. Fuimos a la mesa donde la conversación recomenzó. Yo no hacía más que observar a Yegor y a su compañera. Yegor parecía no guardarme rencor por mi obstinación, por mi hostilidad. ¿Debía esperar un armisticio? Sin embargo, él había dicho lo bastante para descubrirse singularmente, y es común en tales casos odiar al confidente mal elegido que se lleva el secreto de uno. Pero, ¿Yegor decía alguna vez más de lo que se proponía? Sus confesiones extra-

ordinarias apuntaban un blanco; sí. Y quizá no había, en ese momento, más que dejarme respirar.

Daria Vladimirovna permanecía taciturna. Ya no le veía esa mirada de furor que me había herido un tanto hacía poco. Parecía estar lejos de este mundo en el que solamente su rostro, sus manos, su cuerpo permanecían visibles. Yegor la observaba frecuentemente con una mirada en la que yo leía con sorpresa una gran ternura y una especie de miedo. A veces se inclinaba hacia ella, le hablaba en ruso con una voz extremadamente dulce — se hubiera dicho la voz de un hermano a una hermanita pequeña, de un padre a su hijo. Y no se comprendía nada estando allí, ante ese rostro de mujer abrumada a la que no se podía casi asignar la edad.

* * *

Recuerdo con una precisión perfecta toda la conversación de esa noche. Por otra parte, le atribuí tal importancia que, al día siguiente, la anoté minuciosamente. Pero no tengo casi necesidad de releer esas notas para transcribirlas aquí. En ese momento recibí la revelación de una especie de heroísmo contra el cual todo mi ser protestaba, pero en el cual admiraba, sin embargo, hasta la consternación, la dificultad y la grandeza.

No puedo sino resumir aquí esa conversación. No obstante, es indispensable decir algunos detalles sobre la manera como comenzó, pues ese momento

constituye el punto de partida que le imprime un sentido particular.

Robert Clerc, que quería informarse, documentarse respecto a la guerra civil, había interesado a Yegor, sobre este punto, en una forma muy sabia. Yegor detestaba hablar de sí mismo. Sin embargo, esa vez tuvo que hacerlo.

—Terrible aquel invierno del Veinte, ¿no es cierto?

—Terrible, sí—decía Yegor sombríamente—. Alrededor de nosotros, sobre nosotros, sentíamos que todo se hundía. A pesar de Trotsky — sí, ¡del Trotsky de aquel tiempo! — se había corrido la aventura polonesa; nuestros ejércitos deshechos habían tenido que retroceder. La presión arterial de la Revolución bajaba; Smilga, batido, preguntaba: "¿Cuándo estaremos a cero?" Las ciudades hambrientas morían en su sitio. En los campos se confiscaba el trigo enterrado, a golpes de fusil. En Ukrania, Makhne comenzaba a crecer alrededor de Gulai Polie. En el corazón del distrito del Tambod se armaban, alrededor de un antiguo maestro, especie de **staretz** advenedizo, veinte mil campesinos; alrededor de aquel Antonov. Allí fuí enviado como comisario de un batallón de harapientos arrancado del sexto regimiento.

—¿Se combatía sin parar?

—Bastante. Y duramente. Ya ustedes pueden imaginarse lo que aquello era. Hombres que volvían de Varsovia con las botas agujereadas, los capotes despedazados, las heridas mal curadas. Uno contra veinte. Y además de eso: no tener blanco delante

de uno: por el día, los fusiles fantasmas que tiraban de no se sabe dónde; por la noche caían sobre uno unos "harkas" de demonios negros. Por un pan, una gallina, nuestros soldados se iban con los otros, con los suyos, después de todo: los campesinos. La Revolución tenía que defenderse; matar bajo pena de perecer, y a los mejores, a veces; aquellos de Octubre; sólo porque se mostraban cansados o flaqueaban en un instante.

—¡Revolución!

Yegor se calló. Parecía enteramente pleno de un gran recuerdo y dijo con una voz tranquila:

—Ni siquiera estaba permitido el poder ser justo...

Pero se detuvo súbitamente. Era quizá que se interrogaba, preguntándose si debía proseguir. Sonrió volviéndose hacia mí. Y fué a mí, sí, a mí solo, a quien dirigió su relato desde ese instante.

—Hice fusilar así a un miembro del Partido, a un combatiente de Octubre que, habiendo escapado de la masacre del Arsenal, había sido herido cuatro días más tarde, al lado de Muralov en la Stratsnaia.

Yegor me observó largamente.

—He aquí la historia — dijo.

Para que consintiera en hablar así, de su persona, hacía falta que hubiera para él un interés superior.

—Ese camarada se llamaba Stepan Korochenko. Una noche se le colocó, al frente de un piquete de doce hombres, en el límite de una aldea, cerca

de un bosque. Cuando a la mañana siguiente fueron para relevarle, Korochenko y los doce habían desaparecido. Me informé. Extraño, aquella noche, justamente, no se había oído ningún tiro. Dos muchachos que ambulaban alrededor de una finca, les habían oído alejarse. "¿Por qué no habían dado la alarma?" "¡Nosotros creíamos que ejecutaban una orden!" Por lo demás, era ya demasiado tarde para poder alcanzarles. Había que sentar un precedente, hice que se reunieran todos los hombres y ante ellos acusé a los fugitivos. "¡Si se les encuentra, hay que pasarlos por las armas inmediatamente!" Todos recibieron la orden de tirar sobre ellos, al verles.

"Al siguiente día, en una encrucijada, el batallón está formado. Comienza la partida, cuando en ese instante aparece Korochenko entre dos soldados.

"—¿Qué significa eso?—pregunté—. ¿Por qué no le han fusilado ya? Está juzgado y hay que cumplir la sentencia inmediatamente.

"Korochenko gritó: "No, no. ¡Usted no sabe!"

"Le miré; lo medí con los ojos. Presentí una gran desgracia. Pero repetí:

"—Hay que cumplir la sentencia inmediatamente.

"—Una palabra, camarada comisario. Una palabra a usted solo.

"Estaba ante mí, pálido, temblando. ¿El miedo? No. ¿La vergüenza? No. Aquel hombre quería hacerme comprender solamente que él no había trai-

cionado. No había necesidad de palabras para creerle: aquello estaba a la vista.

"—Ya lo sé — dije.

"Me miró espantado.

"—Stepan, miembro del Partido, tú tenías que dar el ejemplo. En la idea de todos está de que tú has huído. En realidad, no has huído; te creo. Pero si te dejo vivir, vendrá la duda para todos; el pánico. ¿Qué debo hacer?

"—Morir es igual — dijo Stepan—. ¡Pero no así!

"—Stepan, se puede dar al Partido algo más que la vida.

"Se quedó en silencio.

"—Está bien — dijo al fin.

"—¡Que le fusilen! — grité—. Una bala basta; no hay que desperdiciar. Y de ahora en adelante, aquel que flaqueare ante una orden, será fusilado también.

"Me alejé inmediatamente para no oír el disparo".

* * *

Creo que ese relato aterró a Robert tanto como a mí. Un silencio que duraba se quebró en ese instante. Daria Vladimirovna preguntó algo a Yegor. Este le contestó en ruso; supongo que haría alusión a su relato. Daria Vladimirovna nos observó un instante. Después volvió a caer en su sueño.

Para descargar la atmósfera, Robert Clerc lanzó un sarcasmo.

—¡Allí tenemos — dijo — un error judicial!

Y sonriendo enseñaba lo más posible sus dientes, pero se había puesto pálido hasta el borde de los ojos.

Yo pensaba en Korochenko, en ese heroísmo del deshonor. No me atrevía a interrogarme respecto a Yegor; respecto a ese heroísmo de la injusticia. ¿Admiraba yo esos estados de espíritu a los cuales me creía incapaz de acceder jamás? ¿Los odiaba acaso? Sólo sé que una cólera salvaje se apoderó de mí. Me levanté violentamente.

Robert Clerc, viendo venir la tempestad, tuvo un reflejo de hombre de mundo. El también se puso de pie. No se mide una fracción de segundo. Pero él se había dado cuenta y estaba ya de pie junto conmigo.

Nos invitó al salón y allí tomamos el café.

Yo había tenido ya el tiempo de dominar mis nervios. ¿Pero podía imaginarme que mi movimiento había podido escapar a Yegor? Hundido en un sillón, él me observaba a través de los gruesos cristales de sus lentes, con una especie de dulzura.

—Le veo conturbado — me dijo tranquilamente—. No, usted no ha sido nunca un verdadero bolchevique.

—¿Ser un verdadero bolchevique significa hacer tabla rasa de lo justo y de lo injusto, de la dignidad del hombre, del honor de un alma?

Yegor rió francamente.

—Lo que me asombra — dijo — es que durante diez años, a pesar de alentar en usted todas esas

pamplinas burguesas, se haya podido conducir casi como si hubiera sido un verdadero bolchevique...

"Y usted se figura quizá haber abrazado el comunismo. ¡Usted no es más que un intelectual! ¡Ha aprendido la doctrina, la ha comprendido! Usted la sabe pero no la experimenta, no la vive. La doctrina, la acción no son dos cosas diferentes. No se pasa de la una a la otra como se haría de una biblioteca a una barricada: el bolchevique es acción cuando piensa la doctrina, y es pensamiento cuando actúa.

"¿Lo justo? Si lo hiciera rendir un examen de marxismo y le interrogara sobre lo justo, ¿qué me respondería usted? Mientras se viva en los regímenes de lucha de clases, no habrá un solo justo, sino un justo de la clase dominante, un justo de la clase oprimida: dos justos diferentes, opuestos e irreductibles. La Revolución, suprimiendo las clases, quiere precisamente confundir en uno solo esos dos justos. Hasta ese momento hay que resignarse a la guerra, a la sangre y al mendrugo. Al responderme así, usted obtendrá la nota máxima. Pero si se trata de un acontecimiento cotidiano, de un hecho diverso, su ciencia falla inmediatamente: usted sabe, pero no experimenta. Yo le pregunto, el justo aquel, en virtud del cual usted condena al juez de Korochenko, ¿qué justo es?

"¿La dignidad del hombre, el honor de las almas? Ya llegará quizá un día en que se pueda hablar de la dignidad, del honor de las almas como usted lo hace ahora. Pero para que se pueda hacer-

lo hay que destruir primero esta sociedad, este mundo, este caos de esclavitud y de mentiras. Por el instante vivimos en los tiempos del infierno. No existe libertad: ¿cómo podrá, así, haber verdaderos hombres? Nuestro deber ahora es hacer, ante todo, la libertad y los hombres. ¿Y el Partido no significa esto? Yo hablo; yo, del Partido, de la dignidad del Partido, del honor del Partido, de la victoria del Partido.

"¡Y bien, la victoria del Partido exigía que Korochenko fuera ejecutado! Culpable o no. La suerte de la Revolución no puede depender del respeto de una vida o de los escrúpulos de un hombre. Si después de esa condenación a muerte Korochenko hubiera vuelto a las filas, la duda habría entrado en esas almas simples que debían, ante todo, creer para servir; creer y obedecer.

"El Partido podría, pues, equivocarse. No es responsable de lo que ha costado la muerte de Korochenko. Lo que me ha costado matarle, es asunto mío. Los hombres pasan. El Partido permanece. Las obras de los hombres no pueden acusar nada contra él.

"Usted, camarada, ustedes toman el Partido por una casa. Un día entran a ella, otro día les da la gana de salir. El Partido no es simplemente un edificio como no lo es tampoco la Iglesia. Hay locales del Partido como hay iglesias de la Iglesia. Pero, como la Iglesia, el Partido constituye una comunidad de carne y de espíritu. Se pertenece al Partido, como las células vivientes pertenecen a un cuerpo

viviente. Pertenecerle, ¿está bien dicho? No: se le forma; uno es él, y el hecho de que exista así, un poco por uno, no permite olvidar, ni por un segundo, ni por una fracción de segundo, que uno le debe todo, todo, todo completamente.

"¿La vida, camarada? La vida; sí. Y más que la vida: la conciencia que se tiene de la vida; la idea que uno se ha formado de sí mismo. Usted llama a eso la dignidad del hombre, el honor del alma? Sea; uno debe todo eso al Partido".

Yo no había pronunciado una palabra, no había hecho un gesto durante el discurso de Yegor. ¿Cómo interrumpirle? ¿Qué decirle? Cada una de sus frases levantaba en mí una llama de revuelta, pero me daba cuenta de que entre Yegor y yo no se trataba, en absoluto, de un debate. Había que tomar todo entero su pensamiento, o en caso contrario, rechazarlo entero.

En un momento dado, durante la exaltación de las luchas épicas, cuando yo creía que el porvenir inmediato del mundo dependía de la vida, de la victoria del Partido, había sentido confusamente así. Si no se me había presentado un caso Korochenko, no había sido sino una cuestión de la casualidad. Seguramente yo habría reflexionado; habría renunciado, me habría congraciado; habría confesado mi falta. Lo palpaba en ese momento. Y, a pesar de todo, sentía una especie de vergüenza de ese movimiento que traicionaba una falta de fe. Así medía el abismo que me separaba de Yegor.

Robert Clerc callaba. Yegor no parecía preocupado de romper ese silencio. En eso admiraba más aun su valor. Hablar; yo deseaba hablar, pero, ¿por dónde tomar el espantoso dilema?

—Yegor—le dije—usted ha hablado de la Iglesia. Pero la Iglesia no se concibe sin Dios.

Yegor pareció turbado. Como la mayoría de los bolcheviques rusos, él profesaba el ateísmo o, mejor dicho, **creía** en el ateísmo. Su alusión a la Iglesia le había costado algo; hasta suponía yo que ella había pasado por sus labios a pesar suyo. Pero no quiso evadir la cuestión.

—Tomo a la Iglesia — dijo — como un hecho social. Existe, creo yo. Y hay que comprenderlo.

Parecía cansado. ¿No había sido dicho ya todo? Decidí callarme y quise despedirme. Me encontraba a la vez desolado y reconfortado; tenía prisa de recogerme, de meditar. Sin embargo, dije:

—La Iglesia también, Yegor, establece que ninguno de sus miembros, ni siquiera los príncipes de los sacerdotes, ni los papas, puedan constituir por sus errores, una prueba contra ella. Los excesos más horribles: los de las cruzadas, los de la contrarreforma, la han ayudado a vencer y a vivir. Pero, para los católicos, la Iglesia es el cuerpo de Cristo.

"Los católicos profesan también que cada católico se debe a ella todo entero, cuerpo y alma; la historia de los primeros siglos nos presenta por millares aquellos hombres que, para servirla, aceptaban una muerte infamante. Pero esos hombres creían ver a Dios, y si ofrecían tranquilamente el

cuello era porque pensaban ir así a acostarse al lado de los santos.

"Para los comunistas, soldados de la subversión terrestre únicamente, las cosas no se presentan de igual manera. ¿O es que usted, Yegor, sin saberlo, está creyendo en lo sobrenatural?

"Si para servir esta fe que se ama y que se exalta por encima de todo, uno acepta ser marcado de infamia por ella misma, resulta que se puede servirla justamente reconociendo que se la ha traicionado. Consentir una muerte que le impedirá para siempre lavarse de ese cargo... para admitir aquello, haría falta quizás que yo no creyera, como creo, en el hombre. Por eso, sin duda, soy menos creyente que usted".

Yegor había confiado demasiado en mi fidelidad. Excluído de ese Partido en el cual veía ya mejor que nunca una monstruosa grandeza, me sentía más imperiosamente llamado hacia él. Pero se producía una segunda ruptura. La más decisiva. Quizá la más dolorosa. Y me preparaba a decir adiós para siempre a ese extranjero.

La conversación se prolongó aún por cortos instantes. Fué para que supiéramos que si Daria Vladimirovna había seguido a Yegor en su viaje a Europa era porque los médicos rusos habían perdido la esperanza de curarla. Los nervios de esa mujer pagaban: la Revolución, la guerra civil, diez años de agotamiento, de inquietud y de desgracias. Yo recordaba en ese instante su primera mirada.

Me marché en seguida. Yegor me dijo "hasta luego" negligentemente. Creo que me había juzgado ya; que su decepción había sido grande y que yo no le interesaba más. Daria Vladimirovna me tendió una mano blanda; Robert Clerc me acompañó hasta la puerta del salón.

—¿De tal manera que estás perdido completamente? — me dijo.

* * *

Algunos días más tarde Robert Clerc se presentó en mi oficina.

—Pasaba por aquí — dijo—. Fumo un cigarrillo contigo y me marcho.

Yo conocía demasiado a Robert Clerc para no ver en esa visita, en ese instante, nada más que una simple muestra de amistad. Temía sin duda haber herido. Y está habituado a esa especie de arrepentimiento.

Naturalmente, Yegor lo obsesionaba como me obsesionaba a mí mismo. Conversamos. Sin proponérnoslo, no hicimos más que hablar de él.

Robert Clerc conocía bastante bien la historia de su vida. ¡Qué vida! Después del Palacio de Invierno, después de Sviask, después de Tambov — cuerpo a cuerpo con la resistencia viviente—, había sido el combate contra la resistencia de las cosas: la guerra sin fin en el frente de hierro; la N. E. P.; la lucha contra los **kulaks;** la construcción de una economía agraria socialista. No hubo ni un día de reposo para Yegor Vigniazine. Cosa extraña — ¿la

casualidad? ¿su voluntad? — él no había ocupado jamás, ni en el Partido bolchevique, ni en la administración soviética, ninguno de esos puestos importantes para los cuales parecían destinarle su sangre fría, su inteligencia, su poder de captación. Algunos decían que la burocracia no había llegado a perdonarle su actitud del año veintitrés, sus relaciones de amistad con los trotskistas. Otros le reprochaban, no sin sarcasmo, que él pensaba servir mejor en las filas, por una especie de romanticismo. Sin embargo, acababa de aceptar una misión como delegado suplente del Partido Comunista de la U. R. S. S. en el Komintern. Su presencia tenía esa calidad en el Congreso de Amberes.

—¡Cuántos dramas deben haber en este hombre! — me dijo Robert—. ¿Has observado a su mujer?

—Daria Vladimirovna — le dije — me parece peligrosamente enferma.

—Lo está.

—Esquizofrenia.

—Peor quizá. Y él la ama como a una criatura; no puede prescindir de ella. Pero, ¿sabes lo que va a hacer?

—¿Dejarla aquí? ¿Regresar?

—Sí. Le he aconsejado que si no podía prolongar un poco su estancia aquí, tome también él una licencia. Por toda respuesta tuvo esa sonrisa que tú conoces, dura y desgarrada a la vez. "Camarada, la Revolución necesita también ser curada. Nosotros todos, allá, no somos bastante".

Robert se puso a caminar a largos pasos.

—Hombres como nosotros, querido amigo, ¿qué somos? Yo hago cálculos de cemento para puentes de lujo. Tú...

Se quedó callado.

—... peor.

En ese instante volví a ver a los Yegor que ya conocía. El Yegor cubierto de sangre, tirado sobre una tabla, desnudo en un vestíbulo del Palacio de Invierno, herido de muerte y riendo de alegría; el Yegor que estaba cerca de Trotsky, disparando sus armas por las ventanillas de un tren en la planicie de Sviask; el Yegor que decía duramente a Stepan Korochenko: "Stepan, se puede dar al Partido otra cosa más que la vida misma"; el Yegor que recorría a caballo el mar de trigo de un **sovkose;** el Yegor que hablaba en el Congreso...

Robert Clerc me tendió la mano.

—Hiciste mal en marcharte tan pronto la otra noche. Yegor se puso a tocar piano. Compone rapsodias sobre temas populares de su país. ¿Cómo entiendes tú su música? Pues bien, no. Te equivocas. Una ciencia, un refinamiento...

—Ignoraba que él compusiera.

—Yo también. Esa noche ya no se acordaba de sí mismo. Hablar de sí, ¡qué debilidad! Pero esa noche estaba sin duda conturbado. Sufría. Daria Vladimirovna se puso a llorar. ¿Sabes lo que me pidió súbitamente?: "No revele usted mi vicio a su amigo". Se estaba ya castigando. "Si uno hubiera

nacido en otra época — dijo — pero nos ha tocado nacer en ésta. ¡Ah! ¡en ésta!..."

Robert Clerc se despidió.

Yegor ha tenido también que sacrificar un arte.

* * *

Vigniazine, esa firma que no había figurado nunca, se encontraba ya todas las semanas bajo algún artículo de la **Correspondencia Internacional**, o bajo algún resumen de mitin traducido de la "Pravda"; Vigniazine, Vigniazine.

Sus palabras persistían en mi mente. ¿Cómo habría podido olvidarlas cuando cada día que pasaba me daban una nueva ilustración desoladora y patética?

Solamente Trotsky y los más cercanos partidarios, no desanimaban desde el momento en que habían comprendido todo el sentido de ese Thermidor. Pretendían sin duda reformar aún el Partido. Pero creo que se engañaban a sí mismos. La grieta que se había abierto entre ellos y los otros se veía cada vez más ancha, se hacía cada vez más profunda. Creían que la Internacional estaba condenada a degenerar, tarde o temprano, en un Directorio más sangriento, en un bonapartismo más mediocre. Y no hacían más que pensar en las nuevas vísperas.

Pero aquellos que, al sentirse unidos para siempre al Partido, se habían hecho su carne y su sustancia; aquellos que tenían miedo de ser irrevocablemente separados de él, habían hecho nacer en sus espíritus un desequilibrio casi demente.

"Permanecer en el Partido, aunque fuera con el vientre sobre el lodo, decía Zinoviev; pero permanecer en él". Así asistía yo, a través de los telegramas de la Agencia Tass, a ese odioso y sublime espectáculo. Los viejos compañeros de Lenin, los demiurgos de la revolución, los primeros jefes de la Internacional, pedían perdón a los amos del día, perdón por sus actos de lucidez que ellos mismos denominaban errores inexpiables; ponían sus nombres bajo unos **mea culpa** infamantes, y para restituir toda su gloria a ese Partido de ahora, deshonraban en ellos mismos a esos hombres que habían sido "los gigantes de Octubre".

Yo oía resonar en mí, sin cesar, la palabra de Yegor a Korochenko: "Stepan, se puede dar al Partido una cosa aún mejor que la propia vida".

Mientras más admiraba ese heroísmo, más me daba cuenta de su horror.

* * *

En 1930 comencé a leer menos frecuentemente el nombre de Yegor Vigniazine. Robert Clerc me dió al respecto la explicación del eclipse: Yegor había sido destacado por el Partido al Comisariato de Asuntos Extranjeros. A ningún régimen le gusta hacer ruido alrededor de sus diplomáticos.

El hecho de que Yegor hubiera sido destinado para siempre a esa carrera contra la cual todo su

carácter parecía oponerse violentamente, se me apareció enteramente real poco después.

Supe sucesivamente que era agregado en la misión comercial de Londres; después que, nombrado consejero de otra Legación, acababa de partir para Angora.

* * *

Me encontraba en Ginebra el mes de septiembre de 1934. Me gusta esa ciudad en la que encuentro siempre con una delectación enteramente nueva, un clima muy especial de tristeza y de libertad. Nunca dejo de ir a ella cada vez que puedo hacerlo.

La S. D. N. sesionaba en ese momento. Creo que era la primera vez que participaba en ella la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Una noche, cuando cenaba en un pequeño restaurante de la ciudad vieja, un vendedor me ofreció la **"Tribune de Genéve"**. No leo nunca periódicos cuando viajo. No sé por qué tomé ese número. Lo hojeé distraídamente. De pronto sentí que mi mano temblaba. ¿Qué había visto sin darme exactamente cuenta? Acabé por descubrir un entrefilete en el que se encontraban inscritas los miembros de la delegación soviética que acababan de alojarse esa mañana en el Hotel Beau-Rivage. Entre ellos estaba Vigniazine. ¿Tal encuentro, podía turbarme hasta ese punto?

Yo deseaba volver a ver a Yegor, pero me di cuenta en seguida de que tal deseo era enteramente absurdo. Los seis años trascurridos no habían hecho más que agrandar el abismo que nos separaba. El debía ya considerar como estúpidos desfallecimientos sus confesiones de otro tiempo, condenándolas severamente. Y mi visita no podía ser agradable a ese personaje oficial.

Renuncié, no sin tristeza, a ese placer. Por la noche fuí a vagar alrededor del lago.

Allí sentí violentamente el desgarrón que se había hecho en medio de mi vida al perder ese Partido al cual yo había dedicado mi juventud. ¡Cuántas figuras contempladas, admiradas, amadas, compadecidas! Todo estaba arrancado de mí. Noche enteramente transparente, parecida a esa otra noche próxima a la Navidad del Diecinueve, que me había visto caminar por estas avenidas. Pero había sido con Pilar. En ese entonces yo no había hecho más que llegar a esta gran familia de la Revolución: mi corazón se dilataba de alegría; ninguna amistad me parecía prohibida. Caminaba por esos jardines, contemplaba esos ramajes desnudos en los cuales mi compañera, poeta y niña, veía formas de animales, signos. El fanal rojo brillaba siempre sobre el agua de tinta en medio de la sombra. Pero yo me encontraba solo.

"Pilar Guilhen Ariaga — murmuraba yo—, eres ya feliz, sin duda, pues has podido retornar realmente hacia los tuyos. Maurer yace para siempre fuera del círculo donde va tu pensamiento, donde van tus ojos. Y si te has sometido al matrimonio, el compañero de tus días debe parecerse, sin duda, a lo que fué su padre: un hombre gentil que revisa

los periódicos, va al campo de golf, al club; juega poker, habla con los toreros, mira pasar a las mujeres, y, cuando se encuentra cansado de esos ejercicios, se encierra para leer novelas inglesas. Pero yo; yo no he retornado hacia los míos".

De esta manera miraba hacia el otro lado del agua, las luces de esos hoteles que indicaban el sitio donde, sin duda, se encontraba Yegor, aquel que entre todos los de la Revolución fué el último a quien yo había entregado un poco de mi alma. Pero no me atrevía a dar ni un solo paso para ir ante él y presentarle mi cara de intruso, de enemigo.

Permanecí largo tiempo acodado a la baranda. Sentía que el viento me cubría lentamente de nieve. Y llegué un momento en que tuve que marcharme a pesar mío.

* * *

Creí que en esta ribera del lago había dicho adiós para siempre a Yegor.

Sin embargo, poco después, tuve que encontrarme delante de él.

Un día de marzo de 1935 vi entrar a mi oficina un viejecillo pequeño y encorvado. Sus mejillas descarnadas, con pliegues y arrugas, sus órbitas profundas bajo una frente inmensa coronada por un mechón blanco, no me eran desconocidos: ¿dónde había visto yo ese rostro?, ¿lo había visto alguna vez? Sin embargo, creí reconocerle.

Sin decirme una palabra, el recién venido me

dió una carta. Uno de mis antiguos camaradas italianos de la oposición de Amberes me pedía hacer todo lo posible por el profesor Rutli.

Yo observaba a mi visitante. Sí, me decía a mí mismo; he aquí aquella cabeza de inteligencia obstinada y de fe que las revistas doctrinarias del Partido de los tiempos de Lenin, de Trotsky y del verdadero bolcheviquismo, presentaban frecuentemente en sus páginas.

No me había alarmado el hecho de que Rutli parecía haber entrado en la sombra desde hacía muchos años. Sabía que estaba viejo, fatigado. Viendo en él al sabio completamente alejado de las luchas de partidos, no podía establecer una relación entre esa especie de olvido donde parecía haber caído su nombre, y la derrota de la oposición leninista. Lo imaginaba, más bien, terminando sus días en alguna clínica de reposo en Crimea o en los Urales.

—Camarada Rutli — le dije—, yo le creía muy lejos de aquí.

—Pues, hace cerca de un año — me contestó— que he vuelto a Europa.

Hablaba lentamente, muy bajo, y casi después de cada palabra tenía que tomar aliento. ¿Asma cardíaca?

—Acabaron por dejarme partir, pero a precio de muchas gestiones, de muchas luchas, de muchas astucias. Por desgracia, soy ciudadano suizo. Y desde que sucedió el caso Vorovski, como usted sabe, no hay ya Ministro de Suiza en Moscú...

—Pero Berna ha debido rogar a otro Gobierno que defienda en la U. R. S. S. los intereses helvéticos...

—Sin duda. Francia ha obtenido que se me dé la libertad.

—¿Qué le reprochaban?

—Mis libros.

—¿Sus libros? ¡Pero si fueron publicados por las Ediciones del Estado! Son libros de historia...

Sonreí.

—...y hasta los creo muy ortodoxos.

—Lo eran, sí, en los tiempos de Lenin.

—Tiene usted la suerte de los hombres libres. Esos libros serán honrados algún día.

—Por no traicionar, por no mentir, ya no publicaba nada. Pero, ¿cómo habría podido resolverme a renunciar completamente al trabajo? ¿Y cómo habría podido hacerlo? Entonces emprendí la tarea de clasificar mi documentación: cuarenta años de socialismo.

—Ahora va usted a trabajar al fin con esa documentación y realizar la obra de su vida...

El viejo desvió los ojos. Su mirada parecía extraviarse y caían lágrimas por sus arrugas, brillando cerca de su boca.

—No — dijo.

Esperaba que me explicara.

—Todo ese trabajo me ha sido arrebatado. Tres maletas de legajos, de fichas, de notas, de planos. ¡Ah! Imagínese usted: una incautación, una confiscación, un proceso quizá. No. No. Era peligroso. Torpe. Yo iba a protestar, a hacerme matar. Hacer ruido, en fin. En Niegorieloie, simplemente, me encontré con que mi equipaje, mis maletas habían desaparecido del furgón de carga. Privado de salvoconducto, me vi forzado a tomar en seguida el tren, a pasar a Polonia... He aquí el motivo de mi visita.

Yo adivinaba en ese hombre un dolor incomparable y no me atreví a pronunciar ninguna palabra.

—Me he debatido desde entonces. Telegrafié de Varsovia. He tratado de forzar las puertas en Berlín. Pero, ¿quién podía intervenir? Los únicos capaces de reprobar tales prácticas, los del Partido, están en prisión, en exilio o excomulgados. No había nada que hacer; ni pensar en la ayuda de las autoridades de "mi país". Para Moscú soy, como lo escriben allí, un "envenenador a sueldo de la burguesía", un "repugnante viejo guardia blanco"; pero esta burguesía que, según dicen, me paga, me ha hecho condenar en todas partes. Volver a Suiza significa ingresar a la prisión.

—No se trata solamente de usted — le dije—. Para una causa tan sagrada como ésta, agitaremos las conciencias. Levantaremos a los intelectuales...

El anciano tuvo una risa amarga.

—Los intelectuales que descubren la Revolución cuando se está acabando: ¡Pobres gentes! Están de rodillas ante ese cadáver en capilla, y si usted dice de ella una palabra, le dirán que se calle...

Ese precursor tenía razón de temer el ultraje de los neófitos.

—No — dijo—. Hay una probabilidad para sal-

var esta riqueza que pertenece a todos; una sola: situarse en el terreno del derecho. En el momento en que comienzan a seducir a la burguesía, lo que más puede darles miedo es un escándalo jurídico.

Examinada la cuestión desde este ángulo, decidimos que yo hiciera un viaje a París, para pedir allí una audiencia al Embajador de la Unión de las Repúblicas Soviéticas.

El pensamiento de un plan determinado, de una acción ya emprendida, ¿devolvía a aquel anciano alguna esperanza? Lo cierto es que apareció tranquilo. Al despedirse, brillaba una especie de alegría sobre sus ojos en los que yo había visto lágrimas.

Su exaltación me dominaba. Al darme cuenta de su ilusión, tuve la debilidad de alentarla.

—Usted recomenzará sus trabajos, profesor — le dije—, acabará su obra.

Sonrió tranquilamente.

—¡Oh! No se trata tanto de mí — dijo.

Y levantó delante de sí su mano derecha que temblaba horriblemente.

—Pero si los jóvenes pudieran recomenzarla, ¡nutrirse de ella! Toda esa labor perdida para el socialismo...

* * *

En la Embajada se me dijo, según la fórmula acostumbrada, que no pudiendo recibirme el embajador, lo haría uno de sus consejeros.

Pero cuando entré en la vasta oficina cuya puerta me abrió el ujier, haciéndose a un lado, me invadieron conjuntamente una alegría extrema y un gran desaliento, pues el hombre que vi instalado allí, que se levantaba, que venía a mi encuentro, era Yegor.

La misma alta y fina estatura, la misma faz amplia y pálida en la que, detrás de los gruesos vidrios, los ojos aparecían extrañamente grandes. Sólo las mejillas aparecían un poco hundidas; el cabello de las sienes había blanqueado un poco.

¿Experimentaba él también la molestia que yo experimentaba?

"Hete aquí Yegor, pensaba yo, hecho un personaje oficial, en tu chaqué bien cortado. Y en tu corbata bien anudada, hay una perla.

"Hete aquí, pensaría él: siempre parecido, sentimental; no ha hecho falta mucho tiempo para que vengas a defender, ante nosotros, a los enemigos de la Revolución".

Supongo que tales pensamientos ponían ironía en nuestros ojos.

A pesar de que yo no había dicho ni una palabra, Yegor enrojeció.

—El uniforme — dijo.

Me alcanzó un sillón, fué a sentarse detrás de un enorme escritorio y empujó hacia mí un cofre de cigarrillos.

—Le escucho.

Le expuse ampliamente el asunto de Rutli, teniendo sumo cuidado de evitar toda alusión política. No había en ese caso más que el derecho de un

hombre al fruto de su trabajo; a ese bien que una sociedad perfectamente socialista ni siquiera pensaría en disputar a sus dueños.

Yegor prestaba a mis palabras la atención más escrupulosa y atenta, dejando aparecer al fin una sonrisa ambigua. En realidad, ¿qué podían ser tales miserias — libros, fichas, escritos — para un hombre que sacrificaba cada día lo mejor de sí mismo: su pasión, su arte? Me acordé de un Yegor musical de quien el mundo no oiría nunca un solo canto.

Lo que yo debía haber alegado en tal caso era que ese trabajo de Rutli pertenecía a todos; que lo mismo que Rutli, cada uno de nosotros se encontraba desposeído de ese bien. Pero yo no podía hacer eso, justamente, sin encontrar la hostilidad del partidario, del soldado.

Por último, al encontrarme ante esa dulce y fría mirada, ya no decía yo exactamente lo que quería decir. La misma cólera que había sentido en otra ocasión, se levantaba en mí de nuevo. Pero tuve que esforzarme en dominarla, pues tenía miedo de echar a perder la causa de Rutli. Seguía, pues, saliendo de mis labios un lamentable **"pathos"**. Yo no atinaba a hablar más que de un anciano cuya vida entera...; de un anciano cuyo único consuelo...

Yegor sonreía sin parar.

¿Dónde encontrar socorro ante tal estatua? Bajo la blanca y violenta luz que caía de las lámparas, cada objeto, aunque fuera el más insignificante, adquiría una precisión, una intensidad de cuchillo. ¿Qué esperar de un hombre que se complacía en medio de ese día de clínica?

No sé cómo terminé mi discurso lamentable. Sin duda terminé pidiendo a Yegor que me prometiera su ayuda para salvar el tesoro de Rutli. Y vi entonces que esa máscara fría dejaba de sonreír y que sus labios decían "no" suavemente.

—Pero mire, camarada — le decía yo—. El derecho...

Pero él se levantaba y caminaba lentamente, yendo y viniendo por la vasta oficina. ¿Era acaso que se encontraba presa de alguna duda, de algún escrúpulo humano? De pronto se detuvo frente a mí.

—Usted sabe perfectamente — exclamó — que no se trata aquí de derecho, ni de ley. ¿Qué juego está usted haciendo, pues?

Avanzó empujando un asiento y se sentó junto a mí.

—Si un abogado burgués viniera a exponerme este asunto — me dijo — le contestaría con toda la amabilidad posible: "Ciertamente, señor; ya examinaremos..."

Y era como si riera interiormente.

—"Examinaremos con el mayor interés..." ¿Pero usted ha llegado ya a eso acaso? ¿Se ha olvidado de todo? La Revolución se defiende, mi amigo. Yo le pregunto: ¿de dónde viene todo ese **"pathos"**, bueno a lo más para enternecer a un sufragista o a un maestro de escuela? Esta cuestión nos pertenece a nosotros y no al señor Rutli. Supongo que ya se estará haciendo un inventario de toda esa famo-

sa documentación recogida, obsérvelo usted bien, en territorio de nuestra República. Hay otras tareas que, como usted comprenderá, demandan más urgentemente nuestra atención. Esta puede muy bien esperar un tiempo. Si todo ese papelote resulta ser tan inofensivo como su anciano dueño, se devolverá todo lo que usted se complace en llamar su bien. Pero si, como lo temo, aparece susceptible de perjudicar a la República y al Socialismo, se le incautará y se le confiscará. Y en lo que a nosotros, diplomáticos de la U. R. S. S., respecta, no tendremos nada que ver con eso y no haremos absolutamente nada.

—Camarada Vigniazine...

Pero Yegor puso suavemente la mano sobre mi hombro, y me dijo por segunda vez:

—No.

¿Qué oponer a esa máquina en forma de hombre? ¿Era a ese triste instrumento a quien, no hacía más que algunos meses, había querido buscar en demanda de recuerdo y de fraternidad? Tuve un imbécil deseo de llorar. Me sentí helado de cólera.

Me levanté, Yegor me acompañó hasta la puerta.

Entonces sucedió una cosa extraña. Yegor puso su brazo sobre mis hombros y con una voz enteramente fraternal, me dijo:

—Nosotros somos viejos amigos, ¿no es cierto? ¡Lástima que nos tengamos que odiar siempre! Quisiera rogarle que venga a mi casa para una taza de té. Daria Vladimirovna tendrá una gran alegría al verle.

Volví los ojos hacia él. Su frente debe haber estado helada. Pero tenía una sonrisa de niño.

* * *

No puedo recordar sin sentir una opresión en el pecho lo que fué aquella noche en casa de Yegor. "¡Ah!, me decía a mí mismo, ¿es posible que este hombre sea verdaderamente ese santo tranquilo e ingenuo que creo haber entrevisto en lo que dura un relámpago? Debe existir un poder de los duros que les lleva a fingir ternura, como los tiernos suelen fingir dureza. Eso es lo que lo ha empujado a hablarme así, a manifestarme esa cordialidad, ese calor. ¿O se trataba de no se sabe qué coquetería misteriosa, de no se sabe qué diabólica piedad hechas para el hombre a quien una segunda vez acababa de deslumbrar y de decepcionar?"

Pero no. Yegor fué simple y bueno durante todas esas horas. Parecíamos en pleno armisticio; parecía que hubiéramos hecho un pacto para alejar a la inteligencia con sus juegos y a sus demonios.

El departamento de Vigniazine era de un estilo muy "Rusia Antigua". Yo adivinaba que Daria Vladimirovna estampaba allí su única huella: la de un ser que recuperó su espíritu pero no su alma. Es seguro que llevaba a todas partes de Europa ese clima, ese decorado, esos acentos que le eran amados desde los tiempos en los cuales el ser humano se prende mortalmente de las cosas. Esa habitación estaba repleta de muebles, de objetos, hasta tal

punto que parecía pequeña con sus tres ventanas y sus dos puertas. Había allí un inmenso "Pleyel" cubierto con una manta india, divanes abrumados de cojines, una inmensa mesa redonda, veladores aplastados de libros, un samovar enorme y brillante.

En medio de esta profusión de formas heteróclitas y de colores, Daria Vladimirovna aparecía más pequeña aún. Una sola lámpara con soporte ardía sobre el piano, de tal manera que no pude ver su rostro desde el primer instante. De haberlo hecho, habría llorado. ¿Yegor no se daba cuenta de esa consunción, de esa espantosa huída de la carne alrededor de esos dos ojos desmesurados?

—Ahora yo comprendo el francés — dijo Daria Vladimirovna—. Y lo hablo un poco.

Y se puso a reír.

Pero su risa era enteramente infantil. Me quedé helado.

Yegor llegó inmediatamente. Y todo se hizo perfecto. Los autobuses que rodaban sobre el asfalto de la calle hacían un ruido lejano. La luz se compenetraba con las cosas, propicia y cálidamente; el té dorado humeaba dulcemente en los vasos planos. ¿Era a causa de todas esas lanas y sedas? Pero las voces no se quedaban alrededor de uno; sonaban a amistad, entraban directamente al corazón. ¿De qué hablamos? Tan natural y simple fué todo, que lo he olvidado. Al hacer eso no creía traicionar ni a Rutli ni a la libertad. Y, por otra parte, estoy seguro de que Yegor no renegaba a ninguno de sus dioses. Daria Vladimirovna abría aún más sus enormes ojos que me causaban daño. Yegor tocaba largo tiempo sin decir una sola palabra; yo no preguntaba nada, no juzgaba nada. La música era como la luz, el calor, la respiración de esos dos seres vivientes. Cuando Yegor cerró el piano sonreímos todos. ¿Acaso pensaba yo, entonces, que existen más allá de los mitos que rigen el mundo, más lejos, más profundamente que los hombres, unos climas donde los enemigos no tienen necesidad de palabras para amarse? No pensaba en nada.

Yegor y Daria me acompañaron hasta sus umbrales. Yegor dijo que hacía frío.

Cuando doblé la esquina de la calle, les vi aún, el uno junto al otro. Se habían quedado allí para mirarme partir.

* * *

Volví a pie hasta mi hotel situado en el andén de los Grands-Augustins. La ruta era larga, pero quería meditar sobre la amistad de esos dos seres; guardar en mí, el mayor tiempo posible, ese calor milagroso.

Sin embargo, no dejaba de sentir cierto remordimiento con respecto a Rutli. La negativa de Yegor había sido, sin duda, categórica; sería, según toda probabilidad, inflexible. ¿Pero no debía ensayar un movimiento ofensivo, volver al problema desde un ángulo distinto? En mi pensamiento veía sin cesar al anciano que lloraba humildemente ante mí por su obra perdida; y le amaba. Así llegaba a medir esa revolución que se encarnizaba destrozando a

los suyos, en devastar sus mejores sueños y sus obras, y en mí nacía el odio. Pero, contradición extraña, yo no tenía más que afección y ternura para ese Yegor que la encarnaba tan duramente. ¿Había bastado que viera en él un ser viviente parecido a los demás; capaz de sufrir, de gozar, de olvidar el pasado, de estrechar una mano entre la suya? Y tal antinomia, por el contrario, ¿no estaba hecha, como todo lo que representa lo inhumano, lo anormal, para inspirarme espanto y cólera?

Yo había dicho a Yegor que permanecería algunos días en París. Pero, al siguiente día, al despertarme temprano, me di cuenta de mi derrota y me pareció definitiva. Resolví partir sin esperar, e hice mi maleta.

Mi habitación daba sobre el Sena. No abandono nunca ese paisaje, tan cruel y tan tierno, sin decirle largo tiempo: adiós. Adiós a esos puentes, a la flecha de "Sainte-Chapelle", a "Notre Dame". Me acodé en la ventana. Había llovido. Desde el asfalto mojado subía ese olor fresco y acre de las ciudades por la mañana.

Ignoro cuánto tiempo permanecí así. Los vendedores de libros viejos comenzaban a abrir sus cajones de hierro y a instalar su pacotilla. De pronto tuve la sensación de que alguien me miraba fijamente. No sé qué instinto me advirtió que debía hacerme el desentendido. Volví lentamente los ojos. Allí abajo, cerca del parapeto, Daria Vladimirovna estaba de pie, inmóvil; vestía un traje sastre gris y no llevaba sombrero.

¿Casualidad? ¿Debía creerlo yo? Pero si quería verme, ¿por qué vagaba así por la calle? ¿Debía hacerle ver que la había visto, hacerle señas? ¿Acaso me equivocaba? ¿La discreción no me imponía esperar? Volví al interior de mi cuarto y me puse a leer un periódico de la víspera.

Transcurrieron diez o quince minutos. El portero no llamaba. "Es, sin duda, una coincidencia, me dije. Y, después de todo, ¿acaso estoy seguro de haberla reconocido?" Resolví marcharme a tomar desayuno.

Había avanzado algunos pasos por la acera y llegaba ya a la esquina de la calle Seguier, cuando Daria Vladimirovna apareció ante mí. Al verme se mostró muy sorprendida.

—¿Me esperaba usted? — le dije estúpidamente.

Su pequeño rostro parecía increíblemente viejo bajo la luz cruda de la mañana. Los párpados caían sobre sus enormes ojos.

—¡Oh, no! — dijo ella vivamente—. Yo ignoraba que viviera usted por aquí. Pasaba, simplemente.

¿Para qué mentía? ¿Qué secreto quería esconderme? Estaba visible que tenía "necesidad" de hablar conmigo y temía que, requerido por cualquier asunto, cortara bruscamente la entrevista.

—¿No le disgustaría que camináramos juntos? — me preguntó.

¿Sospechaba que yo la había visto desde mi ventana; adivinaba que la consideraba como a una enferma a quien hay que evitar toda contrariedad;

que hacía con ella una especie de pacto y aceptaba cambiar mis proyectos, mi camino, para caminar un poco junto a ella y escucharla?

Nunca olvidaré ese paseo a lo largo de la orilla del Sena en compañía de Daria Vladimirovna.

Cuando su voz, presa de un sueño, se velaba perdiendo casi todo sonido, se hacía tan ínfima que tenía necesidad de inclinarme hacia ella como sobre una niñita. Entonces veía esa frente estropeada, esos ojos inmensos y fijos que parecían no ver ya. Nada había en su actitud que, sin duda, no fuera tranquilo y hasta plácido. A pesar de eso, yo experimentaba el sentimiento de tener por compañía a un ser abrumado por la tempestad.

Daria Vladimirovna no dijo al comienzo más que palabras convencionales y triviales. "Yegor se encontraba ya en la Embajada desde las ocho de la mañana... Le gustaba ese momento de la jornada; el mejor para él; aquel en que trabajaba mejor... Ella se levantaba tarde habitualmente... En su lecho, por las mañanas, había aprendido el francés..."

Al principio hablaba penosamente, y su acento, muy marcado, hacía casi ininteligible algunas de sus frases. Pero ya fuera porque yo iba habituándome a esas alteraciones, traduciendo, a medida que ella hablaba, a una dicción más correcta; o ya fuera porque al tomar calor iba hablando mejor, lo cierto es que poco después no tuve ya la menor dificultad en comprenderla, y hasta me quedé asombrado más de una vez ante la precisión de su discurso.

Esta inestabilidad, por lo demás, no dejaba de asombrarme y de inquietarme al mismo tiempo. Venía a mi memoria aquella noche, cuando en casa de Robert Clerc, la había visto abismada en no se sabe qué sueño durante horas enteras; sueño del que parecía desprenderse para pronunciar, en un ruso ronco y hostil, algunas palabras breves y desatentas.

Ahora hablaba de esos andenes cuyo orden y alineamiento no acababan de impresionarla y de sorprenderla; de esas aguas por las que decía que se encontraban "medidas al hombre", queriendo expresar, sin duda así, que las aguas estaban sujetas a la voluntad humana.

Fué entonces cuando me dió miedo, pues se puso bruscamente extraña.

—No son como estas aguas — dijo — las que yo he visto correr. Soy de Krasnorskoie. ¿Conoce usted Krasnorskoie?

Yo no conocía Krasnorskoie.

Ella rió ruidosamente. Oí una risa ronca, una risa de una violencia extraordinaria, difícil de imaginarla saliendo de un ser tan pequeño. Después se quedó súbitamente callada, y volviendo a tomar aliento, me dijo muy seriamente:

—Estoy loca. ¿Cómo podría usted conocer Krasnorskoie, una aldehuela: cien almas sobre el Volga; lejos, lejos; más allá de Novgorod...

"Pues bien: yo he vivido allá. El Volga; eso es

lo que he visto durante treinta años. El Volga en primavera, es el mar...

"Mi padre compraba y vendía madera. Era muy rico en Petrogrado. Pero mi madre vivía muy pobre en Krasnorskoie. A mi padre le gustaban las cantantes de ópera. Mi madre amaba a Kolia y a Dacha. Pero desde que nací no pudo caminar ni mover los brazos. Mi padre venía dos veces por año trayéndonos vestidos".

Se quedó callada.

—A Kolia le daba libros.

Se quedó callada.

—Sabe usted. ¡Hace tanto tiempo que conozco a Goria! Yo tenía diez años cuando Agafia, nuestra joven sirvienta, tuvo un hijo. Era él: Yegor, Yegoruchka, Goria, el hijo de nuestra joven sirvienta. Agafia murió. Mamá me presentó la pequeña cosa y me dijo: "Tú serás su mamá". Lo fuí. He lavado su cuerpo. Después le enseñé las letras. Después, economicé para que fuera al colegio. Después, se fué a la guerra.

Se quedó callada.

—Kolia también.

Se quedó callada.

—Sabe usted... Antes de Octubre, mi paare había vuelto. Justamente en esos días mi madre murió. Los campesinos no querían a mi padre. Cuando supieron lo que pasaba en Petrogrado, vinieron y lo mataron. Yo no sabía nada de Goria.

Se quedó callada.

—Tampoco sabía nada de Kolia.

Se quedó callada.

—Por la primavera apareció Goria. Vió que yo estaba sola y que los campesinos querían la casa. Les dijo a los campesinos: "Tomad la casa". A mí me dijo: "Daretchka: si quieres, nos iremos juntos". Yo habría ido con él a cualquier sitio del mundo. Pero me encontraba triste a causa de Kolia, mi hermano, que no encontraría ya, si volvía, ni padre, ni madre, ni casa, ni Daretchka.

Daria Vladimirovna permaneció aún largo tiempo silenciosa. ¿Estaba fatigada? Se apoyó en la baranda y miró las aguas del río. Yo estaba triste. Y cada paso que avanzaba en la vida de Yegor me hacía sentirme cada vez más indigno. ¿Merecía yo conocer y entrometerme en ese destino? ¿Merecía la confidencia de esa mujer-niña a quien una especie de locura parecía hacerla un poco santa? ¿No se estaba cometiendo un error indignamente? ¿Daria Vladimirovna no se equivocaba al contarme a mí su nostalgia y su pena? Habría querido detenerla; suplicarle que se callara, y, si aun lo podía, guardarse el secreto que parecía quemarla. Pero tardé seguramente demasiado. Y cuando traté de ver el rostro de mi amiga, yo también inclinado sobre el río, vi que estaba lleno de lágrimas.

Daria Vladimirovna había tratado de disimularme su sufrimiento. Al ver que ya la había descubierto fué como si se encontrara de pronto libre de todo pudor y se puso a gemir sin medida.

—¡Ah! — decía—. Kolia..., Kolia.., Van a

matarlo también. Van a matarlo..., a matarlo..., a matarlo...

Le rogué que se serenara; le dije que también sentía su desgracia, pero levanté ante ella el nombre de Yegor, el compañero de su vida. ¿Soportaría él sin sufrir, el pensamiento de que ella se había confiado al extranjero que no comulgaba ya con su fe?

Daria Vladimirovna se quedó contemplándome largo tiempo como si se esforzara vanamente en comprenderme. Sus lágrimas se secaban sobre sus mejillas enrojecidas.

—¡Ah! ¿A quién quiere usted que le hable? ¿A quién quiere usted que suplique? Ellos me responderán: "No podemos nada, camarada. No podemos nada. La justicia sigue su curso".

"Sé perfectamente que la "justicia debe seguir su curso". Y si Nicolás Vladimirovitch ha saboteado la construcción socialista, ¡que se le juzgue! Yo no digo que no lo haya hecho. ¿Qué sé yo de eso? No digo que no debe ser castigado. ¿Cómo podría decirlo? ¡Pero que no maten al último de los míos!

"Yegoruchka no sabe lo que significan la vida y la muerte. ¿Lo sabe verdaderamente? ¿Lo cree usted? Le juro que no lo sabe. Es un niño pequeño, es un niño pequeño.

"Goretchka, le he dicho dulcemente, no lo hagas por Kolia, tu hermano. Hazlo por **mamunia** que durante veinte años le miró crecer cerca de ti, sin poder estrecharlo. ¡Hazlo por mamunia!"

"Goretchka me dijo tiernamente: "Deja a los muertos".

"Si Goretchka quisiera, podría obtener, por lo menos, su gracia, su vida. Pido diez años en una prisión. No pido lo imposible: pido eso solamente.

"Pero Goretchka se levantó tanto como pudo y me gritó: "Cállate, cállate. Nicolás Vladimirovitch ha cometido el más grande de los crímenes. Que limpien la Revolución, de él y de todos sus colegas, ¡gusanos repugnantes!"

"Sin embargo, Goria ama a Kolia. Pero es un pequeño niño, es un pequeño niño".

Daria Vladimirovna parecía ya serena y tranquila. Pero eso me espantaba más aún. Le pregunté amablemente si podía hacer por ella lo que fuera, si Yegor...

Pero sonrió tristemente y puso un dedo sobre los labios.

—¡Chist! — dijo—. ¡Chist!... ¡Ah! Sobre todo, no diga nada; no diga nada a Yegor ni a nadie en el mundo.

Entonces volvimos sobre nuestros pasos. Pero Daria Vladimirovna no hablaba ya.

De pronto hizo parar un automóvil que pasaba.

Me tendió la mano sin mirarme.

—He venido para decirle eso — dijo suavemente—. Tenía necesidad de hablar, de ser cobarde. ¡Ah! ¿Me comprende usted? Siempre... Siempre...

Pero, ¿qué significaba ese "siempre"? No me lo explicó. Subió rápidamente al vehículo que desapareció.

Siempre, siempre... Callarse siempre; encerrar siempre la pena de su alma porque no está a la altura de un testigo; esforzarse siempre por llegar a ser un santo y seguir siendo un ser que vive y sufre.

Daria Vladimirovna había venido hacia mí cobardemente. De la misma manera que un enfermo a quien una sentencia desconocida hubiera condenado al silencio iría a gritar al borde de un desierto.

* * *

Le hice a Rutli un relato exacto de mi entrevista con Yegor Vigniazine en su oficina de la Embajada.

—¿Había usted creído verdaderamente que cederían?

Parecía enteramente tranquilo. Levantaba la cabeza como uno de esos ancianos que saben muchas cosas. Parecía enteramente apaciguado.

Se lo dije.

—¡Ah! — respondió—. Me dejé vencer el otro día por mi estúpida exaltación; pero nunca creí triunfar. Se acabó, eso se acabó. Hay que hacer una cruz sobre esta revolución. Hay que recomenzar en otra parte.

Y después de un silencio agregó:

—Ya pueden hacer ellos lo que quieran. Vea usted. "Las vías de Dios, dicen los creyentes, son misteriosas". Ya pueden muy bien ponerse al servicio de su mala fe; ya pueden falsificar a Lenin,

mentir, perseguir la verdad en todas partes donde la presienten; proseguir la guerra contra los hombres vivos y los fantasmas de Octubre, encarcelar, matar: el socialismo se hará contra ellos mismos y contra el resto del mundo.

Sus ojos ardían con ese fuego que yo reconocía muy bien. Era el mismo fuego lejano, duro y tierno que había visto en los ojos del mismo Yegor.

Le dije mi pensamiento.

No pudo comprenderlo inmediatamente. Como muchos materialistas, Rutli tenía horror a todo lo que se asemeja a una fe, a una creencia. La idea de que se le pudiera atribuir una pasión que la razón no respaldara, le parecía cómica y ofensiva. Sonrió no sin cierto desprecio.

Todos sus libros iban contra lo irracional, contra el idealismo: "falsas llaves pequeño-burguesas". Según toda apariencia, Rutli no se había asombrado nunca de su propio comportamiento y encontraba natural el haber gastado sus días y sus noches, durante cuarenta o cincuenta años, persiguiendo fantasmas de verdades entre los documentos; no se asombraba de haber sido, en su tarea, sólo comparable a esos antiguos monjes; de haber sacrificado, como ellos, su vida, su corazón y lo que se llama las alegrías terrenales; de haberse compenetrado desde su adolescencia, con una subversión del mundo que debía arrasar con sus mejores bienes espirituales; de haberse mantenido así hasta ese momento, de mantenerse aún así cuando toda su obra — ese tesoro al cual había pasado su carne, su es-

píritu y su sangre — se derrumbaba, se perdía convirtiéndose en humo solamente. Así son esos materialistas poseídos de no se sabe qué Dios. Rutli enemigo de Yegor. Sí. Pero también su hermano.

Sin duda mi alusión a Yegor retenía su atención sobre aquel hombre que hasta ese instante no había representado para Rutli nada más que un funcionario, una "rueda de la máquina".

—Pero creo conocer — dijo de pronto — a ese Vigniazine.

Me lo describió.

Era el mismo Yegor, sin duda alguna.

Rutli parecía pensar.

—Lo he visto, lo he observado durante el penúltimo Congreso — dijo—. Está pasando un drama en ese hombre. ¿Sabe usted que hace tiempo estuvo con Trotsky? Yo no juraría que haya dejado de estarlo. De espíritu, se entiende. Pues pertenece a ese equipo de Octubre, a esos monómanos del bolcheviquismo que no pueden ver ninguna salvación fuera del Partido y que afirmarían el dogma de la disciplina ante el **browning** del verdugo. En ese Congreso le vi con un furor frío y fanático, con una audacia crítica que sacudía en sus calzoncillos a todos esos burócratas allí reunidos. Hizo un verdadero llamamiento a la reforma, a la transformación. Después fué batido, condenado. Y se hizo una máquina, un autómata de obediencia. La desgracia es que los congresos no significan ya nada. Pero ¿cree usted que él vea esto? ¿Que pueda darse cuenta del juego que se le deja jugar, que se le hace jugar? ¿Se

dará cuenta de que al hablar, él, el puro, no hace más que encubrir a los lacayos decadentes que se callan? Y si lo sabe, es igual...

Rutli hablaba ya tan bajo que yo apenas le oía.

—¡Ah! — exclamó—. Ellos lo han hecho un diplomático. ¡Lo han enviado a Francia! ¡La última trampa!...

—¡Usted ha dicho ya demasiado, mi amigo! Y hombres como usted ya no tienen curso...

Era a Yegor a quien hablaba.

Se volvió hacia mí. Jamás le había visto tan sombrío.

—Ese Vigniazine — murmuró — no hará ya huesos viejos.

Esa profecía no dejó de entristecerme. No es que temiera verla realizarse un día cualquiera. ¿Cómo iba a matar la Revolución a un servidor tal como Yegor? Era porque no podía hacerme a la idea de que Rutli se encontrara en un grado tal de duda y de angustia.

* * *

Cuando por el mes de abril comenzó en Moscú el "Proceso de los Ingenieros", yo leía todo lo que podía encontrar en los periódicos respecto a dicho proceso.

A pesar del nombre que se le daba, hacía falta muchísimo para que todos los acusados en ese proceso fueran ingenieros. Seis o siete ingenieros de ferrocarriles se mezclaban allí, me parece, a una banda bastante turbia de políticos profesionales, de

antiguos **nepman** (1), enriquecidos y de espías internacionales.

A causa de esta promiscuidad, seguramente, resultaban apareciendo bajo una equívoca luz de aventura aquellos que eran los verdaderos acusados: muchos antiguos miembros del Partido que habían conquistado sus títulos de nobleza en la guerra civil y en la construcción socialista.

Dos de los ingenieros se llamaban Nicolás. ¿Cuál era el hermano de Daria Vladimirovna, el compañero de infancia de Yegor? Creí no dudarlo. El nombre de familia de uno de esos Nicolás — Goldembaum — no podía designar más que a un judío. Por lo demás, en el retrato del otro — Nicolás Krizanof — creí encontrar ciertos rasgos de Daria Vladimirovna.

¿Me era necesario no ver alrededor de Yegor y de Daria más que personas puras? En todo caso, yo no podía admitir que ese hombre fuera culpable. Tuve que rendirme, sin embargo, a la evidencia. En ese proceso extraño en el que todos se acusaban a sí mismos, no había ni uno siquiera que no se acusase. Como los demás, Nicolás Krizanof reconoció haber desorganizado voluntariamente los servicios que se encontraban bajo su responsabilidad y haber saboteado el material que administraba. En una especie de delirio masoquista, en el que se mezclaban la vergüenza y la ostentación, tuvo cuidado de abrumarse completamente, dando, como los demás, cien detalles odiosos para probar sus crímenes.

(1) Comerciante de la Unión Soviética. (N. del T.).

"Pido, decía Daria Vladimirovna, diez años de prisión. No es pedir lo imposible. No pido más que eso. ¡Pero que no lo maten! ¡Que no lo maten!"

Mas, he aquí que al imaginar los delitos cuya lista establecía el mismo, yo pensaba que Daria Vladimirovna pedía, sí, lo imposible.

La Revolución, aunque estuviera degenerada, ¿podía perdonar ese encarnizamiento en destruirla? ¿Y qué piedad podía tenerse de esos miserables, que por una especie de misticismo de la más baja especie volvían cada nueva mañana ante sus jueces y el pueblo para confesar una infamia cada vez peor?

Es verdad que ciertos periódicos — social-demócratas, anarquistas — censuraban duramente ese proceso de mártires voluntarios. Veían en eso una puesta en escena grotesca y odiosa. No faltaban quienes afirmaran que los acusados, cómplices del Gobierno, aceptaban, a cambio de dinero, desempeñar ese papel para permitir que se viera por medio de esos actos de mala fe los fracasos de la economía planificada. Otros creían que tales confesiones eran obtenidas por medio de torturas o por medio de promesas de perdón. Un semanario aseguraba hasta saber que antes de cada audiencia se sometía a los acusados a un tratamiento magnético, de suerte que comparecían en estado de hipnosis. Pero yo juzgaba bastante pueriles, bastante ridículas todas esas historias de folletín.

Rutli me desconcertó.

Cuando yo le expresaba un día mi asco por esas audiencias, preguntándole si prestaba el menor crédito a las explicaciones delirantes de algunos periódicos, se levantó vivamente y como si mi pregunta le molestara, me tendió la mano para despedirse:

—No — me respondió—. No. Creo que los acusados confiesan libremente. ¿Pero eso quiere decir que sean culpables?

Y se marchó inmediatamente.

Entonces vino a mis ojos súbitamente la imagen de Korochenko. Volví a oír las palabras de Yegor: "Stepan, se puede dar al Partido algo más que la vida".

Pero podía ser que esos hombres, deliberadamente...

Una noche fueron condenados a muerte. Al siguiente día, por la mañana, se les abatió según la costumbre, de un tiro de revólver en el cuello.

¿Cómo soportaba Daria Vladimirovna ese sufrimiento? ¿Debía escribirle? ¿Me atrevería a hacerlo? Hubiera querido encontrar palabras fraternales; hacerle sentir, por lo menos, a través de ese amor humano que envenenaba su vida, una ternura un poco cobarde, un poco oscura: ese tónico que dan a veces los seres humildes. Quizá si ella lloraría un poco. Quizá se creería entonces con derecho a juzgarse, a confiar su pena, su rebelión; a hacer un mensaje que yo quemaría inmediatamente. Si en ese momento, una vez siquiera, pudiera ella gritar

al borde del desierto. Pero entonces yo volvía a verla sobre ese andén, cerca de aquella agua bajo la luz cretosa del invierno. "Chist, chist..." Me decidí a no escribir nada.

* * *

En los primeros días de agosto, tuve el deseo de asistir al festival Mozart y partí para Salzburgo.

Ya había pasado varias veces por Salzburgo, pero no me había detenido allí nunca. La última vez. ¡Cómo estaba ya lejano ese verano de 1925, cuando me dirigí a los Balcanes, presa del Terror Blanco! No sabía muy bien si me quedaba aún mucho tiempo para vivir, por esa época. En pleno drama, en plena guerra iba a encontrarme con antiguos compañeros, saludar a Ditka, condenada ya. La ciudad enteramente blanca ardía en el valle bajo un irresistible sol. ¿Debía ver yo en ese último adiós al mundo?

Esta vez, llovía. Una lluvia torrencial que lo inundaba todo, borrando esas montañas, esos parques, esas casas, esa ciudad deshecha y desteñida. No había imaginado así ese peregrinaje: augurio inquietante.

¿Quise conjurar la mala suerte? ¿Obedecía a algún sino desconocido? ¿Al encontrarme tan solo, tenía necesidad de palpar inmediatamente un recuerdo familiar, la presencia de uno de mis héroes? ¿O al hacer un cálculo, estimaba mayores, a causa del mal tiempo, las probabilidades de encontrar las

salas casi vacías y poder soñar mejor así? Lo cierto es que me sentí empujado inmediatamente a la casa de Mozart.

Una vez franqueado el Salzach no me fué difícil descubrirla. Yo me hundía con una alegría un tanto triste en esa avenida sombría donde a veces debió jugar el niño. La casa estaba casi desierta.

Hay en todos esos lugares un poco santos que los fieles transforman en museo, un encantado clima. Esas salas numeradas, esas inscripciones administrativas, esa exhibición de las reliquias bajo cristales: vestidos, alhajas, manuscritos, imponen inmediatamente un sentimiento desolador de lo infranqueable. Pero un detalle cualquiera basta para romper esa impresión. Un letrero chato y ridículo: "En el rincón de este cuarto nació Mozart", y he aquí que el corazón palpita desmedidamente; hay una especie de ansiedad en los ojos y el alma se pone súbitamente dispuesta.

De una sala cercana llegaba el sonido de un clavicordio que preludiaba. Allí cantaba el clavicordio de Mozart. En ese clavicordio — el suyo—, ¿quién tocaba esa Sonata en Fa cuyos compases me habían marcado el corazón en tiempos de mis sueños? Amortiguando mis pasos me aproximé al umbral.

Lo que vi en ese decorado convencional y frío fué una especie de iglesia. Al extremo, cerca de la pequeña ventana se inclinaba una frente vasta sobre el clavicordio. Arido y desnudo, un hombre muy anciano tocaba con los ojos entornados. En medio

de la habitación, dándole la cara, de pie, en la actitud en que les había cogido la música, algunas personas acogían los sonidos.

No pude expresar mi turbación. ¿Veía acaso, veía yo a ese hombre anciano bajo esa luz de lluvia? ¿Quién era? ¿Existía en realidad? ¿O le veía en mis sueños?

Cuando se apagó la música volví a encontrarme en el mundo. Entonces vi a mi lado, tan cerca de mí que hubiera podido tocarle, un hombre grande e inclinado que se quitaba lentamente los lentes, miraba un instante como en sueño y apoyaba pasajeramente la palma de su mano sobre sus ojos mojados en lágrimas. Ese hombre era Yegor.

* * *

¿Es que en realidad, como dicen los viajeros, Europa es tan pequeña? ¿O es quizá que las almas un poco semejantes, un poco emparentadas, se ven conducidas a las mismas rutas por una especie de necesidad oscura? Pensando detenidamente, nada extraño había en que yo encontrara a Yegor en uno de esos selectos lugares, a los que a pesar suyo le llevaba su genio secreto. Al verle en Salzburgo no me sorprendió nada. Si, separando mis ojos de sus lágrimas, me alejé en ese instante, fué para dejarle hasta el final el beneficio de creerse duro, la ilusión que se daba a sí mismo de ser un verdugo.

Cuando fingiendo una sorpresa volví a encon-

trarle en la escalera había ya tomado su expresión tranquila.

Al verme expresó una gran alegría. En tono sonriente me dijo que no había podido resistir a su antiguo deseo de venir a Salzburgo durante el festival. Me decía también que esta diversión haría un gran bien a Daria Vladimirovna cuya salud había empeorado desde el mes de abril. No estaba verdaderamente enferma, "pero sus nervios tan impresionables y algunas penas familiares..." Resultaba que se habían alojado, como yo, en el Hotel Bristol. Daria Vladimirovna no había querido salir en ese triste diluvio. Estaba esperando en el hotel. Para no darle una emoción demasiado violenta — pues por esos días todo la emocionaba singularmente — él iría primero a darle la noticia de nuestro encuentro y yo iría después.

Pero cuando, media hora más tarde, toqué a su puerta, vi antes que a nadie a Daria Vladimirovna. Estaba de pie en medio de la habitación, a plena luz, perfectamente tranquila y fría. Yegor tuvo que preocuparse de poner un poco de animación, un poco de calor en el aire. No pudo llegar a hacerlo, por lo demás, sin artificio. Empujándome bruscamente hacia un asiento:

—Cuéntenos usted — dijo — sus hermosas historias de burguesía...

Pero esa alegría era forzada. Y desde ese momento sentí que no encontraría ya cerca de esos dos seres aquella intimidad cuya gracia me había llenado de tristeza y de felicidad allá en el último invierno.

* * *

Sin embargo, estuvimos juntos durante esas jornadas del 8 al 11 de agosto.

Habiendo cesado la lluvia la misma primera noche, Salzburgo había vuelto a ser, desde el siguiente día esa ciudad tan italiana y tan siglo XVIII que, en otras ocasiones, cuando yo no hacía más que pasar por ella, al salir de Baviera, me daba la nostalgia del Sur y del pasado.

Si no hubiera sido por el Salzach que empujaba aún, contra sus puentes, sus aguas de creciente turbias y llenas de espumas, uno se habría creído allí en el camino de Roma. La misma Monschber, tan germana, fingía en el increíble azur, una cima de la cordillera apenina; pero a lo largo de esas rutas del valle, en esos andenes, en esas plazas, en esas calles, no se veía aquella muchedumbre siempre ociosa, siempre diferente y siempre parecida que frecuenta los lugares de belleza y de placer. Mozart pertenecía a esa clase de artistas que todo el mundo admite, admira y que, a causa de eso precisamente, tienen el prestigio de escapar al snobismo. El Salzburgo del festival respondía enteramente a mi espera. Las gentes que la invadían eran verdaderamente aquellas a quienes sólo un demonio atrae hacia el encantador: mundanos que el arte arrancaba de sí mismos; estudiantas, estudiantes

vestidos casi a la manera de los excursionistas; virtuosos de lentes redondos y cabellos cortos; viejos maestros de cabellera gris a quienes seguían sus cohortes familiares y respetuosas.

Desde por la mañana me reunía con Yegor y Daria Vladimirovna; nos poníamos a caminar al azar por las plazas, por los patios de los palacios, siempre ávidos, como si hubiéramos estado a la búsqueda de un fantasma dorado. Hacia las once entrábamos a la Catedral donde se cantaba la **Missa solemnis.** Volvíamos a encontrarnos en los caminos del valle o en esos senderos que conducen al viejo claustro desde donde mirábamos hundirse ese panorama mágico. Por la noche, en las salas de los conciertos me encontraba sentado a la izquierda de Daria Vladimirovna. Si volvía un poco los ojos, ella me aparecía enteramente próxima y un poco más lejos, a su derecha, veía a Yegor. Este aparecía como presa de un encantamiento. Pero, al ver a su compañera con los labios de mil diminutos pliegues, enteramente cerrados, con sus ojos fijos, que cada noche se hacían más grandes, y con su frente helada, me preguntaba si lo que la cambiaba así, en estatua, era el sortilegio de los sonidos, o si era solamente que la cadencia del deslizar de esos arcos de violín paralelos, sin cesar recomenzando y sin cesar parecidos, llegaban a hipnotizarla por medio de ese movimiento, y entonces iba a reposar en cualquier parte del lado de Krasnorskoie...

Regresábamos siempre al hotel inmediatamente después de terminado el concierto. Parecía que

Yegor quería encerrarse, separado del mundo, antes de que aquellos ecos se hubieran disipado.

Nada pasó durante esos tres días. Sólo había nuestra amistad que, sin embargo, parecía estar alterada y un poco incómoda.

¿Era acaso que Yegor sentía algún remordimiento en dar esa pobre semana a su única pasión; él, cuya vida, desde hacía veinte años, no era más que inmolación y lucha? ¿O era simplemente que tenía vergüenza de mostrárseme así, en ese descuido de ocioso o de señor? ¿O era que Daria Vladimirovna le inquietaba; Daria que no se consolaba, no, de sus "penas familiares"? Y aunque la veía absolutamente alejada de este mundo, solía preguntarme si ese malestar que yo respiraba no provenía precisamente de mi presencia frente a esa alma, y si debía alejarme, quitar de sus ojos la presencia de ese ser humano a quien ella había hablado de Kolia.

Casi no vimos a ninguna persona conocida. Yo deducía, con una especie de orgullo, que, sin duda alguna, y a pesar de cualquier distancia que pudiera separarnos, Yegor y yo debíamos tener reales parentescos de alma. Solamente un día, cuando nos sentábamos en la mesa de un restaurante para almorzar, Yegor, que miraba hacia la entrada del salón, se inclinó para saludar. Al volver los ojos vi a un ruso de Bruselas cuyo nombre no recordaba. Caminó hacia nosotros, sonriente; estrechó la mano de Yegor; después la de Daria Vladimirovna y pidió que me lo presentaran, agregando inmediatamente

que me conocía muy bien. Afirmó después que desde hacía tres días había tratado de saludarnos siempre, sin que nosotros nos dignásemos observar su presencia. Sonriendo aún, desapareció como había aparecido. Le pregunté a Yegor si esa persona no era aquel Gavrichtchef, novelista del antiguo régimen que acababa de adherirse ruidosamente al régimen de los Soviets. "Sí — me contestó—; él mismo". Nos trajeron las entradas y hablamos de otra cosa.

No dijimos tampoco, en esos días, nada que se me hubiera grabado en el recuerdo.

La víspera de mi partida fué cuando se produjo aquella escena extraña, durante la cual me tocó ver que la razón de Daria Vladimirovna se hundía para siempre.

* * *

Aquella noche, al salir del Weisspielhaus, quisimos detenernos por allí. Sentíamos, seguramente, que la separación del siguiente día sería definitiva y, sin decírnoslo, tratábamos de prolongar esa amistad que no satisfacía a ninguno de los tres, pero que tenía para cada uno de nosotros un precio verdadero.

Daria Vladimirovna me había parecido, en verdad, durante todo el concierto, un poco extraña. Inmóvil y postrada siempre, oía visiblemente mejor que las otras noches, pero la vi volverse febrilmente varias veces hacia Yegor; le tomaba el brazo como para implorar una gracia desconocida y cuando

yo le preguntaba amablemente si experimentaba algún malestar, me respondía con bastante dureza: "No".

Después de haber vagado largo tiempo por las riberas, después de haber respirado la frescura de la noche y del agua, nos aproximábamos al hotel. Daria Vladimirovna caminaba entre Yegor y yo. De pronto la oí decir con una voz destemplada:

—¿Sabe usted? Mi nombre es Krizanof. Me llamo Daria Vladimirovna Krizanof. ¿Han notado que hay un Krizanof en el "Proceso de los Ingenieros"? Es mi hermano. Era mi hermano.

Se detuvo. La luz de un reverbero daba plenamente sobre su rostro que se había hecho súbitamente liso, despojado, parecido a la cara de un ser en estado de inspiración, de deleite. Yegor la contemplaba espantado. ¿Qué significaba eso?

—¿Estás enferma, Daretchka? — le dijo—. Apresurémonos para llegar.

La tomó por el brazo, pero ella se desprendió violentamente.

—Déjame, déjame — dijo—. Lo han matado. Han hecho bien. Era "gusano repugnante". Así se dice, ¿no es cierto, Goria? "Gusano repugnante".

Yegor me dirigió una mirada interrogadora y dura. ¿Sospechaba algún secreto, algún misterio?

—¿Qué ha hecho usted? — me preguntó con una voz baja y violenta—. ¿Qué ha dicho usted para turbar así a esta comunista, a esta criatura? ¿Cómo es que he podido acogerle como a uno de los nuestros, a usted, tránsfuga y renegado?

Daria Vladimirovna me miraba fijamente; yo leía en sus ojos una especie de horror. Aquella alma se abatía bajo su carga.

—No sé — dije a Yegor — de qué me acusa usted. Pero puesto que ya estamos en el tema, le diré, diré a Daria Vladimirovna que yo he considerado siempre y que considero aún, inocente a Nicolás Krizanof.

¿Qué perversidad me inducía a hablar así? ¿De dónde me venía esa seguridad, esa certidumbre? En el curso de ese proceso había dudado, sí, había dudado sin cesar, pero nada más. Daria Vladimirovna se volvió hacia Yegor.

—¿Qué dice? — preguntaba—. ¿Qué dice?

¿Y si hubiera sido aquello? Me pareció que esa luz que me invadía podía salvar a esa alma dominada, liberarla por lo menos de sus fardos.

—Usted me dió, Yegor, la llave de esos heroísmos inhumanos; usted me la dió un día a mí, el tránsfuga. ¿Se acuerda usted de Korochenko? Nicolás Krizanof...

No pude proseguir.

—Le prohibo — gritó Yegor — poner, delante de mí, en duda a la justicia de los Tribunales Soviéticos. Ellos han condenado a muerte a Nicolás Vladimirovitch Krizanof. El es culpable y yo execro su nombre.

Pero en ese momento Daria Vladimirovna se escapó de nosotros y se puso a correr a lo largo de la ribera.

Cuando la alcanzamos, se debatía furiosamente.

Su rostro parecía arder y sus ojos brillaban con una luz insostenible.

Ayudé a Yegor a llevarla hasta su habitación. En ese instante estaba débil, blanda, y se dejaba llevar como una niña. Sin embargo, sus ojos guardaban el mismo brillo fijo y sus dientes castañeteaban.

Esta fué la última imagen que tengo de ella. El médico prescribió muchos días de reposo en la sombra, y hielo constante en la cabeza.

Varias veces fuí a golpear a la puerta de mis amigos durante la noche. Yegor se había quitado la americana y los lentes. Le veía un poco encorvado y sus ojos parpadeaban. Decía con una voz hueca: "Parece dormir. Creo que duerme".

Me sentía horriblemente cansado e inquieto. Yo tenía que partir al siguiente día por la mañana. ¿A qué acostarme? A las cinco me hice preparar el baño.

Cuando volví a mi habitación encontré a Yegor sentado cerca de la ventana que daba sobre el río. Se había puesto una manta sobre los hombros y estaba ya con sus lentes.

—Duerme.

Su voz estaba apacible, suave.

Quiso hablarme. Tomé un asiento y me senté junto a él.

—Creo — comenzó diciendo — que usted no ha dicho a Daria nada que no hubiera debido debido decirle. Lo que pasa es que tiene sus nervios enfermos desde hace tiempo. No hacía falta la ejecución de su hermano para agravarlos así. Vamos

a tratar de curarla. Quizá se equivoca usted y en realidad no soy completamente inhumano.

Traté de tranquilizarle amablemente.

—Déjeme. Yo voy a pedirle una gracia. Se me acusa de ser un taciturno. Tres veces en mi vida he debido callarme, pero he hablado. Mis dos primeros quebrantamientos no le interesan. El tercero pasó en casa de Robert Clerc, cuando le dije el desenlace de Korochenko. Yo creía proceder bien. Esperaba conmoverle así, retenerle en un partido que suscitaba tales sacrificios. Me equivoqué. Le ruego ahora sólo una cosa: Olvídese de eso.

—¿Cómo podré olvidarlo — dije — cuando veo todo el chantaje: "El Partido o tú", proveyendo a nuestros tiempos de nuevas hecatombes; cuando usted mismo, Yegor...?

Se levantó. Su rostro era la misma expresión del desprecio.

—Usted no es más que un burgués romántico— dijo secamente—. No puedo forzarle a olvidarlo. Sea; pero por lo menos, guarde silencio.

Me tendió una mano blanda y salió sin cerrar la puerta. Escuché que su paso se alejaba por los corredores.

Así fué mi última entrevista con Yegor Vigniazine.

* * *

Queriendo informarme respecto a Daria Vladimirovna telefoneé a la Embajada algunos días más tarde.

Yegor me contestó cortésmente que a su regreso a Francia había tenido que internarla en una casa de salud "para nerviosos"; que iba a verla casi todos los días y que estaba seguro de su próximo restablecimiento.

Al pasar por París, un mes más tarde, fuí a llamar a su puerta. La portera me dió a saber que el señor Vigniazine había regresado a su país.

No me atrevía a preguntar si la señora Vigniazine le acompañaba.

—La señora — prosiguió la portera — se encontraba sumamente mal...

—¿Cree usted que volverán?

—¡Oh, no! Han llevado todos sus muebles.

Y agregó:

—Salvo el piano. Está vendido. Alguien debe venir a llevarlo.

* * *

Así se acaba la historia de una amistad extraña. Pero puedo escribir al menos esta palabra: amistad.

Ahora que Yegor y Daria se han marchado; ahora que su destino les aleja cada vez más de este círculo en el que da vuelta mi vida; ahora que ya no les veré sin duda nunca, nunca, pienso a menudo en este sentimiento.

¿Qué otro nombre se podría dar, sin embargo, a esa especie de fatalidad que en repetidas ocasiones y como a la fuerza ha aproximado a dos seres

a quienes todo debía hacerles enemigos: su naturaleza, su carácter, su concepción del bien y del mal; a unos hombres que habiendo comenzado por afrontarse y censurarse duramente, llegaron a separarse con palabras despreciativas — lo juzgo por mí mismo, ¡ah!, pero Yegor debe sentir también así — ¿y conservan el uno para el otro un recuerdo sin desfallecimiento?

Más tarde trataré de situar bien las cosas para comprender mejor la historia de aquellos dos seres a quienes nada podía separar y que permanecieron solos hasta el fin, como en el tiempo aquel en que la niña de trece años lavaba por las mañanas al hijo de la sirvienta. Los destinos se invierten. Otro día es la niña la que se vuelve una criatura. Dos compañeros cambian de obediencia. Y pienso en la perra débil y maternal que hubiera dado de mamar a un tierno lobo abandonado.

En este momento me es necesario esperar aún, para saber. ¿Cómo explicar esta locura cuya aproximación presentía, temía largo tiempo y que se mostró súbitamente en su rostro aquella noche de agosto último, al borde del Salzach? Extraña fué esa victoria del delirio. Y me pregunto con espanto si debo acusarme un poco de ello, si mis palabras no ayudaron en algo. ¡Ah! Cuando Daria Vladimirovna abrumaba de ultrajes a su hermano bien amado, ¿no expresaba ella una desautorización sincera y no he sido yo el que trastornó esa alma ya condenada levantando ante ella la imagen de Korochenko? Al pensar frecuentemente en ese sacrificio inhumano que su hermano debió hacer a su fe, al darse cuenta súbitamente de ese heroísmo mortal que perseguía así su pobre vida y que quizá no había acabado de abatirse sobre ella, entonces solamente debe haber huído de estas regiones terrestres Daria Vladimirovna.

* * *

Vuelvo a tomar estas hojas que creía haber archivado para siempre.

¿Qué nuevo peligro se encuentra suspendido sobre Yegor? No me atrevo aún a imaginarlo. Desde hace cuatro meses Vigniazine está detenido. Cuando le creía en las oficinas del Kremlin, él se estaba pudriendo en la prisión de Lubianka. Ahora, 18 de agosto de 1936, leo su nombre — ¡su nombre! — entre los 17 nombres de los que van a comparecer ante el Tribunal Militar de la Corte Suprema de la U. R. S. S., bajo la acusación de complot terrorista contra los jefes de la República.

* * *

¿Qué significa este nuevo proceso?

¿Se quiere hacer creer al mundo que todos esos jefes bolcheviques, escapados de las prisiones del Zar y de sus patíbulos; que esos jefes que alrededor de Lenin hacían frente a la guerra civil, a la guerra extranjera, y que construyeron la U. R. S. S., se han reunido para traicionarla? ¿Se quiere hacer creer al mundo que esos militantes que, por su Par-

tido, sufrieron prisiones, deportaciones, hambre y calumnia, se han reunido para venderlo y destruírlo? ¿Se quiere hacer creer al mundo que esos estrategas y esos tácticos de la Revolución han resuelto hacer asesinar a Stalin en el preciso momento en que su poder se hacía tan fuerte y su estrella tan próxima? ¿Que sea necesario para reducirlos, detener en todas las repúblicas a sus compañeros de lucha por millares y decenas de millares?

No. No. Yo he conocido a esos Zinoviev, a esos Smirnov. Esos hombres querían salvar la Rusia y la Revolución por medio de la reforma del Partido. He conocido a ese Yegor Vigniazine. El puede haber soñado con la subversión del bolcheviquismo; en las asambleas de los comunistas, en los Congresos, en pleno día de la comunidad puede muy bien haber protestado contra el nuevo curso que encamina a la Revolución hacia el maquinismo; puede haber llamado a una sublevación de las conciencias partidarias, a un nuevo Octubre interior. Pero aquello de que se le acusa, no lo ha hecho. Lo juro.

* * *

El proceso de Moscú llena las planas de los periódicos.

¿Cómo es que la opinión del mundo no se levanta? ¿Qué se ha hecho esa conciencia obrera que deja a los funcionarios deshonrar a los sobrevivientes de su primera revolución? ¿Y esa "pasión jurídica" de la burguesía liberal que agitaba la Francia y la Europa entera por el honor de un judío degradado? Y la "religión del buen gusto", esa facultad del alma a la que no se podría dejar de ofender sin poner en causa la dignidad de todos los hombres? ¿Se va a dejar que se asesine a esos voluntarios de la nada?

En medio de esos periódicos que he leído, arrugado y he vuelto a tomar, me parecía encontrar un efluvio malsano, una locura baja que me rodeaba y me envilecía.

Aquellos hombres, unos después de otros, renuncian a defenderse contra las acusaciones más ultrajantes: las de la traición y del asesinato. Uno después de otro: aquél que fué el Jefe del Primer Soviet de la Primera Revolución, aquél que fué el Organizador de la Victoria de Asia: todos ellos, todos reconocen sus crímenes.

"—Acusado, esta deposición trae la prueba de que usted ha cometido un gran crimen. ¿Se confiesa culpable?

"—Sí.

"—¿Confirma, en consecuencia, que existía en usted un plan tan monstruoso?

"—Sí.

"—Entonces, ¿ustedes todos han asesinado a Stabrov?

"—Sí.

"—¿Entonces todos ustedes han organizado el asesinato?

"—Sí.

"—¿Y querían asesinar a Stalin, salvador y padre de la Revolución?

*

"—Sí.

"—¿Cómo se puede juzgar los artículos y las declaraciones que escribieron en 1933, declaraciones en las cuales expresaban ustedes su devoción al Partido? ¿Una mentira?

"—Peor.

"—¿Una perfidia?

"—Peor.

"—Peor que la mentira. Peor que la perfidia. Diga usted mismo el nombre: ¿una traición?

"—Usted lo ha dicho.

"—Traición, perfidia, duplicidad.

"—Sí".

* * *

¿De qué se acusa a Yegor? ¿También va a confesar — ¡él! — va a confesar que es un vendido, un traidor, un asesino y un sacrílego? ¿Que él también ha querido entregar al Partido a la policía alemana? ¿El también va a deshonrarse?

* * *

De la "Pravda" del 21 de agosto.

"El Tribunal Militar pasa después al interrogatorio del acusado Vigniazine.

"El Presidente del Tribunal pregunta al acusado Vigniazine si confirma las declaraciones que ha hecho en el transcurso de la instrucción. Vigniazine afirma haber dicho siempre la verdad. El Procurador General le hace en seguida algunas preguntas complementarias.

"El Procurador General: ¿Ha sido usted miembro del "Centro Trotskista"?

"Vigniazine: Sí. He sido.

"El Procurador General: ¿Sabía usted que el "Centro" preparaba la contrarrevolución, el derrocamiento del poder soviético, el asesinato de los dirigentes del Partido Comunista y del Estado?

"Vigniazine: Sí. Lo sabía.

"El Procurador General: ¿Aprobaba personalmente la preparación de estos crímenes?

"Vigniazine: Los aprobaba.

"El Procurador General: ¿Estimaba personalmente que el "Centro" debía encaminarse por la vía de los asesinatos?

"Vigniazine: Sí.

"Procurador General: Acusado Vigniazine, diga al Tribunal la misión que el "Centro" le encargó cumplir a usted personalmente.

"Vigniazine: Esta misión consistía en presentarme en Oslo para recibir allí las instrucciones de Trotsky.

"Procurador General: ¿Realizó usted esa misión?

"Vigniazine: Sí.

"Procurador General: ¿Conferenció usted con Trotsky?

"Vigniazine: Sí.

"Procurador General: ¿Qué hablaron durante esa entrevista?

"Vigniazine: Trotsky me interrogó primero sobre

mi trabajo en el pasado. Me preguntó por qué había yo en 1925 adoptado la "plataforma" del trotskismo y por qué en 1927 la había abandonado. Le contesté que yo no había abandonado nunca los principios del trotskismo. Que mi actitud había podido engañar, pero que mi adhesión al Partido no había sido más que de apariencia. Mis explicaciones satisfacen a Trotsky. Entonces abordé los asuntos soviéticos. Trotski decía: "Stalin, he allí la cuestión capital. Stalin debe desaparecer de la escena soviética. Stalin debe ser físicamente suprimido". Agregó que era necesario diferir toda otra empresa y sacrificar enteramente todo, por el instante, al cumplimiento de esta tarea histórica.

"Procurador General: ¿Trotsky llegó a convencerle?

"Vigniazine: Sí.

"Procurador General: ¿Se lo manifestó usted así?

"Vigniazine: Sí.

"Procurador General: ¿Su entrevista terminó así?

"Vigniazine: Pregunté a Trotski si yo debía volver a mi puesto diplomático o si debía solicitar mi regreso a Moscú a fin de participar personalmente en la preparación de los atentados. Me dió la orden de que permaneciera donde me encontraba. Insistió en que transmitiera esas instrucciones al "Centro" inmediatamente por intermedio de un hombre absolutamente seguro. Me sugirió el nombre de Fritz Werner.

"Procurador General: ¿Ejecutó usted esas instrucciones?

"Vigniazine: Sí.

"Procurador General: Dé al Tribunal Militar los datos referentes a las fechas y circunstancias de ese viaje a Noruega.

"Vigniazine: Los hechos tuvieron lugar los días 11 y 12 de agosto de 1935. El día 11 a las ocho tomé en Berlín un avión de la "Lufthansa" que hacía el viaje a Oslo; me entrevisté con Trotsky por la noche. Volví a Berlín el 12 por la tarde".

* * *

22 de agosto, una de la tarde.

¡No! ¡No! ¡No! No puede ser.

¿Esta farsa trágica seguirá, pues, indefinidamente hasta el día en que Rusia no llegue a tener ya ni una gota de sangre pura ni un soplo de alma heroica? ¿Todos los hombres de Octubre, los del comando y los de las filas, van a dejarse asesinar, unos después de otros? ¿Todos van a tender la garganta, suplicar el golpe de gracia? ¿A qué Dios enfermo y demente se hace, pues, ese sacrificio?

El 11 de agosto de 1935, a las ocho de la mañana, en el momento en que según su declaración volaba de Berlín a Oslo, en Noruega, Yegor Vigniazine almorzaba en el restaurante del Hotel Bristol, en Salzburgo; estaba ante mí; le veo aún ahora cerca de Daria Vladimirovna. Si me inclino un poco, si ex-

tiendo la mano para tomar el salero, mis dedos van a tocar los suyos. ¿Nos separamos acaso ese día? No. A las once de la mañana habíamos oído en la Catedral ese misterioso Miserere de Allegri que un día Mozart, niño aún, anotó de memoria en Roma; y cuando salíamos de la iglesia mezclados, en la sombra del crucero, a la muchedumbre murmurante, vi que mi compañero levantaba, con su gesto familiar, sus gruesos lentes para limpiar una lágrima. Caminamos esa tarde por el camino que lleva a Furstenbrunn; hacía un calor húmedo. Daria Vladimirovna estaba cansada; los tres nos extendimos largo tiempo en la sombra de una cantera de mármol abandonada, toda blanca, y desde allí oímos el murmullo refrescante del Glan.

La noche de esa jornada, Toscanini dirigía la Sinfonía en sol menor. Las calles de Salzburgo se habían vaciado en la Weisspielhaus. En el momento en que, según la declaración de Yegor, Trotsky le recibió en Oslo y le ordenaba desencadenar el terror contra los amos de Moscú, Yegor estaba cerca de mí. En la penumbra, al otro lado de Daria Vladimirovna, veía su faz de iluminado, enteramente pálida, en la que la exaltación ponía un toque rosa; su ojo, de perfil, parecía, detrás de los cristales, casi cerrado de felicidad.

El 12 por la mañana el cielo se presentaba increíblemente claro. Daria Vladimirovna parecía entregada a su más negro demonio. Para arrancarla de ese silencio Yegor le dijo que debíamos subir a lo alto del Monchsberg para ver desde allí el valle

del Salzach. Subimos a pie por Monica-Pforte. Daria Vladimirovna se puso alegre y volvimos ya tarde para almorzar. En el momento en que Yegor, según su declaración tomaba en Oslo el avión de Tempelhof, se sentaba a la mesa en Salzburgo ante mí. Fué entonces cuando aquel ruso de Bruselas, Gavrichtchef...

* * *

22 de agosto a las cinco de la tarde.

Yo no estaba solo. Otra persona sabe como yo.

—¿Este Gavrichtchef — pregunté a Yegor — no es ese novelista del antiguo régimen que acaba de adherirse ruidosamente al régimen de los Soviets?

—Sí — respondió Yegor—. El mismo.

Ese Gavrichtchef, como yo, lo sabe; como yo, podría desmentir, descubrir a Yegor su mentira. Alguien me ayudará a romper este círculo de magia maligna, esta demencia del deshonor y del suicidio.

Eran las dos de la tarde. Consulté la guía de teléfonos; Gavrichtchef no figura en ella.

Telefonée a Robert Clerc. Me dió su dirección. Allí fuí inmediatamente. Había salido y no volvería sino por la noche; quizá muy tarde.

¡Cuántas horas perdidas! ¿Pero podía, yo solo, actuar eficazmente?

"Los días 11 y 12 de agosto vi a Yegor Vigniazine en Salzburgo. Afirmo que son falsas sus declaraciones".

¿Qué peso podría tener ese telegrama firmado por un nombre sospechoso, el de un antiguo miem-

bro de la Internacional, ahora "renegado y traidor"? ¿Ese telegrama no iría más bien a exasperar el odio de aquellos que tenían en sus manos la suerte de Yegor y de los suyos? Alertar los periódicos en París, en Berlín, en Londres; reunir las conciencias; suscitar un movimiento de protestas: ¿cuánto tiempo haría falta para realizar hasta el final esta campaña? Pero dentro de dos días quizá la comedia estría terminada y diecisiete hombres más habrían recibido su bala en el cuello y Yegor estaría tendido para siempre...

Tarde infernal. No puedo ni actuar ni permanecer inmóvil. El sentimiento de mi impotencia me tortura. He tratado de fatigarme para calmar esta fiebre; a veces, uno pone así sus nervios en su sitio. Pero no, después de una hora de caminar heme aquí, en mi casa, más exaltado aún, menos sereno. Si el escribir por lo menos me ayudara a poner orden dentro de mí mismo...

La contemplación de los periódicos abandonados por la mañana sobre mi mesa me lanza otra vez hacia el espanto. Cuando los haya encerrado en un cajón, ¿me veré libre de este sortilegio?

Pero no puedo; no, ni por un segundo, desprender mi pensamiento de Yegor. El reloj sigue su tictac. Durante este tiempo, en Moscú, la máquina funciona implacablemente. Allá son las cinco; serán las seis, serán las siete. Evoco ese antiguo palacio de la nobleza, esa sala de columnas donde se juzga a los Diecisiete. Allí estuve una noche; hace de esto doce años. Era el aniversario de la

Comuna de París: se celebraban otros muertos. A lo largo de las columnas descendían largas telas rojas; ondulaban suavemente al soplo que salía de esos pechos. Del estrado donde yo me encontraba veía dos mil faces tensas, ávidas, comulgantes. Súbitamente comenzó una orquesta invisible a tocar a la sordina el "Canto Fúnebre para los Muertos de la Revolución". La muchedumbre se levantó toda entera en un solo movimiento. Recto ante mí, de pie, los brazos cruzados sobre su capote oscuro que se arrastraba por las baldosas, un cosaco parecía allí una imagen de cera. Allí donde se conmemoraba Octubre, aquellos de Octubre acaban de someterse y morir ahora.

Sobre el estrado, exactamente en el sitio donde yo temblaba, donde yo saludaba a aquellos obreros en nombre de los obreros de mi país, se sientan ahora los jueces. Hacia la derecha, detrás de una baranda: los Diecisiete. Yegor. ¿Por dónde vaga Daria Vladimirovna? ¿En qué prisión perdida, en qué estepa? Yegor está allí. Su sitio se encuentra limitado ya sobre la tierra. Sviajsk, Tabov, Europa. Sabe perfectamente cuántos pasos habrá de dar para llegar al vehículo; cuántos pasos habrá que dar del vehículo a la puerta de la Lubianka. Sabe exactamente cuál es la suerte que le espera allí, y así la solicita. Sabe exactamente el sitio de su cuello donde el oficial colocará la pistola.

Y en ese lugar, mientras se desarrollan las ceremonias, los ritos, los actos; mientras que uno de los acusados, siguiendo al anterior, confiesa crímenes

que no ha cometido, ¿es posible que crea, que siga creyendo servir así a la Revolución? ¿No experimenta, al fin y al cabo, una duda respecto a ese Partido, al suyo, su iglesia degenerada? ¿O es que quiere seguir obedeciendo a la orden que se dió, hace veinte años, a sí mismo, y no pudiendo ya vivir sin fe, se deshonra y muere por desesperación?

Yegor, es posible que en este momento vea usted a Korochenko. No para lamentar ese asesinato que fué su más alto heroísmo, es decir, el delito que más le costó; no para tener ninguna piedad de ese soldado caído tranquilamente en la gloria de su fe, sino para medir el camino que va de él hasta usted. ¿Piensa usted en Krizanof? ¿Sabía usted ya por ese entonces, cuando lo maldecía ante Daria presa del espanto, que nada podría impedirle que se inmolara, que ninguna otra cosa podía hacer más que inmolarse? ¿Piensa usted en Daria Vladimirovna, ya casi evadida del mundo? Usted, Yegor, usted puede dejarse matar. Yo no lo puedo.

¿Pero qué debo hacer? ¡Ah! ¿Aquél comprenderá? ¿No llegaremos acaso demasiado tarde?

* * *

22 de agosto, 11 de la noche.

¡Ah! Yo no había imaginado que podía encontrarse una cobardía tan grande en los hombres.

A las siete volví a casa de Gavrichtchef. No había vuelto aún.

Volví a las ocho. Tampoco había llegado.

Ya no quise alejarme de allí. Desde un café cercano me puse a vigilar la calle. A las ocho y media se paró un automóvil ante su puerta. Gavrichtchef descendió de él con dos personajes a quienes creí reconocer, pero no pude recordar sus nombres. Inmediatamente llamé a su casa. El, se encontraba en su gabinete de trabajo con sus amigos. Cuando me anunciaron, avanzó hasta el dintel, me abrazó como si fuera un hermano muy querido que vuelve de un largo viaje.

Conservando su brazo alrededor de mis hombros me condujo hasta sus compañeros.

Ustedes se conocen ya, ¿no es cierto?

Pero tuvo cuidado de pronunciar el nombre de cada uno.

Esos ritos me impacientaban. Casi no podía dominarme, y sin duda aparecía en mi rostro esa exaltación.

—¿Le sucede alguna desgracia? — me preguntó gentilmente Gavrichtchef.

—¿Ha leído —le contesté— los resúmenes de la última audiencia?

—Pero siéntese, pues —dijo Gavrichtchef.

Su mirada me interrogaba. ¿La última audiencia?

—Pienso que usted sigue el proceso de Moscú.

—Sin duda.

—Ha visto el interrogatorio de Yegor Vigniazine?

—Lo he leído, en efecto.

Se volvió hacia sus amigos.

—Ese Yegor Vigniazine —dijo—, ¿no les era conocido a ustedes también?

Los dos personajes hicieron un ligero signo afirmativo.

—Es el que recibió en Oslo —prosiguió Gavrichtchef— las órdenes de Trotsky, en el último verano.

—Gavrichtchef...

Yo sentía que mi voz se alteraba. Habría querido hablar suavemente, tranquilamente. No podía hacerlo.

—¿Usted ha notado la fecha que da Yegor Vigniazine, refiriéndose a su viaje a Oslo?

—Esa fecha no me ha asombrado. Pero creo que todo eso le apasiona exageradamente. ¿No piensa usted que ese proceso se desenvuelve en un dominio que se le escapa?

Hombre de mundo, corrigió en seguida:

—Que se nos escapa.

Hizo una pausa.

—Que debe escapársenos.

Sonrió.

—Y no piensa usted...

—Yegor Vigniazine —grité— no puede haberse encontrado en Oslo los días 11 y 12 de agosto último, puesto que en los días 11 y 12 de agosto último se encontraba como usted y como yo en Salzburgo.

¿Qué significaba ese silencio? Gavrichtchef encendía tranquilamente un cigarrillo. ¿Trataba de recordar? ¿Era posible que se hubiera olvidado?

—Recuerdo perfectamente —dijo al fin— haberle

apercibido varias veces durante el festival. Pero lo que es a Yegor Vigniazine, no.

Entonces me sentí palidecer. En un instante me fué imposible articular una palabra. Contemplaba a este hombre cuya faz se ponía inmóvil, indiferente. Le volvía a ver inclinado amigablemente hacia Vigniazine; volvía a oír su voz amanerada: "Hace tres días, Vigniazine, que he tratado de saludarle cien veces, vanamente. Vanamente". Observaba a sus compañeros tan fríos como él.

—Pero si esto es un crimen —gritaba yo a menudo—. Usted se hace cómplice de un crimen.

Gavrichtchef se levantó.

—Cálmese, queridísimo —dijo—. Ignoro lo que usted espera de mí. ¿Qué tengo que hacer yo con ese Vigniazine? Usted asegura que él se encontraba en Salzburgo; quiero creerle con mucho gusto. Pero las mismas declaraciones de él hacen creer que está usted poseído de una ilusión.

——Esto es abominable —dije.

Colocó suavemente la mano sobre mi brazo.

—En todo caso, tiene usted que admitir esto: que aunque Vigniazine haya estado o no en Oslo el 11 de agosto, no será sin alguna razón que así lo afirma ante sus jueces. Usted está autorizado...

Uno de los compañeros de Gavrichtchef le interrumpió:

—¿Pretende usted —exclamó dirigiéndose a mí—, a la manera de esos periodistas de Rocambole, que Moscú quema los pies, despedaza los

huesos e hipnotiza para obtener las respuestas que quiere?

Desdeñé esa provocación grosera. Podía ser que algunos hubiesen cedido a una promesa, a una amenaza. Pero yo sabía que Vigniazine era incapaz de doblegarse ni siquiera bajo la tortura. No; lo que yo creía, no temía nada que hacer con eso. ¿Cómo les habría dicho, sin embargo, a esos antiguos guardia-blanquistas, a esos neófitos de la última hora, a esos Brummel de la Revolución? Esa religión del Partido, esa voluntad única y fanática de elevarlo, de mantenerlo por encima de todo, por encima de sí mismo; esa creencia en un orden de valores en el que la muerte y el deshonor no representan nada ante su prestigio inviolable. ¿Cómo podía ni siquiera hacerles presentir aquello? ¿Y podía yo acaso levantar la santa figura de Korochenko ante sus ojos? Y, hasta si hubiera cometido ese sacrilegio, ¿no sabía de antemano lo que me iban a decir: o sea, que una abnegación tan sagrada no suscitaba más que un deber: el del silencio? Para que comprendieran mi voluntad salvaje de salvar la vida de Vigniazine y su nombre, ¿debía yo exhibir ante ellos hasta las raíces de mi ser, hasta los últimos gérmenes de mi rebelión y de mis cóleras? ¿Pero qué importaba que me comprendiesen si persistirían en callarse?

—Gavrichtchef —le dije yo amablemente—, el 11 de agosto del año último, a la una de la tarde, en Salzburgo, en el restaurante del Hotel Bristol, Yegor Vigniazine, Daria Vladimirovna y yo acabábamos de sentarnos ante una mesilla que quedaba frente a la puerta. Comenzaban a servirnos. Usted entró entonces y vino directamente hacia Yegor. Saludó usted a Daria Vladimirovna. Después pidió que yo le fuera presentado. Aseguró usted, inmediatamente después, que me conocía desde tiempo atrás. Y dijo esto: "Hace tres días, Vigniazine, que he tratado de saludarle cien veces vanamente". ¿No se acuerda usted aún?

—Usted ha soñado todo eso —contestó tranquilamente Gavrichtchef.

Oí resonar esa palabra y comprendí ciertos asesinatos.

—Está bien, Gavrichtchef —dije yo solamente—. No hay nada más fiel al poder, que un advenedizo. No tendré necesidad de usted. Y la verdad se sabrá. Ya no se tendrán otra vez diecisiete nuevos cadáveres de engañados.

Entonces aquel de los tres hombres que no había hablado nada, se levantó.

—Reflexione, camarada —dijo.

Ese tono, ese acento, ese estilo no podían engañarme. Aquél era un bolchevique, un verdadero bolchevique.

—Usted ha servido a la Revolución. Después la abandonó. Pero cuando uno ha atravesado aquello creo que no es posible olvidar completamente. Usted conserva algunos recuerdos y lo que yo le voy a decir, lo sabe ya. Es esto: aún en el caso de que Vigniazine mienta, eso no le interesa a usted; eso interesa al Partido y a él; a ellos solos.

Deshonor, exclama usted, y esa palabra le indigna. No cree que ese sentimiento es un poco, cómo le diré yo: libertario? Se puede dar al Partido, camarada, algo más que la propia vida.

La misma frase, la misma que Yegor había dicho a Korochenko. La cadena continuaba así.

Yo contemplaba espantado a ese último verdugo.

—¿Qué hará usted en verdad? —me preguntó.

Creí despertar de un sueño. Todo estaba arreglado desde hacía rato en mí. Me puse sereno, frío.

—Diré la verdad —le contesté.

El ruso sonrió. Una sonrisa escéptica, despreciativa.

—No puedo impedírselo.

Saludé y partí.

"Mañana actuaré; iré a la Legación Soviética, agitaré a la prensa, enviaré telegramas."

* * *

23 de agosto, nueve de la mañana.

¿Qué haré? ¿No debía haber ya tocado esta mañana a diez puertas? Pero resulta que me encuentro ante estas hojas interrogándome aún: ¿No es que la noche me ha traído un "consejo"; que alguien ha decidido por mí, en mí mismo; que sin saberlo, debo renunciar?

¡Qué sueño opaco! No recuerdo haber pensado ni soñado. De dónde viene el que yo experimente ahora este sentimiento de lo invencible, de la impotencia? ¿De dónde viene también que me sienta más seguro de mi verdadero deber?

Yo, ¡miserable!, contra esa máquina gigantesca que funciona allá, del otro lado de Europa. ¿Qué pueden hacer mis gestos y mis gritos? Por unos momentos me parece que veo todo aquello desde la altura; que abrazo a ese Imperio desmesurado y a todas sus distancias, a esos kilómetros de rieles y de líneas telegráficas a través de todo un Continente, a ese cuarto minúsculo donde un hombre, uno de los dos mil millones de hombres que pueblan la tierra, se agita y se enloquece. ¡Qué irrisión! ¿Cómo es posible creer que esté en manos de esta partícula de polvo el cambiar nada absolutamente en el movimiento que prosigue sin cesar?

¿Van siquiera a recibir en la Legación a ese tránsfuga, a ese enemigo que soy yo? ¿Qué me dirán esos directores de periódicos para quienes, después de todo, no se trata más que de una información sin gran importancia? Y si me resuelvo a enviar ese mensaje que desde ayer medito, ¿qué suerte espera allá a esa hoja de papel?

Pero lo peor es que al interrogarme, sé cada vez menos lo que debo, lo que puedo hacer. ¿Y si me equivocara? Si la Internacional Comunista permanece siendo la única potencia de liberación, la única esperanza de salud? ¿Si el Tribunal Revolucionario encarnara verdaderamente el juicio de los hombres futuros? ¿Si Yegor Vigniazine, si sus compañeros, si yo mismo, por grande que haya sido nuestra devoción en servirla, en realidad no hemos

hecho más que impedir el advenimiento de nuestro ideal terreno? Por eso, ellos, menos orgullosos que yo, ¿lo habrían reconocido y querían su castigo?

El hecho de que Yegor hubiera ido o no a Oslo, ¿era la piedra de toque de la verdad? ¿No había en ello un simbolismo en el cual se encontraban de acuerdo jueces y acusados, miembros de la misma comunidad viviente y que la confesión del hecho a los ojos de los profanos significara solamente la confesión de una traición por el espíritu? Culpable o no, en este miserable presente o en la eternidad, si Yegor reclamaba la muerte y el deshonor, si se inmolaba al Partido, el suyo, no el mío, tenía yo el derecho de atravesarme en el camino de esa demencia y de ese suicidio? ¿Y si buscaba una satisfacción de mí mismo en su última hora; su más preciosa satisfacción, la que valía más que la gloria, la concordancia de su muerte con su fe, podía yo, sí, podía yo turbarle su determinación?

"Si Vigniazine muere, decía ayer ese ruso, eso no le interesa a usted. Eso le interesa al Partido y a él. A ellos solos".

Si no estoy a la altura de tales heroísmos, ¿me autoriza ello para espoliarlos?

¿Qué haré?

* * *

¿Entonces? Toda la jornada me he agitado en una especie de frenesí, parecido al de un autómata

mal montado cuyo resorte se vence, hasta que al fin se distiende agotado.

¿A qué obedecía ya, puesto que no creía en nada? ¿Es que al encontrarme incapaz de comprender ese drama al cual me mezclaba un horrible azar, al encontrarme impotente de dominarlo trataba solamente de tranquilizar mi pequeña conciencia?

A las diez tocaba en una puerta de la calle Royale. El embajador me recibió inmediatamente. Otras veces le había visto en el teatro, pero no me había aproximado nunca a él. Es una especie de atleta que va ya envejeciendo; es hermoso, una cara desnuda de cera dura, unos ojos muy negros enteramente límpidos y abiertos, una mano sólida y tranquila. Me hizo sentar en un enorme asiento de cuero cerca de un velador de fumar. Empujó un asiento cerca de mí y me ofreció un cigarrillo.

—Creo que somos viejos conocidos —me dijo.

Le reconocí bruscamente: recordé Berlín, la casa del doctor Feuerlich en tiempos de Corvelise. Mas, en aquella época, llevaba toda su barba y se hacía llamar Meyer.

—He aquí lo que me trae hacia usted —le dije.

—Podría dejarle hablar —me contestó sonriendo—. Pero quiero evitarle esa molestia. ¿Un Embajador no debe saberlo todo? Ya sé...

Pensé en Gavrichtchef, en el ruso misterioso cuyas afirmaciones me habían turbado.

—¿Usted pretende haber encontrado a Vignia-

zine en Salzburgo los días 11 y 12 de agosto último?

—Exactamente.

—El ha establecido lo contrario con sus propias declaraciones. ¿Qué espera usted? ¿Qué quiere? ¿Pretende usted que debemos creerle antes que a él, sobre este particular?

—Gavrichtchef también lo ha visto; le ha hablado.

—Gavrichtchef afirma que usted sueña.

—Es muy fácil verificar si el 11 de agosto Vigniazine tomó en Tempelhof, el avión de Oslo.

El Embajador se puso paternal.

—Veamos —me dijo—. ¿Desea usted hasta tal punto perder su tiempo?

—Deseo que se haga la luz sobre este asunto. Deseo que el Tribunal Revolucionario me escuche.

El Embajador se levantó, se inclinó, me tendió la mano.

—Sea —me dijo—. Lo que acaba de exponerme debe ser escrito por usted mismo. Yo transmitiré telegráficamente el contenido de su carta. No espere demasiado, déjeme que se lo advierta; no espere que el Tribunal Revolucionario acceda a su solicitud. Comprenda usted bien: ante tales declaraciones...

¡Qué ingenuidad la mía! ¡Cómo había podido temer yo que se me despidiera en otra forma, cuando les habría sido tan fácil confeccionar un documento y someterlo a los jueces que lo rechazarían oficialmente!, ¡oficialmente!

Yo mismo fuí llevando mi denuncia a la calle Royale.

Por la tarde, el recorrido de los periódicos. Todos esos directores me acogieron, naturalmente, con gran cortesía. "¡Cuánta alegría de verle! ¿Desea usted nuestra ayuda? ¡Felicísimos! ¡Claro que sí!"

Pero una vez que mi solicitud estaba aceptada, había que estudiar la forma, y llegar a su realización. En este punto, el hecho parecía tener un carácter más bien personal, deficiente para justificar una campaña. ¡Tanto ruido! Se "pasaría" una nota condicional. En otro sitio se inquietaban justamente de que una revelación tan grave pudiera ofender a la Embajada. En realidad, sopesando todo cuidadosamente, parecía que la prudencia exigía, más bien, la reserva. El periódico socialista no vió otra solución que una interviú. Otro director, después de haberme escuchado muy amablemente inquirió la razón que me hacía prestar tanta importancia a ese incidente, menudo después de todo, menudo: "¡un bolchevique de más o de menos!", agregó espiritualmente. "Pero —me preguntó otro que quería instruirse con pocas palabras—: ¿Ese Vigniazine es más comunista o es menos comunista que el Gobierno?" "Más, seguramente", le respondí bastante fastidiado de tener que enunciar una apreciación tan sumaria. "Pero, después de todo, me declaró mi interlocutor, después de un silencio, es necesario que los gobiernos se defiendan". A veces, creyendo que así me haría escuchar mejor, evocaba el asunto Dreyfus que agitó la Francia y

la Europa entera. Pero entonces aparecía la sonrisa sobre los rostros.

¿Qué relación tenía eso? Yo me exaltaba, suplicaba; llegué hasta a amenazar. Sin embargo, en todas partes la urbanidad fué perfecta. Así se trata, con tantas atenciones, a alguien que tiene visiblemente los nervios enfermos.

Hubo dos o tres ecos en los periódicos de la noche. Algunas líneas en la parte inferior de las columnas donde el proceso continuaba desarrollándose con sus confesiones de suicidas.

A las nueve redacté este telegrama:

"Tribunal Militar de la Corte Suprema de la U. R. S. S.—Moscú.

"Afirma declaración Vigniazine respecto a su viaje a Oslo inexacto Stop Once-Doce-Agosto 1936 me encontraba con Vigniazine en Salzburgo Stop. Estoy listo a renovar esta afirmación bajo juramento."

Volví a mi casa completamente destrozado. ¡Qué irrisión! ¿He procedido bien? ¿Pero qué he hecho?

* * *

De la "Pravda" del 24 de agosto.

"El Presidente cede la palabra al acusado Vigniazine para que éste haga sus últimas declaraciones.

"El acusado Vigniazine comienza por decir que no hará el relato de toda su vida.

"¿Para qué hablar?, prosigue. ¿Quién puede creer ahora en una sola de nuestras palabras? ¿Quién puede creernos a nosotros que hemos jugado una farsa inmunda; a nosotros que sólo la casualidad ha preservado asesinar a los jefes del pueblo? ¿Quién puede creernos que comparecemos ante este tribunal como unos contrarrevolucionarios, como unos aliados del fascismo, como unos hombres que estrechan la mano de la Gestapo?

"No pido ninguna indulgencia. Son demasiado grandes los crímenes que hemos cometido contra el Estado Proletario, contra el movimiento revolucionario internacional.

"Yo me odio como un traidor a su Partido, a quien hay que fusilar. No pido más que una cosa y es que se me crea en esta hora cuando afirmo, que he cometido todas esas abyecciones."

Estas palabras me espantaban. Yegor, Yegor. Pura alma...

Se dice que Iván el Terrible hizo condenar a uno de sus ministros al suplicio del palo. Atravesado por la madera, bajo las injurias y los escupitajos de los bayardos y de los mercaderes, ese hombre repetía sin cesar:

"¡Que Dios proteja al Zar!"

* * *

Este relato de un alma amadísima, que yo había comenzado en la melancolía y que cuando lo creía terminado se hizo bruscamente un diario fe-

bril y desesperado, ha vuelto a mis manos después de algunos meses. ¿Tendré el coraje suficiente para expresar a lo largo de algunas páginas, que debo escribir, todo lo que aún hace falta decir?

El Tribunal pronunció su sentencia el 24 de agosto, a las dos de la mañana. El Presidente la leyó con una voz seca y sofocada. La muerte.

Los Diecisiete escucharon en silencio. Zinoviev inclinaba la cabeza y sus manos estaban unidas como para la oración. Smirnov sonreía fríamente. Yegor Vigniazine se volvió hacia el lado del pueblo.

El Presidente expresó a los condenados, que tenían setenta y d.s horas para instaurar sus recursos de apelación. La mayor parte firmaron. Yegor rehusó. Los Diecisiete fueron conducidos afuera.

Nadiejda Constantinovna Krupskaia, la viuda de Lenin escribió al Jefe para suplicarle que dejara con vida a los hombres de Octubre. Stalin respondió que no podía hacer nada; que él no era nada en ese asunto.

Entonces Nadiejda Constantinovna Krupskaia pidió la muerte de los traidores.

No estuvo sola en eso. "Que se fusile, bramaban los periódicos en letras enormes; que se fusile a esos perros rabiosos": La "Pravda" de los **pioneers** expresaba el deseo de los niños, dando las gracias a los **"tchekistas amados"**. El académico William se creyó en el deber de expresar al mundo sus sentimientos sobre esta sentencia "dictada por los nobles sentimientos del humanismo proletario".

Y los monárquicos del periódico **"Vorojdenie"** imprimieron este canto en honor de gracia:

"Agradezcamos a Stalin
Diecisiete canallas,
Dieciséis verdugos con sus abuelos
El Cielo nos parece azul ahora
Tú nos has recompensado la pena de tantos años!"

* * *

La ejecución debía realizarse setenta y dos horas después de la condena. Habría sido esperar demasiado.

Los condenados fueron ejecutados el 25 al amanecer.

¿Cómo? Nada se sabe con exactitud.

Un periódico italiano hizo un relato teatral y patético de la escena: A las cuatro de la mañana; un patio de la Lubianka; las víctimas están entre veinticuatro guardias: desvanecimientos, gritos. Una carnicería de diez minutos: el camión, la fosa común. No lo creo.

Fusilados. Es un eufemismo. ¿El Gobierno Soviético sospecha que pedir a doce hombres que maten a un viejo jefe no deja de tener peligro? ¿En último trance experimenta algún escrúpulo y juzga superfluo el multiplicar los asesinatos? ¿O es que la piel de un adversario no vale a sus ojos más que una sola bala? Se mató al condenado en una cueva de un solo disparo de revólver. Pasó lo mismo con los Diecisiete.

Yegor se encontraba en la Lubianka. A su turno, cuando su hora había llegado se le hizo despertar. Se puso de pie, se vistió. La escolta se detuvo ante su calabozo. Caminó delante. Entró en el ascensor. Comprendió inmediatamente cuando vió en la violenta luz de las lámparas el corredor de cemento armado bordeado de regueras.

¿Habló? ¿Hicieron falta varias balas? Son secretos que están bien escondidos.

Se abrieron después los caños de agua.

ADIOS A ESTAS CRIATURAS

Yegor será mi último relato.

Escribir mis memorias... En el tiempo en que fuí expulsado del Partido, al cual había dedicado la vida, este era mi propósito al encontrarme desierto, y como desarraigado. Ya no cumpliré ese propósito.

El fin de Yegor me ha deshecho.

En el transcurso de ese odioso proceso en el que comparecieron ante un tribunal de teatro y ante los ojos de un público de aficionados y de policías, algunos de los más grandes hombres de Octubre, mezclados, por un tremendo refinamiento en el ultraje, con aventureros profesionales y con agentes provocadores, el Procurador General acorralando al más alto de estos mártires, y por una especie de brujería magnética, levantando alrededor de él a todos sus compañeros para que le acusaran le dijo, en fin, con la tranquilidad orgullosa del acróbata que ha logrado bien la prueba: "Iván Nikititch Smirnov: el círculo está cerrado".

Me parece que el círculo está también cerrado alrededor de mí mismo. Y no podré ya tener jamás

por mía, esta comunidad de hombres que mata a los mejores de sus hijos.

Me evado, huyo, tengo miedo.

¿Todo lo que se ofreció a mi fe se hunde para siempre? ¿Esa inmensa legión de hombres que al mismo tiempo, en todos los puntos del mundo, millares de hermanos desconocidos, trataban de formar el nuevo imperio del espíritu, vuelven a caer y se tienden definitivamente?

Por aquel tiempo yo quería mi apaciguamiento y mi triste felicidad; hacer revivir un poco a esas criaturas entregadas, como yo, a un movimiento terreno que las sobrepasaba elevándolas más allá de sí mismos. Esas figuras desprendidas de una epopeya están evocadas aquí con el tono de la elegía. ¿De dónde, por qué lo hice así? ¿No es acaso porque al amarlas con la misma pasión siempre, dudaba ya de su fe y me parecían todas condenadas? El alma sabe, así de antemano, ciertas realidades que la inteligencia no adivina.

Resulta que lentamente, oscuramente, inconscientemente, sí, me he preguntado:

¿El ideal tiene importancia verdadera con respecto a los hombres solamente en su forma, su apariencia, o es que lo único importante viene a ser el movimiento secreto y profundo que nos lleva hacia él? En el momento mismo en que admiraba con más fervor a esos humanos luchando enfebrecidos en medio de las pestilencias de la tierra, ¿qué digo?, en el momento en que les seguía, suspenso de su heroísmo, veía levantarse delante de

mí esa misma luz que yo había huído y desconocido. ¿Qué luz?

Santiago Maurer, que murió, y Saurat, por quien murió Corvelise que sobrevive a ese sacrificio; Carlota y su hermana Elena, amazonas de los últimos días; Alessandro Cassini, vencido por su país y Georgui Jordaev, llamado Multi por los hombres, que moría de debilidad y de vergüenza; Yegor, Krizanof, Korochenko, que no se encontraban satisfechos entregando sus propias vidas; Pilar, que regresó a los suyos como la Bestia de la Escritura, y Ditka que tenía por todo tesoro unas grandes cicatrices rojas en el lugar de los senos. ¡Ah! Esos hombres y esas mujeres, ¿no son parecidos a las figuras iluminadas que nos hacían imaginar cuando niños, para despertar nuestro amor? Y no me atrevo a pensar en los santos, aunque quizás exista una santidad para la que Dios no tiene nombre.

¡Ah! Yo deliro. ¿Acaso me pesa tanto este adiós?

Adiós imágenes que he vuelto a ver tantas veces en el profundo secreto de mi memoria y que he animado en estas páginas para nunca olvidaros. Y a vosotros a quienes ya no diré adiós de ahora en adelante, a vosotros: Voievitch, labios duros, frente alta y hecha toda una llama que hace ya veinte años, por los tiempos en que todo ardía aún, me aceptasteis como compañero en esta comunidad de esperanza, y que ahora, gastado de trabajos y de heridas, escupes tus pulmones consumidos en un sitio desconocido de Siberia. A ti, Erick Musham, poeta y mártir, llama de los Soviets de

Baviera a quien no pudieran extinguir ocho años de prisión y tuvieron que asesinar en un campo el último año en Alemania; a ti, Albert Inaun, atleta del Diecisiete, que desde hace diez años haces en la U. R. S. S. el peregrinaje de las tierras de exilio y del aislamiento; a ti, Otelo Gaggi, que el año Veintiuno, en San Giovani di Valdamo resististe solo contra las milicias negras y que Stalin acaba de enviar al fondo del Kazakscan para que allí mueras; a ti, Iván Nitkititch Smirnov, que en el otoño del Dieciocho detrás Trostky y junto a Yegor, salvaste en el Sviajsk la Revolución, y a quien se dió el nombre de "Lenin de la Siberia", y que encontrando a Yegor en este momento supremo, acabas de caer asesinado cerca de él; a ti, Vladimir Vladimirovitch Maiakovsky, que, después de haber dado a la subversión terrena tu genio de Homero demente, te mataste para no conocer el lamento ni llegar a asquearte; a ti, María Michailovna Joffé, compañera de otro suicida, que no sobreviviste a tu compañero más que para ver inmolar a tu hijo único y para irte entonces a agonizar de malaria en un pantanc del Turkestán; a ti, Víctor Serge, sobreviviente del Diecinueve en Barcelona, sobreviviente del Veintiuno, en Petrogrado, errante de la lucha ilegal en todos los caminos de Europa y en todos los caminos del exilio, amadísimo amigo; a vosotros que sois diez y diez, cien y cien, duros obreros, vírgenes duras a quienes encontré en las trampas de Sofía o bajo las ametralladoras del Ruhr. No os diré nada. ¿Qué importan, por lo demás, a vosotros estos recuerdos del tiempo de la fe, escritos en forma de queja?

¿Muertos? ¿Vivos? ¿Lo sé aún? No. No les diré nada. Me haría falta, por lo menos, tener ese valor, ese último calor de la fe. Con Yegor se ha extinguido ese calor que sobrevivía en mí. El campo del espíritu que, en un momento dado, se confundía con el de la fe comunista, se desplaza.

¿Vivos? Que guarden todo mi amor.

¿Muertos? Que Dios acoja a sus almas.

INDICE

	Página
Advertencia	11
Recuerdos de un agitador	13
Maurer	17
Ditka	113
Carlota	139
Corvelise	199
Yegor	235
Adiós a estas criaturas	349